

VIDA DEL P. JUAN CONDE, S. J.

R= 14-167 RO_8790

VIDA

con SAN

DEL

P. JUAN CONDE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

escrita por su compañero de mis'ones el

P. IGNACIO SANTOS

de la misma Compañía



TUY TIPOGRAFÍA REGIONAL

Consistorio, núm. 5

1902







LICENCIA DEL R. P. PROVINCIAL DE CASTILLA

ES PROPIEDAD

Cum opus, cui titulus est Vida del P. Juan Conde de la Compañía de Jesus a P. Ignatio Santos nostrae Societatis Sacerdote compositum aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint, et in lucen edi posse probaverint, facultatem ex commisione A. R. P. Proepositi Generalis concedimus, ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis nostrae munitas dedimus. Datum Vallisoleti die 15 maji anni 1901. ISIDORUS ZAMEZA, S. J., Praep. Prov. Castellae. Hay un sello que dice: "Provincia de Castilla. S. J.,





LICENCIA DEL ORDINARIO

Nos el Dr. D. Valeriano Menéndez Conde, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Tuy.

Por cuanto hemos sido informados que en la vida del P. Juan Conde, S. J., escrita por el P. Ignacio Santos, de la misma Compañia, no se halla cosa contraria á nuestra santa fe y buenas costumbres, sino muchas de piedad y devoción que sirven para edificación de los fieles: coneedemos licencia para que pueda publicarse. Tuy y abril veintinueve de mil novecientos dos. Hay un sello. El Obispo de Tuy. Por mandado del Obispo mi señor, Valentín Covisa, Canónigo Secretario.



Tue Coude by

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Así que murió el P. Juan Conde, de la Compañía de Jesús, se despertó en muchas personas religiosas y seglares el deseo de ver escritos sus preclaros hechos. Justo era satisfacer tan laudables deseos, que manifiestan

amor v aprecio al difunto misionero.

Se pensó que la persona que se había tomado el cargo de escribir la biografía de tan ilustre varón, la diera á luz en la nueva publicación de las *Cartas edificantes;* pero considerando que el espacio que pudieran otorgarle había de ser corto, atendiendo á la naturaleza de dichas cartas, se mudó de parecer, á que mucho contribuyó también que el escritor, pasado más de un año de la muerte del P. Conde, no puso manos á la obra y por los muchos quehaceres que sobre sus hombros habían cargado, era más que probable, por no decir cierto, que en adelante no podría de ninguna manera, por más que lo deseaba, llevarla á cabo.

La dilación era para mí insoportable y con sólidas razones temía que pasara con la vida del insigne misionero lo que ha pasado con la de tantos varones ilustres, que hemos conoci-

do, y de quienes apenas hay memoria.

Por lo cual y para que los misioneros, que principian á ejercer el santo ministerio, pudieran, leyéndola, percibir luz, que en ocasiones les valga para mejor salvar las almas, me resolví á escribir la vida de mi amado é inolvidable compañero de misiones, en prueba del amor que le he profesado y en agradecimiento de la veneración y respeto con que me trataba.

Me ha guiado en tomar esta determinación, á lo que creo, la divina Providencia, porque juzgo imposible que otro, por mucho que se afanara, pudiera acaudalar tantos hechos ilustres del celoso P. Conde para consignarlos en su vida, como, por la gracia de Dios, he recordado, no sólo de los que fuí testigo presencial, sino también de los que en las múltiples y variadas conversaciones que tuvimos, sin separarnos en más de seis años, me contó.

Quiera Dios que esta obra satisfaga á todas las personas que anhelan conocer las virtudes del infatigable misionero, que tanto en

vida les encantó.

Puedo asegurar que, habiéndola escrito en el espacio de cuatro meses en medio de las tareas apostólicas á que por la santa obediencia estoy dedicado, he procurado narrar con claridad y fidelidad cuanto de tan célebre varón of y observé.

CAPTIULO I

Origen.-Naturaleza.-Padres.-Deseos de la familia

1. Junto á las márgenes del Duero, en la embocadura del Tormes, lindando por una parte con la provincia de Zamora y por otra separado de Portugal por el caudaloso río, que de las montañas de Soria fecunda á Castilla v León, hay un pueblo escondido en una ladera de peñas berroqueñas llena, de quebrado terreno, mediano caserío, calles tortuosas v mal empedradas, de seiscientos á setecientos vecinos, que se llama Villarino de los Aires, abundante en vino, que exporta especialmente para los partidos judiciales de Vitigudino y Ledesma, en que está sito, en la provincia de Salamanca. Villarino es la patria del misionero insigne P. Juan Conde Martín, de la Compañía de Jesús.

2. El día veintiséis de julio, en que la Santa Iglesia celebra la festividad de la Señora Santa Ana, del año de gracia mil ochocientos cuarenta y ocho, nació de padres honrados, como son por lo común los de aquella población, en donde aun hoy conservan el

mismo traje, que siglos ha, con las costumbres antiguas, no reemplazadas por las nuevas de la civilización moderna. Allí no ha llegado aún una carretera, que por donde va, lleva consigo con harta frecueccia la corrupción de costumbres, como la experiencia demuestra en otros pueblos de la provincia de Salamanca, que hasta que les visitó, fueron hon-

rados religiosos.

3. Sus padres fueron labradores y se llamaron Miguel v Angela, á quienes concedió Dios siete hijos, cuvos primogénito fué nuestro P. Juan. Le llamaron así en el bautismo en memoria del abuelo paterno, como escribe ur hermano de nuestro héroe. Oigamos sus palabras:-"Los abuelos paternos tuvieron un sacerdote en la familia, que murió antes de nacer Juan: éstos tenían empeño en que el primer varón, que tuviera nuestro buen padre, había de hacer la carrera eclesiástica: poco antes de nacer Juan murió el abuelo paterno Juan Conde Escola, que quería ser padrino de la criatara, y como fué varón le pusieron el nombre del abuelo, que así era su voluntad (1).,

4. El nacimiento del niño Juan fué contento grande para sus padres, que veían en él la bendición divina cumplida tan á su gusto. Alababan á Dios por el don que les regalaba y se lo ofrecían de buen grado para su mayor gloria, como si presintieran á qué era destinado en el orden de la Providencia. A quienes más contentó de la familia el nacimiento, fué á los abuelos maternos, según nos escriben en la carta citada, cuyas palabras copiamos por

5. Por demás está decir la fiesta y regocijo que en casa hubo el día del bautismo. la mucha gente convidada que asistió á presenciar el Sacramento. El banquete, que sigue al acto religioso en casa de los padres, llamado vulgarmente el convite, que se compone de las clásicas obleas, altramuces conocidos con el nombre de chochos en el país, mantecados v hojuelas, fué á satisfacción de los convidados y mucho más de los muchachos, á quienes, como se acostumbra, tiraron gran porción de chochos, que ellos cogen á la rebatiña. Excusado es apuntar que el vino fué abundante y los bernegales apenas se daban reposo dentro de los grandes cuencos. La sencillez, que entonces revestian estos convites, que solía presidir el mismo párroco, los caracterizaba de actos patriarcales é íntimos de familia. Solían los convidados de mayor calidad, al despedirse, dar la enhorabuena al padre por el nacimiento de la criatura, que estaba presente, y entrando en la habitación de la madre la felicitaban v manifestaban deseos de toda ventura para la casa y en particular para el recién bautizado. Hémonos detenido acaso más de lo que fuera de desear en describir esta escena familiar, común á todos los pueblos de la ribera del Duero pertenecientes á las diócesis de Salamanca y Ciudad Rodrigo, para que se conozcan algún tanto las costumbres de aquel país, llanas como las de ninguno, y en que

la sinceridad que manifiestan. "Los abuelos maternos, dice, que aun vivían en compañía de nuestros padres por ser nuestra madre hija única, al ver que tenían un nieto, se pusieron locos de contento y desde que nació le llamaban el curita."

⁽¹⁾ Carta de 27 de julio de 1899 al P. Santos.

la sobriedad unida á la cordialidad campean como en terreno propio. Lástima grande que vayan minándose, porque concluirán por desaparecer.

CAPÍTULO II

Su crianza, educación y entretenimientos hasta la entrada en el Seminario de Salamanca

6. No perdía de vista Angela á su hijo Juan, sino que le cuidaba con tanto esmero y cariño como á cosa, que Dios le había regalado. Ella misma le crió á sus pechos y las primeras palabras que oyó y entendió el niño fueron de Dios y de su beatísima madre la Virgen María, nuestra Señora. En aquella casa no se proferían palabras disonantes ni se oían malas conversaciones, que jamás hubiera tolerado la madre de nuestro Juan, y mucho menos en la presencia de su hijo. Así es que desde niño estuvo exento de todo contagio y aquella infantil alma sentía gustosamente cuanto la buena madre le infundía de las cosas del cielo, así que pudo conocer.

7. Aun antes de balbucear palabra cogía la madre la manecita del niño y lo persignaba y santiguaba todas las noches para ponerlo en la cuna después de envuelto en las mantillas y ceñido con ancha cinta de lana de varios

colores, de que cuelga la regla de San Benito. Sin ésta no suelen acostar por aquella tierra á los niños, en señal de que los ponen durante la noche bajo la protección del santo patriarca de la vida monacal en Occidente. Mas así que la lengua de las criaturas se va soltando creería la madre cometer una falta grande si antes de acostar á su hijo no le persignara y santiguara y omitiera hablarle de Dios y de la Santísima Virgen y del Angel de la Guarda. Aun recuerdo algunas cuartetas de las que acostumbraban á decirnos:

Con Dios me acuesto con Dios me levanto con la gracia de Dios y del Espíritusanto. Angel de mi guarda dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día.

No tendrán exquisito sabor literario, pero con ellas nos iban infundiendo la devoción á Dios y á los suyos. Ojalá en estos días nuestros se usaran, que de otra manera muy distinta se criarían los niños.

8. Creciendo iba el niño Juan viéndole con mucho contento sus padres despuntar por su agudeza y por la inclinación que mostraba á las cosas celestiales. Por lo cual aun antes de la edad que se suele fijar á los hombres para el uso de la razón determinaron ponerle en la escuela pública, que allí en aquel tiempo no había, como hoy, la de párvulos. No poco influía en el ánimo de los padres para tomar esta determinación la idea propia y de los abuelos de que había de ser eclesiástico. Oigamos al señor maestro. "Por mi parte he de decir que por mi felicidad ó mi desgracia llevo cuarenta y siete años al frente de la enseñanza de este pueblo (Villarino) uno de los de

mayor vecindario en la provincia, y de entre los muchos que han estado á mi cuidado de ninguno tengo tan gratos recuerdos como del inolvidable v querido P. Conde; porque en primera enseñanza desde el día, que á los seis años pisó por primera vez los umbrales de la escuela, principió á manifestar su afición al estudio, siendo de los primeros en comparecer á la puerta v rarísimas las faltas de asistencia, á no ser que alguna enfermedad se lo impidiese. Con esta inusitada puntualidad v extraña aplicación á su edad, no tardó en observarse su clarísimo entendimiento aprendiendo el alfabeto y en pocas lecciones á combinar sílabas y en soltarse en la lectura corriente, al par que en los primeros rudimentos, que comprende el programa. Así es que, con gran satisfacción del maestro y contentamiento ó agrado de los demás compañeros, iba ganando puestos, ocupando enseguida los primeros y aventajando notablemente en los conocimientos de una sección, no tardaba en ser aclamado para pasar á la inmediata superior. En cuanto á su conducta moral v religiosa en la escuela, desde luego manifestó vivos deseos de emprender una vida cristiana, asistiendo á la misa, rosario y demás actos religiosos para no dar motivo de reprensión alguna, tanto en la escuela como fuera de ella. Modelo de virtud para con sus compañeros y demás niños, entre los cuales nunca faltan revoltosos, libertinos, mal hablados, jamás se le ovó pronunciar una palabra indecorosa, mal sonante é injuriosa á nadie, no viéndosele tampoco en reuniones poco edificantes, sino por el contrario, su única distracción fuera de la escuela era traer de la mano y acompañarse con

sus hermanitos en la era contigua á la casa de sus honrados y virtuosos padres, huyendo siempre de los niños turbulentos (1)., Tal es el juicio que el señor Maestro emite de su discípulo el P. Juan Conde. Amor respira y con amor era correspondido, como lo manifestó el Padre en muchas ocasiones, ora escribiéndo-le varias cartas, ora distinguiéndole de mil modos cuando dió misión en Villarino.

9. Había en este pueblo, como en casi todos los de la provincia de Salamanca, la costumbre de que los niños de la escuela fueran los domingos y días de fiesta á misa acompanados del maestro. El orden, que se observaba, era el siguiente. Se disponían los niños en dos filas de uno en uno, alzada la cruz de la escuela por uno de ellos, en medio de los que ocupaban el primer puesto, y dada la señal por el profesor, echaban á andar á la iglesia cantando la doctrina. Al escolar Conde tocaba muy frecuentemente llevar la cruz, porque con esto se honraba y premiaba la diligencia de asistir el primero á la escuela en esos días, como por aserción del Maestro sabemos que el discípulo Juan era uno de los primeros que comparecían á la puerta de la escuela. Viendo cuando dió misión en Villarino que tan hermona costumbre había desaparecido, no paró hasta conseguir que se restableciera y obtuvo del Maestro palabra de volver á la práctica antigua. Ha contentado mucho á los de Villarino, según hemos sabido, volver á ofr en dichos días las voces infantiles de sus hijos, que cantando por las calles, despiertan

⁽¹¹⁾ Carta de D. Antonio Pio Asensio al P. Santos de 20 de junio

á muchos para que se apresuren á ir al templo: á otros recuerdan lo que acaso han olvidado de los deberes del cristiano, y á todos que están obligados á la asistencia del Santo Sacrificio á fin de testificar que viven para servir

á Dios v rendirle homenaie.

10. En casa era Juan el descanso de su madre. Siempre estaba dispuesto á cuanto le ordenara, prosigue su hermano. "Barría, fregaba, atizaba la lumbre v hasta condimentaba la comida quedando su madre libre para desde muy temprano dedicarse á coser y cuidar de los jornaleros y de la lavandera, bien convencida de que mientras su hijo Juan estuviera en casa todo andaría bien arreglado y en punto. Tan solícito y cuidadoso era va desde niño. Llamaba mucho la atención que su madre pudiera dejar la casa con tantos niños y tanto trabajo como en ella había, y algunos vecinos picados de curiosidad le preguntaban cómo podía hacer lo que hacía y á todos contestaba que su niño lo arreglaba todo.,

11. En esta tierna edad manifestó muchas veces lo que andando el tiempo formó su ocupación predilecta y su gloria. Dejemos la palabra á su hermano José, quien nos dice: "Nos dejaba en casa (su madre) y la puerta candada y él (Juan), como mayor, al cuidado de todos: durante el día nos entretenía unas veces rezando ante las imágenes que había en algunos cuadros y otras se ponía una toalla por los hombros y en el hueco de la ventana improvisaba un púlpito con una silla y nos decía que iba á predicarnos un sermón (1)... Y en efecto se lo predicaba, entreteniéndolos

12. Con la edad íbase desarrollando en el niño Juan aquella viveza natural que tanto lo caracterizó y al mismo tiempo manifestando su amor á la vida retirada y al recogimiento. Dice su hermano en la carta citada: "Desde su niñez fué un modelo; era tanta su modestia que apenas levantaba su vista del suelo, raras veces se juntaba con otros muchachos á divertirse, siempre estaba al mandato de nues-

tra madre...

13. Sobresalía ya tanto entre todos los niños por su aplicación, despejo y maneras modestas, que llamó la atención del señor Obispo de Salamanca D. Anastasio Rodrigo Justo, Prelado á quien España debe más de lo que algunos piensan por haber sido parte muy principal de la protesta de los señores Obispos contra la jura de la Constitución de mil ochocientos sesenta y nueve. Oigamos otra vez al hermano del P. Conde: "Al hacer la visita pastoral el Exemo. é Ilmo. Sr. Obispo D. Anastasio Rodrigo Justo (que fué quien nos confirmó) le llamó la atención aquel niño (Juan) y preguntó al párroco quiénes eran sus padres, que los quería conocer; les llamaron y les encargó que cuidasen mucho de la educación de aquel niño y que le llevasen al estudio, que á su juicio creía que había de ser una cosa buena. Como el deseo de nuestros padres era el mismo, no vacilaron en llevarlo cuando tuvo edad para ello (1)., No se engañó aquel Prelado de ojo tan certero, tan conocedor de los hombres y de los negocios.

santamente y al mismo tiempo dando muestras de sus aficiones

⁽¹⁾ Carta citada arriba,

⁽I) Carta citad 1,

CAPÍTULO III

Su entrada en el Seminario, estudios y tenor de vida

14. Siendo el deseo de sus padres, como en aquel país lo es de muchos, que uno á lo menos de los hijos sea sacerdote, así que estuvo bien preparado para ingresar en el Seminario de la diócesis solicitaron y obtuvieron la admisión como pensionista. En aquellos tiempos sobresalía mucho el Seminario Central de Salamanca, á cargo de los PP. de la Compañía de lesús, por el número y calidad de los profesores, en que se contaban varios italianos arrojados de sus colegios por la revolución y españoles célebres en virtud y letras. Así es que era crecida honra estudiar entonces en el Central salmantino. Parecía que habían vuelto á levantar la cabeza las antiguas escuelas de Teología y Filosofía tan renombradas y los actos públicos, largos años no vistos allí ostentaron otra vez su grandeza y gallardía ante concurso numeroso, escogido por su ciencia.

15. Y lo que es más de apreciar, la juventud, que á las aulas concurría, compuesta de naturales de varios obispados de España, Francia, Portugal y América por los años de

mil ochocientos sesenta á sesenta y nueve en que cursó nuestro Iuan, se formaba en toda virtud, que era gloria verla tan modesta, humilde, obediente y amadora de piedad. Entre los distinguidos, se contó siempre el futuro misionero, de quien sus condiscípulos v coetáneos conservan memoria de hermosas acciones. La aplicación al estudio y al ejercicio de las virtudes, que en los escolares resplandecía, consolaba grandemente á los profesores y les aliviaba el peso del fatigoso trabajo de la enseñanza. No es extraño que impresionara suave v agradablemente á un joven como Juan, que por vez primera pisaba el Seminario de Salamanca, la vista de tan numerosa estudiantina, de modos tan cristianos, reunida en el antiguo colegio de la Compañía, grandioso cual pocos en la cristiandad. Hablando de él los fastos de la misma dicen nullum in tota societate splendidius, no hay otro más grandioso que él en toda la Compañía.

16. No ponderaremos, sabiendo la buena inclinación á la piedad del escolar de Villarino, cuánto le agradaba vivir en aquella casa en que se respiraba tanta virtud, tratar con los maestros y con los religiosos jóvenes que estaban al frente de la vigilancia en los estudios, recreos, dormitorios, capilla, en una palabra, en todas partes, en donde hubiese alumnos. Fué también correspondido, porque desde los primeros días recibió pruebas de lo mucho que le apreciaban, y andando el tiempo llegó á ser uno de los más estimados. El alumno Conde era siempre elegido para los cargos que suelen en los colegios de la Compañía darse á los buenos v virtuosos. Se le veía de acólito en las misas cantadas y en las bendiciones del Santísimo con alguno ó algunos que há Dios elevado á prelacías en su Santa Iglesia. Se le veía en la congregación de San Luis ocupar buen puesto y, lo que es mejor, sobresalir por su aplicación al estudio y á la

adquisición de las virtudes.

17. Estudió, según el plan de estudios vigente entonces en los Seminarios, cuatro años entre gramática, humanidades y retórica con provecho. Aun recuerdan sus condiscípulos la diligencia y presteza con que preguntaba á su contrario de banda y la viveza con que respondía, cuando era interrogado. Y si alguna vez le sorprendían y le ganaban un punto, no se turbaba, lo sentía y se animaba á proseguir con más vigor en la pelea sin cejar. Cursó tres años de filosofía y tres de teología, obteniendo en los exámenes la primera nota y fama merecida de buen estudiante.

18. En los nueve años que frecuentó aquellas aulas, no desmintió el fervor de los primeros días. Además de lo apuntado arriba, no conviene que olvidemos la exactitud con que asistía á los actos de comunidad, mostrándose obediente, sufrido, sin quejarse de nada aunque le hiciera algún daño. Siendo va religioso de varios años, se acordaba del frío que sentía en la camarilla que le habían señalado, y no olvidaba el mal que á su endeble salud causaron los bancos de madera del salón de estudio, á que achacaba haber contraído el ser un tanto, muy poco, cargado de espaldas. Y cuando de estas molestias v otras habidas en el Seminario hablaba, á nadie culpaba, sino á sí mismo por no haber puesto jamás en conocimiento de los superiores lo que padecía. Sin duda la frecuencia de Sacramentos que

usaba, la devoción que en todos los actos de piedad mostraba v el contento de vivir con los Padres de la Compañía le mitigaban los padecimientos v esforzaban para no hacer caso de los achaques contraídos y de otros que pudiera contraer. En las recreaciones, si no estaba con los inspectores, animaba á sus compañeros con sus dichos ocurrentes y llenos de sal á no cesar en el solaz de las diversiones, evitándoles con sus gracias que conversaran de cosas que dañar sus almas pudieran. Daba vida á todo, v va se sabía que donde estuviera Conde no había ninguno triste ni desconsolado. Así es que los superiores le estimaban en gran manera por sus virtudes y por su aplicación y acaso también porque prevejan los designios de Dios para con aquel joven aventajado! A los concolegas del P. Conde hemos oído hablar en este sentido.

19. Entre los que en aquellos años frecuentaban las clases del Seminario de Salamanca, atraído como muchos otros por la fama de tan renombrados maestros como entonces leían en aquel centro v por la sabia v santa dirección que los Padres de la Compañía de Jesús imprimían en la juventud con harto contento y descanso de los que les enviaban sus hijos, se contaba un francés, natural de Alsacia, de familia ilustre, acaudalada y deseosa de que en la Iglesia se formasen sacerdotes según el corazón de Dios. Echó para conseguir su intento á volar la especie de querer, corriendo de su cuenta todos los gastos, llevar á Francia para estudiar las ciencias eclesiásticas y recibir educación clerical correspondiente á estudiantes aplicados que volviendo al país natal fueran modelos

de virtud v ciencia. Fijó el francés los ojos en nuestro Iuan, á quien no desagradó la idea de ir á extraniera tierra aliviando á sus padres de los gastos, que el seminario les causaba. Y la inteligencia entre el francés y el salmantino anduvo tan adelante que crevó éste del caso no solo participarlo á su padre sino también llamarle á Salamanca. Halagaba no poco al emprendedor genio del estudiante de Villarino viajar v estudiar en otras naciones, por más que sentía la separación de sus padres y de sus maestros tan queridos. Personóse en Salamanca el padre de nuestro luan y oído al francés, á su hijo v á otros, que le aconsejaban le dejara marchar, cerró los oídos á toda proposición, por más que eran incitadoras, y no pudieron sacarle otra palabra, que no significara negativa rotunda. Y de creer es que no solo le movía el amor, que á su hijo profe saba, sino que le acompañaba el horror que en su tierra, y muy particularmente en su pueblo, se conserva á la nación vecina desde la guerra de la independencia. En el Seminario causó muy buen efecto la determinación del padre del alumno y los superiores que no poco sentian abandonara tan excelente joven aquellas aulas, recompensaron á padre é hijo rebajándole la pensión. Para quien conoce los trámites que han de seguirse á trueque de obtener semeiantes rebaias, prueba inequívoca es del amor que los superiores del Seminario profesaban al tan favorecido del estudiante alsaciano.

CAPÍTULO IV

De cómo pasaba las vacaciones

20. Suelen ser por lo común la perdición de los estudiantes. En aquel tiempo eran de cuatro meses. No se pueden contar los daños que causan no solo á disipados y holgazanes sino también á piadosos v aplicados alumnos. Salidos de la atmósfera de piedad y frecuencia de Sacramentos que en el Seminario se forma, se encuentran al pisar su propia casa con un aire de libertad que insensiblemente se infiltra en su alma, amortiguando los buenos deseos y propósitos concebidos en la oración, de no abandonar en su pueblo las prácticas piadosas nutridas con esmero durante el curso entero. La madre, con el contento natural de ver á su hijo cabe sí, le prodiga caricias y le permite, si no es que le aconseja, que no se levante temprano, que pasee y salga de casa á visitar á los amigos v no le pone mala cara, si vuelve á ella de noche. El pobrecito, dice la harto cariñosa madre, ha pasado todo el curso sufriendo mucho con el estudio y con la observancia de aquel régimen tan severo que en el Seminario se guarda: que descanse y se solace ahora, que la cuerda no ha de estar siempre tirante. Y como no desagrada el contento

terreno y carnal se aprovecha el joven escolar, al principio con cierto remordimiento, y después á ellos se aplica como cosa muy natural. Y si á esto se añade que se le dificulta confesarse y comulgar cada ocho días ó cada quince, nos veremos á poco con un estudiante á quien los libros hastían, la oración empalaga y las prácticas de piedad abruman sobremanera. En cambio cuida mucho del aliño de su persona; para muy poco en su casa, visita con gusto alguna en que vive quien le hace gracia y muéstrase con los suvos caprichoso

v altanero en grado subido.

21. No así nuestro estudiante. Podemos afirmar que las vacaciones ho disminuían el fervor concebido en el Seminario, ni le separaban un átomo del camino que se había trazado. Su carácter enérgico le servía de salvaguardia v los obstáculos que en donde quiera surgen eran superados con ganancia segura para su alma. Así nos describe su hermano cómo pasaba las vacaciones: "En la época de las vacaciones no salía de casa más que á misa, comulgaba todos los días y antes de volver á casa visitaba los enfermos. En casa se encerraba en su habitación y á las horas de comer decía que estaba ocupado, que le dejasen la comida en una cazuela ó en dondequiera, y cuando le parecía que no lo veían salía de casa y llevaba la mayor parte de su comida á la casa de algún pobre menesteroso. Si veía alguna necesidad le pedía á nuestra madre lo que creía necesario, v si era cosa que él por sí podía la cogía y se la llevaba. Todos los días después de la puesta del sol iba á la iglesia por distintos sitios, buscando los más ocultos, v se ponía á la subida del altar

mayor á hacer oración hasta entrada la noche. A algunas personas que iban á echar aceite á las lámparas para que durase la luz toda la noche les dió miedo el ver que había gente en la iglesia á aquellas horas, y cuando lo advertía les decía: no os asustéis, que soy vo. Por las noches juntaba las mujeres de la vecindad y los niños y rezaba con ellos el rosario y les enseñaba la doctrina. En los últimos años que estuvo en el pueblo en vacaciones daba paso gratuito á los demás estudiantes del pueblo v todos eran de más edad que él. Era admirado de todo el pueblo por su modestia y virtules y todos le tenían por un santo, y prueba bien manifiesta de ello fué el entusiasmo con que el pueblo le salió á recibir cuando venía á dar las misiones, á pesar del gran aguacero que caía., Fué en verdad grande el entusiasmo con que recibieron los de Villarino á su paisano y al compañero. Cuanto se diga es poco.

22. Volvamos á dar la palabra á su hermano: "Si salía alguna vez de paseo se dirigía á una finca de nuestros padres, á las inmediaciones del pueblo, la cual tenía un olivo muy grande bajo cuya sombra se paseaba, y algunas veces le sorprendieron sentado de rodillas con los brazos abiertos y elevando los ojos al cielo. Jamás dejaba que sus hermanitos más pequeños se acostasen sin que antes rezasen algunas oraciones ante una imagen de María Santísima que tenía en su habitación encima de una mesa. Jamás le vimos divertirse, ni aun con sus iguales. Vestía muy modestamente: nunca se ocupaba en que le tuvieran buena ropa, para él cualquiera era buena (1)... Digno

⁽¹⁾ Carta citada.

ejemplar para tantos estudiantes que, en vacaciones, viven en horrenda disipación y que gastan en vestidos buenas cantidades que casi igualan á lo que antiguamente se gastaba en toda la carrera. Conocimos un Seminario en donde ningunoponía capa de paño fino. ¡Tanto varían los tiempos! Hoy todos la usan.

CAPÍTULO V

Vocación al estado religioso

23. No podemos afirmar con seguridad si la entrada en el Seminario se anticipó á su llamamiento al estado religioso ó si fueron simultáneos, que es lo que opinamos, por parecernos más cierto. Pues, sentar los pies en aquel grandioso edificio, monumento incontrastable de la fe de la reinante casa de Austria, que lo construyó, v sentir nuestro amado escolar las inspiraciones de Dios, que le inclinaban y atraían á ser de la Compañía de Jesús, todo fué uno. La vista de los Padres, sus profesores y directores y superiores, le cautivaba y su trato le incitaba casi irresistiblemente á no perder tiempo para conseguir su deseo continuo de abandonar el mundo y tomar la sotana de San Ignacio. Al pensar en su propósito, que juzgaba ser llamamiento divino, á que deseaba someterse, hallóse frente el amor mútuo de hijo y padres, los disgustos gravísimos, que su separación iba á causarles y otras razones para su tierno entendimiento, fuertes, que ahogó entonces en su corazón sin dar á nadie cuenta. Resolvió, sin embargo, entrar en la Compañía, aplazando el día para después de la muerte de sus amados progenitores.

24. Así se explica cómo el devoto Conde gustaba en gran manera de pasear y hablar con los Padres de la Compañía, de prestarse á todas sus insinuaciones con voluntad decidida y ser fiel observante de cuanto le encargaban. Del llamamiento divino procedía también su devoción en los actos espirituales de la comunidad, y en otros particulares á que se entregaba, ya visitando los altares, al Santísimo Sacramento, ya comulgando con frecuencia.

25. Ansiaba Juan cada día más y más volar á la Religión, y no hallando modo de desprenderse del mundo, vino Dios con su Providencia á quitar los obstáculos que á ello se oponían, llevando, como piadosamente creemos, á su seno á la madre, y del padre recabó, no sin gran sacrificio, el permiso necesario, dejandole en completa libertad para entrar en In Compañía. Un obstáculo le quedaba en nquella época por vencer, que en otra no lo hubiera sido. La Compañía estaba proscripta de España, apenas se la toleraba en las posesiones de Ultramar y de la exención de quintas no era tiempo de hablar con el gobierno. Por lo que los superiores no admitían á los comprendidos en ellas por no exponer á ninguno á pasar por prófugo ó á que cambiara la sotana por el uniforme de soldado. Hubo por necesidad de esperar hasta sufrir la suerte, que le fué

adversa, como á otros dos hermanos suyos de años posteriores. Libróse del servicio militar por inútil á causa del humor escrofuloso de que adolecía, quedando siempre señalado de su padecimiento, como lo atestiguaban los costurones que en el cuello se le advertían. Obviado este estorbo, pudo va volar con libertad á donde sus vehementes deseos le encaminaban.

26. Rotos ya todos los lazos que le detenían en el siglo, se enderezó con su hermano Francisco al noviciado de la provincia de Castilla, que se hallaba en Francia en el departamento de los Landes, en el castillo que fué de Enrique IV, en Poyanne, no lejos de la ciudad de Dax, obispado de Aire, castillo comprado por el R. P. Provincial. No hay por qué ponderar cuánto mayor sacrificio es entrar en religión en tierra extranjera que en la propia. Abandonar la natal, oír lengua desconocida, ver usos y costumbres distintas de las á que se está acostumbrado, suele angustiar no poco el corazón humano. Venía á dar mayor sentimiento al pretendiente en este lance separarse de dos hermanas suyas de pocos años, á quienes tiernamente amaba y de quienes era correspondido muy cariñosamente. No se le ocultaba que las gentes le motejarían, censurándole de hermano descastado y sin amor á las dos tiernas é inocentes niñas hermanas suyas, que podrían en él encontrar apoyo y amparo en toda necesidad. Nada le acobardo. Conocía que por dejar á los hermanos por Dios, recibiría premio eterno. Y si á esto se añade que el demonio atormenta de ordinario en semejantes ocasiones con los recuerdos que en la tierra de personas y cosas queridas se abandonan y pinta con tétricos colores lo que se mira ó rodea; ánimo varonil bien fortificado con la gracia divina es necesario para seguir adelante en el buen propósito de consagrarse á Dios en las Ordenes religiosas.

27. Atravesó con valor á España, no sin que de cuando en cuando cruzaran por su imaginación bellos fantasmas del país que le vió nacer, y tristes de las personas tan amadas y de quienes pruebas de amor sincero conservaba. Las lágrimas que en la despedida vió correr, las últimas palabras que oyó, eran para el viajero recuerdo que á la tristeza le encaminaba. Y qué duda hay de que Satanás, previendo la pérdida de tantas almas, que el valeroso adalid había con el tiempo de sacar de sus garras, revistiría aquellos recuerdos con las galas que conoce; para enternecer y obligar el corazón á rendirse á malignas asechanzas? Nada consiguió, en verdad, porque, desechando tan pérfidas malas artes, caminó el escolar Conde sin perder su constancia, llegando á Poyanne el día doce de junio del año de gracia de mil ochocientos sesenta y nueve, principiando al día siguiente el noviciado.

28. Vamos á concluir este capítulo con lo que nos dice su hermano en la carta tantas veces citada, que confirma mucho de lo que hemos escrito: "Luego que entró (Juan) en el Seminario tuvo vocación de ser jesuíta, lo cual no manifestó á nuestros padres, porque creía que les daba un disgusto, sobre todo á nuestra madre, que no quería perderle de vista; pero el siempre tuvo el propósito de entrar en la Compañía. Muerta nuestra madre y después de haber sufrido la quinta, se libró del servi-

cio por su delicado estado de salud y padecer

escrófulas desde los primeros años de sus estudios, teniendo que tomar baños de mar muchas veces: á pesar de su estado de salud ingresó en el noviciado el año de mil ochocientos sesenta y nueve., Nada, por tanto, hemos de añadir. Su vocación fué constante y porque juzgaba que eran de valor las razones que le asistían y quizás á nadie, que se las pudiese apreciar, manifestadas, dilató seguirla, hasta que sonando la hora señalada en la Providencia divina se entregó sin vacilar y con denuedo á los impulsos de la gracia.

CAPITULO VI

Noviciado en Poyanne.—Principios de sus estudios en la Compañía

29. Después del decreto de expulsión dado en mil ochocientos sesenta y ocho contra los PP. de la Compañía por el gobierno provisional, parte de los jóvenes que vivían en Loyola fueron á Angers y á Amiens y la otra parte, que eran novicios, se acogieron con su maestro á Poitiers, en Francia, en donde se iban formando, según las circunstancias lo pedían, en el espíritu de la Compañía. Desde luego los superiores entendieron que era muy del caso reunir en casa propia toda nuestra ju-

ventud dispersa en las tres dichas ciudades y en los colegios de Laval de la provincia de Francia y de Vals de la de Tolosa. El proyecto no dejaba de tener graves dificultades, que todas, gracias á Dios, se fueron venciendo.

30. Se compró el castillo de Poyanne y á poco por aquellos muros y paseos resonaba el habla castellana como si nos halláramos en Salamanca ó Valladolid. Poyanne podía considerarse entonces como una peña grande nislada de Francia en su mismo territorio, en donde á los principios de habitar allí los Padres de la Compañía se oían con frecuencia los desastres y lamentos ocasionados por la guerra franco-prusiana y las oraciones fervorosas de los nuestros ansiosos de atajar males ajenos y los propios, que á la patria nquejaban. En medio de tantas guerras y rumores de guerras, no se percibía allí el ruído de las armas ni el estruendo del cañón; paz y más paz se respiraba en el castillo y en todos los paseos advacentes. El estudiantado vivía contento, entregándose de veras á las ciencias; retóricos, filósofos y teólogos rivalianban en alegría viéndose juntos bajo un mismo techo, contando unos á otros los sucesos nenecidos en el destierro. El noviciado, á pesar de que estaba muy mermado para lo que había sido en Loyola, no por eso era desirual la paz que disfrutaba, la sencillez con que procedía, la piedad y devoción que á los novicios animaba.

Il. Muy á los principios de la fundación de Poyanne llegó el estudiante teólogo salmantino que nos ocupa á vestir la sotana tan desenda. Así que entró en la casa y halló todo tan ordenado, si algún nubarrón anublaba su

mente desapareció al punto. Encontróse allí con algunos profesores v conocidos suvos, v desde luego no pensó sino en hacerse santo por todos los modos posibles. Principió la primera probación el día de San Antonio, y por más que suele ser la más difícil por las tentaciones con que el enemigo acomete en la soledad en que se hallan los postulantes, que así se llaman los que están en ella, nada empeció á nuestro Juan para que se sobrepusiera á los obstáculos. Verdad es que el novicio que le acompaña en las horas de recreación y le visita en otras, le consolaba en gran manera y le instruía en el modo de proceder cuando viviera con los novicios. Le servían también de alivio las visitas y coloquios con el maestro de novicios, que con paternal cariño le animaba á toda virtud v desenredaba de los lazos con que Satanás quería sujetarle para que no anduviera adelante en la vía comenzada.

32. La lectura de las reglas y bulas apostólicas engendró en su alma deseos mayores de ser todo de Dios en la Compañía y le parecía que no corría el tiempo para vestir la sotana. Pasados en retiro pocos días la vistió con harto contento de su alma, que se traslucía en el semblante de gracia, como él decía, cuando después de las misiones contemplaba los que habían á ellas asistido todos llenos de regocijo, y principió á vivir con los otros novicios. Abrazó el día que subió al noviciado con respeto, reverencia y amor á los Padres y Hermanos que en casa moraban.

33. El aprovechamiento espiritual fué desde este día el blanco de sus acciones, observando nuestras reglas y modo de proceder, asistiendo con puntualidad á los actos de co-

munidad y poniéndose en movimiento al sonido de la campanilla, que en el noviciado suena con frecuencia. Atendía á las lecturas espirituales, que se hacían en comunidad v á las que él mismo leía en privado y se fijaba cuidadosamente en las pláticas ó aplicaciones de las reglas con que el Padre Maestro forma en el espíritu de la Religión á los novicios. Así es que cuando al día siguiente le mandaba repe-

tirlas, lo hacía Conde con exactitud.

34. En el mes de ejercicios, que es uno de los experimentos que nuestro Santo Ignacio exige de todos cuantos entramos en la Compañía, como molde de ella, echó hondos cimientos para el edificio espiritual que con el tiempo levantó. Aquellas verdades tan rectamente ordenadas para formar santos, meditadas con profunda reflexión, mucha mella causaron en el corazón del H. Conde. Concibió deseos de toda abnegación y se propuso copiar en su alma el modelo de las almas perfectas, Jesucristo nuestro Señor. Salió de los ejercicios ansiando sacrificarse por los prójimos, v como prueba de su resolución procuraba hacer todas las cosas con la mayor perfección posible.

35. Abrazaba con mucho consuelo los oficios de la casa, por bajos que fueran. Y por esto barría con frecuencia la parte de ella que le era señalada con prontitud, como quien sabía que aquella acción era con el cielo premiada. En aquel mes concibió el deseo de fregar la vajilla las veces que se lo concediera la santa obediencia, á quien se lo suplicaba muy de continuo, afición que le quedó hasta los últimos años de su vida. Pues viviendo en Carrión solía muchas veces vérsele en la cocina

ó fregadero entretenido, durante la primera

mesa, en limpiar ollas y calderas.

36. Nada diremos de aquella modestia con que en casa y fuera de casa andaba, porque era capaz de poner devoción á cuantos le miraban tan recogido y con la vista tan baja, que parecía un hombre todo lleno de Dios. Aprendió en el mes de ejercicios el trato con el Señor, que le fué tan familiar andando el tiempo, de suerte que sus delicias eran la contemplación de las cosas divinas y de las criadas con relación á los atributos divinos. Y no menos de considerar es cómo desde entonces se vislumbraba va en él el celo de las almas; pues circunscrito á sólo noviciado procuraba á sus connovicios santo entretenimiento, introduciendo en las recreaciones conversaciones de cosas espirituales y contando piadosos y agradables ejemplos con que alababan á Dios. Así lo recuerda alguno de sus compañeros de aquellos días, que nos lo ha contado. Y para concluir lo que vamos narrando, resumimos que la vida suya en los dos años de noviciado se mostró ansiosa de ejercer toda virtud al modo que usa la Compañía, de emplearse en cuanto la santa obediencia le mandara, de menospreciarse á sí mismo en todas las ocasiones que se le presentaran, que no fueron pocas.

37. Viéndole los Superiores tan en sazón, le concedieron con mucho gusto los primeros votos llamados del bienio, que pronunció con aquel ánimo y vigor que le eran característicos é indecible consolación de su alma. Dichoso se contemplaba ya por la entrega que de sí propio había hecho al Señor y sus ansias desde este día se dirigieron todas á mantener

firme la oblación, que ante el altar levantó al Trono divino. El día trece de junio de mil ochocientos setenta y uno fué el día feliz.

38. No estudió ni aun repasó, según aparece de los catálogos en el segundo año de noviciado, ni gramática, ni humanidades. Sin duda alguna entendieron los Superiores que un joven del carácter v tendencias apostólicas del H.º Conde debía radicarse bien en la abnegación de sí mismo en el noviciado, sin distraerlo en nada con estudios. Y nos confirma este juicio, verle en el catálogo de 1871 á la cabeza de los novicios v á su hermano Francisco, entrando el mismo día que él en la Compañía, con los que estudiaban humanidades. Acaso también al H.º Juan detuvieron más en el noviciado sin dedicarlo al estudio, porque había cursado con aprovechamiento las humanidades y retórica en Salamanca. Pasó á estudiar al concluir el noviciado segundo año de retórica con el H.º Luis Martín, hoy Prepósito General de la Compañía, que entonces la enseñaba en Poyanne á los juniores con ya fama bien merecida de retórico. Del aprovechamiento del H.º Conde en las buenas letras, da buen testimonio presentarse con frecuencia á recitar versos en las Pascuas, según se acostumbra, en las profesiones, en las recepciones de algunos Prelados que visitan la casa, en las academias de retórica ó de declamación y siempre que había que congratularse en la venida de algún Padre grave de nuestra provincia ó de algún extranjero muy respetable. El H.º Conde estaba presto para complacer en esto á la menor insinuación del profesor ó del P. Ministro de los juniores. Su buena voluntad y su lozana imaginación hallaban modos agradables para con sus composiciones á todos satisfacer. Si alguna vez era aplaudido, levantaba entonces el corazón á Dios al oír las alabanzas y se quedaba tan sereno como si á él no se dirigiesen. Tan radicado estaba va en el propio conocimiento. Pues sabía que si algo bueno había en sus composiciones, todo era de Dios y que los defectos debían atribuirse al H.º Conde.

CAPITULO VII

Estudios de filosofía y teología. Ordenación. Tercera probación.

39. En dos años estudió la filosofía, pues como va en el Seminario de Salamanca la había cursado con loa, juzgaron los Superiores que en dicho tiempo podía preparar bien el examen de toda ella, como, en efecto, lo preparó. Principió á estudiar teología en Veruela, en la provincia de Aragón, en el curso de 1878 á 1879, el segundo curso estudió en Tortosa v otros dos en nuestro Colegio máximo de Oña. La causa de mandarle á estudiar á la provincia de Aragón, teniendo como tenía la de Castilla estudios de esa facultad en Povanne, fué sin duda alguna la delicada salud del H.º Conde. Padecía de humores escrofu-

losos, como hemos dicho, v del estómago, v los países húmedos como las Landes en donde está sito Povanne, no son favorables para curar dichas enfermedades. Y por más que los Superiores procuraban aliviárselas, obligándole á tomar baños de mar todos los veranos y otros remedios, la enfermedad, sin embargo, no cedía. Hubo para mejorar la salud de cambiar de clima el último año de su magisterio, vendo á enseñar al colegio del Puerto de Santa María, en la provincia de Cádiz: vivió siempre muy agradecido á los Superiores por estos cuidados, según se expresó

varias veces.

40. Tomó con avidez los estudios. Mostró buen ingenio en los círculos con agudos argumentos y defensa sólida de las proposiciones que sostenía y en las soluciones que daba A lo que se le oponía. Entre sus condiscípulos gozaba fama de buen estudiante, como lo hemos oído de boca de uno de los sobresalientes de su curso. Estudiando en Tortosa se ingenió de modo que el P. Ministro de los teólogos le concediera licencia para estudiar, durante la primera mesa de la cena, por tiempo determinado. El mismo día que se le concluía, al tocar á cenar, se presentó con humildad, como él decía, al mismo Padre á reiterar In licencia para seguir estudiando. Así que nenbó de exponerle su deseo, el P. Ministro porque ó estaba de prisa para bajar al refectorio, ó porque entendió que al estado de salud del suplicante no convenía prolongar en aquella hora el estudio, le respondió en catalán weo y aspero "Sa cabat,, al que el obediente teologo nada repuso. Solía contar en gráficas pulabras este paso, que se le quedó muy en

la memoria para demostrar, no solo el carácter catalán, sino también cómo una respuesta dada á tiempo, evita en los escolares ciertos fervores de estudios, que suelen mezclarse á veces con honra vana. De todos sus condiscípulos era muy querido, por su amena y grata conversación en que se le ocurrían peregrinas ideas, que enunciaba con la galanura propia de su fecunda imaginación y por su caridad igual para con todos, á todos hablando de buen grado y á todos ayudando en cuanto podía. Así es que los condiscípulos suyos de Aragón al punto le servían, cuando en años posteriores ocurría escribirles para cualquier encargo y de la contestación se notaba el aprecio grande

en que le tenían.

41. Uso es en los colegios de estudios de la Compañía que los estudiantes salgan los domingos, por la tarde, á enseñar la doctrina cristiana por los pueblos y aldeas del contorno, como á una legua de distancia. Durante los estudios de filosofía, por vivir en Francia v no estar del todo corriente en la lengua, hubo el H.º Conde de ofrecer á Dios el deseo de avudar á los prójimos franceses. Pero así que estuvo en Veruela, como era uno de los que más se distinguían por su celo de salvar las almas, fué señalado por el R. P. Rector para dedicarse á peregrinar los domingos por aquellos pueblos aragoneses lindantes. No sólo explicaba la doctrina á los sencillos labradores de los lugares, sino que concluía la función con plática fervorosa, que no poco movía á los oventes á seguir los buenos caminos. Las gentes, que le oían con harto gusto, se le aficionaban hasta atreverse á proponerle las dificultades que se les ocurrían. Sucedió que

una tarde se le acercó una buena mujer y le habló de esta manera: "Cómo es que en lo antiguo había aquellos Santos Cristos grandes, tan devotos v venerados con mucho amor por las gentes, y ahora se contentan con esos cuadros chicos de caras lindas y peinado bonito?... Gracia no poca causó al H.º Conde el dicho de la mujer, á quien respondió: "los tiempos son ahora otros, distintos de los antiguos: hov se venera en esos cuadros al Sacratísimo Corazón de Jesús, que en último resultado es el corazón de aquellas imágenes grandes, que á V. tanto gustan v á mí agradan sobremanera... Comentos largos hizo de la ocurrencia de aruella aldeana, como que ledaba por su gusto v devoción. Pues ante una estatua grande de nuestro Señor Jesucristo se sentía movido á piedad v deseaba que todos la reverenciasen. Cuando en las misiones lograba que se llevara en procesión una de ese tamaño, ó se colocara en el altar mayor de la iglesia para presidir los actos de las mismas llevándola al campo, en que se predicaba, que rebosaba de gozo, v juzgaba que el fruto era seguro.

42. En Oña siguió el mismo rumbo. Nada le acobardaba tratándose de llevar almas á Dios. Hay en aquellas cercanías un pueblo de mala fama, motivada, con razón, por dos ó tres personas allí de viso, que desean vivir sin freno de ninguna clase. A enseñar la doctrina en este pueblo fué destinado nuestro H.º Conde, y aunque la primera vez, que á él llegó, los mozos aguijoneados, sin duda, por malvados, que escondían la cara por no aparecer descreídos, siendo, como alguno era, autori-

dad, intentaron impedirle el paso á la iglesia con palabras y silbidos, no lograron su propósito. Por recto camino se dirigió al templo, estando en él cuanto le pareció, entretenido con la enseñanza de la doctrina á que asistieron los mismoa, que le quisieron perturbar Les predicó, les ganó para Dios. Porque aquellos incitadores se le acercaron después de algunos días, hicieron con él las paces, se le mostraron amigos y deseaban hablarle todos los domingos. A otros Hermanos sscolares habían insultado y cerrado el camino para que no entraran en el lugar. Verdad es que Dios le había otorgado la gracia de mover los corazones particularmente los de los mozos. El Señor sea bendito.

43. Desde luego se notó en el H.º Conde, ya en el noviciado, ya en el estudiantado, fervor y celo en su predicación. Las improvisaciones, que se acostumbran por turno predicar los domingos ante los condiscípulos y el Perfecto; las dominicales, que con tres días de anticipación, sin dejar la preparación de las clases y de los círculos. suelen predicar los estudiantes ante la comunidad; revelaban por la energía y afecto con que las declamaba, al futuro hombre de Dios, que tan gran número de almas había de convertir. Concibieron muchos, que le oyeron, que había de ser misionero de verdad, que movería al auditorio con unción divina al amor de su dueño y

Señor. Así fué, no se engañaron.

44. No impedían las excursiones apostólicas en lo más mínimo al H.º Conde, cuyo nombre por aquellos pueblos comarcanos de Oña era ya notorio, el estudio de la Teología y de las otras materias, que suelen ir á él uni-

das. Estudiaba sin perder tiempo y hubiera creído faltar á su obligación, si se distrajera en otros estudios, aunque útiles, por no ser á los que por la santa obediencia estaba destinado. Manifestaba va entonces su afición á los Santos Padres, estudio tan propio de los teólogos tomado con la proporción debida, De esta afición del P. Conde es buen testigo uno de sus condiscípulos. Por lo cual, corriendo el tiempo, recibió las tesis para el último examen de filosofía v teología, con mucha alegría de su alma por ver cerca va el día de coronar con el laurel de la victoria el curso de sus estudios. En efecto, en el año de 1882, pocos días antes de la fiesta de San Ignacio, sufrió examen de dichas facultades, respondiendo juiciosa y acertadamente á cuanto le preguntaron y solventando con claridad las objeciones, que maestros entendidos le opusieron.

45. No descuidó durante los estudios los ejercicios espirituales, ni por apurado que estuviera para preparar las lecciones y los argumentos, mermó tiempo á la oración, á los exámenes y lecturas espirituales. Su vida interior se había ido robusteciendo desde que salió del noviciado y adquiría de día en día el carácter propio del hombre serio, que conversa con Dios llana y sencillamente, procurando el propio vencimiento sin apariencia exagerada. Así es que al concluir el tercer año de teología fué propuesto por los superiores para recibir el sacerdocio. Poco hubo de prepararse, quien andaba tan diligente en su aprovechamiento espiritual. Redobló, sin embargo, el recogimiento y conversación con Dios é hizo los ejercicios como se acostumbra,

pocos días antes de recibir los sagrados órdenes. Qué pasara en su interior, no lo dijo á nadie. Pero sin duda alguna debió recibir grandes consolaciones y acaso alguna lumbre interior, sino algo más que le certificaba que era verdadero sacerdote, como adelante se dirá. Le ordenó de mayores en Oña el señor Arzobispo de Burgos, D. Anastasio Rodrigo Yusto, que siendo Obispo de Salamanca le había confirmado en Villarino. La prima tonsura y órdenes menores recibió en Poyanne de

un Obispo misionero nuestro.

46. Los pocos días que pasaron desde la ordenación hasta que celebró la primera misa, mucho se encomendaba á Dios, ardiendo en deseos de tomar en sus manos al mismo Señor, que nació de Madre Virgen y que-padeció y murió por nosotros. Celebróla en Oña con extraordinario fervor, que nunca perdió. Al ponerse los ornamentos sagrados para subir al altar, parecía que se transformaba. El semblante se cubría con modestia, al parecer, más que humana, como de persona llena de la presencia divina; el andar era tan grave y apacible, que revelaba el gran concepto que su alma encerraba del misterioso acto que iba á ejecutar. Bastaba contemplarle revestido para decir misa, que desde luego se sentía uno movido á devoción y al amor de Dios.

47. Concluídos los estudios, dispuso San Ignacio en las Constituciones, que pasaran sus hijos un año ejercitándose en las virtudes, como se acostumbra en el noviciado. Llámase este año de tercera probación y en esta escuela del afecto, si durante los estudios hubiera enfriádose algo el calor de la devoción, se vuelve á templar y el edificio de la perfección,

que comenzó á levantarse en los dos años de noviciado, recibe empuje grande, para que, mientras se viva, llegue con la gracia de Dios á la altura v hermosura debidas. Alegróse en gran manera cuando conoció la voluntad de los Superiores de que en Manresa pasaría el tercer año de probación, no sólo porque su espíritu ansiaba el retiro, sino porque le parecía ver á nuestro santo Padre en aquella cueva y en aquellos sitios, que nos cuenta su historia, entregándose á toda perfección v estimulándole á que le siguiera. Al pasar por Zaragoza para ir á Manresa celebró el santo sacrificio de la misa, y no con poco gozo de su alma, en aquella célebre capilla del Pilar, en donde tantos favores ha dispensado la Santísima Virgen, nuestra Madre, á sus devotos hijos. Salió del templo del Pilar el Padre Conde muy animado para servir á la Señora y á no despreciar momento de adquirir las virtudes en el año de probación, que iba á empezur, en todos los de su vida. Tuvo por instructor de dicha probación al P. José Pujol, hombre muy observante v amigo de observancin. Con esto dicho se está que el orden es en nquella casa exacto v que los tercerones, que and se llaman los que están en tercera probución, siguiendo el ejemplo de su instructor, se entregan de lleno á buscar á Dios de todos modos. Solía decir el P. Conde del Padre instructor: no ordena cosas de mayor ca-Illire, pero es como una lima sorda, que va mortificando hasta el punto deseado. De Manrum milió pertrechado de las armas, que manom después con destreza en las muchas peleur que hubo de sostener, mientras vivió, con carlas clases de personas visibles é invisibles.

Y le fueron bien necesarias. Porque las palabras del P. Conde sabían á los malos como reialgar v á los demonios movían á oponerle estorbos en varias partes. Visitó, estando en Manresa, á Nuestra Señora de Monserrat con mucha devoción, y en aquel santuario, á imitación de nuestro P. San Ignacio, se ofrecería del todo á Dios por la salvación de las almas. No se nos olvide narrar como en Manresa se ejercitó en enseñar la doctrina v predicar de vez en cuando á las Hijas de María y platicar á monjas con mucho provecho de cuantas le escuchaban. Por aquel tiempo se dirigían á Monserrat varias peregrinaciones. y al volver solían algunas entrar en nuestra iglesia. A una de estas predicó con fuego v acierto: dijo tan buenas cosas y emitió tan acertados pensamientos, que el publicista catalán eminente, come pocos, Sr. Sardá, le quedó tan aficionado que no en poco le estimaba. Años después, no recuerdo con qué ocasión, se cartearon y el Dr. Sardá le escribía, no sólo asintiendo á lo que le había propuesto, sino mostrándole buen afecto.

CAPÍTULO VIII

Magisterio antes del sacerdocio

48. Destinaron al H.º Conde, así que se examinó de toda la Filosofía, á enseñar retórica en el colegio naciente de Guichón cerca de Bayona de Francia, en el curso de mil ochocientos setenta y cuatro á setenta y cinco. Las circunstancias azarosas de la guerra carlista obligaron á los superiores á trasladar el colegio de Villaba, cerca de Pamplona, á Guichón, en donde varios españoles emigrados vieron un áncora de salvación para educar á sus hijos, sin haber de llevarlos á otra parte en que pudieran perversirse. Así es que pronto encerró dentro de sus paredes á buen número de jóvenes peninsulares y americanos de familias pudientes, de varios colores políticos. Crecía allí la juventud bien ordenadamente y congratulábanse los Padres, que en él vivían, del buen orden, que se observaba. Verdad es, que el R. P. Superior Bonifacio L. Doncel, reconocido por todos como muy cahallero y generoso, andaba solícito porque la piedad y las letras corrieran á la par con toda gallardía, como en efecto corrían.

49. Tres años de existencia contaba el co-

legio cuando á él llegó el H.º Conde investido con el magisterio de la Retórica, que suele tomarse por los escolares nuestros, como señal de excelencia. Pues fuera de que ocupa el primer puesto en las humanidades, al maestro, que en los colegios de la Compañía la enseña, toca por lo común, no sólo dar clase á los discípulos de este arte, sino también estar dispuesto á improvisar versos en muchas ocasiones, y como atrás hemos apuntado, á preparar, á lo menos, una academia poética durante el curso, unos diálogos ó comedias por Navidad y Carnestolendas y acaso para la distribución de premios. A una salud delicada, como la del H.6 Conde, era mucha carga, sino contara con una voluntad de hierro y energía, como pocos. Con su penetrante mirada conoció el peso, que sobre sus hombros había cargado la santa obediencia y desde luego arremetió sin cejar un instante. Da testimonio de cuán bien enseñaba el H.º Conde el susodicho Superior de Guichón en carta, que me escribió.

50. Trató á los alumnos con buenos modos, por más que su genio vivo y ocurrente le sugería palabras y dichos mortificantes, de que se abstenía, venciéndose, como es justo. En las explicaciones se acomodaba á la capacidad de cada uno, procurando que todos le entendieran. Conocía nuestro ratio studiorum yel arte de aprender y enseñar del P. Juvencio, de algunos ignorado por desgracia. De ellos se valía, acomodándose por necesidad al plan deestudios, que entonces regía en España, para daño crecido del aprovechamiento de los discípulos. Siempre procuraba encomendar los suyos á Dios en sus oraciones y más á los que juzgaba que estaban más necesitados, consi-

guiendo por este medio lo que por otros era imposible. No descuidaba, presentándosele ocasión de lo que explicaba, decir y hacer algunas aplicaciones piadosas, con que avivaba á los alumnos al servicio divino. Y en las exhortaciones de los sábados cautivaba tanto la atención de aquellas aun tiernas plantas, que no se movían, ni hacían ruído con los pies, estando pendientes de sus labios. Verdad es que se preparaba con oración y estudio para ellas. por más que la facilidad de elocución le era congénita y su brillante imaginación le suministraba imágenes con que embelesar á los oventes. En el tiempo de su magisterio no olvidó la vocación á que se sentía inclinado. Cuando leía algún autor de literatura latina ó castellana, en que hallaba una frase, un trozo, un ejemplo, que le parecía que era útil para la predicación en días futuros, lo apuntaba y conservaba, como oro en paño, para el tiempo, que él juzgaba había de llegar de dar misiones. Así acopió muy buenas locuciones, ideas, pensamientos y períodos, que grandemente le sirvieron. Tres años enseñó en Guichon retórica v el cuarto para recobrar la salud quebrantada por los trabajos de la enseñanza y la humedad del clima, fué por los Superiores trasladado al Colegio del Puerto de Santa María con el mismo cargo, que desempeñó á atisfacción de todos. El cielo claro, el sol hrillante de la región andaluza no le curó; pasó, sin embargo, el curso mucho mejor que en el Norte, á pesar del mayor trabajo, que la clase le ocasionaba, por ser más numerosa y los alumnos más inquietos, sobre todo en los illan, que sopla el aire africano. No estando min del todo bien de salud, fué en el curso

siguiente á estudiar Teología á Veruela, en donde el viento seco del Moncayo, á cuya cumbre subió, no poco le mejoró.

CAPÍTULO IX

Preparación en Oña para predicar

51. De la tercera probación en que alcanzó fama de orador en la cuaresma predicada en Tudela de Navarra, de que hablaremos, dispusieron los superiores que se retirara al Colegio máximo de Oña, en donde con buena biblioteca y maestros entendidos, por si le ocurría consultarlos, se prepara de modo sólido para anunciar docta y profundamente la palabra divina, componiendo buenos sermones ó adquiriendo caudal de conocimientos, que le sirvieran para el púlpito en días dados. No desperdició el tiempo, que le concedieron, que en resumen no vino á ser mucho, porque salía con frecuencia á predicar triduos, novenas y sermones sueltos. Predicó este año la Semana Santa en Rodezno, pueblo de la Rioja, con mucho aplauso, y los ejercicios á hombres solos en Pamplona, con el P. José Vinuesa. La fama, que de Tudela voló por aquellas regiones, le hacía desear en la capital de Navarra, en donde oímos hablar de él con mucho elogio y percibimos los ardientes deseos que allí cundían de escucharle, estando ya cerca el día de empezar los ejercicios. No le conocía yo más que de oídas, cuando así me hablaban, hasta que, estando predicando la Semana Santa en Ollauri, me visitó en casa del señor Marqués de Terán. Era entonces el P. Conde bastante delgado, y cuando nos saludamos estaba la habitación con poca luz, por ser ya la tarde caída, y la impresión que su vista me causó no fué muy agradable, por más que la reflexión, por lo oído, me esforzaba á considerarle con la gran-

deza que me le habían pintado.

52. Vivía por este tiempo el P. Francisco Ignacio Cabrera, misionero insigne, hombre de Dios, que obligado á salir de Galicia por causas que no son de este lugar, misionaba aún, á pesar de sus muchos años y quebrantos, por Navarra, y pareció bien á los superiores que el P. Conde le acompañara para irse instruyendo en este modo de ganar almas á Dios. En efecto, le acompañó en dos ó tres misiones. No quedó completamente satisfecho de tan gran maestro, á quien con buenas razones juzgo que ha seguido la mayor parte de los dedicados á misiones en esta provincia de Castilla. Concíbese que al P. Conde no llenara, porque siendo éste de espíritu fogoso, de pocos años y de enérgico carácter, no se avenía bien ni con la suavidad y calma del P. Cabrera, ni con la tolerancia con que miraba al auditorio. Los ancianos no ven tantos pecados como los jóvenes, y al P. Conde se hacía insufrible que los hombres estuvieran mezclados con las mujeres oyendo el sermón, lo cual al P. Cabrera era tolerable. Por otra parte, la energía de éste iba tocando á su fin, y la del otro estaba en toda su pujanza. Uno quería á todo trance, al punto y con fuerza hacer santos, y el otro quería con suaves mo-

dos, por pasos contados.

53. El tiempo que en el colegio vivía era bien empleado en el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres v de los mejores oradores propios v extraños. Leía con avidez las obras de Bossuet, del eminentísimo Cardenal Pie, Obispo de Poitiers, de quien hasta que murió llevó en la maleta un volumen, de San Leonardo de Porta Mauricio, del P. Segnen, especialmente el libro que trata de dar misiones, del P. Calatavud, á quien miraba con mucho respeto y procuraba imitar. Un tomo manuscrito del P. Mendiburu se halló en su maleta cuando murió. Erale familiar el P. Granada v nuestros ascéticos, v de todos se valía, según las ocasiones y circunstancias. Biamonti v Sinischalchi eran del P. Conde muv conocidos. A todos levó v de todos se aprovechó.

54. Ni se crea que en Oña se entretenía solamente con los libros. Pudieran hablar los mozos de la villa del bien que á sus almas hizo, conversando con ellos familiarmente en pláticas expresivas y fervorosas con que los animaba á la virtud ó les retraía de diversiones peligrosas. Se le aficionaron mucho, ansiando estar á su lado los domingos y días de fiesta. El nombre del P. Conde se hizo muy popular y era pronunciado con respeto y devoción. Donde estaba era indispensable el movimiento: nadie podía estar quieto: atizaba para que subieran en la escala que lleva al cielo. Aun

en casa se notó su fervorosa acción en una plática de comunidad con que le honraron á pesar de sus pocos años. Y se explicó de tal suerte en lo que enunciaba y el fervor con que se expresaba era tal, que manifestó ser operario independiente, anunciador de la palabra divina sin miramientos humanos, teniendo sólo por blanco la mayor gloria de Dios y el aprovechamiento de las almas.

CAPÍTULO X

Magisterio después del sacerdocio. Ministerios. Profesión

55. Un hombre de las prendas del P. Conde no podía estar por mucho tiempo encerrado en los montes de Oña. Era necesario para que respirara con toda libertad sacarlo de aquella angostura que le ahogaba y de aquel desierto que mataba su celo y caridad ardientes. A cualquiera parecería que los superiores le dedicaran á la predicación en los primeros púlpitos de nuestra provincia, vistos los triunfos conseguidos en varias partes. Se engañaba. A hombres del temperamento del P. Conde suele la Compañía entretener en varios cargos ú oficios, para que ni las alabanzas, ni los vituperios, ni las tribulaciones empezcan,

Por lo cual volvió al año siguiente, que fué el de mil ochocientos ochenta y cuatro, á aspirar el polvo de la cátedra de retórica en el Colegio de Valladolid. En el siguiente cursó Filosofía en el mismo, y al otro se trasladó con los profesores de estudios superiores al Colegio de Deusto, cerca de Bilbao, en donde enseñó Historia crítica de España, y continuó con el cargo de Padre espiritual de los alumnos, que había ya desempeñado el año anterior en Valladolid.

56. Podríamos preguntar al presidio de esta ciudad por el celo y trabajo del P. Conde dentro de su recinto, y oiríamos cosas muy edificantes. No sólo con buen tiempo, todos los domingos caminaba desde nuestro Colegio al antiguo monasterio de Jerónimos, llamado el Prado, convertido hoy en cárcel, gracias á la civilización moderna, sino en los días más crudos del invierno, que en Valladolid no escasean, iba indefectiblemente á la hora señalada á explicarles la doctrina, á platicarles y conversar con ellos, consolando á unos y animando á otros. Preparábalos al cumplimiento pascual, siempre que vivió en aquella población, y en algunas festividades confesaba á muchos atravéndolos con la eficacia de su palabra, con el amor que les mostraba y con los beneficios que les hacía. Porque es de saber que el P. Conde alcanzaba de varios señores donativos para los presidiarios. A unos regalaba ropa, á otros cigarros, en la fiesta de la Purísima y en el cumplimiento pascual una buena comida con larga ración de vino y tabaco. Por lo cual era muy querido en el presidio, su palabra servía de regla de vida para aquella gente, entre la que había homicidas,

matones, ladrones y grandes criminales. Sentía el Padre, como muchas veces afirmó, conocer que todos los años se morían algunos de frío, y por más que intentó remediar este mal, no lo pudo conseguir. Se condolía de corazón, cuando á su noticia llegaba algún desmán de los presidiarios, sobre todo, si lo cometían el día de la comunión. Oímosle quejarse amargamente de la tolerancia de algunos empleados, que permitían que en aquellos y otros días fueran visitados por mujercillas, de que mucho malo se podía esperar. Por lo cual, decía que se debía andar con tiento para promover en estas casas v en otras algo parecidas, comuniones generales. Y no hay duda que, va sea en escuelas dominicales de poblaciones grandes, en que hay muchas jóvenes mal entretenidas, ya en círculos de obreros, por temor á que comulguen sacrilegamente, callando pecados en la confesión, ó recibiendo la divina eucaristía después de comer ó beber, no se deben apurar para que reciban los santos Sacramentos, aun en el tiempo pascual. Siempre, en donde quiera que vivió, consideró las cárceles y presidios como lugares, que le tocaban de propio derecho evangelizar. Señal inequívoca de buen hijo de San Ignacio.

57. En estos años se le confió el cargo de Padre espiritual de los alumnos de estudios superiores, que por iniciativa del P. Tomás Gómez principiaron la carrera en el colegio de La Guardia, provincia de Pontevedra, y por circunstancias, que no importa referir aquí, se trasladaron primero á Valladolid y después á Deusto. Espinoso es semejante cargo con tales alamnos, no solo porque lleva

consigo la molestia de predicarles con frecuencia, sino la de confesarlos siempre v cuando lo deseen; y, lo que es más trabajoso. tener á todas horas la puerta del aposento abierta, para que entren á proponer cuanto les parezca, en orden á su espíritu ú otras cosas. Quien no lo ha experimentado, no entiende fácilmente las molestias, que acarrea. Cuando más entretenido el Padre espiritual se halla, ó en la oración ó en el estudio, oye que llaman á su puerta, y decir "adelante, es forzoso, es obligatorio. Unas veces es con necesidad verdadera, para sacar á un alma de dudas ó angustias, y otras es el deseo de un joven de interrumpir su estudio, que hastío le causa, hablando con el Padre espiritual, único con quien puede, además de los Superiores, sin faltar al orden establecido. Y hay que, por lo común, oirlo con paciencia y sin descubrirle que conoce sus mañas y aguantarle un precioso tiempo, que bastaría para rezar el oficio divino ó hacer otra cosa indispensable, que después le mermará el sueño.

58. Y no sólo esto, sino que ha de conversar el Padre espiritual de cuando en cuando con cada alumno en su cuarto, para tratar de las cosas de espíritu, y del modo de proceder en todas sus acciones religiosas, escolásticas, domésticas y sociales. No hay para que encarecer la importancia de esta comunicación, que forma al alumno en el buen orden interior y exterior de su persona en todas las relaciones en que, durante su vida, se pueda hallar. Y colíjase de todo, cuanto al Padre espiritual se allegue de mortificación para cultivar plantas tiernas, que mientras están en su presencia, prometen

y se muestran accesibles á la virtud y cuando se vuelven á juntar con otros, desaparecen con frecuencia los buenos pensamientos concebidos de enmienda de los malos hechos y de proseguimiento en el camino recto del bien. Al P.Conde siempre hallaron los alumnos dispuesto á recibirlos y consolarlos; oíales con paciencia y mansedumbre y á veces con aquellas salidas propias suyas muy originales se quedaban sin saber qué responderle y consolados.

59. No olvidarán los alumnos de aquel tiempo las pláticas espirituales, que el P. Conde les predicaba. La juventud era su elemento v con ella explayaba su corazón para cautivarla y meterla en el cielo. Así es que de los alumnos de Deusto hacía cuanto quería. No ponían semblante adusto á lo que les proponía el P. Conde. Concibió la idea de que los jóvenes estudiantes le acompañaran á visitar enfermos pobres. Su propósito no era sólo entretenerlos en ciertos días de asueto, para que no pensaran en personas y cosas no santas, sino para que viendo y palpando las miserias de los pobres en sucias y asfixiantes bohardillas, aprendieran á estimar lo favorecidos, que eran de Dios, abrieran las bolsas en pró de aquellos menesterosos y consolarán con su presencia á los afligidos. No se puede narrar cuanto agradaba á los caballeros escolares, hijos de ricos padres, algunos de la primera nobleza de España, semejantes actos de caridad. Ansiaban que llegara el día de la visita, que siempre les era provechosa. No descuidaba el P. Conde, vendo con sus escolares, aprovechar la ocasión, y en sólidas y breves reflexiones les ponderaba el precio de la limosna, insinuándoles que la dieran aún á costa de sacrificar alguno de sus caprichos y mostrándoles el amor de Dios para con ellos por haberles colocado en posición de tanta abundancia de bienes. Por lo que los alumnos de Deusto amaban al P. Conde, como un hijo ama á su padre y de ellos consiguió lo que á

pocos ó ninguno ha sido dado.

60. También los llevaba alguna vez que otra á la zona minera en días, que no había clase. Trabajan en ella miles de hombres de toda España y es común en los presidios, al preguntar al que cumple para donde quiere el pase, responder, para las minas de Bilbao. Reúnese por tanto en ellas mucha gente desalmada v alguna buena. El P. Conde, á quien concedió el Señor gracia para tratar con bravos v perversos, juzgó que no sólo él debía hablarles, sinó también sus escolares. Porque aquellos hombres, que la mayor parte del día viven debajo tierra, al encontrarse con caballeros jóvenes y dadivosos, no podían menos de rendirse á conversar con quien tan agradable v generosamente se les mostraban. No se engañó. A pocas veces que por allí aparecieron, regalando cigarros y otras cosas, se amansaron aquellos desgraciados, ovendo con gusto á los escolares cuanto les decían, prestándose sin repugnancia á la asistencia de la exhortación, que el Padre les hacía al aire libre. ;Con qué ardor les predicaba! ¡Cómo penetraba su palabra en aquellos hombres! Dios sólo sabe el bien, que hizo en las minas. Admiraban los mineros al P. Conde, le querían de veras y si hubiera seguido cultivándolos, se desterraría de aquellos sitios el anarquismo en que se hallan envueltos. Dios los ilumine v ampare.

61. Por este tiempo y en aquellos sitios. dedicado el P. Conde siempre que era compatible con la clase que en Deusto explicaba á procurar la mayor gloria de Dios, se vió envuelto en un juicio criminal, nada menos que acusado de ladrón en despoblado. El caso pasó de esta manera. No podía el demonio sufrir que la predicación y tenor de vida del Padre corriera sin estorbo. Y para ello se valió de un protestante que por aquellas tierras, tan clásicas antes de catolicismo, andaba vendiendo biblias y evangelios como suelen. Este infeliz estaba, si no me es infiel la memoria, cerca de Güeñes, rodeado de unos muchachos que tenían en las manos dicha mercancía, y pasando por allí el Padre le preguntaron si los rompían, á lo que contestó que como quisieran. Como los muchachos lo hicieran rabió el protestante de coraje y se vengó con denunciarle al juzgado de Balmaseda, quien en los tiempos presentes admitió la denuncia, que en otros no hubiera oído. A uno menos animoso afligiría semejante hecho: al P. Conde nada turbó, aunque se presentó al juez de instrucción para evitar contiendas. Este percance le movió á estudiar la lev de enjuiciamiento criminal y el código penal para defenderse por sí mismo, no fiándose en su inocencia ó inculpabilidad. Decía: en el tribunal valen mucho los artículos del código, es lo que vale. Manifestó su entereza con tal denuedo ante el juez y habló con tal claridad v conocimiento del asunto, que obtuvo justicia por completo. Podría haber perseguido al protestante, como reo de injuria y calumnia; le perdonó con generosidad. Así quedó vindicada la honra del Padre, el demonio confundido y el protestante, si tuviera juicio, debía estar agradecido á quien intentó deshonrar calumniándole con tanta vileza

62. Mientras enseñó en Valladolid, vino de nuestro M. R. P. General la delegación para recibir la profesión de cuatro votos al Padre Conde, el día quince de agosto de mil ochocientos ochenta y cinco. Profesó solemnemente en la misma ciudad, con mucho consuelo de su alma, en dicho día. La admisión á la profesión solemne es el mejor testimonio de virtud y letras que la Compañía da á sus hijos. Por ella se ligan tan estrechamente uno y otra, que empieza, desde el momento de profesar, á ser miembro principal de este armonioso cuerpo que llamamos Compañía de Jesús, de quien, por más dañado que esté, no se desprende hoy sin la intervención, á lo menos aprobativa, de la autoridad del Sumo Pontifice. Ligado así con la Religión, procuró haberse como un buen hijo suyo. Y el P. Conde desde entonces redobló más v más su ansia de trabajar en la salvación de las almas, su observancia regular y su obediencia á los superiores por costosa que fuera.

CAPÍTULO XI

Retiro en Comillas

63. Varias v multiplicadas veces, recibido el sacerdocio, había manifestado el P. Conde sus relevantes dotes de predicador celoso de la salvación de las almas. Urgía va en mil ochocientos ochenta v siete, siguiendo la norma de nuestro instituto, no detenerlo más en la enseñanza de nuestros colegios. Por lo cual cesó de enseñar, no sin sentimiento de sus comprofesores, que perdían un excelente companero, y de los discípulos, que en aquel curso ansiaban oirle, y de cuantos se valían de su talento y virtud en Deusto, para ser guiados en las vías del Señor. Destinóle la santa obediencia al Seminario de Comillas, en la provincin de Santander, que aun se estaba edificando, para acompañar al P. Gómez, su fundador, confesar y dirigir á los Hermanos coadjutores que en él moraban, trabajar en el aprovechamiento de los fieles de aquel contorno y dar la ultima mano á su preparación apostólica. Por lo que decir le oímos, vivió muy contento en aquella soledad, tanto por lo que mira á los de cusa, como á los de fuera. Los Hermanos condintores recuerdan lo que les decía para alentarles en la virtud, consolarlos en sus aflicciones y disponerlos á toda perfección. Al darle cuenta de su proceder en la oración, exámenes y en todas sus obras, abrían su corazón sin dejar repliegue alguno. Eran por el Padre oídos con mucha atención, circunspección y caridad, quedando muy satisfechos de cuanto les decía y animosos para vencerse á sí mismos en toda ocasión que se les pre-

sentara. 64. En la iglesia parroquial de Comillas, predicaba muy de continuo con fervor y celo para aquellas gentes desconocidas, quedándoles muy impresas las sentencias que con energía y suavidad pronunciaban sus labios. Todas las parroquias de la redonda participaban de tanto bien y en todas plantó el P. Conde con profundas raíces su nombre y ciencia, para mucha honra de la Compañía. A las monjas Carmelitas de Ruiloba no poco ayudó en días bien azarosos para la comunidad, que pudiendo y debiendo vivir con desahogo, vivía en estrechura tal que, según se decía, murió de inanición una monja fundadora, de ilustre prosapia. No tenían qué comer, á pesar de que la fundación subía á dos millones, según de público se decía, que les gastaron en edificar el convento, dejándolas sin dote para mantenerse y una deuda de diez mil duros, que reconocieron por no hablar. El P. Conde no les podía aliviar con estipendios de misas, como varios sacerdates de la comarca hicieron; pero las ayudaba confortándolas con sus palabras, procurando con su elocuencia que se resignaran en los juicios de Dios, que por aquellos malos trances las obligaba de una manera ó de otra á pasar. Y con su agrada-

ble v persuasiva conversación les quitaba la tristeza, daba lugar á la esperanza, abría para las monjas un horizonte bonancible, que no tardó en alegrar aquellos corazones tan buenos y amantes de su divino Esposo. Al anunciarse en el torno el P. Conde, la madre portera, que suele ser una de las más graves de la comunidad, se regocijaba, al punto comunicaba la noticia á la que primero hallaba; la noticia corría y las monjas se ponían en movimiento con el orden debido, unas veces para el confesonario, otras para el coro y algunas para ambas partes, según las necesidades. Reconocidas estaban al P. Conde las monjas de Ruiloba y de ello daban buen testimonio siempre que se le presentaba ocasión. Tampoco las olvidaba él y después de algunos años, al fin de su vida, las recordaba como á personas de sólida virtud, de mucho sufrimiento, avezadas á llevar sobre sus hombros la cruz de Jesucristo, Señor nuestro. Solían escribirle alguna vez, ó consultándole asuntos de sus almas ó del convento, á que contestaba pronto y con cariño.

65. Empleaba el tiempo que los ministerios le dejaban libre en estudiar, leer, apuntar sentencias y comparaciones, que consideraba de interés para la predicación. Buenos ratos pasó con el libro en la mano, ora abierto, ora cerrado, ya sentado, ya en pie junto á la mar. De cuando en cuando elevaba los ojos al cielo para pedir la inteligencia de lo que leía, y otras, después de contemplar la mar, para alabar al Señor y darle gracias por el imponente elemento, que á su vista presente estaba. En días en que el mar se alborotaba, se complacía mucho en mirar el ímpetu de las olas,

poco antes de estrellarse en las rocas. Parecíale que el espectáculo era sublime y aquella agitación y acelerado movimiento y desaparición del fenómeno le sumergían en meditaciones profundas de la grandeza divina y de la humana pequeñez. Allí encendía su imaginación viendo tan varias oleadas, aprendiendo también á pintar con subidos colores la naturaleza, las pasiones humanas y los castigos eternos.

66. Un año pasó en Comillas, sufriendo lo que es consiguiente á una fundación de aquella clase. Aún el Sr. Marqués no hacía la costa á los de la Compañía que en el Seminario moraban v excusado es añadir, que si allí no faltaba nada para conservar la vida, no abundaba. Nunca el P. Conde se queió de sufrir pobreza en aquella casa, antes se regocijaba, al recordar aquellos días, de que Dios le otorgara la gracia de poder ser y aparecer pobre. como se lo había prometido ante los altares. La soledad de Comillas sirvió de mucho á su espíritu para aprender á vivir en todas partes. en colegios, en residencias, en que viven pocos de los nuestros. En el tiempo que allí vivió, se dispuso más inmediatamente al ministerio apostólico, repasando lo que en Oña y otras partes adquirió, amontonando además nuevos caudales, de que, como de arsenal bien abastecido, echaba mano para predicar aunque fuera de repente.

67. Al año siguiente, ó sea en el curso de 1888 á 89, volvió á Valladolid, en donde vivió sobre dos años y medio; otro medio estuvo en Palencia, y en el curso de 1892 á 93 lo trasladaron á Carrión, como á casi todos los operarios, que de las residencias salían á traba-

jar. Desde esta época se ve en los catálogos con el cargo de misionero, bien merecido por cierto, hasta que entregó su alma á Dios.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Concedió Dios al P. Conde gracias propias de misionero

1. Dotóle el Señor con cuerpo bien proporcionado en todas sus partes. Era de estatura regular, ni grueso ni flaco, cara expresiva v larga, reflejo del tipo árabe; ojes penetrantes, que brillaban en el fervor de la predicación y nyivaban y encendían á cuantos, durante ella, miraba. Se movía con prontitud v gallarilla. Su presencia en el púlpito imponía respeto a los audaces. Resistía las fatigas sin cananncio notable; parco en el comer y dormir ne neomodaba á las circunstancias, de suerte que en este punto para él todo estaba bueno a todo le contentaba. El color de su rostro ora en los últimos años de su vida moreno, sin duda à causa de no guardarse ni de fríos ni de calores, se dejaba entrever que en la juventud debleran pintarse en toda su faz las señales del temperamento sanguíneo, aunque ahora un cutaba con el bilioso combinado. Tal es el condro que pinta al P. Conde en los postreros allor de su vida. Era por tanto agradable su persona.

2. Y hacíala más la viveza de sus conceptos, la energía de su expresión, la inventiva de su galana imaginación, tan propia de los de Villarino, que abunda en genios decidores, chuscos ú ocurrentes. Gozaba de buena memoria para retener cuanto juzgaba conveniente á la predicación, aunque de otras cosas se olvidaba con facilidad. De su entendimiento va hemos hablado bastante en los capítulos de los estudios y sólo nos toca añadir aquí para formarnos idea de su prontitud en concebir, que enlazaba con destreza las circunstancias, que observaba, aun estando predicando, con el núcleo de su oración. Dando misión en Santa Marina de Castro de Amarante, en el obispado de Lugo, predicaba una tarde del juicio final. Principió á tronar como suele por allí á últimos de mayo, aprovechó con tanto acierto el fenómeno natural, que aquel concurso, que no bajaría de doce mil personas en este día, se olvidó de que la lluvia le calaba, y pendiente de los labios del predicador, no á los truenos, que oía, sino al tronido de la justicia divina, principió á temblar y derramar lágrimas como si fuera un niño. La voluntad del P. Conde era de hierro y como concibiera un propósito y se le aprobara, ponía manos á la obra, y sin acobardarse por los estorbos le llevaba á cabo.

3. Dejamos para el último la voz por figurarnos que descritas las cualidades y dotes de cuerpo y alma del P. Conde, fácilmente se colegiría que el instrumento en que se manifiestan ha de serle correspondiente. Su voz era de mucha extensión. Parece increíble que se oyera en lugares tan distantes de donde predicaba. Daba misión en San Pedro de Lei-

rado, obispado de Orense, v un anciano imposibilitado para bajar al campo de la misión por sus pocas fuerzas, le oía con distinción de palabras y sentencias, junto á la casa de su morada, que distaba del púlpito más de media legua. Súpose lo que pasaba por él mismo, porque vendo por allí una mañana el P. Conde entretenido como acostumbraba con la oración y la biblia, se le adelantó el buen viejo diciéndole: "Gracias á Dios que veo al Padre misionero, porque oírle, sí le he oído., No dejó de llamar la atención al Padre semejante dicho y le preguntó qué había predicado. Habiendo contestado con acierto, excitóle el misionero á que se confesara y sin apartarse del sitio le confesó: Dios sea alabado. Cierto es que muchas veces le oímos á la distancia de un kilómetro, no sólo cuando levantaba la voz, sino cuando en tono medio la emitía.

4. Su voz era clara con timbre argentino. ni delgado, que á voz de mujer se asemejase, ni duro, que causara desagradable impresión al oldo, ni áspero, que estremeciera. Era voz de cuerpo bastante para aterrar en casos neresarios, y suave para animar á contrición de los pecados y al amor divino. Quien le ovó al un del sermón, con el crucifijo en mano, se acordará que con su voz fuerte obligaba á los nyentes à postrarse en tierra sin darse cuenta de lo que hacían y después, suavizándola, los movía á lágrimas. Resaltaba mucho este modo de obrar en el acto de contrición, que hacía en el sermón primero, que predicaba sobre milvar el alma. Preguntaba al auditorio, si querían á Jesús y, como suele acontecer, respandía con voz baja y temblorosa "que le que-No se contentaba con esta respuesta

por parecerle que la daban por compromiso ó miramiento humano, y hablando con el crucifijo decía: "No os quieren, Señor, porque responden con temor., Volvía á insistir con la misma pregunta y las voces salían vibrando al aire con fuerza. Inclinado un poco sobre el púlpito, en voz alta les preguntaba: ¿Y para qué lo queréis? ¿Para crucificarle como los judíos? Ahí le tenéis, seguía diciéndoles, y se lo alargaba. Y como respondieran que no, que le querían para amarle, suavizaba la voz y modulaba tan dulcemente que sus palabras penetraban en los corazones de todos.

5. A estas gracias naturales, que Dios le otorgó, añadamos las que, con la gracia divina ayudado, adquirió ejercitando las virtudes que en la Compañía, siendo observante, se consiguen: paciencia, amor al trabajo, ansia de la salvación de las almas, ó sea celo de que amen á Dios, y muchas otras de que en el discurso de esta obra hablaremos, y sacando de todo lo dicho una recta conclusión, afirmar se puede sin temor de que se nos tache, que el Señor concedió al P. Conde gracias propias de misionero.

6. Porque pudiendo Dios para salvar las almas valerse de muchos medios, á nosotros desconocidos, es cierto que en su providencia ordinaria usa los proporcionados. Conviene que el predicador, como enseñan los maestros de oratoria, y mucho más el misionero, por creerlo las gentes ser extraordinario, impresione bien al auditorio al presentarse en el púlpito. Se puede decir que basta con esto para cautivarlo, si no del todo, en gran parte. Es, por tanto, necesario que la persona del misio-

nero, no sólo no repela, sino que sea agradable. Esta dote es indispensable, como la de hablar con voz, que atraiga y que se deje percibir sin que hava de esforzarse el ovente para entender v que penetre con suavidad en los oídos, como el agua en la esponja. Y como el trabajo del misionero es mucho y fuerte, si se ha de cumplir á ley, exige cuerpo robusto, garganta bien templada, que resista á las variaciones del tiempo, máxime si se dan misiones al aire libre. La garganta del P. Conde parecía de plata, y si alguna vez se le destemplaba, con tomar un poco de leche antes de predicar, volvía á su punto. Dios, por tanto, hizo que aquel cuerpo, que de joven fué débil y de poca resistencia, se fuera con el tiempo y en particular desde que la santa obediencia le señaló por misionero, robusteciendo de

suerte que parecía incansable.

7. Su energía consiguió la completa separación de hombres y mujeres en el campo de la misión, separación necesaria para que el concurso guarde el orden debido y oiga con provecho la palabra divina. No se puede ponderar cuánto alaban por esto nuestras misiones personas, que habiendo asistido á las de otros religiosos, que permiten que estén en donde agrade á los oventes, comparan lo visto en unas y en otras. No es tan fácil de obtener la separación requerida como algunos piensan, Cuántas veces al amonestar privadamente à mujeres, que ocupaban la parte que á los hombres estaba asignada para que se pasaran á la otra, hemos oído "¿qué mal hacemos nqui?, Valía mucho al P. Conde para lograr que los hombres estuvieran en un lado y las mujeres en otro su carácter y viva expresión,

con que impresionaba al concurso, atraía á los oventes v se penetraban de que debían hacer cuanto les ordenaba. Así es que movía al auditorio, compuesto á veces de doce ó catorce mil almas, como á un hombre solo. Parecía empujar con violencia, sin que pudiera ni supiera contenerse siguiendo el impulso, que les daba. Guiaba las gentes á manera de capitán, con el crucifijo en mano, después del sermón, unas veces á una altura, en donde les arengaba, subido sobre una peña, sobre una pared, sobre una mesa, sobre una silla, sobre un taburete y en breves y calurosas palabras imprimía en el alma de los oventes la sustancia de lo predicado, despidiéndolos amorosamente con la bendición dada con el crucifijo para sí, sus familias y haciendas. Así se retiraban muy consolados, bendiciendo al Señor v al Padre misionero, que tanto amor les mostraba. Principiando las confesiones al concluir el ejercicio, no se apartaban de su lado los fieles: se detenían en el campo de la misión, y sentado en un banco, ó en una piedra ó en el tronco de un árbol, rodeado de doscientos ó trescientos hombres, que compungidos con su palabra, no querían marchar á sus hogares sin confesarse con él v descubrirle culpas por muchos años ó de toda la vida calladas. Y aquel hombre, que acababa de predicar fervorosamente, sudando, si tenía que, inmoble permanece hasta las nueve ó las diez de la noche, llevando con prontitud á corazones angustiados la paz, que sólo Dios puede dar, al pronunciar el sacerdote católico él "yo te absuelvo... Bendito sea Dios, que así lo formó para gloria suya y de tantas almas.

CAPITULO II

Cómo apreciaba elcargo de misionero

8. Lo colegiremos por lo que trabajó para hacerse idóneo. No relataremos nada de lo insinuado en la primera parte. Sólo añadiremos que desde que se convenció de que destinado era para dar misiones en esta provincia de Castilla y que sus deseos de ir á los indios del Caquetá eran irrealizables, estudió con más atención que antes á los misioneros distinguidos de algunas naciones, tanto de la Companía como de fuera de ella, antiguos y modernos. No llegaba á sus manos ú oídos libro, que tratara de misiones, que no procurara y leyera con mucho cuidado. Consigo siempre llevaba á Segneri, Calatayud, Manuale operarium S. J., escrito por el P. Henriet S. J. Los hemos hallado en su maleta al registrarla después de su muerte. Los leía y meditaba y de ellos aprendía varios modos de disponer el mulitorio formal y materialmente para consemuir lo que se desea. Cuantas veces, después de leer al P. Segneri, me decía "no se puede va hacer esto ó lo otro: sería del caso llevar nosotros, como él llevaba, un sacerdote, que vaya uno ó dos días delante, para que dis

ponga y ejecute lo que determinemos y no venga sobre nuestros hombros el trabajo de disponer y enseñar cómo se arregla el campo de la misión y otras cosas, que dejan rendido á uno para predicar ese día con alientos,. Su predilección, sin embargo, era por el P. Calatayud, ya porque era español, ya porque á su genio se avenía mejor. El "Arte de hacer misiones, de este esclarecido varón leyó y releyó, dando cuenta de todos sus pormenores y queriendo ponerlos todos en práctica; desde llevar la soga al cuello, corona de espinas en la cabeza y cruz al hombro, hasta las procesiones de penitencia y el asalto. De lo primero dió muestras en un célebre vía-crucis, que anduvo en el monte de la quinta de Gondomar, acompañado de los señores condes de este título, su familia y varias personas, en la provincia de Pontevedra. No es para contar la edificación de aquellos magnates y fieles al verle con semejante librea y oirle en cada estación explicando lo que iban á contemplar. Si siempre le habían considerado como buen religioso, ardiendo en celo de las almas, en este día se les acrecentó la devoción hasta ver en él un santo. Dos ó tres años después conocí en el mismo palacio de Gondomar, cuán cierto es el juicio emitido, por el modo con que la piadosa é ilustre condesa y sus hijos le trataron. Dios les pagó esta devoción, por lo menos, con indicar el P. Conde para la hija mayor un esposo con quien es feliz y la familia toda está llena de satisfacción.

9. Procesiones de penitencia promovió varias; no había misión en que esta palabra y lo que significa no tuviera lugar. Sólo contaré dos. Sea la primera la habida en la Hinojosa

de Duero, provincia de Salamanca, partido de Vitigudino, Obispado de Ciudad Rodrigo. Fué en cuaresma, después de predicar el sermón de la tarde. A eso de las siete de la noche se tocaron las campanas. Se reúnen los fieles llevando muchos faroles encendidos. La mayor parte de los mozos se presentan, aún los de las casas principales, y los de peor calaña con las anguarinas mangadas y ceñidas con cordeles para que no estorbaran al andar: en los hombros de unos se veían timones de los arados, en los de otros pértigas de carros ii otros maderos en forma de cruz, bien pesados; el pueblo entero estaba reunido para la procesión. Principia á desfilar cantando los versos "Suspiros de un alma arrepentida á los ples de Jesucristo, que empiezan: "De un peendor arrepentido, por calles iluminadas con profusión de nuevos ó limpios candiles, y aquellas filas de hombres de todas edades cargados con semejantes cruces, avivan su fe y devoción por cortas y patéticas arengas que a los corazones de tan numeroso y cristiano auditorio encienden en amor divino, siendo espectáculo tierno á los ojos de la piedad, vista gozosa á los de los ángeles, aroma subido de olor delicado en la presencia de Dios. Qué hiciera y qué dijera el P. Conde en esta noche on aquellas calles, no lo describe pluma bien portada. Cuanto de su contento, fervor, celo m diga, es nada. Ni creamos que la penitencin fué solo para los hombres, pues nos enganariamos. Las mujeres, por más que no carunran con maderos, no se quedarían atrás. l'orque el fervor adquirido les movía, de semuro, a mortificación y penitencia. En este pueblo aprendimos los "Suspiros,, que después

hemos cantado en varias misiones y se tiene por tradición en la Hinojosa que son propios

del B. Fr. Diego de Cádiz.

10. La otra procesión de penitencia fué en la Vega de Valcárcel, Obispado de Lugo, provincia de León, partido judicial de Villafranca del Bierzo. El país es montañoso é imposible es, ordenar procesiones de lucimiento, si no van por la carretera general de Madrid á la Coruña, que atraviesa el poblado de la Vega. Subiendo la montaña desde aquí, se halla á dos kilómetros la cueva en que San Froilán, Obispo de León, hizo penitencia.-A la cueva de San Froilán, -clamó el P. Conde -en procesión de penitencia. "A la cueva de San Froilán,, repitieron unánimes los fieles. La parroquia en que está sita, enclavada en el Obispado de Lugo, se llama Ruitelan y pertenece al de León. A la hora convenida, que era la del obscurecer, seis mil personas, en ademán penitente, cargadas unas con cruces formadas de troncos de cerezo de más de diez arrobas de peso, otras con maderos grandes, quienes con faroles encendidos, quienes con hachas: hombres, mujeres y muchachos con los pies descalzos empiezan á desfilar de dos en dos por aquella carretera ancha y bien cuidada como de primera clase, cantando "De un pecador arrepentido,, y como salía la voz de corazones contritos, ansiosos de amar á Dios, resonaba repercutiendo en aquellas montañas en noche apacible de marzo de mil ochocientos noventa y ocho, y encendía las almas de aquellos fieles en deseos de ser todos de su Criador y Señor. Extendíase mucho la procesión yendo de dos en dos, y para evitarlo se colocaron de seis en seis, con lo cual era más

fácil oir al P. Conde, que durante el camino habló al auditorio tres veces de la penitencia de San Froilán en la misma cueva, siendo oído con mucha atención y animándose todos á castigar sus pecados. Cuánto gozara aquella noche el misionero ovendo seis mil voces pidiendo á Dios perdón, puede considerarse. Lo que anduvo, desanduvo, dijo, habló animando á unos, esforzando á otros, consolando á nquellos y estimulando á estos, no hay que ponderarlo conociendo su fervor. La penitencia v el amor divino triunfaban allí aquella noche v el P. Conde rebosaba de gozo contemplando semejante espectáculo. A uno que cargahu pesado madero, le dice: "hombre, pesa mucho,, y oye que le responden "más pesan

mis pecados., ¡Si había fervor!

11. Sobre dar el asalto á la manera del P. Calatayud, hablaba con frecuencia siempre que se trataba de este insigne misionero, más arande de lo que le pinta su historia, como decin el P. Conde. Daba á entender en el modo de hablar que le era grato y que no había inconveniente en darlo. Como no veía inclinado a secundar en esto su plan al compañero, dealatta de llevarlo á cabo, conociendo, sin emnargo, que estos nuestros tiempos no se iguaan a los del P. Pedro en que sin algún estorna entraba por los pueblos y ciudades predi-Ponderaba mucho la fuerza del asalto mun conmover á los pecadores y no dudaba de su eficacia en nuestros días, si se pusiera en planta. Sin duda alguna sintió pesar por mi cimayarlo. Conocía, empero, que por estas maneras de ganar almas, no faltaba nullen le motejara y le tuviera por de menos raler nada le importaba. Según su manera

de ver, usando estos y otros modos se ganaban almas, y las opiniones contrarias no influían en su ánimo para omitirlas. Pensaba que muchos, á quienes no placían, no las consideraban en relación con el conjunto de la misión ó que vivían en un ambiente ficticio, no en el real, que respiramos el común de los

hombres. 12. Como vislumbrara aún de lejos que una cosa pudiera ser causa ú ocasión de menoscabar el lustre de las misiones é impedirle el empleo de este ministerio, ni la hacía, ni se movía del punto de vista en que se colocara. Daba misión en Alaraz, no en Alcaraz, como se lee en el primer número de las "Cartas edificantes,, con poca asistencia de fieles en relación al vecindario del pueblo, que se compone de más de mil almas de comunión. Distraída aquella gente, en los días que allí estuvimos, en holgorios, bailes y convites, á causa de varios casamientos, nada les importaba oir sermones. Aun hubo, sin embargo, sobre quinientas comuniones. Al cuarto día, viendo lo que pasaba, le dijo el compañero: "Será mejor irnos, aquí no ha llegado la hora., Trataron un poco el asunto, y la única razón, que alegaba para permanecer, no era más que el descrédito, que podría venir á las misiones, y ante semejante desdoro no había modo de inclinarle á la salida de aquel desgraciado pueblo. Quería más ser despreciado de aquellos infelices, aquel hombre lleno de celo, que había sido escuchado con suma atención por más de veinte mil personas, que movía con suma facilidad, que abandonar á los de Alaraz, en la provincia de Salamanca, por temor muy remoto de menoscabar el nombre de nuestras misiones. ¡Tanto las estimaba! Su honra

era nada por la de las misiones.

13. Pensaba de continuo en ellas, ó para hablar con más propiedad, en todo veía misiones. Pasaba por un terreno en que observaba campo plantado de árboles altos, con buenas ramas para dar sombra, con excelente pradera para estar sobre ella sentado el concurso, con varias entradas y salidas apropósito para conservar el orden, al punto se volvía al compañero, diciéndole: "qué buen campo para una misión,. Leía un libro en que hallaba un pensamiento que pudiera contribuir al brillo de la misión, llamando la atención de los fieles para encenderlos en amor divino, no se echaba en olvido, se aprovechaha y se empleaba con tino á la primera ocadon. Aprendió del Exemo. Sr. Obispo de Lugo Aguirre el adagio gallego: pol-o rabo d'a culler, vai o gato á ola, agradóle basmnte y á la siguiente misión salió, y salió despues en todas en el sermón de despedida el adagio gallego al dar el aviso de no desprerinr las cosas pequeñas con mucha alegría del auditorio, que siempre se reía admirado de que el Padre supiera y hablara gallego.

Por expresiones, que soltaba en los rimones, manifestaba lo mucho que aprecialaba ser misionero. Porque no creía que el laba ser misionero. Porque no creía que el laba ser misionero el Señor confiere la laba superiores, á quienes el Señor confiere la laba superiores, á quienes el Señor confiere la laba de regir y gobernar este cuerpo la ordenado, que llamamos Compañía de la laba, sino que se consideraba además revestaba con investidura divina, como elegido de la para misionero suyo. Así lo predicaba la malitorio con enérgicas voces en ocasiones

difíciles, para aquietarle, á fin de que oyeran su palabra. Y que fuera un recurso retórico, no me parece muy del caso, habiendo otros muchos medios de darse á entender. "Soy misionero de Dios, exclamaba, Dios me manda como misionero suyo á que os predique.,"

CAPÍTULO III

Modo de predicar las misiones

15. En este capítulo queremos responder á los reparos que algunos ponían á la predicación del P. Conde en las misiones. Nadie puede negar que conocía el arte retórico, pues además de haberlo estudiado de seglar y de religioso; concluída la filosofía, lo enseñó cinco años, como apuntamos arriba. Que el lenguaje que usaba era castizo, puro y propio de la lengua castellana y que construía bien las cláusulas y períodos, no solo para evitar el vicio de los afrancesados, sino también para que resultaran armoniosos hasta que el celo del bien de las almas ó el entusiasmo de lo que decía le forzaban á salir de sí, no considerando más que Dios y las almas, no juzgo que haya oyente suyo que no lo afirme. Determinaba de modo bien inteligible y sencillo la proposición ó tema que se proponía, el cual

solía dividir en tres partes enlazadas, en que campeaba la claridad. En este punto seguía á los italianos. No se detenía mucho en las pruebas, por juzgar que es perder tiempo predicando á una muchedumbre, que la fe cristiana informa aun su modo de vivir. Basta presentarlas en pocas palabras de un modo astringente en que su fuerza resalte, como los altos relieves de nuestros altares, que dan desde luego á conocer el santo que representan. Por lo cual la parte más entretenida, más hermosa y de más brillo de la predicación del P. Conde se reservaba para las aplicaciones prácticas de lo que había expuesto, para los nfectos de su alma ansiosa de la mayor gloria de Dios y salvación de los prójimos. En esta ostentaba la energía de su carácter, la fuerza de su voz argentina, la fecundidad de nuestra lengua y los recursos de su imaginación inagotable. Acometía al pecador por todos lados. estrechándolo de frente sin dejarle resollar, porque con las voces que daba, con la fuerza con que las pronunciaba, con el ademán de todo su cuerpo, con su ardiente mirada ya infundiendo temor, ya confianza, le unía á sí, abligandole á que pensara como él pensaba, á que quisiera lo que él quería, á que se le enregara por completo, aborreciendo el pecado para amar á su Criador y Señor. Había en la misión de Rubián de Abajo acabado de predicar, y sentándose al punto en el confesonario al poco tiempo se halla con varios hombres um cerca de sí que le impiden oir confesiones. coartando con su cercanía á los penitentes para que se expresen con libertad. Contábase entre estos uno de mal jaez, que por homicidio un castigado á Ceuta, de donde no hacía mucho tiempo que había venido. Debió el Padre levantarse de la rejilla en que oía las confesiones, si no era de una piedra, que por allí escaseaban las sillas y bancos, para obligar á que se apartaran de aquel sitio los que esperaban la vez. No hacen en semejantes ocasiones mucho caso de palabras los que desean confesarse, se quedan tan impasibles como si con ellos no se hablara y hay que apelar á otros recursos. En esta noche, según me contaron sacerdotes en la misión de Canedo dada este año de mil novecientos, debió el P. Conde levantar la mano para hacer retirar al bravo licenciado en Ceuta, y así que vió el ademán amenazador, dice con toda humildad: "Pégueme, Padre, pégueme, que más merezco., Añadían los señores que me lo contaron: "Padre, es una fiera; si otro le hubiera hecho lo que le hizo el P. Conde, lo mata., Y un hombre de semejante alma se dejaba golpear! Las palabras del misionero habían convertido aquella bestia feroz en manso cordero (1).

16. En el acto de contrición brillaba el Padre Conde de modo sorprendente. Tomando el crucifijo de la misión en la mano, este apostólico varón se transformaba. Cambiaba el semblante con los afectos, ora terrible como un león, que en la selva ruge, contra los pecadores, ora manso como un cordero para animarlos y atraerlos á toda obra buena. Cuándo preguntaba á las mujeres que si querían á Jesús, si no volveríaná pecar, cuándo á los hombres; y después que respondían en voz alta,

sin lo cual, como hemos dicho, no se contentaba, que querían á lesús, que no volverían á pecar, tomaba el Padre besando al crucifijo un aire cariñoso, que embelesaba á los fieles. olvidándose de los sufrimientos de las rodillas hincadas en tierra rato había. A la acción del P. Conde, á sus dichos llenos de fuego divino. al amor, que al auditorio mostraba en el acto de contrición, no había resistencia, las mentes se iluminan, los corazones duros se ablandan y los blandos se derriten, y al llanto se da rienda en el auditorio, no sólo por mujeres, sino también por toda clase de hombres, incluso la sacerdotal. Cuántas veces para acallarlo á fin de proseguir predicando, hubimos de entrar por entre la gente! Vimos á varios hombres en semejantes ocasiones enjugarse las lágrimas con disimulo ó volverse de lado para que nadie advirtiera que lloraban. El concurso estaba grandemente conmovido. Crecía la moción al contemplar al Padre exhortando a penitencia, dándose fuertes bofetones é Invitando á todos á que le imitaran. Paréceme vatur oyéndole "hagamos penitencia, si queromos salvarnos..., v en seguida se abofeteaba v comunicando el deseo de penitencia al auditorio principia éste á darse en la cara palmadas de firme.

17. En la misión de Novelua, en el obispalla de Lugo, al oirle una niña como de siete á la homos, estando hincada de rodillas con las minor puestas al modo que acostumbran en lleia y llaman "manos derechas, principia lleia y llaman "manos derechas, principia lleia y llaman tiernas, que cuantos contemplaran llamantan tiernas, que cuantos contemplaran llamantan delito, como le contemplé yo, no pollam menos de moverse á compasión y ternu-

⁽¹⁾ En Galicia no se han olvidado aún de los palos que pegaba un celebre misionero de la congregación de San Vicente de Paúl, ni de los de un franciscano. Hemos visto á un seglar, hombre de algún viso, darlos para que los fieles se pusieran de dos en dos en fila en una prec sión, sin que ninguno se quejase.

ra. Bien conozco que los de poca edad lloran con facilidad al oír á otros: lo que no se explica con satisfacción completa en edad tan temprana, es aquella dulzura, que manifestaba al llorar, aquel recogimiento en que estaba sin mirar á nadie, ni aun á su madre ó á pariente alguno, que debía estar cercano. Siempre que me acuerdo de este hecho, concibo devoción. Estando en Valladolid dió ejercicios á los estudiantes de facultades superiores en nuestro colegio de San José. Los que han ejercido este ministerio con jóvenes de semeiante edad, conocen la frialdad con que algunos asisten. Por más fuerte que se hable, por más suavidad con que se le predique, por más aparato, que se use; parece que nada penetra en sus almas, la insensibilidad está en su punto. Conoció el P. Conde el auditorio y de repente se levanta, toma el crucifijo en la mano con dolor intenso en su corazón por el ningún caso que de las verdades predicadas hacían aquellos escolares, y encendido en el amor del Señor, que á los hombres crió y redimió, tales cosas dijo é hizo para mover aquellos fríos corazones, que principiando por recogerse en sí mismos, bajar la cabeza, ponerse atentos y devotos, dieron muestras de dolor, prorrumpiendo en caliente acto de contrición. Fué famoso este día, que aún no lo han olvidado los que lo oyeron, entre los cuales se hallaba un Padre de la Compañía, que lo cuenta á todos cuantos deseen escucharle. Poco más ó menos pasó en Bilbao en la semejante ocasión. Preparaba en Santander para el cumplimiento pascual á los presos de la cárcel y una tarde, exhortándolos con el crucifijo en mano al arrepentimiento, parecía crecery se recordaba á los santos Juan Francisco Regis y Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesús, predicando éste en Nápoles v aquél á los

pueblos del Vivarais.

18. A un varón, que de la manera dicha predicaba, á quien las gentes aplaudían y acudían de tres, cuatro y á veces de seis leguas á oír; que en muchas ocasiones reunía cabe sí á ocho, diez, doce v hasta veinte mil personas; en cuvas misiones se contaban catorce, veinte y veinticuatro mil comuniones: como afirmó el arcipreste de Monterroso, que pasó en la de Santa Marina de Amarante, en que se gastaron para hacer hostias dos libras de harina, según aseveró el mismo; no podía menos el demonio para impedir tanto fruto de valerse de personas á quienes el modo de predicar del P. Conde no gustara, que le tacharan de raro, exajerado en los ministerios. que resucitaba modos usados en verdad por misioneros antiguos de mucha nota, no acomodados á la edad presente. Porque va creriendo más de lo que importa este capítulo y con lo que debemos añadir sería demasiado largo, partiremos el asunto.

CAPITULO IV

Se responde à los críticos del modo de predicar usado por el P. Conde

19. Respondo en general que los críticos para motejar la predicación del P. Conde juzgaban que no se valía de la retórica como debía. Enseñan las reglas de este arte á disponer el asunto de que se trata de modo que se atraigan los oventes á lo que piensa y quiere el orador, ó, como se dice de ordinario, á convencer v persuadir. El P. Conde convenciendo y persuadiendo con sus predicaciones á muchos miles de hombres de todas calidades. sabios é ignorantes, y á muchos miles de mujeres, desde la dama aristocrática hasta la más humilde hija del pueblo, no podía menos de emplear para ello una retórica aprendida en los maestros del arte, ó infundida en su alma por Dios, una retórica, que á donde se extendía, inflamaba las almas de sus oventes, para quemar lo que antes de oirle adoraban, y para adorar lo que antes odiaban. No hay réplica razonable, amigos críticos, á no ser que afirméis que predicando el P. Conde las almas se dormían en sus pecados; que no se arrepentían ni se confesaban después de ha-

berle oído: ó confesando los hechos de la conversión de las almas, sostenéis que se convierten sin alguna retórica, concurriendo de ordinario Dios con su gracia para ello. Y como no suele el Señor de ordinario hacer semeiante cosa v el P. Conde en sus predicaciones ordinarias de muchos años las postraba ante la Divina Majestad, hemos de convenir que se valía de las reglas del arte retórico para obtener su fin de manera apropiada. Luego podemos afirmar que vuestra crítica no se funda en razón y que para juzgar así al P. Conde os sedujo el demonio, si no es que la emulación ó envidia ú otra cosa anda por el medio. Oid lo que afirma un maestro de retórica en conversación habida conmigo años antes de la muerte del P. Conde, y es un Padre de esta provincia de Castilla muy versado en las buenas letras, de los que meior escriben en latín y castellano: "Los que dicen que el Padre Conde no tiene retórica, no lo entienden: tiene una retórica propia v exclusivamente suva, neomodada á su genio y carácter, que cautiva al auditorio y se lo hace completamente suvo... Este testimonio vale por muchos, por ser de varón que le conocía bien y haber enseñado buenas letras muchos años á los estudiantes de la Compañía. No quiero insistir más sobre esto; acabo con el siguiente caso. Dió en la misión de Cabezón de la Sal, en el obispado do Santander, unas conferencias á hombres mlos. Concurrían personas de todas aquellas parroquias comarcanas, entre ellas un señor abogado de fácil palabra, buen talento, como matizo montañés. En una de las primeras conrerencias, se valió del argumento metafísico une los libros de Teología suelentraer para

probar la existencia de Dios, á saber, la necesidad del ser necesario por la existencia del ser contingente. ¡Qué elogios hacía el señor licenciado de este argumento! Parecíale que era la meta de la ciencia, que nada más grande se podía añadir. ¿Y qué dijo de nuevo? Nada. Lo expuso con gracia, supo darle vida, lo acomodó á las inteligencias de todos, usó, en fin, de aquella retórica que, basada en la retórica que se aprende en las aulas, viste las ideas con galanos ador nos para en el amor divino abrasar las almas redimidas con la sangre de Nuestro Señor

Tesucristo.

20. A un hombre de semejante modo de predicar llamaron los críticos raro. Paréceme que en esto imitaron á Balan, que intentaba maldecir al pueblo de Dios y le bendecía. Cierto, era raro, porque pocos ó ninguno le igualaban. ¡Vaya si era raro! Da misión en Briones, provincia de Logroño, cautiva la voluntad de los mozos hasta obligarles á entregar las descomunales navajas de Albacete con tres ó cuatro muelles, que al abrirlas rechinan, estremeciendo á cuantos las ven y oven el ruído. Briones ardía en causas criminales por navajadas, que por cosas de poca ó ninguna entidad se tiraban unos á otros, acabando con frecuencia por la muerte de uno ó varios contendientes. Después de la misión del P. Conde, confesaba el señor Juez de Haro, á cuyo partido judicial pertenece, que ya no tenía que trabajar, por haber cesado los crímenes á causa de la predicación del P. Conde. Tarto amor le cobraron, que su palabra con aquella gente era poderosa. ¡Vaya si era raro! Cuanto costara á los mozos entregar las na-

vajas, se puede apreciar por la estima en que las tienen. Para un mozo de aquella región la navaja es la jova más apreciada, la compañera inseparable, la amiga más íntima, la seguridad más completa, es lo único necesario sin lo cual no se puede andar ni vivir. Y sin embargo, deponen todos con gusto objetos tan queridos, á la voz de aquel hombre apostólico, que les habla en nombre de Dios. Lo que nunca pudieron lograr los guardias civiles con sus pesquisas, amenazas y fuerza, de aquellos bravos de Briones, lo obtiene el P. Conde. V vieron con mucho gusto que sus amadas navajas se fundieran para formar con ellas la cruz de la santa misión, que al año siguiente el mismo Padre fué á bendecir v colocar en la lelesia con alegría y contento de todos los habitantes de Briones y muy particularmente de los mozos. Y no se diga que de los riojanos es fácil, por su carácter intrépido, su genio abierto, su resolución pronta y decidida, una vez que se les avive la fe, conseguir esos ó mayores triunfos. Porque de otros de carácter vgenio distintos, premeditada y tardía resolución los consiguió. En la misión de Mántaras, provincia de la Coruña, arzobispado de Sanlingo, entregaron los mozos de las parroquias, que asistían, no sólo las navajas, sino también los revólvers y pistolas, con circunstancias dignas de ser contadas, por revelar la buena Illaposición de ánimo á la voz del P. Conde concebida. Porque unos subían delante de un concurso de más de diez mil personas al púlpllo y en el testero, que sirve de respaldo, clavalum las tan queridas navajas y puñales: atros tiraban los revólvers y pistolas por ennima de la gente al cerco, que se suele hacer ante el púlpito, y algunos ponían sus armas tan amadas en las manos del confesor. Hubo mozo que le entregó dos buenos revólvers y la gente decía que era de los más bravos de la tierra. También con todas estas armas, inutilizadas, se formó, sin fundirlas, una cruz conmemorativa de la misión, que está colocada en la iglesia parroquial de Mántaras. Y diránque el P. Condeerararo. Vava si lo era! Añadiré aquí, á manera de episodio, que uno de los mozos, que entregó las armas, compró en la primera feria que hubo en aquel país, llamada, á lo que me parece, Elviña, un revólver, como arrepentido de haberlo entregado á la misión. Fué á probarlo v se le disparó sobre el brazo. Toda la gente entendió en este hecho un castigo de Dios. Eran tantas las tropelías, que los mozos hacían por aquella tierra con sus armas, revólvers principalmente, tantos los sustos, que metían disparándolos á deshora, que atemorizaban aún á los valientes. De su amor á las armas, baste decir que el primer dinero, que habían á las manos, se empleaba en un revolver y, sin embargo, se desprenden de objeto tan amado á la insinuación del Padre Conde. ¡Vaya si era raro! Lo mismo obtuvo de sus paisanos en la misión de Villarino, en donde no faltaban mojadas de cuando en cuando. Aquí, como en las otras partes, convocó á los mozos para una ermita, les habló y los trajo resueltos á entregar las armas en la iglesia, deponiéndolas ante el altar mayor, sin que unos vieran las que otros ponían en una cesta en que las echaban. Se clavaron en un corazón grande de madera, forrado con bayeta encarnada, que se colocó en la pared de la iglesia, frente á la puerta lateral, para que los

que por ella entren, no puedan menos de verlo, si levantan la vista. Hemos, por tanto, de confesar que á un hombre que de tal manera se le rinden los corazones y se sacrifican en lo que más estiman, no se puede menos de llamar hombre raro, excelente, porque hay pocos ó ninguno, que obtenga semejantes resoluciones. Su rareza es la de los hombres evangélicos. la de los amantes de Dios, ansiosos de darle gloria, convirtiendo las almas con mucho trabajo. Su modo de proceder era poco común, extraordinario, poco frecuente, excelente en su línea, sobresaliente, insigne. Un hombre que se captaba los corazones, como hemos visto, no es extravagante de genio, que es la acepción en que le llaman raro los que carecen de entendimiento para apreciar las dotes relevantes con que Dios dotó al P. Conde, ó de voluntad bien dispuesta, para no dejarse llevar de aviesas pasiones.

CAPÍTULO V

Prosigue la materia del anterior

21. Insistimos acaso al parecer de algunos demasiado en vindicar al P. Conde de los cargos con que, sin dejar de conocer que era hombre de valer, personas entendidas, mer-

maban un tanto su reputación, calificándole de exajerado en el modo de proceder y de usar en las misiones lo que antiguos usaron, no acomodado, según dicen, á nuestros días. A lo primero, diremos que en ejercer santa y fructuosamente los ministerios ni hav ni cabe exajeración. ¿En dónde está? No pienso que hava cristiano de un poco juicio, que tenga por exajeración predicar con fervor siempre que se presente ocasión, por la mañana, en la tarde, en la noche; que ponga toda su fuerza corporal, vehemencia de carácter, acumen de ingenio en hablar de modo agradable para obtener que se conviertan sus oventes. Ni juzgo que hava quien pueda tildar de exajerado con razón á un hombre, que, dedicado á un ministerio, piense de continuo como lo ejercita y qué medios empleará para ejercerlo con más provecho; que siempre se halle dispuesto á trabajar en pro de las almas, ora haya que abandonar el lecho á media noche, ora que privarse de honesta recreación. Nunca se ha creído que era vituperable poner los cinco sentidos en lo que á cargo se tiene. La máxima del Kempis haz lo que haces, siempre ha sido, es y será regla de conducta cristiana y perfecta. Por qué cuándo tratan algunos del P. Conde la olvidan?

22. No sé donde hallan la exajeración los que de ella motejan al P. Conde, si no es en que empleaba más fuerza de voz y de acción de la que fueran necesarias para hacerse entender bien del auditorio. Varias veces hablamos de esto. Convenía en que con menos voz y menos sudor, había bastante, pero añadía: ¿Quién estando caliente se puede contener? ¿Quién le conoció y no le da la razón? Con

esa voz, al parecer demasiada, con esa acción, en que toda su persona trabajaba, hacíase admirar del auditorio, que, fijo en él. contemplaba al hombre de Dios que se sacrifica por el provecho de sus semejantes. Cuántas veces se overon repetir después del sermón á muchos estas ó semejantes frases: "Trabaja mucho, trabaja bien, no sé como resiste... Y por esto se autoriza á nadie para tenerlo por exajerado? Tampoco lo era en la elocuencia, desconocía esos remilgos con que algunos, suavizando la voz, quieren atraerse á los que les escuchan. Siempre hablaba como hombre grave y si alguna vez decía alguna gracia, le salía tan natural, como las otras frases.

23. Vamos á responder á los que no gustaban de que se valiera en las misiones de cosas usadas por los misioneros antiguos, que no son acomodadas á nuestros tiempos. Se refieren, sin duda, á la calavera en el sermón de la muerte; á presentar al público la imagen de Nuestra Señora de los Dolores en busca de los pecadores en el sermón del pecado y en el juicio final; á sacarla del concurso para que no presenciara la sentencia de Nuestro Señor Tesucristo contra los condenados; á procurar que levantaran la mano para prometer que cumplirían los propósitos hechos durante la misión. Hablemos de cada uno en particular. ó mejor dicho, puesto que convienen los críticos, que los usaron misioneros antiguos de gran fama y santidad, de los cuales es San Leonardo de Porto Mauricio, colocado en los altares estos últimos años por la Santidad de Pío IX, no hay para qué probar su licitud y conveniencia. No quiero afirmar que este santo se valiera de todos los que usaba el P. Conde, sino que éste y otros los empleaban en las misiones. No fué el P. Conde inventor de ninguno. Levó los libros de los misioneros antiguos, le pareció bueno y apropiado á la conversión de las almas usar de semejantes medios y los usó con fruto. Ouien desee enterarse de lo que son y lo que valen semejantes estratagemas, lea la carta, que el P.Calatayud dirigió al señor Obispo de Pamplona, vindicándose de las acusaciones, que por usar en sus misiones las mismas cosas que el P. Conde, le hacían. Está en las obras de tan

santo varón.

24. La fuerza del reparo de nuestros criticos consiste en que esos medios no son acomodados á nuestra edad. No entiendo qué personas de la calidad de estos señores olviden la conveniencia de sensibilizar algunas verdades para con más facilidad entenderlas. Si fueran deístas, á nadie sorprendería su modo de proceder, pero son católicos apostólicos romanos, que confiesan y comulgan con frecuencia. Toda la dificultad está en la inteligencia de aquellas palabras nuestros dias. Claro está, que son figuradas y equivalen á los hombres, que vivimos en estos tiempos. En los países en que el P. Conde predicó son raros los hombres, que no se llamen católicos, si se exceptúa un pueblo que cobija cien familias protestantes de que hablaré, Dios mediante. Entre los católicos que le oyeron, la muchedumbre es de fe antigua, que juzga que no se da misión si no se cuentan ejemplos de fuertes castigos de Dios; si no sale el alma condenada pintada al vivo en un lienzo; si no hay calavera v otras cosas de este tenor. Probaría este aserto con el testimonio de muchos, que lo han oído varias veces y de que vo mismo sov testigo, v además con el modo de obrar de los fieles, que desde el día que se anunciaba en las misiones del P. Conde que al siguiente predicaría allí un predicador del otro mundo (la calavera), ó que se leería un escrito de una persona, que estuvo en el infierno (Santa Teresa, en su vida escrita por ella) el auditorio crecía una tercera parte é iba siempre en aumento. Cuántas veces el mismo Padre me dijo con aquel donaire tan propio suvo, después de la primera de estas funciones: "está visto que hasta que no hay alguna representación, la gente no se anima!. Sacaremos por consecuencia que para estos católicos es acomodado usar de estos medios. Por tanto la no conveniencia debe estar para la otra clase de católicos, que hay en nuestra tierra.

25. No podemos negar que viven entre nosotros algunos que se llaman católicos sin poseer la fe antigua de los otros; una clase de católicos indiferentes ó tiznados de liberalismo, hombres amigos de hablar contra los usos v prácticas de la Santa Iglesia, contra el Sumo Pontifice, contra los sacerdotes y religiosos y contra cuanto haya que guste á sabor de Iglesia. Sentimos que á semejante ralea no plazcan los medios indicados de que se valía el P. Conde en las misiones. Es natural que así suceda. Apenas le gusta el Nazareno cargado con cruz grande, y la imagen de nuestra Señora de los Dolores, que son tan hermosas, que mueven tanto á contrición y nos recuerdan que Jesucristo, Hijo de Dios, llevó la Cruz hasta el monte Calvario y allí murió clavado

en ella para librarnos del infierno, y que su Madre Santísima padeció martirio junto á su hijo viéndole colgado. Cómo á esta gente ha de gustar que se le presente poco antes de concluir el sermón de la muerte una calavera, confirmando cuanto se ha predicado y que se recalque con ella en la mano sobre las miserias del mundo, la vanidad de las cosas de la tierra, el paradero de la hermosura y otras á este tenor? La vista de la calavera horripila á esta clase de católicos, que en las cosas de la tierra colocan todas sus delicias, para quienes la vida presente es el sumo bien y la futura, que quieran que no quieran, les sale al paso envuelta con las llamas del infierno. Si los críticos del P. Conde hablan, al motejarle, de esta clase de católicos, hablan con sobradarazón. Estos medios no gustan en nuestros tiempos. No son los críticos por consiguiente del número de católicos de fe antigua; son, ateniéndonos á su dicho, de los hombres de nuestros días, que ven de mal ojo usar de medios para salvar almas no acomodados á su gusto, ó lo que es lo mismo, no acomodados á católicos indiferentes ó tiznados de liberalismo. Vean á donde van á parar críticas inconsideradas. Dios los tenga de su mano.

26. Los protestantes de que hemos hablado arriba, son los de Marín, en la provincia de Pontevedra. Estos no criticaron al P. Conde por valerse de calaveras y de la imagen de la Virgen Santísima en la misión, que dió en su pueblo; pero temblaron al oír los cánticos de la misión, al saber que el misionero arengó con una calavera, al entender que la madre de Dios, de quien blasfeman, había salido de medio del auditorio acompañada de dos mu-

jeres, que no hubo fuerza de separarlas de su lado por más que se hizo, contestando siempre "que si los otros no querían á la Señora, ellas la querían: temblaron, digo, aquellos herejes, llenos de miedo juzgando, y no mal, que iba á morir su conventículo. En semejante apuro reúnense los apóstatas con sus mujeres é hijos, ponen á discusión el asunto de la reunión, toman parte las mujerzuelas allí congregadas ante el llamado pastor, que ignora el castellano, y convencidos los asistentes de que la situación es grave, de que están perdidos, si no emplean medios extraordinarios para conservarse, librándose de la eficacia de la palabra del P. Conde: determinan ir al monte poblado de pinos á cuva sombra leen la biblia v cantan salmos. Así lo determinaron v así lo hicieron para no oír, ni siguiera, el eco de la voz del P. Conde, que como ángel suvo exterminador temían. ¡Glorioso era verlos salir de la población á la hora en que se empezaba á predicar v subir al monte con sus biblias! Si no se concluvó entonces con aquellos desgraciados, fué por el apovo que le prestan las autoridades, quienes han llegado á intentar que no canten por la calle las niñas el "Viva María,, á causa de no molestar á unas protestantes. ¡Pobre Marín! ¡Pobre España!

27. Resumiendo lo expuesto en estos tres capítulos últimos, diremos que la predicación del P. Conde era en verdad apostólica; que á donde llegaba, encendía en amor de Dios y aborrecimiento de todo lo malo. Los pueblos deseaban oírle y se consideraban dichosos, si lograban que en ellos diera misión, atrayendo al lugar en donde predicaba á los del contorno y á otros muchos de tres y más leguas de

distancia. Las conversiones eran numerosas, confesando y comulgando muchos fieles en los pueblos por él evangelizados, como nunca se había visto, ó los vivientes no habían presenciado ó tenido memoria de ello por relación de sus antepasados. El Señor bendecía sus trabajos. Añadiremos que los críticos, que juzgaban que la retórica del P. Conde no era conforme á la enseñada en los libros, han de convenir que si están en lo cierto, que no lo están, poseía una retórica superior, divina, apropósito para el provecho de las almas, como la experiencia en tantas misiones lo demostró evidentemente. Ni omitiremos que los medios extraordinarios de que se valía fueron por célebres misioneros usados v á los buenos católicos son agradables y que si ahora piensan algunos, que no son convenientes, ni acomodados á la presente civilización, no por eso son dignos de vituperio, ni se han de dejar de usar: porque es cierto que no se acomodan á hombres indiferentes, que se llaman católicos, murmuradores de personas eclesiásticas, sin excluir al Sumo Pontífice, y de las prácticas v costumbres de buenos cristianos; ni tampoco se acomodan á tantos como entre nosotros viven, secuaces del liberalismo, con ignorancia, no sólo vencible, sino crasa y supina de las ideas, que acarician. Todo lo cual prueba que el uso de semejantes medios, á saber, de la calavera, de la imagen de la Dolorosa para buscar á los pecadores y retirarla del auditorio para no presenciar la sentencia, que el verdadero juez de vivos y muertos fulminará el día tremendo contra los precitos, es santo, provechoso para las almas cristianas y digno de ser imitado por cuantos á este mi-

nisterio de las misiones se dedican. Por lo cual nadie se extrañe de que los protestantes de Marín, al considerar que en la villa se ponían en juego semejantes medios de ganar á Dios las almas por un hombre de elocuencia irresistible, á quien sus vecinos oían con admiración y respeto, procuraran huir, lo más que podían, del alcance de su voz, tan poderosa y eficaz, véndose al monte y parapetándose en su biblia temerosos de que su contrahecha religión parase en completa ruína. Así es que nadie que lea estos capítulos podrá negar que el Padre Conde no cabía en moldes ordinarios, y que sus críticos, no levantando el vuelo de su imaginación y talento de lo común, que en la tierra acaece, eran incapaces para juzgar á este hombre apostólico, encendido en amor de Dios y del prójimo. Concluimos que, al hablar de los protestantes en este capítulo, no es nuestro intento formar con ellos otro miembro de los que en nuestra tierra viven, á quienes llegó la eficacia de la predicación del P. Conde: sería hacerles mucho favor y darles preponderancia que no tienen, ni pueden tener, sino presentarlos como testigos de lo mucho que les dolía y atormentaba la palabra evangélien del misionero y el uso de los medios, al decir de algunos, no acomodados á nuestros días, para que despierten los críticos, que aun vivan v entiendan, que hacen coro con malos cristianos, indiferentes en religión, liberales ó protestantes.

CAPÍTULO VI

Su predicación cuaresmal en Tudela de Navarra

28. En este capítulo intentamos salir al encuentro á los que piensan que los triunfos obtenidos por el P. Conde son debidos á la experiencia de quince años empleados en el ministerio de la predicación de la palabra divina. No quiero sostener que no la adquiriera durante ese período de tiempo, porque á todas luces se deja percibir. El mismo lo afirmaba, cuando en los últimos años decía que "había gastado mucha actividad inútilmente.. Lo que intento es probar que el P. Conde desde el principio de su predicación se mostró grande. V para ello basta conocer y reflexionar lo que pasó en Tudela de Navarra, en la cuaresma de mil ochocientos ochenta y tres, en que hizo tercera probación, como hemos apuntado arriba. Para apreciar con acierto el fruto causado en Tudela, es del caso saber que los Padres de la Compañía, que cumplan con la prescripción de San Ignacio de pasar un año de prueba después de concluídos los estudios, salen á ejercer los ministerios por la cuaresma en las poblaciones designadas por el R. P. Provincial. En este año de tercera probación no es dado repasar libros de ciencias. ni eclesiásticas ni profanas; el manejo de los libros devotos, ascéticos y lectura de Santos Padres, en cuanto fomente el espíritu, les entretiene, procurando inflamarse cada día más en el amor de Dios. De lo cual se desprende que los tercerones no abundan en sermones pulidos, que no han podido componer, ni en la próxima preparación bien completa para subir al púlpito. Van de prueba. Y si á esto se agrega que suele encargarse la cuaresma un mes poco más ó menos antes de principiar la predicación en el lugar señalado, se entenderá fácilmente no sólo cuanto trabajarán llegando al campo de sus tareas, sino también en qué apreturas vivirán para salir airosos de la empresa á ellos confiada por la santa obediencia.

29. Desde Manresa llegó á Tudela el Padre Conde, no contando dos años de sacerdote. para predicar la cuaresma. Tudela, como fué sede episcopal, conserva la catedral, que se ha de convertir en colegiata, según el Concordato, con cabildo de canónigos, entre los que suele contar algunos doctos. Hay en la ciudad otros eclesiásticos profesores del seminario y de un colegio de fundación, y otros no profesores, pero entendidos, con algunos abogados, que dan tono á los cosas y á los sucesos. Por más que los tudelanos en punto de predicación no esperan el juicio de personas de estudio, mino que lo emiten con navarra franqueza, con la prontitud propia de su fogoso carácter. Esto quiere decir que en general se concepman entendidos, capaces de censurar al orador, de quien mucho esperan, si ha de llenar mus miras y deseos. Son pretenciosos y no se

contentan con medianías. Desgraciado el cuaresmero, que no les plazca desde el primer día. Porque no son gente que disimule lo que en su interior guarda. Pronto sale lo que en

pro ó en contra bulla en su pecho.

30. Con esta clase de gente se las hubo el P. Conde v se las hubo con primor. Dios le ayudó. Así que le vieron en el púlpito de la Catedral, que es donde predicó, se fijaron en él las miradas de todos, contemplando á un Padre joven, recogido, modesto, cabizbajo, enjuto de cuerpo, de semblante demacrado por la observancia y penitencia y de endeble salud. Los corazones de los tudelanos se iban entregando, disponiéndose mucho á favor del cuaresmero. Abre la boca y como de fuente de electricidad se difunden corrientes por todo el auditorio, que iluminan aquellos entendimientos y encienden sus voluntades, y desde los primeros días suena en Tudela el nombre del P. Conde con amor y entusiasmo, que crecen á medida que los sermones aumentan. En casinos, tabernas, calles, plazas, visitas, no se habla más que del Padre predicador, ponderando unos su continente, otros su vigor y viveza; quienes las gracias que se desprendían de su boca; quienes el acierto y pujanza con que amonesta y arremete contra los pecadores. Tudela entera en aquella cuaresma de continuo hablaba de Dios y de su cuaresmero. Excusado es decir que la Catedral rebosaba de gente, que las casas se cerraban para asistir al sermón y los que por cuidar enfermos ó niños permanecían en sus moradas se entristecían grandemente y procuraban con ansia enterarse de lo acaecido en la iglesia. Verdad por tanto es lo que oi á un señor

párroco de la ciudad de León: "el P. Conde

electriza predicando., Así era.

31. Dispuestos de tal suerte los ánimos de los tudelanos en pro del P. Conde, no es fácil contar las demostraciones que de afecto le dieron. Sería necesario entrar en el corazón de cada uno para enterarse de cómo latía v aun así pálida sería la descripción. Nos limitaremos á decir lo que todos presenciaron. Después del sermón de la Resurrección es costumbre antigua que el predicador acompañe á un señor capitular á pedir limosna por la ciudad. Hubo de acceder el P. Conde, por más que no se aviene secundar semejante costumbre con el modo de vivir de la Compañía, que debe por instituto predicar de balde. Pero el Superior de nuestra residencia, los señores capitulares y otros afirmaron que no se podía prescindir v el P. Conde asintió. Juzgaba que acompañado del señor Deán daría un paseo por la ciudad para llenar los deseos de la población. No imaginó lo que le aguardaba. Así que puso los pies fuera de la Catedral, le cojen los mozos y cuando menos se percató, entre vivas atronadores al P. Conde, le colocaron en un coche tirado por ellos mismos, con la bizarría y fogosidad propia de los tudelanos. Los vivas al P. Conde se repitieron hasta enronquecer muchos, los sombreros volaron varias veces por el aire, el bullicio de la plaza sin límites, y aquellos miles de personas no se cansaban de pronunciar "Viva el P. Conde., V lo que más importa, las caras de todos rebosaban de alegría, mirando al coche en que sentado estaba el Padre. Se gozaban aquellos corazones, en acercarse lo más que podían attuado in perder ocasión para celebrarle, aunque

sufrieran buenos pisotones. Tudela festejaba en este día al héroe de toda la cuaresma; días ha con hondo pesar se venía conteniendo de manifestar de modo público su gozo y agradecimiento al predicador, que al corazón les hablaba y que tantos á Dios había convertido. Ya no podía más reprimirse. Hoy, día de Pascua, alegre con la Resurrección del Señor, paga al cuaresmero tributo de admiración de

manera tan ostentosa. 32. No pareció prueba bastante la dada por el pueblo entero al P. Conde. Secundando el municipio los deseos de los vecinos tan espontánea v libremente manifestados en la ovación, que todos presenciaron, y para que supiese el vecindario que sus representantes abundaban en los mismos sentimientos, se reúnen en sesión y todos á una determinan que el P. Conde, á quien aman tanto, no se considere de alli en adelante como forastero en Tudela, sino que sea como uno de los nacidos en aquella su ciudad. El ayuntamiento en pleno acordó que es hijo adoptivo de Tudela el P. Juan Conde Martín, de la Compañía de Iesús. No podía honrarle más

CAPÍTULO VII

Modo de predicar las conferencias

33. No era muy amigo de ellas. Conocía que su sólo nombre puede mucho en los ánimos de algunos de nuestros días, que atraídos por el significado, oven en las iglesias lo que nunca oirían. Para el P. Conde eran las conferencias, como un cebo para cazar pájaros. No esperaba de ellas conversiones. Juzgaba que en pueblos grandes en que abundan fieles cristianos de dormidas creencias, descuidados en el cumplimiento de los obligatorios deberes religiosos hasta el punto en algunos de no entrar en los templos, sino el jueves santo, el día de la conmemoración de los difuntos, ó con ocasión de alguna fiesta á que asisten por cumplimiento ó por el cargo que desempeñan, ó por conveniencias sociales, era oportuno y nun necesario, según las circunstancias, predicar unas cuantas conferencias durante la misión. Cierto, que no se engañaba. Solía ununciarlas con anticipación y de modo solemne, dándoles importancia y encareciendo que debían asistir, ó más bien, que eran para los hombres de cultivado entendimiento, que á los otros no convidaba á ellas, pero que no

se oponía á que las overan. Con lo cual conseguía que entendidos y lerdos ocuparan los bancos de la iglesia minutos antes de que principiara. Una de las cosas, quizá la más principal, que en predicarlas se proponía, era cerrar la boca á los que llevan la voz cantante en las poblaciones para que no hablaran en contra v en menosprecio de la misión v á ella asistieran, y lo consiguió. Porque, ovendo al misionero en las conferencias, les parecía otro hombre distinto del que predica á la muchedumbre, por hablar como sabio, que con buena lógica y galanura, expone ideas llenas de grandeza á que los oídos de ellos no están acostumbrados. Así caen por tierra las preocupaciones concebidas contra la misión y contra los misioneros, en quienes ven hombres de más talla de la que se habían figurado. No se avergüenzan va de oirle, cuando predica al pueblo, por oír al hombre sabio, que se acomoda á la capacidad de los ignorantes para que amen á Dios. Otra de las ventajas de las conferencias muy principal es servir como puente de plata para que pasen algunos perversos y lujuriosos, que se están quedos años v años con remordimientos de no arrodillarse ante el confesor. Pues perdida la costumbre de confesarse y engañados por el respeto humano, vienen las conferencias á que asisten sus amigos y lo granado de la población á quitarles el falso temor, por haber dado ellas buen tono al cumplimiento de los deberes religiosos de que se habla ya con aprecio en las visitas, cafés, casinos y plazas. Pobrecitos! De muchos modos convierte Dios á los pecadores. Como se ve, estas ventajas se consiguen dando conferencias el misionero que, predica al pueblo: no, si otro las predica. Porque se quedará esa clase de gente con sus preocupaciones contra la misión y misioneros, que tildan de pobres hombres, sin ilustración, sin ciencia; se desdeñarán de oirlos y si no entran en la atmósfera de la misión, no se convertirán

3o. Todas estas ventajas v otras conocía el P. Conde, que podían resultar á los fieles de las conferencias, y aunque el sermón de la tarde le hubiera sido trabajoso y le dejara maltrecho, no omitió jamás la conferencia. Solía predicarlas con manteo. Procuraba que hubiera en la iglesia bancos en abundancia para que le overan los hombres más atentos. La iluminación del templo no era tan buena en todas partes como debía ser; pero cuidaba de que el púlpito se pusiera tan claro, como si fuera medio día. Siempre las empezaba con alguna oración, que rezaba un sacerdote, una estación al Santísimo ú otra. Por lo general predicaba los fundamentos de la religión, la divinidad de nuestro Señor Jesucristo hasta venir á ingerirnos en El por la gracia de los Sacramentos, especialmente los de la confesión y eucaristía. En el Ferrol expuso también la Encíclica de Conditione Opificum, de la situación de los obreros, de N. S. Padre León XIII.

35. El modo de predicarlas no se parecía en nada al que usaba en las misiones de que hemos hablado. El tono era familiar, marcando bien las palabras, que pronunciaba con mucha rapidez. Parecía que la lengua se le ufinaba para este ejercicio. No todos podían seguirle en los conceptos, ya de suyo elevados y puestos muy por encima de los alcances

de la mayoría de los oventes, va por la precipitación con que los emitía. De intento se producía así, porque advirtiéndoselo en una ocasión, respondió: "No importa, porque esa gente nunca los entenderá por despacio que se los hable, y esa rapidez de locución le sirve para formar una idea grande de lo que se dice. Es lo más que pueden sacar. Exponía con mucha claridad y gracia lo que intentaba, procuraba dar realce á los argumentos y como él decía, con una pincelada aquí y otra allí aparece un relumbrón, que los ciega y se entregan ó no saben qué hacerse. Valíase de las ciencias naturales para llamar la atención al auditorio, cuándo lo juzgaba oportuno, á fin de dar á entender que no le eran ajenas. Porque reconocía que no falta quien piense que el saber sólo en ellas se encierra y se las ponía como cebo para otras cosas mayores, aunque hubiera de usar semejanzas y comparaciones de cosas comunes acomodadas á la capacidad de sus oventes. Predicaba las conferencias, al mismo tiempo que con la viveza propia de su genio, con mucha gravedad, procurando siempre cautivar más y más al concurso, que silencioso le escuchaba con avidez. Era cosa de oir á los hombres saliendo de la conferencia. camino de sus casas. Así se expresaban: Qué sabio, cuanto sabe, qué cosas dijo: qué rapidez en hablar: cómo habla: qué bien: salían todos contentos, satisfechos, encantados. En el casino y en todas partes no se hablaba aquella noche, ni al día siguiente más que de la conferencia, ponderando algún dicho agudo, que el Padre pronunciara.

36. Fué en la misión de Orense célebre la comparación, que puso de facturar en la esta-

ción del ferrocarril las mercancías para que las condujeran á su destino, con el tribunal de la penitencia. Porque así como las mercancías, si no las facturan, se quedan en la estación, así los que no van al confesonario, se quedan con los pecados, no llegan, es imposible que lleguen á su destino, al cielo. Llamó mucho la atención á los oyentes y en los días siguientes al encontrarse, sobre todo, la gente de buen humor, se preguntaban unos á otros en gallego: "¿facturache?, ¿has facturado? para significar que si se había ya confesado. No, respondía uno, y otro, á noche ó mañana.

37. En la misión de Rioseco de la diócesis de Palencia, provincia de Valladolid, dió las conferencias á las dos y media ó tres de la tarde, hora que pareció á los que se consultó la más apropósito. Porque decían que habían va los hombres tomado café en el casino y podían asistir. En la noche no se podían tener por la misión, que principiaba al toque de las oraciones. Entusiasmó de tal manera á los hombres, que parecían otros. En los casinos había largas disputas sobre la mejor inteligencia de los dichos del P. Conde; en las casas se hablaba de las bellezas de las conferencias y concluían todos exclamando qué hombre! ¡qué hombre! Tanto cautivó sus corazones, que andaban ansiosos de complacerle. Juzgaron, y no sin razón, que lo mejor era abrir un crédito contra el cajero del municipio para que el P. Conde diera limosna á los pobres, que confesara, y así se hizo. Pudo repartir en bien de los menesterosos cuanto oportuno le pareció. Y no contentos con esta prueba de estimación, á ninguno otorgada, procuran retenerlo en su ciudad para que les predique los sermones de semana santa en que va estabamos al concluir la misión. Acuden al R. Padre Provincial, hov General de toda la Compañía, con mucha insistencia las personas principales de la población, principiando por el Sr. Alcalde, y obtienen lo que desean. Al propalarse la noticia, se congratulan todos y respiran con satisfación por haber alcanzado lo deseado, que harto temían conseguir. No satisfechos los de Rioseco con tantas muestras de cariño, confianza y veneración, como le habían dado, le obseguian al emprender el camino para Valladolid con lo más que suele hacerse y que hasta aquel día era obseguio sólo concedido allí á los reves: sueltan el reloj para que toque sin parar: Cierto, el P. Conde mandaba y reinaba en aquellos sanos y leales corazones; los honores reales son justos: suena por tanto continuamente el reloj en la ciudad v sonó hasta que partió el tren. No hay que decir que Rioseco entero salió á despedirle con lágrimas muchos, y otros con transidos corazones. Una comisión del Ayuntamiento y varios caballeros le acompañaron hasta Valladolid, quedándose muchos otros en la primera estación, que se llama Valverde.

38. Solía dar también en algunas partes una ó dos conferencias, á las mujeres, para mitigar el apetito de conferencias, que sentían por lo que oían á los hombres. Instábanle mucho para conseguirlo y se dejaba querer. Santas y provechosas cosas les decía para el cumplimiento de sus obligaciones y se las decía de modo tan agradable, que el devoto auditorio no acertaba á salir de la iglesia por el gozo y satisfacción, que experimentaba. Dios sea alabado. También con el mismo cebo de con-

ferencia juntaba un día á las jóvenes é Hijas de María. Y aquí acababa de remachar lo que muchas veces les había dicho durante la misión, de evitar los peligros con los novios, de las juntas nocturnas y otras ocasiones en que la honra de Dios y la de ellas puede sufrir menoscabo. Y por la distinción de hablarles á ellas solas como á los hombres y muieres y por el buen modo con que á ellas se dirigía y el amor que les mostraba, salían de la conferencia radiantes de alegría, alabando á Dios por la gracia, que les había dispensado en mandarles un misionero de tanto celo de sus almas, como era el P. Conde, anhelosas de poner en práctica los consejos, que habían oído. En algunas partes se abstuvieron de bailar los bailes agarrados, como llaman, á los que en otras apellidan de sociedad y de otras cosas muy peligrosas.

CAPÍTULO VIII

Sentimiento por no ver fervor en el auditorio; qué hacía para conseguirlo.

39. En algunas misiones suelen los fieles mostrarse un poco reaccios para asistir á la predicación, pretextando que no se puede desperdiciar el tiempo; que hay que trabajar; que

ellos son buenos cristianos y no necesitan de ellas, como si fueran salvaies. Semejante modo de hablar suele provenir no tanto de falta de afición á las prácticas religiosas, cuanto de apego á las cosas de la tierra, junto con algunas habladurías, que extienden por las parroquias, personas á quienes las obras piadosas, que no han visto, ofenden sin darse cuenta. En Castilla se nota bastante este modo de proceder, en varias partes por preocupación de que las misiones sólo son propias de tierra de infieles. Se sienten heridos en su religión y piensan que no debe el Sr. Obispo, si se la manda, tenerlos por tan malos cristianos. En Galicia se estiman como una gracia muy señalada, sin que por esto neguemos que hava quien las deteste y ponga á ellas estorbo.

40. Cuando al tercero ó cuarto día observaba el P. Conde que no se había despertado el fervor, que juzgaba que los fieles debieran tener, se le veía muy pensativo, metido en sí mismo y como á quien falta una cosa, que anda buscando. Para que hablara había que tirarle de la lengua. Cuántas veces, decía, una misión que fracase, es para los pueblos en que se da, una pérdida incalculable. Se quedan, por catorce ó más años, muchas personas sin la gracia de Dios y otras morirán en pecado. Con semejante modo de pensar se puede colegir el sentimierto en que se hallaba al considerar la pérdida de las almas, á quienes predicaba.

41. Para conseguir que entraran en deseos de aprovechamiento, empleaba cuantos medios le sugería su ardiente fantasía. Lo primero, era orar más por aquellas gentes y ofrecer el santo sacrificio de la misa por ellas, hasta que

se rendían. Lo segundo, era predicar con el mayor fervor posible, no solo en la tarde, sino tambien antes ó después de la misa. Cuando en la mañana del segundo ó tercer día, no veía la gente, que juzgaba que debía asistir, después de exponer las razones para que fueran al ejercicio, rebatía las que le parecía que á los fieles forzaban para no ir. Y hacíalo con tal vehemencia, que los apostrofaba con la ira divina, que ha castigado en varias ocasiones á los negligentes en oir la palabra de Dios, concluyendo la predicación con un ejemplo que aterrorizaba á los presentes. En Bora cerca de Pontevedra, se mostraron reacios para asistir á la misión y se decía, con verdad, que de un barrio nadie ponía los pies en la iglesia. La emprende contra ellos una mañana, y tales cosas dijo, que los oventes, sin duda, las contaron á los de aquel barrio, que desde aquel día, va se presentaron en la misión. Una cosa semejante pasó en San Muñoz, provincia de Salamanca. Ni se contentaba con solo predicarles, añadía otras prácticas para conseguir su intento.

42. Lo tercero que hacía, en las mañanas después de las misas, era una procesión, que decía de penitencia, al rededor de la iglesia, en que se cantaba el "Perdón, joh Dios mío!, procurando el buen orden en ella y la despedía á la puerta, dándole bendiciones para ellos, para las familias y para las haciendas. Lo cuarto, procuraba antes de misa, sacar el Rosario de la Aurora, yendo por la carrera más larga y, parándose enfrente de las casas en que le decían los acompañantes, que vivían personas descreídas, que no asistían á la misión, como sucedió en Cristóbal, Obispado de

Coria, provincia de Salamanca, logrando que abandonaran la cama y fueran al templo. Lo quinto, antes de empezar el ejercicio en los pueblos reacios, sacaba la procesión, con las insignias de la parroquia, presidida por el Señor Cura, para convocar la gente, lo cual daba, por lo común, buen resultado. Lo sexto. cuando ya los veía un poco animados, les hablaba con amor, les proponía los ejemplos de otros pueblos, y concluía que ellos no serían menos y que había que hacer una procesión de penitencia por la noche, y con semejante insólita proposición no faltaban, aunque solo fueran por curiosidad. Lo séptimo, aprovechaba los ratos libres véndose por el campo y hablando con todos los que le salían al paso, los cuales le ponían al corriente de la disposición de los ánimos, y le daban cuenta de negocios importantes. Lo octavo, procuraba en Galicia alabar á las parroquias que asistían y exhortaba á que trajeran á la misión los pendones, que se veían desde lejos despertando con verlos á los trabajadores, quienes, movidos por el buen ejemplo y la gracia divina, sueltan el azadón y corren tras el pendón de la parroquia, como lo hacen en muchas ocasiones. Y para no alargarme demasiado, diré que el Padre Conde no descansaba hasta que el auditorio iba calentándose en el ardor de la gracia. regocijándose después con los fieles, alabándolos y afirmándoles que de su buena conducta y fe siempre se había prometido que se portarían como buenos cristianos. Cuando á este punto llegaba, por demás es decir, que su semblante aparecía alegre, la conversación le era gustosa y todo su ser tomaba el aire del varón satisfecho. Habiendo puesto todos los medios,

y no conseguido lo que deseaba, solía decir, paciencia, no habrá llegado la hora, y se quedaba muy tranquilo.

CAPÍTULO IX

Cómo disponia el auditorio para que oyera con facilidad y se aprovechara

43. Mucho cuidaba el P. Conde de que el auditorio se colocara con la mayor comodidad posible para que la palabra divina penetrase hasta lo más interior del alma, oyendo con facilidad al predicador. Cuando se predicaba en el campo al aire libre buscaba con toda solicitud v trabajo sitio apropósito, que fuera acústico, estuviera en declive suave, de buen suelo para que los oyentes pudieran sentarse. Y era tanto su esmero en esta elección, que no habiendo lugar adecuado en la parroquia, lo elegía de otra, seguro de que habría perturbación en los vecinos. Tanta importancia le daba v en verdad que la tiene. Así pasó en San Salvador de Abeancos de la diócesis de Lugo, en que anduvo toda la mañana buscando campo para la misión y no hallándolo eligió uno de la parroquia aneja, llamada San Pedro de Folloleda, en donde se dió la misión con gran dolor y enojo de los del Salvador, que se negaron á concurrir á ella los primeros días. Lo mismo pasó en Valga, arzobispado de Santiago, en donde por no ofrecer al principio los vecinos campo para la misión, anduvo con harto trabajo toda la mañana buscando lugar en donde predicar en la parroquia y no hallándolo se decidió por uno á ella cercano en la de Janza. No perdonaba trabajo en este punto, porque decía que un buen campo para la misión, era buen principio para obtener fruto por animarse á la asistencia viéndolo las gentes.

44. No se contentaba con que el campo pareciera bueno á simple vista, procuraba que tuviera espaciosas entradas y salidas para comodidad de los oyentes aunque hubiera que pedir merced á alguno. Así le pasó en Becerreá, en donde pidió á un caballero, que en una heredad suya se diera la misión. Además procuraba enterarse de la acusticidad y para lograrlo, él mismo se colocaba en el sitio elegido para el púlpito y haciendo que una persona estuviera á cierta distancia, hablaba en tono de conversación familiar para conocer si le oían sin molestia y después en tono más alto y fuerte, atendiendo á la resonancia de la voz en el terreno para formarse cabal juicio de que llenaba las condiciones requeridas. En dos ocasiones mudó de campo. Una en Novelua, en que el elegido no era del todo bueno, á pesar de estar en un escampado, y se fué á otro más distante, aunque había un paso malo, por causa del agua. Lo mismo sucedió en San Martín de los Condes, diócesis de Lugo, por más que en el segundo estaba en campo raso y se había de aguantar toda la mañana y tarde el sol de principios de julio. Nada le importaba que el concurso estuviera al sol por predicar en sitio favorable en que se percibiera con facilidad al predicador. Sin un árbol se predicó en Santa María de Físteus en fin de junio, en Baran á fin de mayo y en otras

partes.

45. Una de las providencias más necesarias que se han de tomar en las misiones, es la completa separación de hombres y mujeres. Basta que una mujer se coloque en un grupo de hombres ó un hombre en uno de mujeres para que haya inquietud y desorden en el auditorio. El P. Conde disponía el campo de modo, que con relativa facilidad se conseguía completa separación. Quien haya visto nuestras catedrales, se formará, fácilmente, idea del modo que usaba para conseguirlo. El coro y la valla que sube hasta el altar mayor nos sirven para el caso. Quitemos las paredes al coro y las verjas á la valla y en su lugar pongamos sogas y coloquemos el púlpito en el sitio de la silla pontifical y conoceremos cómo obtenía la separación deseada. Dentro de las sogas, que indican las paredes del coro, no se admiten más personas que las eclesiásticas y las autoridades: el espacio entre las que indican las verjas, queda libre, á nadie consentía que se sentara ó estuviera allí durante la misión. Los hombres se colocan á un lado de las sogas y las mujeres á otro y como las sogas se pueden extender cuando se quiera no hay pretexto para que se junten hombres con mujeres, la separación es completa. No obstante esta buena disposición, algunas personas, sin reparar ó juzgando que no hacen mal, se colocan en donde no deben. Y para evitar que allí permanezcan con detrimento del buen

orden y aprovechamiento de las almas, nombraba dos ó tres hombres de juicio, conocidos en el país, que llamaba diputados de orden, á quienes daba por insignia de la autoridad otorgada una vara como la que suelen usar los mayordomos de las cofradías. Acostumbraba el día que se presentaban al público exhortar al pueblo á que los respetara y obedeciera en lo tocante á su cargo, y concluía ponderando su necesidad para el buen orden de la misión.

46. No contento con estos diputados, que, hablando en general, cumplen airosamente su oficio, para que nada perturbe é impida que el auditorio se conserve atento, nombraba otros con el particular encargo de alejar las caballerías en que muchos van á la misión. Son en gran número las asnales, que se reúnen sobre todo en la tierra llana de la provincia de Lugo. Imagínese el lector lo que pasará si no se toman providencias para alejarlas. Uno acaba de rebuznar y otro empieza, el auditorio se ríe y el predicador no es oído por más que se esfuerce. Estas escenas no siempre, á pesar del celo que desplegan los diputados de orden, se evitan. Porque los amos de los animales, ó porque no saben el lugar en que han de colocarlos, ó porque quieren que estén á su vista por temor de que se extravien y se los roben, los ponen tan cerca de sí mismos que se puede decir que están en el concurso y al menor rebuzno ó relincho llaman la atención. En la misión de Castro de Rey, en el obispado de Mondoñedo, una tarde en que pasaba por allí mucha gente, que volvía á sus casas de una feria, se vió el concurso rodeado de tantos animales, que era imposible predicar, si la guardia civil no hubiera tomado parte en alejar las bestias. Aquello más que misión parecía un aduar árabe.

47. Sentía mucho que no se aprovecharan los fieles de su predicación. Por esto cuando desde el púlpito observaba que algunos hablaban; después de mirarlos varias veces, si no se enmendaban, reprendía con fuerza á los que no le hacían caso, ponderando el mal que se acarreaban y la ofensa que hacían á Dios por el escándalo que daban. Lo propio hacía cuando entre las mujeres se notaba inquietud ó se oía algún murmullo, que de ordinario provienen de estar muy apretadas unas contra otras, por querer ponerse junto al púlpito. En semejantes casos acostumbraba pararse y tomando la campanilla imponía silencio al sonarla, y enseguida mandaba que todas se levantasen y que al campanillazo, que iba á dar, se retirasen hacia atrás. Si al primero aun quedaban apretadas repetía cuantos eran necesarios. Si á pesar de esto, no guardaban el orden conveniente, les amenazaba con maldecirlas con el crucifijo de la misión, volviéndole de espaldas, que ya tenía en sus manos. Mucho temen esta maldición, casi siempre se aquietan todas y si alguna no, al notar el silencio de las otras se avergüenza y calla. Cuando el murmullo é inquietud subían mucho de punto, cogía el Santo Cristo y se metía por medio de las mujeres, diciéndoles que respetaran al crucifijo, que en nombre de Dios se lo mandaba, y le obedecían. A la misión de Rubianes, en el arzobispado de Santiago, concurrió el último día mucha gente de Villagarcía de Arosa y de varias partes, que no había asistido en otros. O porque deseaban varias

mujeres ocupar mejor sitio, ó porque llegaban cansadas y sudando y todo les molestaba, ó porque como no habían asistido á la misión, no estaban acostumbradas á guardar el orden debido en aquella reunión, levantaron durante la doctrina un ruido, que impedía oír al doctrinero. Mucho voceó éste para aquietarlas. Viendo el P. Conde que nada conseguía su compañero, con santo celo entra por medio de las mujeres con el crucifijo alzado y en pocos minutos impuso silencio sepulcral á todas aquellas imprudentes habladoras. Aquel hombre con el rostro encendido respirando amor á Dios y deseo de que le dé gloria toda aquella cristiandad, nada teme y á todo se expone. Las mujeres al verle encendido, se compadecen de él, se entristecen por haberle disgus tado, pues le querían mucho, y humildes al pasar junto á ellas para poner orden, le decían: "Padre, perdónenos, no se incomode., Cuántas de ellas han llorado su muerte!

48. Dando misión en los templos, también procuraba la separación de hombres y mujeres, y aunque no siempre se puede lograr, como se logró en Villarramiel, obispado de Palencia, provincia de Valladolid, se esforzaba en obtener la mayor posible, según las circunstancias. También se logró en Reinosa y en otras partes. Y se debe siempre procurar para evitar ofensas de Dios, estímulo que aguijoneaba al P. Conde para poner empeño en conseguirla. Por la misma razón no quería dar en Castilla la misión de noche y aunque otras hay poderosas para no darla, ésta es la principal, que cruzaba por su mente. Para que los fieles se aprovecharan oyendo bien, cuidaba mucho del tornavoz del púlpito. Y como

en la mayoría de las iglesias es tan poco acondicionado á las leves de la acústica, ponía á la altura conveniente debajo del que suelen tener un cuadro cubierto de lienzo muy tirante, que contribuve en grande á esparcir la voz con mucho provecho de los oventes. Una de las cosas, que más le perturbaban, predicando en los templos era el lloro de los niños. Sucedió en Rágama, obispado de Avila, provincia de Salamanca, que los niños lloraban mucho v continuado: las madres por más que los acariciaban v daban el pecho, no los acallaban: ruégales que los saquen de la iglesia por juzgar que cesando el llanto se aprovecharían los fieles de la palabra divina, aunque prevé el disgusto, que á las que se habían de salir causaría. Al punto obedecieron. Pero siendo muchas las que se levantaban con los niños en los brazos, pareció al compañero del P. Conde que el templo se aclaraba demasiado, que perdía buena parte de las mujeres el fruto de la predicación. Y para que no sucediera así y contentarlas, se coloca en la puerta principal impidiendo que se fueran á sus casas con el disgusto consiguiente y les exhorta en voz baja á que se pongan en aquel sitio en que se halla, por ser el aire allí puro y los niños al respirarle pronto se callan, como sucedió. Abarcando el P. Conde con su mirada lo que pasaba, instalas para que se estén quedas junto á la puerta, dáles razones del lloro de los niños en semejantes ocasiones y avísalas para que ocupen siempre el mismo sitio durante las funciones. Porque acerbo disgusto sentía el P. Conde, que tantas mujeres casadas y otras que cuidan los niños se privaran de asistir á la misión. Con esta providencia siguió

predicando con mucho ardor y muy contento de ver tanta obediencia

CAPÍTULOX

Su porte con el clero

49. A los eclesiásticos consideraba, como lo exije su estado, sin que obste nada para que ya en ejercicios ya fuera de ellos les dijera la verdad guardando en público las atenciones debidas á la clase, si les decía algo desfavorable. Nada le arredraba en el desempeño de su cargo apostólico. Como juzgara delante de Dios que debía cantar la verdad, la cantaba, pese á quien pese. Por eso muchas veces en las misiones, exhortando al pueblo á aprender la doctrina cristiana, refería la obligación inherente al oficio parroquial de enseñarla y explicar el santo evangelio todos los domingos y fiestas solemnes. Si en algunas partes se resentían los que no cumplían con esta obligación, nadie se pondrá de su parte, conociendo que el santo concilio de Trento la impone á cuantos tienen cura de almas. Cierto es que sentía hondamente el P. Conde que viva alguno que otro sacerdote de modo contrario á las ordenaciones de la santa Iglesia y cuanto estaba de su parte cuidaba ponerle en buen

camino, de lo cual dió pruebas manifiestas ovendo sus consultas, deshaciendo sus dudas v dirigiendo sus pasos. Y si era necesario que en unión de los otros sacerdotes confesaran ante el concurso de la misión la doctrina católica y las determinaciones de la Iglesia, pro-

curaba que la confesaran.

50. Predicaba en Salvatierra, en la diócesis de Tuy, provincia de Pontevedra, la misión, á que asistía bastante clero de las inmediaciones, entre los que había nada menos que tres exorcistas de una misma parroquia, conocidos como tales por todo el país y por el limítrofe de Portugal. Era aquella hermosa ocasión de desengañar al pueblo, que por allí es aficionado á supersticiones y exorcismos. Aprovechóla el P. Conde en el sermón de la tarde, porque le venía á pelo, ó porque procuró que viniera. Y la aprovechó de modo muy oportuno, sin que nadie pueda tildarle de menos cortés y menospreciador de la clase sacerdotal. Pues explicando las supersticiones por allí reinantes y la comisión que el prelado de Tuy le había dado de declarar públicamente que estaba prohibido á todo sacerdote sin licencia expresa exorcizar á persona alguna, según la disciplina general hoy vigente en la Iglesia católica, encarándose con los clérigos, que estaban sentados junto al púlpito, les pregunta: ¿No es verdad que lo dicho sobre las supersticiones es la doctrina católica? Se levantaron todos en pie y en voz alta respondieron requeridos por el Padre: es verdad, así es. Pregúntales otra vez: Es verdad que ningún sacerdote puede exorcizar sin pecar, à no ser que el prelado le autorice? Y todos. incluso los tres exorcistas, respondieron que

sí, que pecaban, y se sentaron. Mucho se consolaron los que conocían á los exorcistas, de la ocurrencia del Padre misionero y la celebraban por el bien grande que había de hacer en las almas, desengañando á incautos, la confesión pública de los exorcistas. ¡Ojalá se en-

mendasen!

51. Era sufrido con las impertinencias de algunos que llevados de celo santo, á lo que piadosamente se cree, intentan que los demás piensen como ellos. En una misión del obispado y provincia de Santander se le acercó un eclesiástico por la mañana y principió á hablarle de cómo era necesario que predicara para que los fieles tomaran la bula. Oyóle el Padre atentamente y con bastante consideración. No le rebatió, aunque podía en buena doctrina moral; excusaba ó eludía ir al fondo de la cuestión ó porque juzgaba que el tal sujeto no estaba al alcance de ella ó porque le vió muy preocupado, como otros muchos en aquel país. Quizá este modo de haberse el Padre dió al otro pie para ir más adelante, manifestando que debía á todos los penitentes preguntar si tenían la bula. Entonces el Padre, que le había escuchado harto tiempo y con mucha paciencia, le dice en voz baja: "Señor cura, á toda mujer que se confiese se le ha de preguntar si peca con cura?, Confuso el sacerdote amante de que todos, pobres y ricos, tomen la bula, se retira sin pronunciar palabra. Dios quiera que se havan desengañado con el decreto de la Congregación de la Suprema Inquisición sobre la bula, cuantos andan errados en varias partes. A muchos fieles apartan de los sacramentos por su rigidez ó ignorancia sobre este asunto.

52. Argumento incontrastable del amor que se captaba de los eclesiásticos el P. Conde es el obispado de Tuy. Dos años dió los ejercicios espirituales al clero, siendo prelado de esta diócesis el Ilmo. Sr. D. Fernando Hije y Gutiérrez, de buena memoria. No se pueden ponderar las atenciones que de todos recibió, aunque les dijo cosas harto serias. El señor Obispo quedó muy prendado del P. Conde, y desde entonces bastaba que el Padre se interesara por algún asunto, que de la autoridad episcopal pendiera, para tenerlo por concedido con mucho agrado. Los ejercitantes salieron muy satisfechos de haberle oído la clara y fervorosa exposición de las meditaciones y de los deberes eclesiásticos, sin que obste que alguno por no guardar el orden debido en el silencio se resintiera, cuando exhortando el Padre en público á los ejercitantes, afirmó que era tentador diabólico, quien incitaba á hablar en tiempos, que estaba prohibido. Los señores Rector (1) y Profesores del Seminario fueron siempre muy aficionados al P. Conde, quien les correspondía con sincero y cordial afecto. De donde procedía que siempre que le era dado ayudar al periódico La Integridad, que los profesores publicaban, no dejaba pasar la ocasión. En verdad que por lo mucho que estimaban alP. Conde v por el respeto que mostraban á su autoridad, se les debía todo. Entrando el P. Conde en el Seminario entraba para ellos la alegría; sacerdote hubo en la diócesis de Tuy, que al saber que habían en la entrada de la misión de Vigo apedreado al P. Conde, exclamó: "¡Desgracia! que no lo hubiéramos

⁽¹⁾ D. Miguel Vallejo, dignidad de Chantre de la Catedral á quien de bemos mucho agradecimiento.

sabido, que vamos allá con un garrote y hubieran echado á correr., Por amor al P. Conde acompañó desde Tuv el señor Provisor á los misioneros para llevar el Santo Cristo en la entrada de la misión de Vigo (1), sabiendo con seguridad que iba á pasar alguna cosa desagradable por lo que los periódicos publicaban.

53. Otra prueba v no menor del aprecio del P. Conde al clero es la práctica introducida en sus misiones de señalar un día en cada una para la reunión de todos los sacerdotes delante del Santísimo Sacramento, á fin de orar por el pueblo y dar testimonio, confesándose en público, de la doctrina y enseñanza, que le predican. Solía anunciarla dos días antes del que pensaba reunirlos: al siguiente señalaba el día y la hora en que habían de concurrir, á la cual no solían faltar. En la misión de Astorga se tuvieron tres reuniones v en las otras sólo una: no se ha podido más. Es de mucha importancia esta función. Al pueblo place de veras saber y entender que sus sacerdotes están en el templo orando por él ante el Santísimo y que se confiesan unos con otros después de haber orado, examinado su conciencia y oído una plática del Padre misionero sobre la dignidad sacerdotal y modo de oir con brevedad las confesiones generales. La verdad es que entendiendo los fieles, que el clero se está preparando para obtener más gracia de Dios, purificando sus almas á fin de oir más provechosamente sus confesiones, se rinde con más facilidad, depone el temor de confesarse y sigue con gusto el camino de sus

maestros y padres en la fe. Esta oración elevada á Dios por medio de los Santos, cuvas letanías se rezan, v el ejemplo que dan los sacerdotes es muy provechosa para éstos y para los fieles. Así que el R. P. Provincial Matías Abad supo que se tenía este ejercicio. quedó tan complacido, que manifestó al Padre Conde, que era su voluntad de que no se omitiera en misión alguna. Es como la clave, que corona la misión. Si sale bien, sale bien la

misión. La experiencia lo demuestra.

54. A porfía andaban los párrocos ansiosos de que el P. Conde fuera á predicar misiones ó triduos á sus parroquias v si lo conseguían se alegraban de corazón. En los años siguientes á los ejercicios del clero en el obispado de Tuy, se encargó de varias misiones por súplica de los abades, como allí apellidan á los párrocos. Lo mismo sucedió en el arzobispado de Santiago después de darlos también dos años. Nada digamos de las muchas que en el de Lugo á petición del Prelado y de los señores párrocos, predicó. En el obispado de Mondoñedo le procuraban con ansia para las misiones los señores sacerdotes. En Avila, que dió ejercicios al clero un año, le buscaron para dar misiones y les complació. Y por concluir este argumento, en las diócesis, que misionaba, inclusas las de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Santander v otras, los párrocos que tenían la dicha de oirle, le brindaban para que á sus parroquias fuera, sea en el presente año, si podía, sea en el siguiente. Así mostraban que su presencia les era agradable y que su compañía les era amada.

55. Otra de las cosas que solía hacer en los días de la misión en que se oyen las con-

⁽¹⁾ D. Celestino Herba

fesiones, para que los fieles no esperasen. como á veces acontece que esperan dos ó tres días á causa del gran número, que desean que se les oiga en penitencia, era invitar con mucha cortesía á los sacerdotes presentes á que á lo menos por una hora después del ejercicio de la tarde, se sentaran en los confesonarios. Y de tal modo les ponderaba la necesidad de que se tomasen aquel trabajo y los deseos de los fieles, que por acercarse al tribunal de la penitencia abandonan sus casas y haciendas. que accedían gustosos á lo que el P. Conde les suplicaba, no sólo por una hora, sino en ocasiones se quedaban algunos toda la noche hasta concluir con los penitentes ó hasta que era la señalada para levantarse del confesonario. Y para estos casos cuidaba de que tuvieran buen alojamiento en casa de algún honrado vecino y con nosotros se sentaban á la mesa. Así es que nunca en sus misiones faltaron confesores, como ha sucedido á otros religiosos, con harto dolor de su corazón.

56. Conviene resumir en poco lo dicho en este capítulo para que resalte al vivo el porte, que el P. Conde tuvo con el clero. Le hablaba de manera respetuosa sin callar la verdad, cuando el bien del prójimo y la gloria de Dios lopedían. Siempre estabapronto á complacerlo aunque le costara mucho trabajo. Más de una vez, á instancia de los señores párrocos, estando en misiones, iba á predicar en alguna fiesta, por servirrlos, añadiendo este trabajo al mucho de la misión. Así pasó en la de Barcia del Seijo, que fué á predicar á Cobelo, y en la de San Salvador de Abeancos, que fué á Ordes, y en otras. Era su ardiente deseo, que el clero fuese espejo y ejemplar en

donde todos se pudieran ver y copiar virtudes. Para todos intentaba que llegase su acción, para todos disponía medios de santificación. Esto significa reunirlos en un día en cada misión. Y quién narrará fielmente los esfuerzos, que hacía en los ejercicios que dirigía al clero para que se aprovecharan? Si las paredes de los lugares en donde exponía las verdades eternas ó los deberes de los eclesiásticos hablaran, oiríamos cosas peregrinas. Lo que aquel hombre de Dios trabajaba, lo que sudaba y lo que oraba, se sabrá el día del juicio. Si alguna vez estando el campo de la misión con inmenso concurso de fieles, aguardando para confesarse, invitó á los sacerdotes á que ocurrieran á la perentoria necesidad con palabras fuertes: conociendo su genio, no significan tanto cuanto suenan, y nadie puede extrañarse si con juicio lo considera y aprecia las circunstancias. Jesús también las dijo y más fuertes que el P. Conde, si es que éste alguna vez las dijo, que yo no las oí. No llegó de seguro el P. Conde á la fuerza que arrojan aquellas de sepulcros blanqueados. En una cosa era inexorable con los sacerdotes: en no entrar en casa del que supiera que vivía mal y en ponerse serio, si sabía que estaba sentado à la misma mesa, que nosotros.

CAPÍTULO XI

Mozos

57. He querido hablar de los mozos en capítulo aparte para que resalte más v más el carácter del P. Conde, que de ellos se valía para mucho provecho de las demás personas. Su afición para tratar con esta clase se despertó en su alma así que principió á ejercer los ministerios. Los mozos entraban como parte muy importante de sus tareas apostólicas. Parecíale y se ponía en el punto verdadero de vista, que si atraía á los mozos á lo que se proponía, hablarían mucho de lo que les decía, meterían ruído y las mozas harían coro con ellos, sabiendo de cierto que secundan con facilidad algunas ideas v obras de los mozos. Era seguro para el P. Conde, que en las casas celebrarían mozas y mozos las buenas doctrinas, que le habían oído: alguna de aquellas salidas ocurrentes, que penetrando en las almas de los jóvenes, al mismo tiempo que les imprimía una verdad, le resolvía las dificultades para desde luego ponerse de su lado. Con lo cual obtenía que en la parroquia se hablara de lo celestial y se dispusieran los ánimos á

buscar á Dios detestando cuanto al servicio

divino se opone.

58. Para ganar á los mozos se valía de varios medios adecuados al modo de entender y querer de ellos. No les iba de frente, ni al principio les revelaba todo su pensamiento, sino que se insinuaba poco á poco para atraer á aquellas fogosas voluntades hasta que las ataba como quería. No le era dificultoso lograrlo. Porque el fuego con que les hablaba, se unía á las mil maravillas con el que suele arder en la juventud, levantando llamas vivas de practicar lo que oían. Este era el primer medio, que usaba y el que daba vida á los otros. El segundo, era hablarles al modo propio de ellos. Mucho les gustaba, cuando oían hablar, como si dijéramos, su natural lenguaje. Engánanselos que contoda clasede personas hablan de un mismo modo, tratando de las cosas divinas. Alos jóvenes hay que hablarles como quienes son. Así se cautivan y no se aburren: aprenden con gusto y no huyen de los que les enseñan. El tercero, mostrábale mucho gusto de estar con ellos y al separarse excusábase con sus muchas ocupaciones y sobre todo con la santa obediencia, que le llamaba. Así los obligaba más, les enseñaba que había que dejar unas cosas por más que gustaran, cuando otras más perentorias se echaban encima, quedando con esto los mozos consolados de la pena que sentían por no continuar á su lado. El cuarto, alabábalos cuanto podía y era justo, ora por las buenas cualidades de que Dios les había dotado, ora por las proezas, que estaban llamados á ejecutar. Ponderábales cómo habían nacido para grandes hazañas y que se dejaran en manos de Dios, que á ellas llegarían. El quinto, era muy tolerante con ellos, ni mostraba rostro serio por cualquiera cosa, que algo desdijera, pues era sabido que entre los mozos de pueblos siempre hay quien salga con alguna patochada. Pero, cuando alguno se desmandaba, no le faltaba la corrección oportuna con aplauso de los otros, á quienes disgustaba semejante procedimiento. El sexto, cuando salía de paseo ó iba á visitar enfermos, encontrando algún mozo parábase con él y le hablaba con afabilidad y le preguntaba por otros y se enteraba de lo que decían. Contaba éste lo acaecido y con su relato encendía en los demás el deseo de conversar con el Padre Conde.

59. En prueba de lo dicho contaré lo que logró de los mozos en la misión de Aranda de Duero, obispado de Osma. Estaba de Dios que el P. Conde había de ir allá á pesar del obstáculo, que se interpuso. Llegó al quinto día de la misión en la tarde, minutos antes de la hora del sermón, que predicó, evitando que subiera al púlpito el compañero, que acababa de explicar la doctrina. Al día siguiente habla á los mozos, los cautiva y les invita para que vayan á comulgar á la ermita de la Virgen de las Viñas, distante de la villa poco más de un kilómetro. Ordena la procesión temprano, aunque era á fines de noviembre, celebra la misa, distribuye la comunión y vuelve con los mozos cantando por medio de Aranda "Firme la voz... La fe de Aranda no faltará., Muchos, al oír los cantos salían á los balcones y á las puertas de sus casas para ver y oír lo que no creían. ¿Cómo los mozos, se decían, pueden cantar así? :De dónde vienen? ¿Qué es esto? La explicación era clara. Habíales invitado

el P. Conde, como él sabía, y aquellos generosos corazones en que abunda la fe cristiana, al escuchar que les llama la Santísima Virgen de las Viñas, á quien de veras aman y es su consuelo y de toda la villa, se animan, y como mansos corderos se encaminan á donde está su madre querida. Postrados con devoción ardiente ante el altar de la Señora, se acercan al sagrado convite, que les nutre la fe, robustece la caridad y despidiéndose de ella vuelven á su villa deseando encenderla en amor divino con los cantos y mucho más con su

ejemplo.

60. El fuego de amor, que los mozos pegaron en muchos antes fríos corazones, influyó en los tristes acontecimientos, que al otro día se desarrollaron. No se le puede negar influencia. Porque al contemplar la mocedad aficionada á la misión, los que á ésta odiaban de veras v habían insultado la fe cristiana en la procesión de penitencia, habida una noche, con la palabra boda, á que atribuyen grosera significación, no podían contener su rabia endemoniada. Entendiendo los impíos con este acto fervoroso de la juventud, piedra principal en que deseaban erigir el edificio de la impiedad en Aranda, que no era va suya; que el misionero se la había llevado de calle y que era ya toda de Jesús y de su madre Santísima, á quienes los impíos del casino detestan sobre todas las cosas, no se paran en barras. Por lo cual, agitados de Satanás, viéndose ya solos, pues ni con juventud ni con pueblo podían contar, se quitaron del todo la careta y cerrados de campaña cometieron sacrilegio horrendo de que en otra parte, Dios mediante, haremos mención. No podemos menos de afir-

mar, teniendo en cuenta lo que hemos expuesto en este capítulo, que el P. Conde, iluminado con la gracia, que sin ésta ¿cómo podía ser? -conquistaba á los mozos para Dios de varios modos encaminados al provecho suvo v de tantas almas por medio ú ocasión de ellos ganadas. Siempre mantuvo firme esta su afición y aunque en los últimos años de su ministerio no le era dado entretenerse tanto como al principio de sus ministerios con la amada mocedad, no daba misión alguna en que faltara una palabra de cariño para los mozos. Era sabido que al distribuir los días para las confesiones v comuniones de la misión, el de los mozos había de sonar. Preguntado una vez por qué señalaba día para los mozos contestó: "Porque se contentan con esa distinción y vienen gustosos. "Su gozo era conversar con los que conservaban la fe antigua, no con cierta clase de jóvenes de ciudad y aun villas, que alardean de incrédulos, tormento de confesores v materia remota de condenados. A éstos ayudaba cuanto podía sin prometérselas felices. Solía decir, que si supiera de cierto cuáles eran los condenados, no les predicaría, al ver semejantes tipos.

CAPÍTULO XII

Virtudes teologales

§ I.—FE

61. No hablamos en este párrafo de la fe, virtud teologal, que el P. Conde, infusa por Dios y adquirida ó aumentada por el ejercicio de sus actos poseía. Cierto, que no debía ser poca, juzgando por lo que en esta miserable tierra trabajó ayudado de Dios. Confesaba, sin embargo, ó por humildad ó por otros motivos, que carecía de la fe de los milagros, al oír la narración de alguna cura portentosa por medio del agua de San Ignacio, nuestro Santo Padre. Decía refiriéndose á la gente gallega, que ha obtenido muchas "ésta posee la fe de los milagros: su fe se corta: los teólogos carecen de ella: no alcanzarán milagros."

62. Por el espíritu de fe se movía en sus acciones para promover la gloria divina. Dejaremos á un lado casi todas, incluso haber siempre sentido con los teólogos más sanos en las contiendas de nuestros días entre católicos, y de la protestación de fe, que estando en los últimos días de su vida, de ser hijo sumiso de la Iglesia y del Sumo Pontífice, se le

oía de cuando en cuando durante su enfermedad. Nos vamos á fijar en el resplandor de algunas de sus obras producido por la fe. Sea uno el aprecio y veneración que á las reliquias de los Santos tributaba. Porque además de llevarlas consigo, cuando sabía que en algún altar las había, gustaba de celebrar en él. Si en una iglesia se guardaban, procuraba que el día de la bendición del agua de San Ignacio se sacaran todas y se pusieran frente al agua, como para santificarla, con lo cual se contentaba harto. A su muerte se le encontraron tres relicarios, todos de los santos de la Compañía. Posevó por algun tiempo un lignum crucis, que cedió á una señora de Rivadeo deseosa de haber uno. Qué sacrificio hi-

ciera, no hay para que ponderarlo.

63. Resplandece en grande la fe del padre Conde bendiciendo, encomiando, exhortando á los fieles el uso del agua bendita de nuestro Santo Padre Ignacio. Difícilmente se podrá ir en esto más adelante, que fué el P. Conde. Era costumbre suva hablar de esta agua tres días antes de bendecirla, ponderando las gracias, que por ella se alcanzaban y exhortando á que la llevaran á sus casas en todas partes y especialmente en Galicia, en donde para satisfacer los deseos de las cosas sobrenaturales, dan en el extremo de consultar las brujas, de echar las cartas para saber lo futuro y otras varias supersticiones. Con el agua de San Ignacio tenéis cuanto deseáis, les decía; ya no volveréis á las adivinas para nada; esta agua sirve para curar las personas y hasta los animales. El día antes de la bendición señalaba la hora, á la que acudía gentío numeroso con todo género de vasijas. Sería

cosa de nunca acabar, si hubiera de darse la bendición al agua en cada vasija: había que renunciar á tanto bien, dejando en desconsuelo grande á toda aquella muchedumbre. Por lo cual se resolvió á bendecirla en el río procurando hacerlo en algún remanso. Cuando estaba va junto al río, exhortaba á la gente á que se encomendara á San Ignacio y les explicaba las oraciones de la bendición sin olvidarse de añadir que la fórmula con que iba á bendecir estaba aprobada por Su Santidad. Acabando la bendición, era necesario salir pronto de entre ella, porque ansiosa de coger el agua impedía el paso por lanzarse de prisa á la orilla del río. Cuánta fe! Por más que le decía hay agua para todos, no se detenían. En algunas misiones, tres ó más veces la bendijo aunque tuviera que ir lejos. Se distinguió en obtener favores por medio del agua de San Ignacio la misión de Rubián de abajo, en la cual en un solo día se publicaron dieciocho. No me causa maravilla. Porque al ver en la carretera, que lleva al río en que se bendijo el agua á unas cuatro mil personas ansiosas de tomarla, desde luego se confiaba que tanta fe sería premiada con singulares gracias, como sucedió.

64. Bendiciendo el agua en la misión de Junquera de Espadañedo en el obispado de Orense pasó el caso siguiente. Presenciaba la bendición del agua junto á un arroyo una mujer casada, como de cincuenta años de edad, á lo que parecía. Tiempo había que se reputaba enferma de esas enfermedades, que no dejan de abundar en Galicia y después de haber consultado médicos y tomado medicinas no sentía alivio. Pensó, y acaso le dijeran que

la enfermedad procedía de envidia ó que los demonios se la habían causado. La pobre señora, que era rica ó estaba bien, para lo que suelen en aquel país, principió á ir á santuarios en romería para alcanzar la salud. Su marido la acompañaba y sentía en grande, que su mujer viviera con semejante enfermedad acongojada. Tampoco se vió libre del contagio de consultar las brujas, como hacen muchos en largas enfermedades. De cuando en cuando le daba por hacer algunos gestos, hablar como si estuviese poseída del demonio, Estando en la bendición del agua principió á hacerlos y así que alzó la voz junto al Padre Conde, levanta éste la mano y le sacude un bofetón, que fué como mano de santo. Desde aquel momento cesaron todas las enfermedades y todas las obsesiones ó posesiones de los demonios y todas las envidias. Al día siguiente en agradecimiento fué ella misma á casa del señor Cura á dar una limosna de cinco duros al compañero del P. Conde. Estaba la buena mujer bien demacrada, había sufrido mucho con su enfermedad real ó imaginaria.

65. Manifestaba el P. Conde su fe en la bendición del pan, que en todas las misiones se daba. No la omitía, porque juzgaba que tanto el agua de San Ignacio como el pan contribuían á desarraigar en Galicia las supersticiones, que andan muy boyantes. Solía hablar de la fe de San Bernardo en la bendición del pan y de los muchos milagros, que el Santo con él hacía. Llevad el pan bendito, decía, para que os libréis de las asechanzas del demonio y de todas las enfermedades: buscad aquí el remedio y lo hallaréis, y cuando vuestro esposo, añadía, no se porte con vosotros

como debe y no cumpla los deberes de la religión, echadle, aunque sea en la sopa, un poco de pan bendito para que le dé calentura de amor de Dios. Siempre les encargaba que si por el uso del pan bendito obtenían alguna gracia, que se lo avisaran para publicarlo á gloria de Dios.

§ II.—ESPERANZA

66. Al tratar de la esperanza del P. Conde se puede afirmar que por arduo que fuera lo que le mandaban ó se proponía, nunca se acobardó, porque en la ayuda divina colocaba su fuerza v la remoción de los obstáculos, que en su camino le obstruveran el paso. Y si alguna vez no venció las dificultades, no fué por no acometerlas. Sin duda no era llegada la hora, como pasó en Lardero, pueblo junto á Logroño, que maleado de protestantismo y de los achaques que aquejan á pueblos cercanos á las ciudades, le impidió predicar con amenazas próximas á obras. Hizo cuanto le era dado, y dispuesto estaba á morir, si fuera necesario para la honra de Dios. Se retiró de allí, aconsejado de personas buenas, conociendo que no estaba aquel campo dispuesto á recibir la simiente de la palabra divina. Dios se apiade de esa y otras poblaciones, que se hallan en iguales ó semejantes circunstancias.

67. Varios son los casos en la vida del padre Conde en que brilla la esperanza contra toda probable razón. Elegiré sólo dos. Uno es haber obtenido lo que deseaba para el mejor fruto de las misiones. Viendo que muchos fieles movidos de la gracia divina en ellas, se

disponen y aprontan á confesar los pecados. que desde años atrás han callado en las confesiones y que se vuelven á sus casas con ellos por no hallar proporción para acercarse á los misioneros, habiendo buscádola dos ó tres días, que esperaron, para que le llegara la vez v no le llegó; pensaba el P. Conde en el modo de evitar semejante mal que coarta el fruto de las misiones. Desde luego se le ocurría y lo decía tratándose del asunto: San Alfonso María de Ligorio resolvió la dificultad. enviando sacerdotes de su congregación en buen número para que avudaran á confesar. Así evita que los fieles no se confiesen con los conocidos y puedan desahogarse. No hay que contar, decía el P. Conde, con Padres nuestros para estos casos, y se ponía en lo cierto. La Compañía en sus multiplicados ministerios no puede destinar para esto á sujeto alguno: de otras religiones, no dando misión en los pueblos en que moran, tampoco se puede pensar en conseguirlos. No hay otro recurso, que el clero secular. Al momento le salían al paso arduas dificultades. Conocía que en una diócesis siempre hay varios sacerdotes, hábiles, virtuosos y trabajadores, que pudieran tomar sobre sus hombres las muchas molestias, que son anejas al ministerio de oír confesiones. Pero cómo abandonarán las parroquias para ir á confesar al cuarto día de misión? Ouién sufraga los gastos del camino? Ouién les da un estipendio correspondiente? Dificultades son que cierran el paso. Porque exigir de los que costean la misión, que á diez ó doce sacerdotes, como son necesarios en Galicia, paguen gastos de camino y alarguen una limosna decente á personas calificadas, como deben ser

semejantes confesores, significaría que las misiones se acaban, no se podrían costear. Ni tampoco hav por lo general que contar con los Prelados para subvenir á tales gastos, porque algunos carecen de medios para ello y otros traen entre manos negocios á su parecer de más importancia en que emplean las rentas. No por estas v otras dificultades el P. Conde perdió la esperanza de alcanzar penitenciarios para sus misiones. Siempre que se le presentaba ocasión de emitir su idea, la aprovechaba v al fin Dios coronó su esperanza, sino para todas sus misiones á lo menos para las que diera en la diócesis de Mondonedo. Tuvo el gusto de ver penitenciarios en las misiones de Bian, Rivadeo, Castro de Rev, Cedofeita v San Pedro Mor. Por que hablando un día con el Iltmo. Sr. Obispo, D. Manuel Fernández de Castro, sobre el asunto, penetró éste la necesidad v conveniencia de los tales penitenciarios, ora por lo expuesto por el Padre, ora por la experiencia adquirida en Oviedo siendo canónigo Penitenciario de aquella Santa iglesia, en donde oyó á varias personas, que en las misiones no habían aclarado su conciencia manifestando todas sus culpas graves por falta de confesores desconocidos. Agradó la idea al Prelado quien deseó que se la pusiera por escrito, como en efecto, lo hizo el Padre en carta á dicho señor, que imprimió sin que el Padre se lo pudiera imaginar. Dios premió su esperanza, cuando menos pensaba y se podía prometer. Qué descanso es dar misiones con aquellos piadosos penitenciarios, á quien el señor Obispo condecoró con crucifijo pendiente del cuello y estola morada sobre los hombros. ¡Qué contento en los fieles por confesarse, sin tener que esperar, con sacerdotes doctos, virtuosos

v sobre todo desconocidos!

68. El otro es el deseo, que tenía de misionar de seguida en un país ó diócesis sin andar saltando de unas en otras, dando una misión aquí y otra acullá, unas cuarenta ó cincuenta leguas de distancia. Ponderaba los buenos efectos, que se alcanzarían, y el renombre de los misioneros, que extendiéndose de pueblo en pueblo, sería va de antemano predicación equivalente á algunos sermones. No se veía camino para lograr el intento. No por esto desistía. su esperanza estaba firme por juzgarlo mucha gloria de Dios. Verdad es que para conseguirlo era necesario contar con medios para sufragar los gastos, que llevan consigo las misiones. Porque para recorrer un país misionando, no hay que esperar que los pueblos mantengan á los misioneros, les den para los viajes v otros gastos indispensables. Ni los párrocos están para desembolsos, son pobres. Dispuso Dios las cosas para que lograra lo esperado. Comenzó por ofrecerse á misionar sin limosna alguna, con tal que abonasen los gastos de viajes, según lo ordenan las constituciones de la Compañía. Así dió misión en Rágama, Lomoviejo, Cervillego y Horcajo de las Torres en el obispado de Avila y en San Esteban de la Sierra, Santibáñez, Molinillo, Masurco, Mieza, Vilvestre, Vitigudino, Cipeses, Peralejos de Abajo, Iruelos, Villarino en el obispado de Salamanca y en Saldeana, Saucelle v la Fregeneda, en el obispado de Ciudad-Rodrigo. Parecióle v con razón que así no obtenía su propósito de evangelizar á hecho los pueblos, como deseaba. Y Dios, que

sin duda alguna quería premiar la esperanza de su misionero, le inspira que hable á una persona rica, amiga del bien del prójimo. Oír ésta la proposición del P. Conde y aceptarla todo fué uno. Desde este momento contó con dinero para dar misiones en toda la provincia de Salamanca evangelizando una región, como lo había esperado de la bondad divina. Y con el beneplácito de los Superiores, en el tiempo en que allí se pueden dar misiones, plantaba por tres ó cuatro meses los reales.

§ III.—CARIDAD

69. Mostró el P. Conde su amor á Dios cuidando de honrarle y de que fuera honrado. Lo primero, procuró que sus relaciones con su Criador y Señor fueran, cual nuestro instituto las pide á un hijo de la Compañía. Oraba sin perder tiempo. La meditación diaria era el pábulo con que nutría su alma y si alguna vez por oír confesiones, no la podía tener, la suplía de varios modos y á veces aprovechaba los momentos, que había entre retirarse un penitente del confesonario y acercarse otro. En los primeros días de la misión estaba un poco desocupado y solía irse al campo en donde pasaba la mañana hasta eso de las doce, que volvía á casa, empleando parte del tiempo que le llevaba el camino en orar y la otra parte en la lectura de la Santa Biblia. Por el modo de obrar del P. Conde, no podemos menos de afirmar que conversaba intimamente con la divina Majestad. Porque aquel fervor nunca entibiado, se mantiene solamente con las llamas del amor divino, que inflamaban su alma. Así se concibe que en la predi-

cación, aun en lo narrativo, no decavera de punto, y cuando increpaba ó reprendía se asemejara al ravo, que por donde va quema ó troncha ó derrumba. Pero al verle con el crucifijo en la mano, al contemplarle besándolo, al oír los coloquios tan tiernos, que de sus labios salían, aparece la grandeza del divino amor, que al hombre apostólico consume. Del mismo amor procedía que al rezar el oficio divino se abstraía de las criaturas, recogiéndose grandemente. Sentía, por lo que hablaba en ocasiones, que no se pusiera mucho cuidado en rezarlo v era de parecer que Dios castiga, retirando por rezarlo mal, gracias, que otorgaría. Nunca se olvidaba en el sermón de las Animas el último día de misión, predicar cómo un sacerdote estuvo en el purgatorio por no rezar á sus tiempos.

70. Lo segundo forma la vida del P. Conde, á saber, que Dios sea honrado. Porque los hombres honraran ó amaran á Dios, trabajó, se afanó v murió en la brecha, como valeroso soldado de Cristo Señor nuestro. La salvación de los hombres era su constante pensamiento y no cesaba de procurarla hasta que no podía más, intimamente penetrado que en esto mostraba su amor á Dios. Para conseguir su intento, tronaba contra el pecado y contra los pecadores con todas sus fuerzas. Conocía que el amor divino padecía detrimento en las reuniones de la juventud, tanto de día como de noche y abrasado en su calor lanzaba rayos contra ellas, fueran bailes agarrados, tertulias, hilanderos, saraos, rondas, casinos y teatros, atemorizando á unos, desengañando á otros y travendo á todos al amor de su Dios y Criador. Nada digamos

del empeño, que ponía en que los novios no manchasen sus almas. Apelaba á todos los resortes para evitarles semejante desgracia. Padres, madres, hermanos, familia, decoro, honra, fama, gracia divina v otras muchas cosas ponía en juego para que en ese tiempo tan peligroso se conservaran amantes de Dios. procurando el favor celestial para ser felices

en su casamiento.

71. Y porque en algunos países, en que misionó, no faltaban escándalos por vivir amancebados varios desgraciados sin vergüenza de nadie, ni temor de Dios, procuró el P. Conde obtener de los Prelados facultades para casarlos con la mayor posible facilidad. Son por lo común estos desvergonzados insensibles, y pasados algunos años en la mancebía, no se acuerdan del malhadado estado en que viven, v por lo co nún, mueren como han vivido, en pecado. En las misiones algunos vuelven en sí, queriendo legitimar su escandalosa unión. No hay duda, que si se les facilitan los medios de lograrla, algunos va por ruegos de la mujer, ya por los hijos, se acercan al misionero, manifestándole el mal estado en que se encuentran y cómo desean casarse. Cierto, que si se acaba la misión v no están dados los pasos para ello, ó no se han casado durante ella, se vuelven á enfriar v no valen súplicas, ni razones, ni de mujer, ni de hijos, ni de amigos, que los muevan á cumplir como á cristianos conviene. Conocido tenía el P. Conde todo esto, y para sacar semejantes almas del pecado y ponerlas en amistad con Dios, rogó v obtuvo de varios Prelados la facultad de dispensar con esta desgraciada casta y con los que estuvieran

en peligro de pecado ó se les siguiera daño grave en honra y fama, de las proclamas y de los expedientes de cristiandad y soltería, mediante declaración verbal de testigos, que sirve de expediente canónico. Por este medio ha librado á muchas almas de pecado y puéstolas en gracia de Dios. No se sabe el contento con que los fieles oyen leer la carta comendaticia, en que constan esta y otras facultades. por ver en ella el modo de quitar el oprobio de tener amancebados en la parroquia. Se hacen como apóstoles, yendo á narrarles lo que han oído sobre las facultades de casar. allanándoles el camino y que no dejen pasar la ocasión, que se casarán sin haber de buscar papeles y sin coste alguno. No cabe duda también que si pasa la coyuntura de la misión para muchos es imposible contraer matrimonio á causa de los gastos que han de hacer para buscar partidas, echar proclamas y otras cosas, que dificultan los enlaces cristianos.

72. Predicaba el P. Conde una misión en la provincia de Salamanca muy fuertemente contra los amancebados, y una mujer, que lo estaba, concibió tal dolor, que, yendo á su casa, dijo al hombre con quien malamente vivía: "O nos casamos ó yo me voy: llevaré el niño de pecho y tú te quedas con los otros dos,. Por más que el hombre intentó disuadirla, no hubo modo, estaba la mujer firme. Viéndola el infeliz hombre tan resuelta, entró dentro de si y como era hijo de buenos padres, que le dieron cristiana crianza, resolvió acercarse al otro misionero para exponerle ciertas dudas, que sobre religión se le ocurrían. No tragaba, á lo que decía, el culto externo, pues consideraba la religión como un sentimiento y nada

más. Se expresaba con facilidad y en el pueblo era propagandista de republicanismo y de cuanto le parecía. El Padre, que caló al sujeto, con pocas palabras lo despachó. Quiere decir que V. ama á esa muchacha y no quiere confesarse para casarse con ella. El hombre, que se vió descubierto en lo dicho por el Padre, entendió que no había otro modo de llamar suva á la manceba y se decidió á confesarse y casarse lo más pronto posible. El señor cura dispuso celebrar el matrimonio á las diez de la mañana. Así que tocaron las campanas, como por el lugar se había corrido la voz del casamiento, acude la gente á la iglesia para presenciar el acto; poca quedó en las casas y el que no se avenía días antes con el culto externo, con mucho gozo se abrazaba á él y satisfecho contemplaba la multitud, que le acompañaba. Tan pronto se mudan las ideas y los corazones, entrando por el buen camino. Y no paró en la iglesia el culto externo, porque así que puso los pies en el umbral de la puerta para salir, principiaron á cantar los convidados y no convidados á la boda los versos, que habían aprendido en la misión, que empiezan

> De un pecador arrepentido, Mi buen lesús, ten compasión

y no cesaron hasta llegar á la casa del padrino. Cuando los padres misioneros supieron lo sucedido, celebraron la ocurrencia, creyendo que la gente había obrado sin intención de herir al novio como, en verdad, lo era. Dios sea alabado con culto interno y externo. El Padre Conde se maravillaba de ver los caminos del Señor en este caso y no cesaba aquel día de bendecirlo.

CAPÍTULO XIII

Celo de la salvación de las almas

73. Habiendo tratado en el párrafo anterior del amor de Dios, que mostró el P. Conde en que los hombres amaran á su Criador. nos podríamos excusar de hablar del celo, que nutrió en su corazón manifestándolo á su debido tiempo. Pensamos, empero, que no está fuera de este lugar, consignar aquella prontitud con que siempre acudía á cuanto era gloria de Dios y provecho de las almas. Vimos va, cómo siendo estudiante de la Compañía. en alas del celo enseñaba la doctrina y platicaba los días de vacación, estuviera el tiempo como estuviera á pesar de su endeble salud. Nadie le obligaba á semejante trabajo; los superiores se lo hubieran dispensado á la menor palabra, que en contra saliera de sus labios. Porque conocen que los estudios ocupan á un hombre por dispuesto que sea. El P. Conde en los colegios, que estudió, siempre tuvo á su cargo este ministerio. El celo de la gloria divina y del prójimo le urgía.

74. Con el sacerdocio creció y se ex-

tendió más, y más este celo. Ya se sabía que al P. Conde tocaba visitar el hospital, acudir á las cárceles y al presidio viviendo en Valladolid y procurar alivio á toda desgracia. Hay que confesar á enfermos, que viven lejos, pobres desgraciados, que no puedan abandonar la cama en asquerosa bohardilla puesta?, el P. Conde sube escaleras, sufre malos olores. Algún hombre distinguido está para morir y nadie se atreve á hablarle para que mire por su .salvación?, al P. Conde se acude, quien no rehuye el encargo y encomendándose á Dios, entra con paso firme en casa del doliente, le declara el propósito, que lleva, y logra confesar al enfermo, con harto consuelo de ambos. De Valladolid contaba un caso famoso de cierto caballero de mucho genio y docto. Nadie se atrevía con él por conocer su talante. Atrevióse el P. Conde y se captó de tal modo su voluntad, que murió con los Sacramentos de la Santa Iglesia y el Padre á su cabecera. Las señoras de las conferencias de San Vicente de Paúl para confesar sus pobres acogidos, ú otros, que en sus visitas atraían á mirar por sus almas, al P. Conde se acercan, como á hombre de celo para que los consolara y visitara y confesara, seguras de hallarle dispuesto. Qué más? Si había á quien ajusticiar, el P. Conde en la capilla y en el patíbulo estaba, no dejaba el reo un momento. Desempeñar el ministerio con esta clase de gentes, era para él como cosa que le pertenecía y en casa así se consideraba. Su celo convirtió á un protestante, que domatizaba en Palencia y comisionado por el señor Obispo, recibió la abjuración de la herejía, le admitió en la Iglesia católica, absolviéndole de censuras y pecados. Pensó después el Sr Obispo que la absolución era nula por juzgar que absolver á los dogmatizantes está reservado en las quinquenales, que le estaban delegadas, y tratando de esto con el P. Conde, rotundamente dijo éste: No tema su Ilustrisíma, que está bien dada la absolución por estar yo autorizado, como lo estaba en verdad, para absolver de herejía. Con lo cual se tranquilizó el Prelado. No olvidó éste lo dicho por el P. Conde, pues al ir á la misión de Rioseco el P. Santos y concedernos su potestad, aludió á las facultades del P. Conde con mucha gracia y no poca alabanza.

75. Su celo lucía en todo lo arduo y trabajoso. Bastaba que una cosa se presentara con dificultades para desear acometerla. No había pocas en ir al Valle de Pas, en la diócesis de Santander á evangelizar de pueblo en pueblo v aun más de choza en choza en el rigor del invierno. Entendió la necesidad que allí había, que no era poca, y viviendo en Valladolid, fué dos inviernos á misionar en aquellos montes sin compañero, habiendo de atravesarlos con nieve, dormir sobre el heno y cubierto á veces con las ropas viejas, que regalan á las nodrizas pasiegas sus amos de Madrid cuando por la fiesta de San Isidro van á visi tarlos. Por más que se le dijo en la residencia de Santander para que no saliera una tarde por ver ya nevados los montes de los pasiegos y por temor de que en el camino le cogiera la nevada, no hubo modo de reducirlo á que no marchara. Calza las almadreñas y á poco de pasar de la estación de Guarniro, principia á nevar con tal fuerza, que le era sumamente trabajoso andar por la mucha nieve, que caía y más por las celliscas. No se acobarda; con harta molestia y muy fatigado llegó al punto, que deseaba. Su corazón no encontraba límites. Dios quería que predicase á los pasiegos y su celo no permite estar ya en los cuarteles de invierno en lo más crudo de la estación. En los días de descanso, que pasaba en Santander, no estaba quieto. Confesaba en la iglesia nuestra y se entretenía en preparar la carta comendaticia y las misivas á los párrocos y otros impresos para el mejor éxito de las misiones. Su celo quería acción y más acción, era incansable. Nunca se acabaría, si hubiéramos de referir todas las obras de su celo por la salvación de las almas.

CAPÍTULO XIV

Amor al prógimo

76. No es nuestro ánimo tratar aquí de los bienes, que las almas de los prójimos obtuvieron por medio del P. Conde. Ya hemos escrito á nuestro parecer lo suficiente, para presentar en este punto el verdadero amor, que á todos profesaba. Vamos á contar algunos hechos, que prueban su amor al prójimo, favoreciéndole temporalmente en cuanto podía y estaba en su mano. El primero es, que en las misio-

nes de Galicia recordaba siempre que tuvieran caridad con los forasteros, que son por lo común en número crecido. Y aunque la gente es inclinada á recogerlos para que no duerman al sereno, la recomendación del P. Conde abría puertas, que sin ella se conservarían cerradas. No obstante la recomendación hecha al predicar, era ley que al dejar á las nueve ó diez de la noche el confesonario. preguntar á las personas, que había en el campo de la misión, en que se confiesa, si tenían á donde cobijarse. Muchas no habían pensado en ello, por estar aguardando la vez junto al confesonario y otras estaban resueltas á dormir en aquel sitio, lo que nunca permitía. A todas junta el P. Conde, subiendo algunos días de doscientas, pasar de ciento era frecuente, y con ellas se va á casa del señor cura para que, abriendo la iglesia, duerman allí, ó á casa de algún ó algunos vecinos á pedir que las alojen en los pajares, cuadras ó corredores. Cuidaba con diligencia, que en la casa, que se recibían mujeres, no quedara ni un solo hombre v viceversa. Y no contento con buscarle albergue, como overa que alguien no tuviera que comer ó que en todo el día no había comido, pedía á las personas, que le parecía que le dieran con que matar el hambre, fuera pan, caldo ú otra cosa cualquiera. De estos ejemplos hav muchos en su vida. En una misión de Asturias, me parece que fué en Villaviciosa, se halló al concluir de confesar una noche con muchas mujeres, que no tenían posada. Adónde iremos á pedirla? Debió sugerirle alguno la idea, que en el casino podíanacomodarse. Al punto corrió á hablar con los que lo tenían á su cuenta, logrando de la bondad de estos señores, no solo que cedieran el local, sino también las alfombras. Y no contentos con esta caridad, repartieron á cada una de las pobres mujeres, que allí estaban, buena ración de pan y queso. Mucho elogiaba el P. Conde esta acción de aquellos buenos asturianos y solía añadir, que son ardorosos y entusiastas. ¡Qué misión aquella! Lo segundo, como en los últimos años viera llegar á un pobre á la casa donde morábamos ó á quien hubiere hecho algo por la misión, procuraba que dieran limosna al necesitado y hasta que lo agasajaran. No olvidaba, por más que los que costeaban la misión lo harían, encargar que al concluir de arreglar el púlpito y campo para predicar, dieran un poco de vino á los trabajadores. En la misión del Ferrol repartió buenos duros, que un caballero, después de confesarlo en su casa por estar enfermo, le ofreció de manera bien generosa y galana. Abrió el cajón, que contenía bastantes: tome V. cuantos quiera, le dice, y á repetidas instancias tomó lo que le pareció. En la de Cantalapiedra fueron dos mil reales los repartidos en pan á los pobres. No quiero dejar en olvido el premio y consuelo, que tuvo una mujer con una limosna, que le proporcionó el P. Conde. Vivía esta pobre amancebada y Dios le tocó al corazón, durante la misión de Orense, á que asistía. Salió del confesonario resuelta á dejar el pecado, abandonando la casa del querido, sin saber cómo había de mantenerse, ni en donde había de vivir. Sin embargo, lo abandonó, yéndose á casa de una amiga. Preguntándole al día siguiente, que fué por la absolución, con cuanto se mantendría ó que necesitaría para vivir, responde

que con cuatro duros que posea me abundará bien, explicando el modo. ¡Es gente sobria de veras la gente gallega! A esta infeliz se dió en este mismo día esperanza de un socorro sin decirle la cantidad á que subiría. Cuando á la tarde se presenta en el Seminario, que era nuestra morada, y se le ponen en las manos ocho duros, cae de rodillas instantáneamente, queriendo besar los pies á quien se los entregó, sin acertar á darle las gracias. En varias misiones dieron al P. Conde dinero para emplearlo en alivio de los necesitados ó en casos

iguales ó á éstos parecidos.

77. En Valladolid hav un conventó de monjas, que viven en mucha pobreza. Son muy observantes y eran bastante apreciadas del P. Conde. Varias veces, siempre que podía, les enviaba buenas limosnas, que llegaban en ocasiones para sacarlas de apuros. Solía favorecer también á doncellas virtuosas, que desean perfección, consagrándose á Dios en los conventos. Aún en la última misión que dió, faltando parte de la dote á una para entrar en religión, se la alcanzó de una señora muy devota del Padre. A otra se la dió entera. Bueno será referir lo acaecido con ésta para admirar las trazas de Dios en llamar á su servicio. Después de la misión de Vigo, en que nos apedrearon á la entrada, fuimos á Redondela, en donde predicamos un triduo, que el señor Abad con sus feligreses y aprobación del Prelado había dispuesto en desagravio de lo acaecido en Vigo. El recibimiento que hicieron al P. Conde en Redondela al desembarcar del vaporcito, que de Bouzas nos conducía, no se puede describir. Dios pague al señor Abad, iniciador de este

desagravio v festejo v á todos tanta caridad. Aquella gente que hacía un año le había oído en la misión de su villa, le estaba muy aficionada y con lo sucedido en Vigo, indignada en gran manera. El pueblo en masa se puso en movimiento, cohetes, música, campanas, vivas no cesaban. El nombre del P. Conde resonaba continuamente por los aires. Ni á un príncipe se recibe con más alegría. Al poner los pies en el muelle, se acerca (era al obscurecer) una joven v con voz resuelta v dolorida dice "ay P. Conde, si hubiéramos estado allí (en Vigo) se hubieran guardado bien., y lo dijo con tal cariño y amor, que manifestaba un alma pura ansiosa de Dios. Preguntóle el Padre en los días siguientes que allí estuvimos, si quería ser religiosa; vió la pobre el cielo abierto. Sí, contesta, pero no puedo serlo por falta de dote: bien sabe V. que sov pobre. No importa, el dote vendrá, v vino, v vive en religión con mucho contento propio v satisfacción de sus superioras.

78. No sólo favorecía con socorros materiales al prójimo, sino también con su influencia. Cuando misionamos en la Arnoya (obispado de Orense) había disgustos serios entre los principales de la parroquia. Los tribunales ya intervenían y era probable que alguno, además de gastar buen dinero fuera á presidio. En los últimos días de misión supimos el estado lastimoso en que se encontraban aquellas personas. Se ablandaron los ánimos con los sermones y deseaban, á lo menos en su interior, cortar el litigio, por más que algunas veces se oía lo contrario. Ocurriósele al señor Cura convidarlos un día á la mesa con nosotros, de lo que resultó que

convinieron en desistir de andar en los tribunales. Aun creían aquellos señores, como la muchedumbre cree, en la omnipotencia de los misioneros y Dios quiera que en ella no se confirmaran. Porque conociendo el P. Conde al Presidente de la Audiencia de Orense, padre de uno de la Compañía, ofrecióse á recomendarle el asunto para que se acabara pronto v sin daño de nadie, en caso que no se pudiera conseguir nada del señor Juez de instrucción de Ribadavia. Al paso por esta villa se habló á éste del asunto y dijo que ya lo había elevado á la Audiencia. Fué el señor Presidente tan activo, que pronto despachó el negocio, como se lo suplicó el Padre y tan atento, que le escribió el resultado sin perder tiempo. No se puede ponderar la paz, que á la Arnova llegó, cuando el P. Conde escribió la sentencia, que á todos contentó. Sin duda alguna aquellas buenas gentes mucho le agradecen la molestia, que por ellas se tomó. En otras ocasiones favoreció también con su influencia los necesitados sin dejar pasar alguna en que pudiera socorrer ó consolar al prójimo y dar á Dios gloria.

ALGUNAS VIRTUDES MORALES

CAPITULO XV

Pobreza

79. Amaba el P. Conde la pobreza como á madre, según la frase de nuestro santo Patriarca Ignacio, y no descuidaba la perfección requerida en nuestro instituto para alcanzarla. Formó de ella el concepto debido y procuraba desde el noviciado amoldarse á sus exigencias de la mejor manera posible, entendiendo que no sería nunca hombre espiritual, si no era amante de ser pobre. Así es que en el comer y beber era parco y no poco pensó, si en las misiones habría de renunciar al principio en la mesa. Porque juzgaba que en Galicia era causa de gastos extraordinarios y que por el principio solían los que costeaban

las misiones, ó los señores Curas buscar cocineras de fuera de la parroquia, lo cual cruzaba por su mente que era motivo de desedificación. Quiso omitir esta advertencia en la carta impresa que se envía al párroco en donde se misiona v sólo le movió para consignarla que en nuestros colegios se daba, y era obligar á otros misioneros á que pasáran sin principio, acaso sin poder y con perjuicio de la salud y fuerzas corporales, exponiéndose á tomar más cantidad de otros manjares con escándalo de los comensales. Y es de notar que aun después de haber consentido en que no se suprimiera lo del principio, siempre que hablaba del asunto, mascaba un poco, decía algo, como que no le asentaba. En fondas no

entraba en los viajes.

80. Del vestido no se cuidaba. Ponía el exterior, que le daban hasta que ya no parecía decente ó se lo quitaba el H. Coadjutor que está encargado de la ropa. Y como de parte del interior, que con la sotana no se vé, nadie está al tanto, se puede afirmar, por lo que vimos al morirse, que llegaba su pobreza á muy alto lugar. Medias no usaba y si algún par se le encontró en la maleta, eran de peal, sin abrigar por consiguiente los pies. Se había proporcionado unos zapatos á su gusto, que parecían borceguíes, fuertes como los de un gañán y de becerro tan duro como una tabla. Daba á quienes se los miraba con ojos humanos, después de echarles medias suelas, compasión por lo mal pergeñados, que le solían quedar, y edificación á quien viéndolos, levantaba los ojos al cielo por considerar á un hombre tan querido y aplaudido por donde iba, calzado toscamente. Quizá no hubo en sus

tiempos otro Padre de la Compañía que calzara con tanta pobreza. Lo mismo diríamos de la otra ropa de su uso. No había nada de esmerado, todo común y usado de años. El último manteo, que se hizo, era de tela pobre muy delgada y sin vuelo. Quísolo así para predicar las conferencias con desahogo.

81. Por mucho tjempo cuando viajaba, solo tomaba billete de tercera clase, pudiendo tomarlo de segunda, que es en la que viajan los PP. de la Compañía de esta provincia de Castilla por lo común, á no ser por causas especiales, que obliguen á tomar otra. Nunca estaba más contento en las misiones, que cuando desde el púlpito manifestaba que predicaba gratis, que sin un céntimo había entrado en la parroquia y que sin él había de salir de ella: que lo que deseaba eran sus almas, no sus bienes. Como supiera que en alguna parte se pedía á los feligreses para costear la misión, si podía evitar ir á darla, lo evitaba, por conceptuar que no era conforme á la pobreza, que nuestro instituto profesa, pedir á los fieles para las misiones, por coartar algún tanto la libertad de hablar. Dió varias misiones sin recibir cosa alguna ni para los viajes. El dinero era nada para el P. Conde. Estaba tan despegado, que ni aun quería guardarlo en su bolsa ó cartera. Estando ya en la cama en que murió, acordóse que de los viajes guardaba algunas monedas y llamando al P. Díez le indicó el sitio en que debía hallarlas y como no estuvieran allí, le indicó otro, en que estaban. Así que oyó que las había encontrade, le dice: haga V. R. el favor de darlas al P. Santos. No quería morir con apariencia de propietario. La pobreza

le acompañó siempre durante su vida religiosa. En su última enfermedad fué asistido de limosna porque D.ª Filomena Insua, en cuva casa estuvo enfermo y murió, no quiso nada por los gastos causados durante ella. Dios le pague tanta caridad. Después se le gratificó con una buena fineza. Hasta la mortaja fué de limosna, que dió D. Laureano Tato del comercio de Lugo. Dios le premie tanto afecto y tanta generosidad habida con el P. Conde. Baste lo dicho para probar que el P. Conde no solo en el afecto sino también en el efecto era amante partidario de la santa pobreza. Por lo cual nadie debe extrañarse de que predicara con tanta libertad de espíritu, como lo hacía.

CAPÍTULO XVI

Castidad.

82. Fué amante de esta angélica virtud tan propia de un hombre apostólico, que necesita mantener su reputación en este punto tan alta, que nadie sospechar pueda que ni en palabras, ni en miradas, ni en obras haya el menor detrimento. Y cierto que abundan ocasiones de menoscabarla tratando á tantos pecadores y tan sueltos como á los misioneros

se suelen llegar. Mucho contribuía en el P. Conde además de la oración v mortificación y continuo trabajo, aquella modestia tan ajustada á las prescripciones de nuestro santo P. Ignacio, que infundía respeto y veneración á cuantos le mirasen por procaces, que fueran. Y no dudo que á su modestia debió no ser acometido más veces de las que lo fué. Verdad es, que ni de cerca ni de lejos se exponía. Vivía con mucha cautela en este particular y por más que se mostraba expansivo, jovial v alegre en las conversaciones con los hombres y mucho más en las recreaciones, que los PP, de la Compañía tenemos después de comer y cenar, era con las mujeres grave, serio, con mezcla de afabilidad.

83. En las misiones, había por necesidad. que oirlas fuera del confesionario para resolverles ciertos casos, responder á consultas. que le proponían y dispensarles ó conmutarles votos de que suelen, sobre todo en Galicia. estar cargadas con mucha intranquilidad de conciencia. No las recibía en la casa, en que posaba. Se le veía hablando con alguna á solas en el campo de la misión y otras en grupo esperaban la vez para acercarse á él: quienes le hablaban de sus asuntos espirituales por los caminos, como le sucedió en la Hinojosa, que vendo de paseo, le salieron varias á decirle sus cuitas y sus pecados, como si le dieran cuenta de conciencia. En la iglesia también les despachaba y donde quiera que le hallaran delante de gente, porque sin testigos no se paraba con ninguna mujer. Y obraba con esta prudencia, no porque temiera de su parte desmán de ninguna clase, confiando como confiaba en la gracia divina, sino

por no exponerse ni aun remotamente á que los impíos le armasen algún lazo ó levantaran algún caramillo, que aun siendo inocente pudiera inutilizarle por algún tiempo para emplearse en la salvación de las almas.

84. Para evitar esto, no consintió en Briviesca que entrara una mujer en el coche del ferrocarril en que él solo estaba. Parecíale á ella que allí iba bien, por no haber más personas, que el sacerdote, que le impedía entrar. No quería desistir de su intento. Viendo su decidida intención, principia el P. Conde á levantar la voz, que hasta entonces le había hablado en tono bajo y habló con tal energía y díjole tales cosas, que un poco mohina abandonó el coche y se fué á otro. Las voces del Padre se oyeron en la estación, acudió un empleado á cerciorarse de lo que acontecía y

entendiéndolo, aprobó su conducta.

85. En la mayor parte de las misiones hay que valerse de jóvenes que sirvan de cantoras, porque pensar que los hombres hayan de aguantar tanto canto, como en ellas se acostumbra, es perder tiempo. Al P. Conde por lo común tocaba el instruirlas, con no poco quebranto. No las llevaba á casa. Las trataba lo menos que podía, aunque siempre con mucha consideración y agradecimiento. Solía ensayarlas para que animaran la misión ó en la iglesia ó en la sacristía. Se entretenía con ellas lo menos que podía y á veces las dejaba á medio aprender los cantos, procurando en semeiantes casos los misioneros ayudarlas para que se soltaran y levantaran la voz sin miedo, que no les falta en los primeros días. Ayudan mucho en la misión. El P. Conde las apreciaba por esto y se lo mostraba desde el

púlpito elogiándolas sobre todo el día de la despedida dándoles el último adiós y las gracias por lo que contribuyeron al fruto de la misión. Claro es, que las pobres lloraban como unas cuitadas, oyendo al Padre, que las mentaba, y al día siguiente les daba algún regalo

estando juntas á cada una.

86. Concluvo este capítulo con el siguiente caso para cautela de muchos. Predicaba, como solía, con mucha aceptación en un pueblo, que po quiero nombrar Las gentes se hacían lenguas, encomiando al predicador. Confesaba á cuantos podía sin perder ripio. Acercóse una mujer, narrándole muchos sinsabores, á quien procuró consolar, como se acostumbra, sin que hubiera algo ajeno al santo tribunal. Se retiró la mujer, aun joven y casada de los pies del confesor muy conformé v resignada al parecer para servir á Dios. Cuando, he aquí, que al día siguiente vuelve al confesonario y principiando á hablar dice: "Padre, vámonos, tengo en este envoltorio dinero, conque podemos vivir en una ciudad ó en América... Figurémonos, cómo se quedó el Padre: pensó si estaría loca y procurando reprimir los ímpetus de su carácter, le habló al alma, la convenció de la mala acción, que le proponía y se levantó de alli sin alboroto ni ruido. Dios nos libre de una mala hora.

CAPÍTULO XVII

Obediencia

87. Fácil es obedecer en la Compañía de Iesús, en donde tanto empeño se pone desde el noviciado en formar á sus hijos amamantándolos y empapándolos en la leche de esta virtud hasta que deseen ajustarse v se ajusten lo más que puedan á sus exigencias. Así es que, aun mandando cosas difíciles v según la sensualidad repugnantes, no se titubea en abrazarlas, por la buena disposición en que se hallan los verdaderos hijos de tan santa madre. No quiere decir esto que no hava que vencerse v mucho en ciertas ocasiones, sobre todo andando el tiempo, lo cual á primera vista parece que lo contrario debía suceder. Los ojos del entendimiento no son como los del cuerpo, que con la edad pierden su virtud, antes van adquiriéndola de día en día. Por lo cual se le presentan delante, sin darse cuenta, sólidas objeciones para juzgar no bien mandado, lo ordenado por el Superior. De donde se desprende que la santa obediencia por más que en la Compañía se haga fácil, entraña en sí vencimiento de mucho coste.

88. Por lo escrito en los capítulos anterio-

res sabemos la prontitud con que el P. Conde obedecía en los variados v gravosos trabajos, que la obediencia le ordenaba. Para él no había en obedecer tregua por cansado y ocupado que estuviera. Concluída la clase en los tiempos, que la desempeñó, pronto y alegre se enderezaba á confesar en casa, en los hospitales, en las bohardillas de los enfermos, en donde quiera que se le ordenase sin excusas ni dilaciones. Veía en el Superior á Dios y cumplir su voluntad era lo que importaba. Del cuerpo no se hacía caso. Si estaba rendido, que lo estuviera, va vendrá algún día de descanso v sino hágase, Dios mío, tu voluntad, que es mi deseo y lo que quiero. Se entiende con dificultad, si no se experimenta, hasta donde llega el sacrificio en semejantes ocasiones, que son de suvo eficaces para probar acendradas virtudes. Cuando iba de viaje v paraba en casa de la Compañía, se ponía siempre á la voluntad del Superior, para que le mandara lo que tuviese á bien, seguro que le daría en ello contento. Y no solo á los Superiores de la Compañía, á quienes por voto solemne estaba ligado, sino á los Prelados en cuyas diócesis ejercía los ministerios, obedecía con sumo rendimiento sin atreverse á proponer cosa en contrario á lo que ordenaban, á no ser que fuera opuesta á su profesión ó sea al modo de obrar de la Compañía, que á veces se abstiene de obras buenas por justos miramientos. Predicaba unas conferencias en Lugo durante la misión, que dió en dicha ciudad en la iglesia de Santiago llamada vulgarmente La Nova y pareció al Prelado y con razón que había llegado el caso de avisar al clero, que asistía á ellas, que ocupara los confesonarios para

consolar á muchos penitentes, que deseaban ponerse bien con Dios, conminando con la pena de suspensión al que no obedeciera. Conoció el P. Conde, que habría quien le culpara de ser autor de semejante aviso, como sucedió, y sin embargo no rehusa el encargo, porque así juzgaba el Prelado, que debía obrar y porque al Padre parecía que la deter-

minación era del caso.

89. Se sometía al dictamen de los Superiores, aunque no viera la razón en que se fundaban para ordenar algo. Y cuando hablaba del particular decía: "así lo quieren los que están en lugar de Dios y no hay más que hacer... Predicaba en el obispado de Santander unas misiones de pueblo en pueblo, cuando residía en Valladolid. Dada la de Puente Nansa con aplauso, se trasladó á Cosío, que está cercano. Principia la misión y recibe carta del R. P. Provincial para que se vuelva á Valladolid. No le decía que se volviera inmediatamente. Por lo que juzgó que era del caso exponerle el estado de la misión, hallándose va los fieles fervorosos y animados á confesarse. Recibió por contestación, que lo dejara todo y se pusiera en camino para Valladolid lo más pronto posible. Y recibirla y dejarlo todo y cumplir con la santa obediencia, fué sin demora alguna. En semejantes casos el corazón se parte, considerando que muchas almas presas en las garras del demonio se quedan en ellas sin podérselas arrancar. La tristeza al abandonar la miés sazonada, apunta en el hombre de celo, que para que no le oprima, ha de levantar muchas veces su alma á Dios pidiéndole ayuda en tan angustiosos trances, como actos heroicos ponderados en varias vidas de Santos canonizados. Siempre que contaba lo sucedido en Cosío se lamentaba de haber salido de allí sin confesarlos. Pero, añadía, así lo quiso quien manda,

sea Dios bendito.

90. En una cosa se vencía mucho para cumplir con la santa obediencia. Algunas veces combinan los Superiores los PP., que ejercen los ministerios, conociendo que no emparejarán, siendo ambos excelentes sujetos. Y lo disponen así no por mortificarlos, ni por probarlos, ni porque no anden contentos, sino porque la necesidad y el celo de las almas á ello los obliga. Dió esta práctica mucho en que entender v materia de harta mortificación al P. Conde para sujetarse, conformarse v juzgar buena la disposición de los Superiores. Amaba, es verdad, á todos los compañeros, que le daban, y por todos y cada uno se sacrificaría si necesario fuera, hasta perder la vida. Empero juzgaba que siendo aptos, ardiendo en celo de la gloria de Dios, algunos no se acomodabaná su modo de ver v trabajar. resultando que el todo de la misión no salía uno, como el P. Conde deseaba. A nadie rehusó de los que en los primeros años de su ministerio ordenó la santa obediencia que le acompañaran, se avino á todos sin manifestar su modo de sentir. Sin embargo, conociendo que con tal modo de proceder, cambiando hoy uno, mañana otro de sus compañeros, se hacía el ministerio más trabajoso y la gloria de Dios no se promovía, como era de desear. trató con los Superiores el asunto, siempre acatando su voluntad v dispuesto á seguir como juzgaran más conveniente. Accedieron à lo que propuso y desde la misión de la Guardia en el obispado de Tuy, que tuvo lugar en enero de mil ochocientos noventa y tres hasta que murió, que comprende un espacio de seis años y cuatro meses, anduvo misionando con el P. Santos, sin separarse más que cortos días por ligeras enfermedades. Siempre creyó éste que había sido pedido por el P. Conde para que le acompañara, fundado en la benevolencia, que le manifestó desde la primera misión, que dieron juntos en Laredo y en lo que un Padre muy grave había oído al P. Conde. Alabado sea Dios, que ilumina á los Superiores, que nos gobiernan, por habernos unido para darle gloria, como la fama cuenta.

CAPÍTULO XVIII

Oración: soledad

91. Dijimos arriba, que el trato del P. Conde con Dios es un secreto, que sólo podremos saberlo el día del juicio, á no ser que Dios se digne revelárnoslo. Por tanto, en este capítulo, nos hemos de concretar á la afición, que en orar nutría, por lo que algunos hechos nos manifiestan. Durante las misiones, su oración era en los campos: en invierno paseando: y en otras estaciones, cuando pasea-

ba, cuando se sentaba, hasta llenar la hora de meditación, que está determinada en la Compañía. Quien conozca el orden de las misiones, desde luego entiende que no siempre puede ni debe tenerse la oración por la mañana, ni aun después de haber celebrado, á causa del ejercició matutino á que asiste el pueblo. por las confesiones que se han de oir, si no se quiere probar la paciencia é irritar á los penitentes. En los días de más trabajo, la oración no se puede hacer, sino mientras predica el compañero. Así lo hacía el P. Conde, saliéndose del concurso, cuando la misión se daba al aire libre, luego que llegaba al campo la procesión. Solía esconderse en arboledas detrás de un cerro para orar hasta que oía la campanilla, que se toca á fin de que el pueblo responda á los cantos, para que unos principien cuando es tiempo y todos acordes eviten desafinar. Y no solo meditaba la hora prescrita por las Constituciones de la Compañía, sino que siempre que podía, en los días de menos trabajo se iba al monte llevando consigo, de continuo la santa Biblia, que á poco de salir de la población leía y meditaba ordinariamente en las epístolas de San Pablo, que formaban sus delicias.

92. Vimos arriba también, cuánto apreciaba el rezo del oficio divino y qué opinaba de rezarlo con descuido. Por algunos años rezó el oficio parvo de nuestra Señora, sin dejarlo por mucho trabajo y cansancio, que tuviera. Y se valía de este privilegio con la autorización competente por juzgar que el predicador, que sube al púlpito agobiado por el trabajo, no puede mostrar el garbo requerido en una misión concurrida, para que su voz pene-

tre bien en los corazones del auditorio. V á mi juicio no se engañaba, porque después del mucho trabajo de la misión, no queda el misionero con fuerzas ni espirituales, ni corporales, hablando en general, para ocuparse en asuntos, que requieran atención constante. Si añade el rezo, que naturalmente se pospone á la predicación v á oír confesiones, por lo común habrá de cumplir con el oficio divino después de cenar y mermar el sueño, y en este caso, que es frecuente ¿con qué fuerzas contará el misionero? y dado, que rezara antes de predicar no es claro que con los trabajos del día hasta la hora de empezar, estará rendido v con menguados bríos? No obstante esta y otras razones, así que levó la declaración del privilegio de rezar el oficio parvo de la Santísima Virgen en tiempo de predicaciones seguidas, que N. M. R. P. General envió á cierta provincia, por mucho que se le dijo, no quiso rezarlo más y volvió á rezar cada día el oficio divino por ocupado que estuviera. Los exámenes cotidianos no se le olvidaban, tomándose cuenta exacta v rigurosa de sus acciones, como que de ellos sacaba mucho provecho, conociéndose á sí mismo y los medios más conducentes para vencer su carácter v genio impetuosos v muy vivos.

93. Casi por lo que hemos dicho podemos entender cuán amante era de la soledad. Varias veces se le oía, después de llegar del paseo matutino "qué hermoso campo, qué soledad más apacible," y más frecuentemente "qué sitio más ascético he hallado hoy... Parecía que se estaba regodeando de la apacibilidad del sitio, como quien, habiendo disfru-

tado de rico maniar, se acuerda de la suavidad y dulzura, que contenía. Al elegir campo para dar la misión, procuraba que fuera de calidad ascética, como en gráfico lenguaje muy suvo, daba á entender, y cuando refería sus propiedades las compendiaba todas diciendo que era ascético. El amor á la soledad influía tanto en su ánimo, que procuraba pasear á solas siempre que alguna circunstancia no le forzaba á ir acompañado; pues en este caso condescendía confacilidad para no dar pie al menor asomo de disgusto. En las misiones de Galicia era fácil eximirse de la compañía de algún conocido ó de algún piadoso, que ansiaba ardientemente acompañarle en los paseos. No así siempre en Castilla, en donde hav que abundar en cierta clase de miramientos. Sin embargo sabía tanto en un país, como en otro, desligarse de los que deseaban acompañarle. pues casi siempre andaba solo, menos en las ciudades, que salía de casa con el compañero. que el Superior le designaba. Se daba buena traza para quedarse solo despidiendo pronto las visitas. Y para evitar que le sacasen de la soledad de su habitación, era frecuente encerrarse en ella y candar la puerta, como si en ella nadie estuviera. De este su amor á la soledad nacía que hablaba poco, sin importarle oir á otros en toda la recreación, ni que le quitaran la palabra.

94. Creció sin duda alguna en el P. Conde el deseo de soledad á medida que creció el concurso, que le rodeaba en las misiones, no solo por serle necesaria para vacar más á Dios, adquiriendo gracias para sí y sus oyentes, sino también porque tan numeroso auditorio, como era el que le escuchaba, abruma

al más amante de conversar con las gentes. Mientras duran los trabajos de la misión, no perturba el bullicio de la muchedumbre de personas, que á ella concurren; pero una vez concluídos, se desea no oír hablar á nadie, la soledad se ansía de veras v el alma se sosiega en ella, olvidando los fantasmas tan variados y tristes, que le han ocupado durante el tiempo de los trabajos. Es como el puerto después de la borrasca en que el náufrago respira y se solaza de verse libre de las impetuosas olas con que luchó. Este, que podemos decir natural deseo de soledad, avuda en gran manera al misionero para amarla más á fin de pensar en lo hecho los días de misión para reparar lo que necesario fuere, enderezar lo torcido y prepararse á ser instrumento de la mayor gloria divina, apto para la salvación de las almas.

CAPÍTULO XIX

Devoción á Nuestro Señor Jesucristo, á la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús

95. Imposible es que el lector asiduo de las epístolas de San Pablo no sea devoto de Nuestro Señor Iesucristo. Porque á cada paso el Apóstol menciona, no solo quién es,

sino también los grandiosos é innumerables beneficios que á los hombres ha otorgado por su infinita é inagotable bondad. Vimos cómo el P. Conde apreciaba las cartas del Apóstol y así no hay que extrañar que al tomar el Crucifijo en sus manos en el púlpito entregándoselo al sacerdote, que á la misión lo llevaba, le besara con ternura v en su semblante apareciese el regocijo. Sobresalía la devoción del insigne misionero á Tesús en el acto de contrición. Parecía que olvidado de todo lo terreno, las bondades de Jesús para con los pecadores embargaban su alma y elogiándole v ponderando su amor v enterneciéndose á vista del Crucifijo, incendia los corazones de sus oventes para que amaran al Señor con

palabras v obras.

96. En las conferencias, que el P. Conde daba á los hombres el día, que trataba de que no había dicha, si no estamos injertos, como dice S. Dionisio, en Jesús, se excedía á sí mismo. Qué pensamientos, con qué suavidad de voz se desprendían de sus labios! La facundia cada vez creciente, la imaginación lozana, que Dios le concedió; la inteligencia en emitir conceptos de la gracia dispensada por Jesús para unirnos con él, los afectos tiernos que de su corazón fogoso brotaban manifestadores de su amor á Jesús v á sus oventes, no pueden explicarse, hav que sentirlos. Por los efectos se rastrea algo de lo sentido y hablado por el P. Conde. Los hombres, que le escuchaban enternecidos estaban y por lo común se decidían en aquella conferencia á confesarse sin perder tan propicia ocasión. Loado sea Dios, que le dotó de tan excelentes cualidades y de tanto amor á

su Hijo unigénito Nuestro Señor Iesucristo. 97. Se manifestó el amor del P. Conde á Iesús en la Eucaristía, deseando que todos sus oyentes en las misiones y todos los hombres comulgasen á menudo. Hasta el P. Conde solían los fieles acercarse á la Sagrada Mesa una vez ó á lo más dos en cada misión. el día de la comunión general y pocas personas, raras otra, antes de este día. El amor, que profesaba á la Eucaristía, le sugirió la idea de dividir los días de la comunión por clases. Uno se destinaba á los niños, niñas v mozas, otro para las casadas y viudas, otro para los mozos, y otro para casados y viudos. Verdad es, que el destinado para los mozos se compenetraba por lo regular con el de los casados. No se guardaba rigurosamente la distribución, que se publicaba desde el púlpito. No contento con tantos días de comunión, solía avisar que los que han comulgado hov, pueden, si están en gracia de Dios, comulgar mañana y todos juntos el día, que señalaba para la comunión general. Además en este día, llevado de su amor á Jesús Sacramentado y á las ánimas del purgatorio, anunciaba comunión por los difuntos, para cuantos en la misión hubieran comulgado y se hallasen en gracia de Dios, conociendo que serían buen número los que recibirían al Señor para aliviar á las almas de su devoción. Así conseguía que en la mesa sagrada, durante la misión, se repartieran diez, catorce, veinte y veinticuatro mil comuniones á mucha honra v alabanza de Jesús Sacramentado.

98. Para que la Eucaristía pudiera estar con más decoro en las misiones de Galicia, cuyas iglesias son de poca capacidad y po-

bres de vasos sagrados, procuró, con licencia de los Superiores, comprar un copón grande en que caben cerca de dos mil partículas. Así evitó que Jesús estuviera depositado en dulceras de cristal, en corporales dentro del sagrario y que al consagrar no estuvieran sobre los corporales cuatro ó más copones pequeños, que embaraza, bastante al sacerdote consagrante. Y porque en los templos. como hemos insinuado, cabe muy poca gente v en comparación de la que asiste á la misión casi ninguna v hav que celebrar al aire libre valiéndonos del privilegio concedido para estos casos por la Santa Sede á los Padres de la Compañía de Jesús; á fin de que se dijera misa con el mayor decoro posible, se esmeraba en adornar el altar con sencillez sí, pero con buen gusto, invitando para ello á las señoras y señoritas, que más se distinguían por su modestia v devoción. Y no contento con que el altar estuviera bien dispuesto, se compró una tienda de campaña para cubrirlo v evitar el aire y el agua durante el Santo Sacrificio. Logró así erigir una capilla en donde Jesús Sacramentado era reverenciado y en donde los sacerdotes desean ofrecer á Dios la bostia inmaculada. Es el P. Conde el único misionero de la Compañía y de fuera de ella, que vo sepa, que ha procurado esta honra al Santísimo Sacramento.

99. Demostró grandemente el P. Conde su devoción á Jesús Sacramentado estando en Tuy con el hallazgo en la biblioteca episcopal, de la obra titulada *Vita Abscondita* del Emmo. Cardenal de la Santa Iglesia romana P. Alvaro Cienfuegos de la Compañía de Jesús. Aficionóse tanto á su lectura por lo

mucho y bien que habla del Santísimo Sacramento, que no sabía cómo dejarla de las manos. Pidió, á fin de llenar su deseo, al Ilmo. Señor Obispo llevarla consigo, á lo que accedió con mucho gusto el Prelado y á pesar de ser un tomo abultado en folio mayor iba con él de una parte para otra con la incomodidad consiguiente, mucha por cierto. Hablaba con frecuencia de la doctrina, que contiene, sobre todo, de los efectos de la comunión y muy principalmente de la unión del alma de Nuestro Señor Jesucristo con la de los que comulgan con mucha devoción v de su permanencia en ella hasta que por el pecado mortal le abandona. Se gozaba exponiendo este efecto en ejercicios al clero, en pláticas á monjas v á otras personas piadosas v alguna vez, raras, al pueblo sin saber cómo acabar entrando en este asunto. ¡Tanta era su devoción! La verdad, añadía, es que sólo así se explica de modo satisfactorio, que Cristo permanezca en nosotros v nosotros en él: hav mucho que estudiar aún en la Eucaristía: no está bien estudiada... Antes del congreso eucarístico de Lugo decía con frecuencia así que se acercaba la época de la celebración: si alguno enviara al congreso un opúsculo con la doctrina del P. Cienfuegos, ¡cuánto bien haría! Con gusto el P. Conde dedicado se hubiera á componerlo y en sus papeles se hallaron apuntes sobre esto, si el continuo trabajo de las misiones á que estaba por la santa obediencia consagrado, se lo hubiera permitido. No cedió sin embargo á su deseo y devoción de que fueran conocidas las grandezas del Santo Sacramento. Porque aprovechando la ocasión de viajar el año mismo del congreso

con el Ilmo. Prelado lucense, y la consideración, que este señor le dispensaba, procuró que la conversación, durante el camino, girase sobre su afición á Tesús Sacramentado, que fué muy bien acogida por el Prelado. Insinuóle cómo el P. Vinuesa podría escribir con lucidez y elegancia sobre el asunto. Habló el Prelado á éste, quien, por razones, que juzgamos de peso, declinó tratar de la unión de Cristo Sacramentado con el alma del que comulga. Tomó, empero, á su cargo indagar el origen del culto, que en Lugo se da al Santísimo Sacramento con la exposición pública y continua. Los que asistieron al congreso, afirmaban que era lo más notable, que habían allí oído. Gracias sean dadas á Dios. Al P. Conde cabe parte en este triunfo por haber sugerido al Prelado, que invitase al P. Vinuesa v si no escribió sobre la opinión del P. Cienfuegos de que hemos hablado, que juzga probable en el tratado de Eucaristía el P. Franzelín, como hubiera deseado el Padre Conde, fué sin duda ocasión de que el celebrado discurso del P. Vinuesa diera tanta gloria á Jesús Sacramentado.

100. Por más que haya distinción entre la devoción á la santa Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús, como el fin de ambas es el Santísimo Señor, considerado de modo distinto, quien, posea una, no vive ajeno á la otra. Así es que siendo, como hemos visto, el P. Conde amante de la Eucaristía, lo era también del sagrado Corazón. Manifestóle su amor y devoción en hablar y predicar sus excelencias siempre que la ocasión se le presentaba, procurando encomiarlo cuanto sus fuerzas podían. No sólo ponderaba las razo-

nes teológicas en que la devoción se funda. penetrándolas bien, exponiéndolas con claridad, adornándolas con aquellas hermosas galas con que sabía pintar sus objetos predilectos, sino que también descendiendo de la altura en que estaba colocado, ponderaba la importancia social del Corazón divino para curar á las naciones v á los individuos de las enfermedades que trabajan estos nuestros tiempos. De donde deducía con mucho brío. que era la devoción de nuestros días. Por lo cual la recomendaba, como él sabía hacerlo. cuando quería de veras una cosa, sin dejar portillo de ninguna clase por donde los oventes pudieran escaparse para no abrazar la devoción al divino Corazón de nuestro aman-

te lesús.

101. En las misiones principiaba el trabajo del día con el ofrecimiento de obras y rezaba con los fieles un credo al sagrado Corazón por la conversión de los pecadores, ejercicio que siempre por sí mismo dirigía. Encargaba al sacerdote, que rezaba el rosario en la misión de la tarde que no dejara de rezar el credo al inmaculado Corazón de Jesús. Aludía en los sermones al mismo y en el de la despedida la devoción al deífico Corazón era uno de los medios, que siempre proponía para que los fieles perseveraran en los buenos propósitos concebidos en la misión. Y no contento con desahogar el fuego de su alma con estas muestras de amor, en casi todas las misiones, al día siguiente de la despedida, si permanecía en el pueblo, celebraba una función en la noche, por lo regular, á este divinísimo Corazón con Jesús sacramentado expuesto á la veneración de los fieles. El mismo P. Conde

rezaba lo que se ha solido llamar el rosarillo del sagrado Corazón v lo rezaba con tal devoción, que la traspasaba á los oventes. Siempre predicó en esta función por más cansado que estuviera de tantos asuntos, como agobian al misionero hasta el último momento de partir de la parroquia. El tema de esta noche era el medio hov tan extendido por todo el pueblo católico para ser devoto del divino Corazón, titulado Apostolado de la oración. Después de explicar qué significa este apostolado y cuál es su fin, según aparece del reglamento último aprobado por el sumo Pontífice. pasaba á la parte práctica de dicha devoción. en la que se detenía. Porque pensaba que en varios pueblos, incluvendo algunas ciudades. ignoran muchos qué sean los tres grados del apostolado, aunque cumplan con lo que prescriben. Dios los premiará por la buena intención. Hablaba con tal fervor esta noche que los llantos de ordinario impedían que al final se le overa. No será demasiado afirmar que de esta fuente inexhausta de amor sacaba aquellos ardientes afectos con que movía á sus oventes. Sin duda se cumplía en el P. Conde la promesa del divino Corazón á la B. Margarita de dar gracias para mover los corazones á los sacerdotes, que fueren devotos del Corazón sagrado de Jesús. Gloria á Dios.

CAPITULO XX

Devoción à la Santisima Virgen

102. Sabido es que en estos tiempos, según aparece de las vidas de los Santos, han sobresalido todos en la devoción á la Santísima Virgen, Madre de Dios. Enlazada aparece la santidad con el amor á esta excelsa Señora. Y no sólo en los actos íntimos sino y muy principalmente en los externos, que son de suvo buenos testimonios de la abundancia del corazón. En la vida del P. Conde brilla la devoción á la Reina del cielo de varias ma-

103. En todas las misiones procuraba que la Santísima Virgen de los Dolores se colocara sobre las andas en el presbiterio para que las presidiera, como madre y abogada de los pecadores. Intentaba con presentarla á la contemplación de los fieles, que todos la mirasen y penetraran los dolores, que había padecido por nuestros pecados, á fin de que los aborrecieran con todas sus fuerzas v admiraran tanta bondad, como había la Señora manifestado por ellos, obligándoles á que se reconocieran sus devotos y agradecidos. En las misiones en que por la pobreza de las iglesias no había imagen de los Dolores, insistía con ahinco en que se buscara en otras parroquias, v si no la había en las cercanas, vestía otra de advocación distinta con el traje propio de nuestra Señora de los Dolores. Vez hubo en que no habiendo imagen para vestir á la manera de la Dolorosa, al ver en el ejercicio de la tarde una traída de lejos, no consintió que la volvieran á su iglesia hasta finalizar todas las funciones de la misión. Sin la imagen de nuestra Señora de los Dolores parecía que no estaba contento, predicando misiones. Tan-

to la amaba!

104. No se contentaba con exponerla v presentarla á la veneración de los fieles durante toda la misión. En la mayor parte de los sermones de misión se valía de la imagen de la Señora para mover á los oventes á contrición de sus pecados. Rogaba á cuatro sacerdotes, avisados por lo común de antemano. á que al fin del sermón la cargaran en hombros y la llevaran poco á poco mirando primero á las mujeres y después á los hombres, ejecutando los sacerdotes cuanto desde el púlpito iba diciendo. Y qué cosas decía! Su corazón se derramaba en alabanzas y elogios de la Santa Madre de Dios ablandando, por más duros que estuvieran los de los pecadores. que le oian, concluvendo por rendirse del todo á su Criador y Señor. Los llantos del auditorio, al considerar lo que les predicaba, eran consiguientes y á veces tan continuados que le interrumpían y le era necesario tocar la campanilla con fuerza para que los moderasen ó se callasen. Mientras la Virgen iba por el auditorio y volvía junto al púlpito, no cesaba de predicar para que convirtiera á los peca-

dores, v cuando la bajaban, arrodillándose como hemos dicho los que la cargaban, suplicaba patéticamente á la Madre del Redentor, que intercediera por las oveias perdidas. Tierno era este paso, que hacía saltar las lágrimas á cuantos lo presenciaban, creciendo de punto el dolor de las gentes al ver al Padre arrancar una espada de las que en el corazón ostenta la Señora. Gozoso se mostraba en semejantes ocasiones de contemplar el triunfo de la Santísima Virgen sobre todos. En el sermón del juicio final manifestaba grandemente la delicada devoción suya, no permitiendo que la Madre de los pecadores asistiese al fallo de la sentencia contra los precitos. La retiraba del concurso en hombros de sacerdotes para indicar que no podía va abogar por los réprobos. Y predicaba de la Señora en estos trances con tal brío, con tal devoción v celo, que su voz penetraba en las almas moviéndolas á contrición sin poderse contener de prorrumpir en sollozos y copiosas lágrimas. Aun más amante de la Señora, si cabe, aparecía cuando la hacía volver al concurso por súplica suya á los fieles y respuesta afirmativa de éstos. A veces para que volviera rezaba en voz alta con los fieles, la salve con el fervor que solía y otras con palabras cariñosas la llamaba, para que mirase con ojos misericordiosos á todos aquéllos, que la querían y la proclamaban Madre suya muy querida.

105. A nuestra Señora acudía siempre que observaba que los pueblos andaban reacios para asistir á la misión. El rosario de la aurora era el medio de que se valía para despertar fríos corazones. Ensayaba unas cuantas jóvenes para que lo cantasen y con muy

poca gente salía de la iglesia, llevando de ordinario la imagen de la Santísima Virgen y un pendón, recorría las calles más principales de la población, y obligando con el canto á que abandonaran la cama los perezosos, conseguía su intento. Porque la gente estimulada por su industria v más por la gracia de Dios, que le hablaba al corazón y por la consideración de que la Señora andaba llamándola y buscándola antes del día por las calles, se movía á seguirla sin condescender más con la comodidad v el regalo. La procesión por consiguiente que salía de la iglesia con pocos, entraba siempre bien nutrida de personas de toda clase. En la misión de "El Tejado, obispado de Avila sacó el rosario de la aurora casi todos los días más por devoción, que por estimular á la asistencia al ejercicio matutino. Y el efecto y fruto de este rosario no se limitaba á la asistencia de la mañana, sino que después se veían más concurridos los ejercicios vespertinos y se podía asegurar que la misión daría mucha gloria á Dios. Siempre se nota fervor en los fieles en las misiones en que se canta el santo rosario de la aurora. Conocía este efecto maravilloso el P. Conde y no lo pasaba por alto, sino que se aprovechaba de su eficacia, ora cuando lo conceptuaba necesario para la asistencia á la misión, ora cuando intentaba encender más y más el fervor en los pueblos, que misionaba. A la Madre de Dios, que llama, todos escuchan v acuden á lo que son llamados. Así pensaba, así le dictaba la devoción que la profesaba.

CAPÍTULO XXI

Devoción à S. Ignacio y S. Francisco Javier

106. De varias maneras el P. Conde hacía patente su devoción á nuestro Santo Patriarca. De S. Ignacio recibían aliento las misiones, que el P. Conde predicaba, obteniendo en casi todas fruto copioso, por favor divino. El Santo era su protector principal y no solo el P. Conde se contentaba con nombrarlo sino que dos veces cada día, á lo menos, le llamaba fundador de sus misiones en el ofrecimiento de obras por la mañana y en el rosario, que se reza en el ejercicio de la tarde. En grande se gozaba el P. Conde, que los miles de personas, que en Galicia concurrían á las misiones y las parroquias enteras en Castilla, ovesen muchos por vez primera el nombre de su amado Padre y todos se encomendasen á sí mismos y á otros á su poderoso valimiento. Quería que en todos se imprimiera bien la devoción al Santo de un modo permanente. Y para conseguirlo se valía de tres medios principalmente, todos poderosos.

107. El primero fué procurar que los fieles adquirieran estampas de San Ignacio. Propú-

sose con este medio no solo difundir la devoción á su Santo Padre entre las gentes, sino también matar con ella la superstición harto común en Galicia de figurarse que el demonio se mezcla en todas sus cosas y especialmente en muchas enfermedades de hombres y animales. Para llevar su plan al efecto deseado, trató con la imprenta de La Integridad de Tuy, que estampara copioso número, no puedo afirmar á cuantos millares ascendió, de la imagen de San Ignacio, que todas se vendieron por los que asisten á las misiones con objetos piadosos. Y no contento con las de Tuy, logró que en Barcelona se hicieran varias tiradas de buenas estampas del Santo fundador de la Compañía v excitó á los tenderos á que las pidiesen á la imprenta para venderlas y propagarlas en las misiones. No se sabe los miles, que se han vendido y se están vendiendo. Y para que la propaganda fuera más eficaz v copiosa, recomendaba más de una vez desde el púlpito, que todos llevasen para su casa una estampa de San Ignacio; predicaba la virtud del Santo contra el demonio é indicaba que la colocasen en los aposentos en que dormían y en los establos; que experimentarían de seguro su protección valiosa. Así las gentes gallegas amantes y deseosas de cosas sobrenaturales se acostumbran á ver la imagen del Santo y á leer la inscripcición "San Ignacio al demonio: no entres, : dirigen su viva imaginación v buen entendimiento á lo celestial, satisfacen su apetito de lo sobrenatural, apartándose de supersticiones en que Satanás anda por medio. ¡Cuánto bien han obtenido ya aquellas gentes por la devoción á San Ignacio! En sus trabajos y enfermedades no van á consultar á las adivinas ó sabias, como las llaman, ni á los cuerpos abiertos, que es una especie de espiritismo, ni procuran que les echen los exorcismos, cuantos han abrazado la devoción, que el P. Conde les propuso y recomendó en sus misiones. Verdad es, que en varias partes ha arraigado mucho la superstición y que siendo costumbre vieja costará arrancarla. Esperamos sin embargo que la devoción á San Ignacio contribuya en gran manera á extinguirla del todo. Santo mío! que así sea para vuestra gloria y del P. Conde, que en estos últimos años propagó,

cual pocos, vuestra devoción.

108. No contento con los productos de la imprenta para propagar la devoción de su Santo Padre Ignacio, se valió á la par de los del arte de grabar los metales. Y este es el segundo medio, que arriba indicamos. Porque. decía, la medalla es permanente, la estampa se rompe con facilidad. Al principio de sus misiones urgía á los tenderos á que las compraran y vendieran. Mas, como viera que en algunas los grabados no eran finos ni de dibujo correspondiente á la figura del Santo, según nos lo representa su historia, reprendía á los tenderos y no bendecía semejantes medallas por más que le importunaran. Solía decir: son tipos indignos de San Ignacio; no es decoroso, que permitamos se difundan, porque concibirán del Santo mala idea, crevendo que era de esa figura ridícula. La última contienda, que tuvo con un tendero, fué con ocasión de la medalla de San Ignacio, por creerla mal grabada. Tanto deseaba que el Santo fuera honrado y conocido como quien es! Para evitar estos inconvenientes escribió, sin comprometerse en nada, él mismo á una casa fabricante de Lyon de Francia á fin de que suministrara á los tenderos, que asistían á sus misiones, buenas y hermosas medallas, como en efecto lo hizo. Mas viendo la imposibilidad. que existía en los pobres tenderos para proveerse de Lvon por estar las cambios subidos y que la propaganda no se podía extender como el P. Conde quería, se dió trazas para obtener un troquel con que tirar con abundancia medallas, que en una cara representaran á S. Ignacio v en otra á S. Francisco Javier. Se valió para ello de un sacerdote ingenioso, que hizo el sello del Congreso eucarístico de Lugo, quien lo trabajó con toda su habilidad. No salió como el P. Conde lo deseaba, y bastó esto para que no lo volviera á mentar. Lo sintió mucho, porque se proponía que se acuñaran abundancia de medallas con los dos Santos y se vendieran al coste del gasto, que ocasionaran. Por no llenar sus deseos el troquel, no se acobardó. Habla pocos días después á un comerciante en cuya casa compramos medallas de aluminio para moverle con la ganancia, que podía esperar, á que en Alemania de donde había comprado las medallas dichas, acuñasen la tan suspirada de San Ignacio y San Francisco Javier. La acuñaron y por cierto, que la figura de San Francisco lavier, salió muy airosa y bien trabajada, mejor que la de San Ignacio. Son de aluminio y no han podido circular al principio por ser caras. Sin duda fué la causa de su precio subido ó la ganancia, que el comerciante intenta percibir, ó la diferencia de valor de la moneda en que por razón de las circunstancias está la española de la alemana. Ya han abaratado y se venden en gran número en todas nuestras misiones aumentando así la devoción á ambos Santos

109. La bendición del agua llamada de San Ignacio, es el tercer medio con que difundía la devoción al santo Patriarca. Desde antiguo viene practicándose. No es el Padre Conde su inventor, es el propagador activo en las misiones á que ninguno desde la restauración de la Compañía ha llegado ni con mucho. No sabemos que algún otro misionero de la Compañía en nuestra provincia de Castilla, ni en las otras de la asistencia de España haya empleado tanto este medio para la santificación de las almas en las misiones, á pesar de que conocemos y hemos conocido á varios. El P. Conde tampoco lo usó en sus primeras misiones. Mas ó porque levó lo que el P. Segneri hacía respecto de esto, ó porque tuvo inspiración de ello, ó porque pensó que obraría maravillas el Santo para suplir con su poder la pequeñez de los misioneros actuales, como decía, principió á bendecir el agua de San Ignacio con mucha devoción y el Santo secundó con su favor sus deseos y los de los prójimos. Cuando se resolvió á bendecir el agua en los ríos, como dijimos, no faltó quien le advirtiera algo sobre esto (1). Pero si bien se mira el asunto, no se hallará dificultad alguna en admitir que en nada se opone á las reglas de la Iglesia. Porque no sólo se tiene presente la materia sobre que recae la bendición, sino que se determina con exactitud. Acostumbraba, llegada la hora de la bendición, salir del templo ó del campo de la misión, según donde estaba confesando, con el crucifijo llevado inhiesto por un Sacerdote, que por lo ordinario era el señor Párroco, cantando alguna de las letrillas usuales en aquellos días. Llegando al río, procuraba disponer los concurrentes á la orilla de modo que overan lo que iba á decirles y vieran bendecir el agua. No se movía el Padre de allí sin oír un griterío, que indicaba que una mujer devota se había caído en el río. Solía suceder esto con frecuencia. Cuando la bendición era en fuentes, había necesidad de que una persona de autoridad ó respeto hiciera guardar el orden, ya para evitar disputas, ya para impedir la aglomeración con peligro de hacerse daño y romper las vasijas. Todas estas precauciones tomaba y eran muy necesarias y oportunas para contener aquella muchedumbre de tres o cuatro mil almas deseosas del agua, que se acababa de bendecir. No quiero olvidarme de consignar que siempre advertía á los fieles, que si el Santo les favorecía con alguna gracia, se la participasen para gloria de San Ignacio y aumento de la devoción de todos. aunque el P. Conde la publicaba, no le daba el nombre ni de milagro, ni de prodigio, ni de cosa á esto parecida, sino que contaba el hecho según se lo narraban, sin añadir ni quitar cosa alguna. Aun he de agregar para gloria del Santo y la que pueda caber al P. Conde, que en varias partes se conserva después de seis años sin haberse corrompido el agua bendecida por él y embotellada sin ponerle tapón lacrado. Cómo suceda? Dios puede mucho, es autor de las leves físicas y San Ignacio es muy promovedor de la gloria divina por sus hijos.

⁽¹⁾ Parte 2.a, n.º 62.

110. Prueba de amor del P. Conde á San Ignacio es venerar y llevar siempre consigo sus reliquias. Al morir le hallamos tres del Santo. Una, que es un óvalo de plata con el Ths por el anverso, y contiene por el otro lado reliquias del Lignum Crucis, expræcordiis. Sancti Ignatii, de huesos de San Francisco lavier con su efigie. Tiene auténtica metida dentro, según afirmaba. Decía que no sabía de donde le había venido. Esta solía imponer á los enfermos, cuando á instancias suvas ó de sus familias era suplicado para ello. La tenía en mucha estima. El señor Obispo de Lugo le regaló una expræcordiis S. Ignatii con auténtica. Esta con la auténtica la conserva su sobrino el Hermano escolar Manuel Seisdedos Conde, novicio de la Compañía de Jesús. La otra es de San Ignacio y de Santos y varios Beatos de la Compañía. No tiene auténtica, pero es verdadera. Está en Carrión de los Condes. Se la regalaron en Valladolid. No aparecieron más reliquias. Siempre las llevaba encima bien guardadas y las apreciaba en sumo grado. No quiero acabar este punto de la devoción del P. Conde á San Ignacio, sin añadir, que tanto la bendición del agua como la imposición de las reliquias del Santo á los enfermos no las encargaba á nadie, siempre las hizo por sí mismo.

111. Juntaba á los dos Santos en su devoción. Por esto nos excusamos de hablar en particular de la que el P. Conde profesaba á San Francisco Javier. Ambos eran obsequiados y venerados con las mismas oraciones, con estampas ó medallas, sobresaliendo sin embargo la difusión mayor de las de San Ignacio. Por más que se afanó, nunca pudo obtener una estampa agradable de San Francisco Javier. Sin embargo, instaba en sus sermones, que la tomasen, y cierto le complacían, procurando el P. Conde, que los tenderos vendieran las estampas de ambos Santos lo más barato, que les era posible, sin perder cosa alguna. Solían llevar los fieles las estampas compradas á la bendición, que se da el último día de la misión por la tarde y cuando para recibirla las levantaban en alto parecía el campo lleno de ellas. Tantas compraban y tanto las estimaban!

CAPITULO XXII

Amor á la Santa Iglesia

112. El P. Conde, como amante de San Ignacio, lo era de la Santa Iglesia católica. En muchas ocasiones dió de ello pruebas relevantes, queriendo pegar su amor á todos los que le rodeaban. Para ello se valió de los versos y del canto. Antes de principiar los ejercicios de las misiones en la mañana y en la tarde, á fin de impedir que los concurrentes hablen y procurar que se recojan para oír con provecho la palabra de Dios, se cantan algunas letrillas, que al principio de las mi-

siones del P. Conde subían á doce. Cuatro de ellas hablan de la Santa Iglesia :Tan en el corazón la tenía! Y es de notar que en ellas se trata de las cosas necesarias, que debe creer el cristiano y del Sacramento de la Penitencia. Después se añadió, andando el tiempo, la misión del Hijo de Dios á la tierra, la invocación del Espíritu Santo, el sacrificio de la misa y la comunión. Parecía natural que hablando una vez de la Santa Iglesia en tanpocas letrillas, bastara para la instrucción de los fieles. No le pareció así al P. Conde, que ansiaba que todos amasen á su Madre la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. Por lo cual en los actos de fe, esperanza y caridad, antes de llegar á definirla quiere que el pueblo cante

> Amo á la Iglesia de Cristo Sin la cual no hay salvación

Y tratando de la redención insiste en lo mismo:

Para salvarnos á todos La Santa Iglesia fundó.

Desea que la idea de la Iglesia eche hondas raíces en el alma de los fieles y les obliga á cantar diciendo así:

> La Iglesia esposa de Cristo Es la fiel congregación, De todo el pueblo cristiano Con el Papa en santa unión.

Claro está, que una vez mentando al Papa era imposible al P. Conde, que amaba á la cabeza de la Iglesia, no hablar de él para que las gentes le reverenciaran y amaran. Y para conseguirlo pone en su boca:

El Pontifice romano De S. Pedro es sucesor, Infalible en las verdades De la santa religión.

No puedo afirmar con seguridad, que el P. Conde compusiese estas letrillas, que dejo escritas. Pero, que eran de su gusto, es muy cierto. Porque siéndole fácil componer versos de todas clases, á no haberlos encontrado según su mente y corazón, los rechazara prontamente, ni hubiera permitido jamás que se cantaran. Costó trabajo que retuviera los tradicionales

A mision os llama Errantes ovejas....

porque decía que una alegoría tan larga no era entendida por el pueblo. Luego no podemos menos de afirmar, que los versos en que se trata de la Santa Iglesia, ó fueron propios ó muy de su gusto, como señales del amor,

que la profesaba.

113. Pocas palabras habló en los últimos días de su enfermedad. Y para que hablara había que interrogarle. Sin embargo de la Santa Iglesia se le oyeron algunas, sin que nadie le preguntase, v. g. Soy hijo de la Santa Iglesia, y otras expresiones de este tenor, que no recordamos. Qué pasara por su interior, cuando así hablaba, no lo podemos decir, porque presumimos que el enemigo no le tentó en aquellos momentos, ni aludió á esto en nada. Empero juzgamos que lleno de la santidad, grandeza y sabiduría de la Iglesia, se tenía

por dichoso en pertenecer á tan santa Congregación, seguro de que viviendo en su seno, confiaba que se salvaría. Por esto sin duda repetía, estando por la enfermedad harto amodorrado: Soy hijo de la Santa Iglesia:

navego en buena nave.

114. Contemplaba á la esposa de Jesucristo de tal modo, que le forzaba á la afirmación de que todos los Papas se salvan. Habló conmigo varias veces de este asunto. Decía que no parecía bien que se condenara, quien había sido Cabeza de un Cuerpo tan Santo: que Jesucristo velaba por su Vicario para que de este mundo saliera en su gracia. No podía concebir el P Conde que uno, que en la tierra hacía las veces del Verbo divino encarnado, rigiendo á su esposa, elevado á tan excelso cargo, estuviera por una eternidad en el infierno atormentado, renegando v blasfemando de Jesús, de su Santísima Madre y de todos los Santos. Opinaba que desdecía de Jesús haber confiado semejante cargo ó haber permitido que se le confiara á un hombre, que sabía de cierto que era un réprobo. No hace Dios cosas monstruosas, agregaba, como lo es, que un Papa, que gobierna la Iglesia Santa, llegue á ser como un demonio. A Iglesia Santa corresponde Cabeza Santa. Y aunque es verdad, que á la gracia de Dios siempre el hombre puede resistir, no deja de serlo también que el Señor con providencia especial vela por algunas almas, asistiéndole razones poderosas aunque ocultas á nuestras cortas inteligencias. Y por qué excluir al Papa de este amor paternal divino? No queremos decir que esté confirmado en gracia y que no pueda pecar, sólo intentamos afirmar, que Dios dispondrá los ánimos de los Papas para que salgan de este mundo con la gracia divina. A un vicario á quien mucho se confía, se ama; aunque descuidado se manifieste, siempre se le tolera mucho y se procura sacarle

airoso á lo menos por honra propia.

115. Voy á concluir contando un hecho en que el P. Conde manifestó su amor á la Iglesia. Hablóse mucho, años atrás, con qué verdad, no lo sé, de abrir una misión en las soledades del Caquetá en la República de Colombia de la América meridional, región perteneciente á la provincia de la Compañía denominada de Castilla, para su evangelización. Fuera que los Superiores manifestaran su parecer de enviar á ella al P. Conde, fuera que los PP. lo pensaran, lo cierto es, que era voz común que este Padre sería uno de los que llevaran la nueva ley á las regiones aquellas. No se le ocultó la opinión, que sobre esto corría y no poco se alegró de ser designado por unos y otros. Porque si los Superiores intervenían en nombrarle para tamaña empresa, se tenía por feliz en ser misionero de infieles, propagando la doctrina católica y extendiendo la Iglesia en aquellos países salvajes, que mucho le consolaba. Y si en realidad de verdad todo eran habladurías de buenos deseos de los de la Compañía en señalarle para semejante ministerio, prueba inequívoca es de que conocían su celo por las almas, que no estando aún en el rebaño de Jesucristo, iban por sus trabajos, ayudados de la gracia divina á pertenecer al gremio de la Iglesia.

CAPÍTULO XXIII

Amor à la Compañía

116. Apuntamos arriba cómo el P. Conde siendo seminarista en Salamanca gustaba hablar v conversar con los PP. de la Compañía, que dirigían el Semimario entonces central v hoy Universidad pontificia. Hemos visto el amor, que el P. Conde nutría y derramaba en las almas de sus oventes á San Ignacio, Fundador de la Compañía de Jesús. Podría por ventura dejar de amar á esta hija querida del Santo? Imposible. La amaba de palabra y de obra. De palabra hablando de ella tierna y respetuosamente en cuantas ocasiones se le presentaban. Y no solo de los hechos, que entiempos pasados en el mundo obró, de los cuales la historia de la Compañía está llena, según las circunstancias en que se hallaba, sino de los que en los presentes ejecuta en tierras de fieles é infieles. Gustaba mucho de saber los trabajos, á que los de la Compañía se dedicaban y los frutos con que Dios los bendecía. Y cuando los oía leer en el refectorio, ó los leía en periódicos, cartas ó revistas, alababa á Dios, que nunca desampara á los PP. de la Compañía en sus ministerios, si

son cuidadosos de ejercitarlos, según las normas prescriptas en su instituto, como el Padre

Conde solía decir.

117. De éste se había formado un concepto muy alto. Verdad es que cuanto se elogie, es poco. La santidad tan aquilatada, que en todas sus partes respira; la adopción de medios tan aptos para alcanzarla; el conocimiento tan profundo del corazón humano, que manifiesta y la prevención con que sale al encuentro, atacan y derrotan al enemigo de la humana naturaleza, y faltan palabras apropiadas para expresar tanta grandeza. Hay en el instituto de la Compañía algo divino, que se siente, considerándolo y no se expresa del todo por muchas palabras, que se pronuncien. Por esto el P. Conde, al conversar del instituto con los amigos, decía: "es santo,, levantando los ojos al cielo lleno de admiración y

bajándolos con humildad.

118. En sus acciones y ministerios llevaba siempre delante el buen nombre de la Compañía, á quien deseaba dejar airosa. No se contentaba amándola de palabra, sino que se esforzaba en amarla de obra. Por esto, aunque predicó unos mismos sermones de misión varias veces, sabido era que no subía al púlpito sin recapacitarlos y los leía y repasaba, como si los predicara por vez primera. Importa mucho, decía, que los toques se den apropósito y en lugar conveniente para que produzcan efecto y las almas se conviertan y ulaben á Dios v á la Compañía, que forma operarios, que penetran hasta el corazón. Se valía también para conseguir estos efectos v particularmente el del buen nombre de la Compañía de no predicar estando rendido de oír confesiones y rezar el oficio divino. El cansancio impide la energía de las palabras tan necesarias en el misionero: y las gentes, conociendo que habla con languidez y flojedad, se distraen, no les aprovecha cuanto se les diga por profundo y hermoso que sea. Forman, añadía, bajo concepto del predicador, lo cual redunda siempre en menosprecio y deshonra de su orden, cosa para el Padre Conde insoportable. A trueque de evitar semeiante mal en sus ministerios, además de lo dicho, se esforzaba en que todo se dispusiera en los templos, y en los campos de modo conveniente para que se consiguiera el fin deseado y se paraba á veces en menudencias. que parecían demasiadas y no lo eran, como la experiencia lo demostraba. Pudiéranse citar varios casos, en que mudó el campo de la misión, el púlpito y la colocación del tornavoz, va poniendo uno movible bajo del fijo, que había, va bajando ó subjendo el movible en los campos. Y preguntándole por qué se paraba en semejantes pequeñeces, respondía: importa que la misión salga bien y que la Compañía no pierda su buen nombre por nosotros, antes lo abrillante más y más, si es posible. El amor á la Compañía le esforzaba v estimulaba á poner todos los medios, que estaban á su alcance para que todo cediera en honra de Dios y de la religión. En la misión de Betanzos por juzgar que el púlpito era algo bajo con relación al declive del campo de la feria, en que se predicó, se levantó, aunque no sin trabajo y gasto, á la altura que juzgó conveniente para que la voz penetrase más y las gentes overan mejor v se aprovecharan.

119. Gustaba de la conversación de los Padres v Hermanos de la Compañía sin rehuir á ninguno: antes á los más humildes hablaba con mucha caridad. Llegando á una casa ó colegio, pasaba la recreación de la noche varias veces con los Hermanos Coadjutores, contándoles varias historias acaecidas en las misiones, de que mucho ellos gustan. v satisfaciendo con harta condescendencia á las multiplicadas preguntas, que le proponían. Con los Padres sencillos usaba de jovialidad y por lo común se acomodaba á su sencillez sin interrumpirlos. A los Padres doctos deseaba oir y tratar, porque, decía, siempre de ellos se aprende y con una palabra salida de sus labios se abre un espacioso horizonte, que jamás se hubiera imaginado. A todos por ser de la Compañía amaba, como hijos de su misma madre.

CAPÍTULO XXIV

Observancia religiosa

120. Recuerdan bien sus connovicios la singular modestia, que al P. Conde acompañaba en todas ocasiones. No la perdió en medio de tantos ministerios con los prójimos, como ejercitó, durante los años de su vida.

Aquella vista no se desmandaba; miraba lo que debía para gloria divina v volvía los ojos con prontitud hacia la tierra. Y los había acostumbrado tanto á la modestia, que parecía en él cosa natural, ora celebrara los santos misterios, ora predicara, ora anduviera por plazas, calles y campos. Aun quisiera añadir, que predicando no miraba á los oventes con aquella fijeza é intensión, que parece convenir para ponerse con ellos en mayor comunicación. Y cuando en ciertos arrangues de su celo v elocuencia elevaba la vista á lo alto, parecia como que cerraba los ojos. Tanta modestia había alcanzado, que le costaba levantar la vista. Lo que decimos de la vista, se debe extender á toda la compostura exterior de la persona. Bastaba verlo en casa y fuera de casa para entender que iba embebido en Dios.

121. Al toque de la campana para los actos de comunidad no se descuidaba en acudir. Guardaba el aposento de continuo y si por necesidad perentoria salía de él, era para calentar los pies, como sucedía en Carrión, en donde por las mañanas con un libro en la mano paseaba en la huerta, hasta templarse para trabajar después con más ahinco, ó para ir á los cuartos de los Superiores ó de algún otro Padre que le fuera indispensable. No hablaba en los corredores, y si alguno le preguntaba, respondía sin alargar la conversación. Tampoco en casa trababa conversación con los de afuera. Si alguno le era conocido y se encontraba con él, le saludaba cortésmente y pronto se despedía. Semejante modo de obrar observaba en las misiones con las personas, que le visitaban. Ansiaba el tiempo y

entretenerse con los libros ó prepararse al mejor ejercicio de su ministerio y aborrecía pasarlo en conversaciones inútiles.

122. Se confesaba dos veces por semana y delante de los fieles en las misiones, porque juzgaba que la edificación de los fieles lo demandaba y que viendo á los misioneros confesarse, no se habían de quedar sin imitarlo. Y no se engañó, porque la confesión de los misioneros á presencia de las gentes, vale por muchos sermones. Cuántos negligentes en confesarse, se han avivado y acercado á los pies del confesor por haber visto confesar á los

misjoneros uno con otro.

123. Por varios años, antes de que se dedicara tan frecuentemente al ejercicio de las misiones, como en los últimos se dedicó, no asistía á las recreaciones de la noche, con el debido permiso de los Superiores. Se apoyaba, para proceder así, en que no sentía necesidad del descanso y en que le venía bien aquel tiempo para emplearlo en la preparación para el buen desempeño de los ministerios á que la santa obediencia le había destinado. No se ausentaba de la recreación, porque no le gustara pasar aquellos ratos de solaz conversando con los Padres. Pues en la del mediodía solía alegrarla con sus dichos ocurrentes, y porque lo juzgaba á lo menos conveniente, para el mejor éxito y brillo de los cargos, que sobre sus hombros pesaban. Y otros permisos había pedido á los Superiores en cosas bien pequeñas y al parecer triviales por querer andar siempre dirigido en todas sus acciones por la voluntad de los que Dios le dió en la tierra para que le ayudaran á conseguir la perfección, á que

aspiraba. En una palabra el P. Conde fué desde su entrada en el noviciado de Poyanne religioso observante, amador de las reglas, modesto en la vista y en todo el continente exterior de su persona, guarda constante de su aposento, silencioso en los tiempos destinados ó prescritos, amigo de pedir los permisos necesarios para proceder, como conviene á un hijo de la Compañía, según su instituto.

CAPÍTULO XXV

Amor al trabajo

124. Por lo dicho en los capítulos anteriores, puede muy bien entenderse que el Padre Conde amaba el trabajo sin cesar por más cansado que estuviera. Del tiempo de sus estudios basta decir que llegó á ser profeso de cuatro votos, grado á que no se sube sin continuo y trabajoso estudio. Los años, que siguieron á la profesión hasta que la santa obediencia le dedicó de lleno al ejercicio de las misiones, continuaba el estudio, predicaba mucho y en varias partes, confesaba en la iglesia, asistía á moribundos, visitaba y predicaba en las cárceles, presidios y hospitales. El P. Conde siempre estaba en acción, ya de

una manera, ya de otra. Por esta época viviendo en Valladolid solía ir á evangelizar á los pasiegos en la provincia de Santander con mucho agrado del Prelado, que le estimaba harto. Porque, decía el P. Conde, en Valladolid hay poco que hacer ahora y basta para lo que hay los PP. que allí viven y estos pobrecitos pasiegos, si yo no les doy la mano, nadie se la alargará. Mucho trabajó en aquellas montañas y no trabajó más, porque los padres de familia no quisieron en dos ó tres pueblos comprometerse á exterminar una mala costumbre, que existe entre los novios.

125. Del amor al trabajo, que en su corazón nutría el P. Conde, testifican bien los bechos. Nunca se le vió sin hacer algo. Aprovechaba los tiempos libres para leer la santa Biblia, que en los últimos años de su vida era su estudio favorito. Cuando en las misiones no explicaba el examen de conciencia, solía predicar en la misa, que celebraba, ó del santo Evangelio ó de la sagrada Eucaristía, si hablaba inmediatamente antes de distribuirla. Muchas veces al hablar de la comunión explicaba las disposiciones que se requieren para recibirla y los efectos que produce, en las almas que á ella se acercan, como es razón. Conocía por experiencia que no falta en algunas misiones una persona que comulgue dos veces al día ó sin estar en ayunas. Tomó por costumbre, en los últimos años, predicar siempre que celebraba el santo sacrificio en las capillas ó iglesias de las religiosas y en las de las aldeas. A este trabajo matutino se agrega el del confesonario, que si no se ha experimentado en las misiones concurridas, como eran las del P. Conde, no se llega á

formar de él idea cabal. Porque para satisfacer á los muchos penitentes, que habían pasado la noche, Dios sabe con qué incomodidad, en pajares, cuadras, corredores y debajo de los árboles, se levantaba en primavera, verano y otoño, á las cuatro de la mañana. ocupaba pronto el confesonario sin dejarlo hasta que celebraba, volviendo, así que ofrecía el santo sacrificio, á sentarse sin haberse desayunado muchos días hasta que sonaban las doce, menos en el de la comunión general, que era lo dispuesto, dejar las confesiones á la una de la tarde. Alguna vez se levantaba del confesonario para bendecir el agua de San Ignacio. Y no descansaba por esto, pues la gente, que le seguía, se le echaba encima y luchaba con ella para que guardaran el orden conveniente. Aquellas turbas parece que van ciegas y no atienden. Agréguese á esto la incomodidad del pésimo asiento de los confesonarios, mal construídos ó más bien la de las rejillas, que es lo común que se usa, y á veces ni una cosa ni otra, sino una piedra ó el tronco de un castaño, teniendo por mucho regalo, que toque una silla de ordinario angosta y baja y se formará concepto algún tanto aproximado del amor que se abrigue al trabajo para sostenerlo tantos días, meses y años con semejantes molestias.

126. Predicando el sermón de la tarde con el fervor que solía, bañado en sudor y sin otro abrigo más que el manteo, que era bien ligero, se sentaba acto continuo á confesar, permaneciendo fijo hasta la hora convenida. Y aquí principia acabando de sentarse otro trabajo y no pequeño, que hay que pasar, ovendo las confesiones. Como los fieles desean

confesarse lo más pronto posible, se agolpan tanto á los confesonarios, que es necesario levantarse del asiento para hacerlos retirar. ¡Pero con qué trabajo se consigue! Verdad es que avuda un tanto para ello el respeto y veneración que guardan al misionero, mas en semejantes trances parece que se aminoran, casi no aparecen. Sucede que á poco de haberlo conseguido, los vuelve el confesor á ver cabe sí v no puede menos de repetir la misma operación. Al P. Conde, á pesar de valerse de los diputados llamados de orden para que contuvieran á los penitentes á conveniente distancia del confesonario, no siempre aliviaban esta mortificación. No hay remedio más que sentarse en el confesonario al concluir el sermón, si se quiere de veras la salvación de las almas. Quien piense que se pueda evitar ese trabajo, se engaña, quizás le mueva á ello la caridad, que agradecen los misioneros, pero entienda que si el misionero no ocupa la rejilla, un banco ó una piedra, para oír desde luego las confesiones, no hay quien le ayude á oirlas y que muchos penitentes enfervorizados por la palabra divina, que acaban de oír, para confesarse, vacilarán pronto sobre hacerlo ó no hacerlo y al ver que no hay confesores, se retirarán á sus casas. La ocasión pasó. El penitente se quedrá para siempre con el peso de sus pecados. El ejemplo de tomar. incontinenti de predicar, asiento en el confesonario aprovecha mucho á confesores y penitentes y pienso que atrae á los pecadores á ponerse en paz con Dios, contemplando á un hombre, que después de un sermón de tanto fervor, como suelen ser los de las misiones, deja el cuidado de su salud á Dios por el de las almas, redimidas con la preciosa sangre

de su Hijo Santísimo.

127. En las poblaciones grandes echaba el P. Conde otro trabajo v no de poca monta, sobre sus hombros, dando en cada misión seis ó siete conferencias á hombres solos, una á las señoras y otra á las jóvenes. Las de los hombres eran por la noche. No hablemos del trabajo de pensarlas y ordenarlas, parémonos en el de predicarlas. No se sabe cómo podía resistir. El peso del confesonario, el de la predicación y otros no le postran, continúa confesando hasta las siete y media de la noche, y á las ocho, dos horas después de concluir el sermón, sube aquel celoso varón otra vez al púlpito para estar en él una hora entera por lo menos, predicando verdades altas con facilidad y rapidez pasmosas. Y como si no fuera bastante lo trabajado, vuelve al punto de cesar de hablar al público sin tomar refrigerio alguno al confesonario hasta que no hava hombres á quienes confesar, si conocía que había algún necesitado de su ministerio sin excluir en ocasiones á varias mujeres, que le suplicaban las overa en confesión, porque llevaban esperando dos ó tresdías, vno habían conseguido acercársele. Y si semejante trabajo hubiera sido de una semana, mes ó año, pudiera decirse que no se necesitaba mucho amor para sostenerlo, pero lo sostuvo seis años y cuatro meses, en que predicó, ciento dieciocho misiones; quince triduos de misiones. que en varios, pensando estar tres días, hubo que permanecer cinco; diez tandas de ejercicios al clero en que se cuentan más de mil quinientos sacerdotes; cinco tandas de ejercicios á los seminaristas, una á caballeros y dos

á señoras. No maravilla que hasta religiosos de otras órdenes, en vista de los números. que arrojan los trabajos del P. Conde, se admiraran mucho de cómo vivía. Mucho más se admiraría, si cabe, quien le conociera y atendiera á cómo trabajaba, poniendo todos sus sentidos en lo que hacía. Y nunca se rindió v nunca rehusó trabajo por cansado que se

hallara

128. Buena prueba de esto dió en el Colegio de la Guardia, en la provincia de Ponte. vedra, á donde se había retirado en diciembre de mil ochocientos noventa y dos para descansar de los muchos trabajos habidos en los meses anteriores. Siempre en este colegio fuimos recibidos v agasajados con mucha caridad por todos sus habitantes y en particular por su Rector el P. Modesto Fernández, á quien han seguido sus sucesores. Solían los Padres de los alumnos extremeños, que entonces eran los más de aquella casa, ir á visitarlos por las Pascuas de Navidad, Sabiendo el P. Conde cómo andan las cosas espirituales por Extremadura, pensó en proporcionarles medios de aprovechar el tiempo. Pues pasando los de recreación de los alumnos con sus hijos, apenas habían en que entretenerse. Se dispuso festejar al Niño Jesús con un septenario ú octavario predicado por el P. Conde. Ningún forastero faltó á oírle. Los tuvo pendientes de sus labios, como si hubieran sido encantados, se rindieron á los deseos del predicador, se confesaron algunos, que no se habían acercado al santo Sacramento muchos años había. De uno de ellos contaba con gracia el P. Conde, que repetía varias veces con admiración y jcómo convenceré á mi mujer de que me he confesado! ¡Qué trabajo me ha de costar! no lo creerá por más que le diga. Apelaba á los paisanos suyos para que lo atestiguaran. Aun en el colegio recuerdan los Padres con mucho gusto los frutos del septenario en honra del Niño Jesús, predicado por el P. Conde. Por algunos años continuó tan provechoso ejercicio y las confesiones de los extremeños, que bien las necesitaban. Algunos llevaban más de veinte años sin acer-

carse á la penitencia.

129. Una tarde, después de haber trabajado mucho toda la mañana, llegamos á caballo á Baran, molestos del camino y mucho más el P. Conde, que no era ginete. Se nos presenta un joven diciendo: vengo por un Padre para que confiese al señor Arcipreste, que se está muriendo. Bastó oirle para que el P. Conde se pusiera en camino sin atender á más, ni aun á la distancia. Legua y media anduvo á pie aquella tarde entre ida v vuelta. No se queió del cansancio, sintiendo solamente no haber llegado á tiempo de poder oír la confesión. No hablaba va el enfermo. Y si á todo lo dicho se añade que el P. Conde no era de fuerte contextura, ni tomaba mucho alimento, que en las misiones se pasaba sin desayunarse la mayor parte de los días por no dejar el confesonario con desagrado y pesar de los penitentes, molestos de esperar tres ó más días; que con frecuencia en las misiones de Galicia tomaba un bocadillo para acostarse pronto á fin de reparar las fuerzas perdidas por el trabajo del día: que las misiones se seguían casi á la continua por carecer de ordinario de lugar decente y cómodo para descansar de misión á misión cuatro días,

como deseaba el R. P. Provincial, se formará por las personas prudentes el juicio de que amor al trabajo sin miramientos al bienestar del cuerpo, había con raíces profundas en su alma. Parecía á varios que aunque fuera de hierro no podría resistir tanta fatiga. A la verdad. Dios suplía lo que á la naturaleza faltaba. Porque ¿cómo se explica que acabada una misión en que comulgaban tan gran número de fieles preparados con el trabajo consiguiente, hubiera fuerzas para comenzar otra el mismo día ó al siguiente? Mucho se explica por el amor al trabajo y mucho más por la influencia divina, que dando bríos á la naturaleza, impedía el cansancio natural, que debía seguirse á tanto peso y fatiga. (1)

CAPÍTULO XXVI

Prudencia

130. En estos tiempos en que la prudencia verdadera casi anda desconocida y se decora en muchas ocasiones con tan hermoso nombre á lo que denominamos cobardía y pertinacia,

^{/1)} Desde que en enero de mil ochocientos noventa y tres nos juntamos por disposición del R. P. Provincial, Matías Abad encomendandenos que dicramos las misiones que pudicramos hasta donde alcarzaran nuestras fuerzas, misionamos en dos Arzobispados: Santiago y Burgos y en trece Obispados; Lugo, Mondoedo, Tuy

no maravilla, que al considerar la valentía y constancia con que el P. Conde anunciaba la palabra de Dios sin afectación ni velos tupidos, que impidan conocer lo que piensa y

Orense, Santander, Palencia, Astorga, Avila, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Coria, Osma y Oviedo. Antes del mil ochocientos noventa y tres, en que no nos volvimos á separar hasta la muerte del Padre Conde dimos seis misiones en cuatro años, siendo la primera la de Laredo y por su orden las de Aranda de Duero, Rioseco, Muriedas, Astorga y Arredondo, que con las ciento dieciocho de que arriba hemos hecho mención, son ciento veinticuatro las que dimos juntos. Desde dicho año de noventa y tres dimos misión en las siguiertes parroquias y poblaciones: La Guardia, Cabezón de la Sal, Reinosa, Villarramiel, Salvatierra (Pontevedra) Santa Marina de Castro de Amarante, Vigo, San Payo de Navia, Gondomar. Beiro, Bascuas, Cambre, Tomiño, Orense, Torquemada, Pontevedra, Ferrol, Becerreá, Gomeán, Anoya, Marin, Bora, Mántaras, San Juan del Campo, Villagarcia de Arosa, San Salvador de Abeancos, Novelua, Vilamelle, Santa Cristina de Valeije, Rágama, Vitigudino, Cipérez, Villarino de Aires, Fregeneda, Corcubión, Pidre, San Román de Cervantes, Las Nieves, San Martín dos Condes, Puentedeume, San Salvador de Tebra, San Vicente de Cerponzones, Meión, Santa María del Campo, Rubianes, Lomo Viejo, Cervillego, Horcajo de las Torres, Masueco, Mieza, Vilvestre, Escuerna Vacas, San Muñoz, Entrimo, Bande, Santa María de Oya, Lugo, Mourence, Rubián de Abajo, Baran, Senande, Bendoiro, Viejo, Cervillego, Horcajo de las Torres, Masueco, Mieza, Vilvestre, Escuerna Vacas, San Muñoz, Entrimo, Bande, Santa María de Oya, Lugo, Mourence, Rubián de Abajo, Baran, Senande, Bendoiro, Santa María de Fisteus o sea Curtis, Maside, San Jean de Tabagón, Brués, San Pedro de Leirado, Villar de Vacas, Valga, San Sebastián Seré de las Somozas. San Esteban de la Sierra, Santi báñez, Cubo de D.Sancho, Carballo, Calo, Barazón, Sotolongo, Bian, Eijón, Ribadeo, Fragas, Trasmiras, Junquera de Espadañedo, Mosende, San Julián de Guimarey, Salvatierra de Tormes, Tala, Alaraz, Encinas de Arriba, Cantalapiedra, Monleras, Almendra, Hinojosa de Duero, Sequeros, Vega de Valcárcel, Betanzos, Barcia de Navia de Suarna, Castro de Rey, Cedofeita, San Pedro Mor, Santa María del Viso, Guizán, Aguas Santas, San Pedro de Vilanova, Lens, Barcia del Seijo, Barciela, Valdefuentes, Cristóbal, Calzada de Béjar, El Tejado, Almenara, Bogajo, Fuentellante, Cerralbo, Vecinos, Sobradillo y San Adrián de Vilariño. Total 124. Añadase la de Forzanes, que dió el P. Conde con el Sr. D. Victoriano Guerra, hoy novicio en Carrión, por estar yo enfermo, y son 125 dadas por el P. Conde desde la primera que predicamos juntos. Los triduos fueron en Bouzas, Peralejos de Abajo, Iruelos, Saldeana, Tomiño, Saucelle, Barrueco, Buenamadre, Puerto Marín, Bayona tudense, Molinillo, Ladra, Bendoiro, Peñarandilla, San Payo de Navia y Fresno, total 16 Dimos diez tandas de ejercicios al clero, entre Santiago. Lugo y Mondoñedo, á más de mil quinientos sacerdotes. Una tanda de ejercicios a los caballeros de Salamanca y dos a las señoras en la iglesia de la clerecia, que siendo templo muy capaz, se llenó hasta no más. Resulta que son 125 misiones, 16 triduos, 10 tandas de ejercicios al clero, una á los caballeros y dos á las señoras en la iglesia de la clerecia, que siendo templo muy capaz, se llenó hasta no más. Resulta que son 125 misiones, 16 triduos, 10 tandas de ejercicios al clero, una á los caballeros y dos á las señoras. Además dió misión en Briones, Mendavia, C las señoras. Además dió misión en Briones, Mendavia, Cascante, La Bastida, Vega de Pas, Puentenansa, Cosio, Tudela de Duero, Cabezón, León, Villaviciosa, Pola de Siero, Villacibelez, Nogueira, Osma, Segovia, Avila, Redondela y otras ue que no me acuerdo, con varios Padres, antes de mil ochocientos noventa y tres. En todos los obispados, que comprende nuestra provincia de Castilla misionó, menos en el de Zamora, que vo sepa.

quiere decir el predicador, que hubiera y acaso hava aún, quien le tache de imprudente. Vicio antiguo es y bastante común en nuestros tiempos, en los que basta que un hombre salga de los moldes ordinarios para echarse sobre él una caterva de necios y unos cuantos envidiosos. Ouisiera vo en este capítulo poner aqueste punto de la vida del Padre Conde con la mayor claridad posible. Y para ello principio diciendo que mostró prudencia verdadera en varias ocasiones sin que sepamos alguna en que con razón se la tache de imprudente. Prueba de prudencia dió en no acometer la empresa de las misiones sin prepararse de modo conveniente para que fueran fructuosas. Levó v estudió los principales maestros del arte de dar misiones y nadie podrá con verdad afirmar que salió á una, sin saber disponer con acierto las cosas para obtener el fin, que se deseaba. Porque no basta saber predicar y doctrinar para dar una misión, es necesario preparar y prever otras muchas cosas de antemano y en el tiempo, que ha lugar la misión, para el resultado feliz. Por la carencia de estas disposiciones no producen las misiones el fruto apetecido. Por lo dicho en capítulos anteriores sabemos que al Padre Conde no le escapaba ninguna de las prevenciones conducentes al buen éxito. Ouien le overa dar todos los días de misión los avisos, será testigo abonado de la mucha prudencia con que iba disponiendo el auditorio al aprovechamiento espiritual.

131. Y no solo durante la misión, sino mucho antes prevenía lo conducente para que no se malograse el fruto. Léanse las cartas impresas, que remitía á los Párrocos en donde

había de misionar v á los comarcanos, v se advertirá que están escritas con no poca prudencia. Lo abarcan todo: nada se escapa á su previsión, hasta para que las misiones sean poco costosas, y para que los fieles entiendan que el tiempo de la misión no es de holgorios y diversiones, sino de penitencia y oración. Y porque es bueno, que el pueblo sepa que los misioneros no van á regalarse sino á trabajar, alimentándose convenientemente: en dicha carta le tasa la calidad y número de platos, que le han de servir, excluvendo de la mesa los delicados y los licores y los dulces. Sube más de punto la prudencia para evitar ciertos compromisos y proporcionar á los fieles modos fáciles de consultar á los misioneros, sin que les estorbe miramiento alguno. en prescribir que éstos no se aposenten, cuanto posible sea, en las casas rectorales. Medida prudente, que evita pecados y da independencia para predicar v para que ni se piense que los misioneros hablan por boca del Párroco. siendo así más acepta su predicación. En una de estas cartas anima á los pueblos á la asistencia á las misiones, proponiéndoles los jubileos de que pueden gozar, y otras cosas que les dan ánimo, lo cual nadie negará que es conforme á las reglas de sincera prudencia. Y qué diremos de la carta comendaticia, que procuraba obtener de los Prelados? Basta pasar, aunque sea de corrida, la vista sobre ella para conocer que es dictada por la prudencia. Verdad es, que el fundamento de esta comendaticia es propio del señor Lozano, Obispo de Palencia; pero el Padre Conde le añadió algunos puntos v la redactó como está. Decía, v con razón, que no se debía dar misión sin llevar esta carta, y seguía buen camino en afirmarlo. Porque la voz del Prelado recomendando y condecorando con su potestad á los misioneros, los realza ante los fieles y los prepara á que sean oídos como enviados de Dios. Algugunos pensaron que no la firmarían los Prelados por la facultad, que otorga acerca de los matrimonios de amancebados y otros. Sólo dos lo han rehusado, los otros trece la firmaron desde luego y se tuvieron por bien contentos, cuando supieron los muchos matrimonios, que en virtud de su benigna concesión se han efectuado, que nunca se hubieran he-

cho, pasada la misión.

132. El arte ó directorio inédito aún de hacer misiones, es otra prueba inequívoca de la prudencia del P. Conde. La idea del punto que voy á exponer es suva. Quiere que antes de dar misión en una parroquia se indague quién la pide v qué miras lleva en ello. Porque si es un cacique ó un logrero juzga que no se debe admitir. Por de pronto, no sirve la misión para los contrarios del cacique, cuva asistencia á ella será imposible. Y aun cuando fuera posible, oirán la predicación por lo común como una invectiva contra ellos, juzgando que lo dicho por el misionero, es sugerido por su adversario. Contra el parecer de hombres prudentes no quiso en Villaviciosa vivir en casa de una persona principal, que pasaba por cacique. Se fué á una posada en que vivía el señor Cura, privándose de las comodidades, que en la de la cacique hubiera disfrutado. Logró solo con esta resolución. ganar á los del partido contrario al de la cacique, quien por más que la disgustase que un

misionero Padre de la Compañía no admitiera la hospitalidad, que le brindaba, como otros la habían admitido, entendió la poderosa razón en que se fundaba y contribuyó por su parte al buen suceso de la misión, que en verdad fué grande, como el mismo Padre afirmaba. No quiero ser más prolijo en este particular. Porque si Dios es servido saldrá á la luz el arte de hacer misiones y quien lo lea no podrá menos de decir que respira prudencia en to-

das sus páginas.

133. Nunca he llegado á entender por qué algunos le tildaban de imprudente por la predicación. Si éstos fueran de los que no gustan que el ministro evangélico hable con claridad. disipe la ignorancia en que vacen los fieles. desenmarañe las tramas del enemigo v de cuantos hacen coro con él, para seducir las almas y arrastrarlas al pecado, estaría va bastante abonado el P. Conde, desde luego diríamos que acusación de tales gentes es prueba cierta de que la prudencia le dirigía. Lo mismo afirmaríamos, si los que ponían en sus hechos mancha de imprudentes, se movieran por la aclamación de las gentes, que por todas partes iban alabando sus predicaciones y demás obras. Pudiera ser que la envidia de no ser aplaudidos, como lo era el P. Conde á pesar de no predicar cosas del otro mundo. que no estuvieran al común alcance, les incitara á criticarle, censurándole de imprudente. De esta clase no hemos tampoco de tomar su juicio en consideración sino para sacar prueba inconcusa de que el P. Conde no era imprudente. Los envidiosos no ven lo que existe en las personas, que envidian; hallan manchas en cristales limpios.

134. Algunos hombres buenos v temerosos de Dios juzgaban al P. Conde de imprudente, porque se atrevía á decir del pecado y de los pecadores lo que pocos ó ninguno en nuestros tiempos. No creo que éstos pensaran que abría los ojos á nadie. Porque ó no han pulsado las almas, que hoy los tienen muy abiertos en cuerpos de pocos años por desgracia, ó forman su juicio por la inocencia, en que ellos han vivido. Conocía el P. Conde que si no hablaba de muy concreto modo, se quedaban los pecadores con sus pecados y que su predicación era inútil ó de poco efecto, como lo es la de los predicadores de cosas abstractas. No sé que algún Prelado se quejara de la predicación exviscerativa del P. Conde, como dice el P. Calatavud, ni los Superiores de la Compañía le avisaron jamás sobre este punto. Prueba inequívoca es de que no faltaba en la prudencia del hombre apostólico. Si el P. Conde decía en el púlpito lo que otros no se atrevían, honra suya es digna de ser emulada. Oue acertaba é iba por los caminos de Dios en su predicación lo prueban los efectos. Nadie en estos tiempos ha sido escuchado por tan numeroso concurso, ninguno de cuantos predicadores hubo en Castilla y Galicia y pienso que en toda España ha movido á tan crecido número de oventes á confesarse y á recibir la sagrada comunión. Y esto lo hace algún imprudente? Dios de providencia ordinaria no aprueba imprudencias, ni las bendice con frutos copiosos, como hemos dicho arriba. Más adelante hablaremos de algún caso en que la prudencia del P. Conde valió mucho. Otros hav muy devotos, que saliendo un predicador del común modo de obrar y

predicar, ponen en él á su parecer con mucha madurez sus lenguas, juzgándoles por imprudentes. Serán acaso imprudentes los santos misioneros, que obrando de distinto modo que otros, hacían milagros? Piensen un poco más los censores y no hablen como necios. El Padre Conde fué hombre extraordinario y sus obras no caben en las comunes turquesas. Por qué para explicar sus acciones no se recurre á la inspiración divina, viendo cómo Dios las bendecía? Concluvamos este capítulo con lo escrito por el señor Magistral de Mondoñedo sobre este punto. "Tachábasele por muchas personas, aun entre las que le querían (al P. Conde) de ser un tanto imprudente en sus misjones por la dureza de frase en alguno de sus sermones. Yo, que había caído en lo que ahora me parece una tímida equivocación al apreciarle en esos momentos, y que también me parecían en él impertinentes salidas de tono y hasta no muy en armonía con la caridad del misionero, me atreví un día después de la misión en el Valle de Oro á reconvenirle amistosamente v hasta decirle que su fogosidad de apóstol haría mucho mayor bien en las almas, si en vez de esas frases, que mortificaban á algunos, utilizara la dulzura. Sabe usted lo que me contestó? Todos ustedes están en un error. La experiencia me ha enseñado que eso que llaman atrevidas impertinencias, es uno de los resortes, que vo utilizo para el mejor resultado en las misiones. Si vo no digo al que es ladrón, que lo es, nadie se lo dice y sigue robando. Y si á estos que vuelven de América más ignorantes que fueron, pero con dinero y por tanto son una especie de caciques entre

los paisanos (1), á quienes hacen mucho daño, echándoselas de instruídos y hablando muy mal de la religión v de la moral, burlándose de la confesión etc... si vo no les digo que son unos ignorantes, ó unos perversos y sino, que allí delante de todos discutan conmigo, nadie se atreve á decírselo. Con esto consigo que pierdan su influencia entre el pueblo v que avergonzados no se atrevan á hablar después. En fin vo creo que era un hombre todo de Dios, sin preocupación de otra cosa... Hasta aquí dicho señor Magistral. Y paréceme que está en el justo punto. Alude á la misión de S. Pedro Mor en el Valle de Oro, de la cual escribí sobre el asunto en la relación de las misiones lo siguiente: "Hav por allí algunos, que han ido á América, los cuales á los principios de la misión hablaron mal contra ella y hasta corrió la voz, que uno había dicho que mataría al P. Conde por ciertas expresiones, que en general dijo contra ellos. A la verdad hacen daño con las malas ideas. que traen á España contra la religión. Algunos son socialistas criados en las malas lecturas de Las Dominicales, del Motín v otros malos periódicos y revistas, que oven leer en las fábricas de tabacos de la Habana. Dios les abra los ojos. Al fin se confesaron. El Señor les hava iluminado y ellos hecho una buena confesión... Júzguese en vista de las circunstancias, si hay imprudencia alguna en hablar claro y preciso á semejante clase de gente. Les dolió lo que se les dijo; pero les dolió para arrepentirse. Si los paños calientes hubieran pasado por sus caras, no se arrodi-

⁽¹⁾ Significa la gente del pueblo, que no son caballeros.

llarían ante el confesor, ni hubieran detestado las malas doctrinas v costumbres, que aprendieron en las fábricas. Gracias á Dios, que al P. Conde otorgó la verdadera prudencia para que con sus energías v claras palabras los atraiera al servicio divino. Aprendan los que le tachaban de imprudente á no emitir juicio de los hombres apostólicos sin madura reflexión y no lo juzguen por las ideas encasilladas, que acarician de miedos, complacencias, atracciones, y otras de las que andan de moda en la cabeza de los sabios prudentes de este mundo. Los misioneros, á Dios gracias, se guían por las ideas divinas y su prudencia es la celestial, que no cabe en hormas humanas. El P. Conde por tanto tenía la honra de ser prudente, como Dios quiere que lo sean los varones apostólicos. Por eso hizo mucho para la gloria divina. Los prudentes de este siglo no la promueven, son incapaces para ello v alcanzan con sus habladurías retraer á algunos de promoverla. Dios los ilumine para que no aparten á otros del trabajo de salvar las almas.

CAPÍTULO XXVII

Humildad

135. Quien conociera al P. Conde y viera aquel aire marcial con que andaba en ocasiones v se presentaba al auditorio en sus últimos años, acaso se sonría, del epígrafe de este capítulo. Y sin embargo, era verdadero humilde el P. Conde. Rara vez hablaba de sus cosas y cuando lo hacía era forzado por la necesidad ó por la conveniencia de las circunstancias. Ojalá nos hubiera contado todos los hechos de su vida, que guardó en el secreto de su alma. Mucho servirían para la edificación nuestra y de los prójimos. Carecemos por tanto de muchas noticias útiles para tejerle una historia en que resaltaran de magnífico modo sus virtudes. Empero de lo conocido de su vida, abunda para juzgarle con razón, humilde. Dijimos que no hablaba de sus cosas, sino forzado y lo hacía tan llana y lisamente, como si en muchas de ellas no resplandeciera su cooperación á la gracia divina. Rehuía lo más que podía pasando unos días en Carrión de los Condes ir á la recreación de los novicios por haber de hablar de lo acaecido en las misiones que fuera de edificación. Y sólo se resolvía á subir al noviciado á repetidas instancias del P. Ayudante, á quien los novicios importunaban para que lo presentara en el noviciado. Y si no supiera que al P. Rector placía, de seguro se excusaba de ir, como varias veces sucedió y sólo á insinuación suya deponía todo miramiento á fuer de verdadero humilde y obediente.

136. Una prueba de humildad verdadera dió en la misión de Bascuas del Obispado de Lugo. Esta parroquia tiene un templo muy pequeño con una sola puerta. En los días últimos de la misión á fin de agosto ó principios de septiembre se revolvió el tiempo y caían buenos chubascos, que duraban ocho ó diez minutos y en seguida clareaba la atmósfera, salía el sol y pasado un poco de tiempo se repetía la lluvia. Por la mañana temprano se dijo una misa en el campo de la misión, se dió la comunión v se echó encima de repente el chubasco. Nada tocó al Santísimo, porque la tienda de campaña cubría el altar y le libraba del agua. No podía va en aquel lugar distribuirse la sagrada comunión. Determinó el P. Conde trasladarse á la iglesia á fin de que comulgaran los miles de almas, que ansiaban recibir la santa Eucaristía. Había que entrar y salir en el templo por tandas. El señor Cura se colocó á la puerta para que los fieles guardasen orden v no se estorbaran la salida, ni la entrada unos á otros. ¡Cuánto trabajó aquel señor! Viendo, que por más cuidado que se ponía, no se guardaba el respeto debido, pareció al P. Conde que era mejor volver al campo y celebrar y distribuir allí la sagrada comunión, puesto que el tiempo había abonanzado. Oyó de alguno que el P. Santos había dicho que no se volvería al campo, lo cual era cierto, porque cuando lo dijo estaba aún reinando el mal tiempo. Así que lo entendió, el P. Conde se fué delante del confesonario de su compañero en donde oía á los penitentes y como un cuitado en ademán suplicante y de modo muy humilde, le dice: conque, no quiere V. R. que se vuelva al campo? Nó, le respondí, porque está la mañana mala. Cada vez que recuerdo este hecho me confundo considerando cómo suplicó. Se retiró de allí á continuar sus tareas y á penas confesé dos personas, dejo el sitio apenado por la negativa. toco la campanilla para obtener completo silencio y anuncio que se vuelve al campo. Esta fué la única negativa, que hubo entre los dos. Dios premió la abnegación de ambos, porque cesaron los chubascos y la comunión se distribuyó con orden completo.

137. A un hombre que cautivaba á los oventes, como hemos escrito, los aplausos eran consiguientes, menudeaban á maravilla. No solo le vitoreaban, sino que le aclamaban de la manera que á los hombres llenos del espíritu de Dios suelen las personas, deudoras de mucho bien. Cuántas veces ovó: bendita la madre, que te engendró! Qué despedidas más tiernas y qué cantares carinosos le decían al despedirse. Entre otros "Ya se va el P. Conde, va se va nuestra alegría,. Qué lágrimas tan abundantes derramaban hombres y mujeres en la despedida! Aquel siervo de Dios, viendo y considerando semejantes aplausos y muestras de amor, se contentaba, sin que nada le hiciera mella con decirles, si estaba cerca, que se hicieran Santos y si estaba lejos, sacaba el crucifijo y con

él les bendecía. Cuanto veía ú oía en su honra, no le inmutaba, á Dios lo refería tributando alabanzas. Sólo una vez, pasando el río Miño en Ribadavia, viniendo de la misión de la Arnoya, miró á la orilla opuesta, en que paraban los muchos fieles, que habían acompañádonos y como viera á una mujer, que llorando á lágrima viva, se abofeteaba con fuerza, tirada en la arena, se conmovió el Padre di-

ciendo: pobrecita!

138. Era rendido de juicio en todas sus cosas á los Superiores y como estuviera cierto de que no gustaban de lo que intentaba hacer, se contenía y ofrecía á Dios el sacrificio de su entendimiento y voluntad. Así pasó entre otras, en ocasión de que le acusaron sin razón de lo pasado en una misión muy fructuosa y de mucha gloria de Dios (1). Quería el P. Conde llevar la acusación á los tribunales eclesiásticos para que el acusador sufriera el castigo de su mal comportamiento. Porque es de saber que cuanto al ejercicio del apostólico ministerio se oponía aún de lejos, lo miraba con mucho interés y quería que en todo reinara claridad. Juzgaron los Superiores y participaron al P. Conde, que después de las alabanzas de la misión, que habían publicado los periódicos, no conducía á nada provechoso llevar á los tribunales el asunto. Así que el P. Conde tuvo conocimiento de esta determinación se aquietó y no volvió como verdadero humilde á hablar de semejante caso. Lo mismo rendía su juicio al de las personas, que sabían más que él, y eso que poseía buen talento y era competente en ciencias eclesiásticas y otras. Oíle decir que explicando Historia crítica de España hizo á un profesor de célebre universidad observaciones sobre dicha asignatura y se admiraba mucho de que le contestara haciéndose caso de ellas y añadía con humildad "como si yo supiera mucho

y fuera docto,..

139. Voy "á concluir esta materia después de renovar la memoria de lo arriba apuntado, á saber, que al P. Conde gustaban los ejercicios humildes de fregar ollas y platos en la cocina de nuestras casas y de no dejarse servir aun en cosas bajas, dando misiones con el siguiente caso, que prueba su humildad. Dábamos misión en una villa grande, que tenía templo de poca capacidad. El Párroco había echado su cálculo para que la misión fuera en una plaza, que juzgaba á propósito. No parecía así al P. Conde y le hizo las observaciones oportunas. Convinieron en ir á otra y el Padre encargó á un tendero, que suele ir á nuestras misiones, que cuidara de arreglar el púlpito y disponer el lugar para que todo estuviera en orden. Crevó el senor Cura, que con esto se rebajaba su autoridad ante los que allí había y por ventura la destreza del carpintero, que llevaba consigo; y cuando tanto el Padre como el señor Cura estaban en casa principió éste á reprenderle, diciéndole tales cosas y tan desentonadas, que dejándole hablar cuanto quiso, sólo le replicó: no acierto á concebir en qué su autoridad hava sido rebajada por mí; cierto he encargado al tendero, que arregle lo consabido por ser hombre perito, sin cuidarme ni figurarme que V. se daría por ofendido. Si no hubiera sido la humildad del P. Conde, era imposible sufrir

⁽¹⁾ En la de Rioseco.

semejante vanidosa arremetida. Dios quiso que no entendiera yo nada de lo sucedido, que de seguro nos hubiéramos marchado sin haber estado veinticuatro horas en aquella población. Mejor fué que no me enterara del caso, porque la misión fué concurrida, se confesaron varios que en años atrasados lo habían descuidado y se acercaron á la sagrada mesa miles de personas.

CAPÍTULO XXVIII

Penitencia

140. Hasta que falleció el P. Conde, no me apercibí del rigor con que trataba su cuerpo. Conocía que en todas partes, aun en Carrión, que era su residencia, dormía sin colchón, sólo con el jergón y en algunas en el santo suelo. Procuraba también, andando de misión, acomodarse en la habitación menos abrigada y cohonestaba su modo de proceder con varias razones. Gustaba ver, según decía, desde la cama las estrellas para respirar el aire con más facilidad, y dormir en el suelo con solo el jergón y unas mantas, por juzgarlo más higiénico y favorable á su salud, que para conservarse necesitaba respirar aire puro. No es de extrañar que con este modo de afligir su

cuerpo, se resintiera su salud. Perdió el último año, que invernamos en Carrión, el movimiento fácil de las segundas falanges de los dedos anular y del corazón, que en la unión con las primeras se le abultaron mucho, sin que ni aun con el calor del verano volvieran á su primitivo estado. Alguna vez habló de esto, no en son de queja, sino para probar que era frío aquel país; sufría las incemodidades, que le causaba la dolencia, ofreciéndoselo á Dios

141. En otra cosa se patentiza bien su penitencia. No usaba medias, ni calcetines ni cosa parecida en los últimos años. Porque afirmaba que era más saludable que los pies descansasen sobre los zapatos, que no en las medias, pues trasudaban mejor y no se volvían doloridos. Traía en prueba de su afirmación al famoso Knaipp, quien parece que en sus escritos lo enseña. Y aunque esto sea así, lo cual ni afirmo, ni niego, no era la salud lo que movía al P. Conde á tratarse de ese modo, sino el espíritu de penitencia, porque sabido es que de su salud no se cuidaba. Llevado de este mismo espíritu de penitencia, usaba zapatos tan toscos, fuertes y mal arreglados, como hemos dicho, que aun muchos patanes los ponen más curiosos que los suyos. Y no satisfecho con esto, se los quitaba v descalzo andaba por las carreteras. No lo ví más que una vez caminar así por una muy bien construída v con piso suave. Le pregunté por qué hacía eso, y me contestó que le era conveniente para los pies. Más de esta vez lo hizo sin notárselo. Porque solía á las salidas de las poblaciones y al subir las cuestas, bajarse del coche é ir á pie mucho trecho, por juzgar que

el ejercicio le era necesario, y para encubrir la penitencia á que se entregaba, yendo sin testigos, que la presenciaran. Y que en todo esto jugaba la penitencia, se me ha hecho claro desde que una persona de las que asisten á las misiones, me declaró que no sólo por carreteras, sino también por montes andaba descalzo hasta llagarse los pies. Afirma la misma, que le curó varias veces y que le encargaba mucho que no hablara del hecho ni aún á su compañero. De la sinceridad de este sujeto no dudo, porque lo creo honrado, como ni de que el P. Conde se valiera de su auxilio. porque le estimaba v favorecía en cuanto le era dado. Los médicos cuando por vez primera le metieron en el baño y observaron las señales, que en el cuerpo del P. Conde habían impreso el cilicio y la disciplina exclamaron á

una todos tres: ¡Cómo está!

142. El espíritu de penitencia, junto con el de edificar á los fieles, le incitó á pensar mucho en suprimir el principio de la comida de medio día, cuando componía la carta impresa, que se envía con quince días de anticipación á los Párrocos, en donde se dá la misión con varias instrucciones para el buen orden, entre ellas y no la de menos importancia, la del trato que han de dar á los misioneros en la mesa para evitar gastos, como hemos anunciado en otra parte. Muchos días estuvo resuelto á escribir, que con la puchera había bastante y alegaba para ello razones de peso. Sin embargo, porque entendió, que si bien podíamos nosotros ahora pasar sin principio, conservando las fuerzas, por ventura sería muy costoso y quizá imposible á otros no haber en tiempo de misiones á lo menos lo acostumbrado en nuestros colegios. A esta razón y á otras se aquietó no sin repugnancia. Privarse del principio hubiera sido para él sabroso.

CAPÍTULO XXIX

Mortificación

143. Como se desprende del capítulo anterior, trataremos en éste de la mortificación interior, expresada también con los nombres de abnegación de sí mismo, cruz, vencimiento propio y otras, que forman al hombre sólidamente virtuoso. Para adquirir idea cabal de esta virtud del P. Conde, se hace necesario recordar cuanto hemos dicho arriba de su genio fogoso, carácter vivo, energía v viveza raras. Y con este presupuesto, penetraremos en el costoso vencimiento, que este hombre de Dios obtuvo en el tiempo de sus misiones á que nos limitaremos por no hacernos demasiado prolijos. En las advertencias que se envían á los Párrocos para recibir la misión, es una de que no se alejen del templo ó del lugar en donde se hava de predicar más de lo que se anda en seis ú ocho minutos. Misión hubo en que se alejaron cerca de una legua y muchas más de un cuarto. No se puede considerar la molestia, que semejantes distancias causan á los misjoneros, porque haber de ir en procesión tanto trecho, cantando el Benedictus y las letrillas de costumbre, sosteniendo el canto por no haber quien lo sepa, después de un viaje á caballo de seis v más leguas, quebranta al hombre de mejores fuerzas. Y cuando esto pasaba ¿qué decía v qué hacía el P. Conde? A mi pregunta de por qué el Párroco no se atenía á las instrucciones, respondía: ¡qué le vamos á hacer! hay que sufrirlo! por más que advertía la molestia grande, que nos causaban. Y como si todo estuviera en orden principiaba y proseguía sin dar indicio de displicencia ni desagrado alguno. Y cuando mostraba su compañero el descontento por haber andado tanto el pueblo para recibir la misión, le calmaba en cuanto le era dado. ¡Mucho sufriría y se vencería para no advertir á las gentes el daño, que hacían á los misioneros v á sí mismos! Sabido es que en tales casos el sermón de entrada con el cansancio no se predica con el brío propio de semejante acto y que en los fieles no produce el efecto debido. Y conociendo lo que estimaba el P. Conde, que el predicador y el auditorio estuvieran bien dispuestos para hablar y oír la palabra divina, no se puede menos de afirmar que muchas veces, venció grandemente su genio, reprimió sus ímpetus, para no increpar á los que, guiados de imprudente fervor, impedían la mayor gloria de Dios.

144. Una de las cosas más alabadas en las misiones del P. Conde por sacerdotes y legos, es el orden admirable, que en ellas se observaba. Encarecía mucho esta precaución, has-

ta llegar á decir que es mejor no dar misión. que darla sin que se guarde orden. Porque además de los pecados, que van aneios á semeiantes desordenadas reuniones, ni se ove como se debe, ni hace mella la palabra de Dios. Verdad es que cuesta mucho hacerlo observar v hav que ponerse muy serio v hablar con toda energía con harta frecuencia. Y no siempre se obtiene, porque va una mujer, va un hombre se mudan de sitio vendo al que les está prohibido. Y si á uno se le tolera. pronto otros quieren seguirle, el desorden se introduce en el concurso y la misión no produce el efecto, que se intenta. El primer impulso del P. Conde, al notar la alteración del orden desde el púlpito, era echarse sobre aquellas personas con toda la fuerza de su carácter, diciendo lo que él sabía para semeiantes lances. Vencíase, no ponía en evidencia á las personas delante del público, por no causarles la confusión consiguiente é hizo propósito de no reprender en particular á la que se moviera de su lugar alterando el orden. ¡Cuánto debió costarle este vencimiento! Dios lo sabe y también lo sabrá el P. Conde ahora por el premio recibido.

145. Abundante materia de mortificación proporciona á todos la repetición de unas mismas cosas. Sucede con harta frecuencia que las gentes gallegas, que viven en las aldeas, pregunten á los misioneros los avisos, que hayan dado y ellas han entendido, no por molestarle de que, á Dios gracias, están bien njenas, sino para cerciorarse más, ó por satisfacer el deseo de hablar con el Padre misionero. Como se vé, para un hombre cansado de hablar, se hace impertinente semejante

proceder. Mansamente respondía el P. Conde á tales preguntas y condescendía con el carácter de aquellas gentes. Qué hizo hasta obtener que su respuesta no les fuera desagradable y les quitara el deseo de volver á preguntarle semejantes cosas? A nadie se lo manifestó y en verdad que no había para qué, porque cualquiera entiende que al vencimiento de sí mismo se concede gracia de tanto

valor 146. Acontecía varias veces ordenar desde el púlpito á sus oventes, que se corrieran á un lado ó que salieran de entre las sogas, que se colocan en el campo de la misión. Oían al P. Conde con respeto, entendiendo bien lo que les decía, pero nadie se movía. Volvía á repetir lo dicho, y como si nada overan. Semejante pasividad ó sea portarse, como si lo que se les decía, no fuera con ellos, mata al hombre de mucha calma v paz. Qué pasaría al P. Conde de temperamento bilioso, genio vivo y eficaz? Sin embargo, dominóse tanto que conociendo la gente con quien se las había, no las importunaba. Contentábase con volver á decir lo que deseaba, rogando al auditorio, que lo hiciera ó suplicando al señor Párroco, que fuera al sitio conveniente para cumplir lo que deseaba. Dejo á la consideración del lector pensar cuánta abnegación contendría el alma del P. Conde para callarse en semejantes casos. No referimos otros hechos en prueba de la mortificación del P. Conde por entender que basta lo dicho.

CAPÍTULO XXX

Fortaleza

147. No nos paramos en distinguir los dos actos de esta virtud, poniendo á un lado el de resistir v á otro el de acometer; manifestaremos el ejercicio, que de ella hizo varias veces el P. Conde. Sin miramientos humanos, á quienes del orden se apartaban en ciertos tiempos, por encopetados que fueren, hacía volver al debido punto. Recuerda bien y lo recuerda con gusto un señor, que en la santa Iglesia ocupa puesto eminente, que dando el P. Conde misión en su parroquia, como sintiera que unos detrás del púlpito hablaran, (cosa que le sabía muy mal) se dirige á ellos sin verlos. como el hombre de celo suele, para que la palabra de Dios no se pierda, con expresiones tan enérgicas y apropiadas, que hubieron pronto de mudar de sitio, no sin algún sonrojo para ocupar el puesto, que les correspondía. Y después que conoció quiénes eran, no atenuó en lo más mínimo, cuanto había dicho. antes con fortaleza verdaderamente evangélica prosigue con mucha paz y calor como si á tales personas no se hubiera dirigido. En el púlpito la mayor gloria de Dios era su mira, y lo que en ella no entrara, podía haberse como excluído. Como llegara á entender, que una persona impedía que los fieles se aprovecharan de la misión, la acometía de todos modos y en todos sentidos hasta que ó se rendía entrando en la atmósfera de los demás ó procuraba que los fieles se retiraran de su trato y comunicación. Sucedió en la misión de Ribadeo que un comerciante se jactaba de no creer en Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios. y se burlaba de las gentes, que asistían á los ejercicios. Principió en los avisos á tratar del caso, y como entendiera que no bastaba, lo particularizó de suerte que las personas de la población, que conocían al comerciante, entendieron desde luego á donde se dirigían los tiros. Insistió varias veces en distintos días en el mismo tema, consiguiendo que las gentes fueran á comprar á otro comercio y abandonaran el de aquel desgraciado, que después bramaba de coraje por la pérdida consiguiente. Quizá fué la primera vez, que en Ribadeo se predicó á los fieles, que prefirieran comprar en los comercios de los buenos y volvieran las espaldas á los malos por si acaso viendo lo que pierden, se convierten al Señor, que los crió.

148. En la misión de Pontevedra necesitó de toda su valentía y fortaleza. Predicaba un domingo en el paseo público á que llaman la Alameda, ¡que siempre es malo predicar en paseos! No se pudo allí evitar. El concurso era bueno y el bullicio mucho. Por más que el P. Conde se esforzaba elevando su voz, no era percibida por toda la concurrencia. De lo cual procedía que muchas personas de las que estaban al último variaban de sitio y has-

ta hubo algunas corridas, pocas y de poca gente. Que en un pueblo tan liberal se predicara misión al aire libre en el paseo, varios lo miraban de mal ojo, hasta considerarlo como ofensa. Había sin embargo el señor Alcalde dado la licencia y había que aguantar allí la misión. Sus amigos, á lo que se dijo, no estaban muy contentos y quizá los acompañaba en sus deseos. Aprovechando la ocasión de las corridas, que en un auditorio numeroso son frecuentes, acercóse al púlpito acompañado del manco Secretario del Gobierno civil, que accidentalmente aquel día funcionaba de Gobernador, é intiman al P. Conde por razón del orden público, que se baje. Represéntales en pocas palabras que interrumpir el sermón de repente, sería para ellos de mal efecto por el que produciría en el pueblo; que esperaran un poco que acabaría pronto de la manera acostumbrada. Accedieron á pesar de que oirían los aplausos, que unos cuantos les dieron por la hazaña de obligar á silencio al orador. Si la fortaleza no le acompañara, rendido como se hallaba por el mucho esfuerzo de la predicación ¿qué serenidad había de tener para en caso tan inesperado mirar por el bien y honra de los que le acometían con la autoridad civil y municipal? No se perturbó nada al oír á los que decían que el orden público se iba alterar, si no se bajaba delpúlpito, aunque el P. Condesabía que significaba la prohibición, echando mano del conocido resorte de alteración del orden: mira por la gloria de la potestad eclesiástica, que es la llamada á prohibir la predicación de la palabra divina. Entretiene al auditorio cuanto cree conveniente y entretiene á los que con

aire de triunfo se le acercaron hasta concluir como quiso. Se bajódel púlpito á voluntadsuya con toda fortaleza, sin permitir ni dar lugar á que los individuos referidos cometieran un desafuero. Siguióse á esto la prohibición de predicar en público fuera del templo. A las tres horas se revocó por el mismo Alcalde y se amplió para que se predicara en donde se quisiera. Los hombres juiciosos y de valer de Pontevedra reprobaron el hecho sin rebozo alguno al mismo Alcalde á poco de concluir la procesión con que se acabó la función

aquel día.

149. Otro acto de fortaleza quiso ejecutar la tarde, que llegamos al Ferrol para dar la misión. Al arribar á la bahía de esta población en el vapor, que desde la Coruña suele hacer la travesía, vimos que toda la extensión, que es bien larga, del muelle estaba llena de gente v por el semblante serio conque en un bote se acercó á nosotros el señor Cura del Socorro, hombre jovial, si los hay, conocimos y se lo preguntamos, si había marejada. Entendió la frase y contestó con agradable palabra y cara risueña, que nó. Bien seguros estábamos que no faltaría en tanta muchedumbre, como esperaba la misión, quienes intentaran insultar y trastornar y oscurecer la magnifica entrada, que se presentaba. Con estos temores, que eran fundados como lo probó lo sucedido, tomamos las precauciones convenientes y la primera fué elevar el Santo Crucifijo de la misión sostenido por un misionero con banda morada sobre los hombros. La mayoría de aquella multitud se descubrió al verle, que el pueblo ferrolano es culto y religioso. Subimos la escalera del mue-

lle v al llegar á la última, quiso el P. Conde en medio de aquel bullicio tomar en sus manos el Crucifijo y hablar al concurso, como solía. El aspecto aun de muchos de los que se descubrían al ver al Santo Cristo era serio por no decir fiero v el conjunto amedrentaba al más valiente. Temiendo algún desmán, no consiente uno de los Párrocos, que allí se arengue al pueblo, insiste el P. Conde y á la segunda negativa de dicho señor, cede y principia la procesión en que se contaba todo el clero, incluso el castrense, ovéndose durante el travecto algunos silbidos hasta que entró en el templo de S. Julián habiendo andado casi un kilómetro de distancia. Y no se crea que el P. Conde no veía que pudieran apagar su voz de una ú otra manera v hasta con algún escándalo ó blasfemia, sí lo veía; pero se había trazado el plan de empezar las misiones, que juzgaba conducente al buen éxito. y ni temía á nadie para llevarlo á cabo, ni se acobardaba enfrente de los enemigos de su Dios, de quien esperaba le había de amparar y esforzar en todas las ocasiones y mucho más en las díficiles, como era la presente.

150. Acto de fortaleza fué dar la misión en Vigo. Desde la de La Guardia venían los periódicos de Vigo y en particular El Progreso hablando contra las misiones y contra el P. Conde. En el mismo Vigo había personas, que se oponían á que se diera en la plaza, llegando una á decir que la ahogaría en agua. Caro le costó, porque se le ahogó un hijo en la ría durante la misión. Sabía el P. Conde el runrun, que por la ciudad andaba y que era probable una algarada como pasó por desgracia siendo causa la gente lectora

de El Progreso, que pintó al P. Conde con colores muy feos. Juzgamos que desistir de la misión en aquellas circunstancias preparadas por los enemigos de Dios y de la Iglesia, ni era decente, ni se podía en buena conciencia, considerando que se dejaba el campo libre á la maldad. Acometidos por la canalla, así que pusimos pie en tierra, bajando del coche, que nos había conducido desde Tuy hasta muy cerca de la población: el P. Conde revestido de su valor dice al señor Prior, que presidía la procesión salida de la Iglesia para recibir la misión: cántense las letanías de los Santos, contesten todos y lo mismo fué principiar á andar que aquella manada de energúmenos sueltan sus voces para dar mueras á los jesuitas, tirando piedras, chinas, y terrones á los que acompañaban la procesión, á los misioneros, al señor Provisor (1) que llevaba el Santo Cristo de la misión y hasta á la cruz parroquial. No cesó el P. Conde, de animar à los fieles sin temor de la descarga. En medio del ruído de voces descompasadas de aquellos desgraciados, un caballero cristiano haciéndose oír de la mavor parte del concurso, toma el crucifijo en sus manos, lo alza v con voz alta v serena profesó la fe cristiana, concluyendo con dar vivas á Dios, á la Religión v mueras á la impiedad, á que todos los verdaderos fieles respondimos. Los apedreadores no se callaron del todo, nos siguieron voceando no con tanta fuerza, hasta no lejos de la plaza. El P. Conde quería inaugurar aquí la misión á pesar de lo ocurrido, subiendo á un balcón de la casa en

donde nos hospedamos para desde allí abrirla No pudo ser. Llegamos al templo, que se cuaja de gente y aquel varón de Dios sube al púlpito y con pecho varonil empieza con un exabrupto, que á pocas palabras arranca lágrimas á los oyentes. Nunca le oí más elocuencia. Me parece que es inoportuno hacer resaltar la fortaleza del P. Conde en esta ocasión. Al ojo menos perspicaz se presenta de bulto. Como en confirmación de la fortaleza voy á contar dos hechos en los dos capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXXI

Lo que pasó en Aranda de Duero

de las más fructuosas, que en estos tiempos se hubieran dado, habiendo elegido sazón á propósito y aprovechado circuntancias favorables. Porque la gente aun conserva la fe antigua y es deseosa de enseñanza cristiana. Al quinto día de misión se presentó en Aranda el P. Conde para subir al púlpito á poco de bajarse del coche, que le condujo desde Valladolid. No pasaba desapercibida la misión en Aranda á pesar de andar los ánimos inquietos y preocupados por la elección de nue-

⁽¹⁾ D. Celestino Herba, Canónigo.

vo Avuntamiento, que en aquellos días había de tener lugar. No estuvo en manos de nosotros ni de nuestros Superiores escoger otros días. Hay compromisos á que no se puede faltar por más que se vean insuperables inconvenientes. Al P. Artola, que inauguró la misión y enfermó, sustituyó el P. Conde. Pronto animó éste á muchos y en particular á la juventud. El día tercero de la estancia del P. Conde en Aranda v último de la misión, hubo de mai charse su compañero por disposición superior á Tudela de Navarra, y antes de partir hablando con el P. Conde, le dijo: es necesario sacar otra procesión de noche para sobreponerse á los del Casino, que insultaron la del otro día. Manifestaban los fieles en su mayoría buenas disposiciones. Estaban ya fervorosos. Por aquel tiempo solían hacerse algunas procesiones de penitencia después de concluir el ejercicio de la noche. Ordenó primorosamente la procesión el P. Conde procurando que de trecho en trecho se colocaran sacerdotes con crucifijo grande inhiesto. El pueblo cantaba el "Perdón, oh Dios mío... alternando con el clero con mucha devoción. Al llegar á la plaza tiran desde la ventana del Casino algunos impíos, blasfemando, una silleta á la imagen de la Santísima Virgen de los Dolores, que llevaban en andas los fieles. quienes irritados con tamaño crimen acuden los más valientes á la puerta del Casino para habérselas con los impíos y blasfemos. Uno de los Sacerdotes con el Crucifijo se les planta delante diciendo: "ó habéis de pisar el Crucifijo ó no subís... Quítese V. de ahí, le responden; reverenciamos el Crucifijo, pero no se puede menos de castigar á esos malva-

dos, que insultan á nuestra Madre v la fe de Aranda. Viendo el Sr. Alcalde lo que pasaba y el mal sesgo, que tomaba el alboroto, conoció que el único modo de concluir aquello en paz, era ir en busca del P. Conde, que se hallaba en la iglesia confesando. A la invitación del señor Alcalde se levanta del confesonario. Opónense las mujeres, que allí estaban, á que dé un paso para salir del templo. Salió al fin. presentase en el lugar del alboroto, habla al pueblo y lo sosiega. La luna de noviembre brillaba en todo su esplendor y con su ayuda veían los buenos, cómo andaban los malvados por los tejados, huvendo de la persecución de los que entraron en el Casino. Los que en la plaza estaban, al ver á los del tejado clamaban: "alli van, á ellos, que las paguen,... Habla otra vez el P. Conde diciendo: se hará justicia, según prometen las autoridades, á lo que responden y con acierto: "nos engañan, Padre, nos engañan... Conocían la gente. Así fué. Vitoreando al Padre le acompañó la muchedumbre de los fieles hasta la casa del señor Cura. Lo que sucedió al día siguiente consta en el proceso, que se instruyó, complicando en él á buenos católicos y ricos, que de público se decía que no habían estado en la plaza. No sólo he narrado este hecho, como prueba de la fortaleza del P. Conde, sino también v muy principalmente, para que se entienda todo el proceder del Padre tan ajustado y se avergüencen los que osaron motejarle por no decir calumniarle, escribiendo contra él al R. P. Provincial, quien enterado de los sucesos, no pudo menos de alabar al P. Conde. La culpa de estos y otros desmanes de aquella villa es de los ricos, que sostienen con

su dinero semejantes Casinos. Gracias á que la Audiencia de Burgos sobreseyó el proceso, que sino, enemistades eternas había en Aranda. Aquellos hombres buenos resentidos hubieran llegado al extremo de incendiarla.

CAPÍTULO XXXII

Lo que pasó en Torquemada

152. Hablaron más de lo justo los periódicos de la provincia y no todos con verdad de lo acontecido en la iglesia de Torquemada, la noche, que el P. Conde predicó de la muerte en diciembre de mil ochocientos noventa y tres, durante la misión. Los ánimos de algunos de la población se hallaban soliviantados contra el P. Conde, ó porque todo lo que toca á la Iglesia los irrita, ó porque desde Vigo habían enviado varios números del periódico El Progreso á los dieciocho ó veinte impíos que hay en Torquemada. (1) Y no solo entonces enviaron el periódico á esta misión, sino á otras varias, desde la de Vigo. Las

calumnias, que contenía pintadas con vivos colores, irritan á todos los impíos y liberales contra el P. Conde v son tan burdas, que sólo á semejantes personas se hacen creíbles. Decía entre otras, y para muestra basta un botón, que la sotana del P. Conde chorreaba sangre por haber mandado fusilar á los carabineros de Olot en la guerra carlista. El que escribió tamaño crimen es de oficio sastre, que hubo de huir de España para no parar en presidio por insultar en el periódico á la Regente del reino. Por poco que se repare en lo que llevamos escrito, se conoce que durante todo el tiempo, que hubo en España guerra civil, vivió el P. Conde en Francia. Es pura calumnia. Entró en la Compañía en mil ochocientos sesenta y nueve y no volvió á España hasta el mil ochocientos setenta y siete, en que había cesado la guerra. Aclarada ya la ca-

lumnia, pasemos adelante.

153. Los que en Torquemada la leyeron y la contaron, estando mal dispuestos para todo lo católico, sin duda alguna se valieron de ella para meter cizaña y concitar los ánimos. Así mal dispuestos contra el misionero aprovecharon para demostrar la rabia esta ocasión. Hav en la parroquia para las funciones de ánimas una tabla grande en que se halla pintada la muerte, del tamaño regular de un hombre. Había dispuesto de antemano el P. Conde, que á un punto dado del sermón, la sacaran de la sacristía, llevándola en alto iluminada por cuatro ó seis hachas de cera. Salió en efecto v con mucha solemnidad, v al verla se echaron à llorar las mujeres, sin que el Padre dejara de predicar. Los hombres, como si se quedaran sin mujeres, v á lo que se dijo, atizados, pro-

⁽¹⁾ A nadie extrañe que hasta Torquemada llegara El Progreso, pues sabido es, que en todos los puertos de Galicia hay castellanos, que compran pescado para enviarlo á Castilla. El que entonces habria en Vigo sería de la misma cuerda, que los famosos impíos de Torquemada. Así se entiende cómo pudieron leer semejantes calumnias.

rumpen en voces descompuestas contra el misionero, se van acercando al púlpito voceando "echarle abajo v después matarle... Quieren subir la escalera, en cuvo primer peldaño luchó contra ellos con toda decisión v valentía el señor juez municipal, abogado de la población y rico propietario, sin dejar que nadie en ella pusiera el pie. Duró el alboroto sobre seis minutos, sin que el P. Conde cesara de hablar hasta que concluyó con el acto de contrición. Al día siguiente estaban avergonzados de su mal proceder y sobre todo de que por lloros de mujeres, ellos tan valientes, cometieran tal exceso y dieran muestras de impiedad. Cuando en la tarde de este día iba el Padre á predicarles las conferencias á las que asistían muy gustosos, al pasar por un grupo, con ademán gracioso le dice uno: "Padre. échenos á nosotros la muerte y verá cómo no lloramos., Por lo dicho se entiende que no se debe de hacer caso de los periódicos impíos, cuando hablan de los misioneros. La población en masa, menos los dieciocho ó veinte de que hicimos mención y algún otro funcionario. sentía lo acontecido, y durante los días, que aun permanecimos entre ellos, nos dieron muestras de estima y muchas más en la salida. acompañándonos gran muchedumbre largo espacio por la carretera, despidiéndose de nosotros con muchas lágrimas y agitando los pañuelos hasta que nos perdieron de vista. Dios sea bendito.

CAPÍTULO XXXIII

Persecuciones

154. Ya hemos hablado de la que movió El Progreso de Vigo, periódico irreligioso de aquella ciudad, con quien formaron coro otros, que pasando por más religiosos, vienen á ser iguales. Como este periódico y sus compartícipes, por odio á la religión, mirasen con malos ojos á una señora que en Vigo promovía toda obra buena sin omitir gasto pecuniario alguno, llamada doña Clara del Río, casada con D. Enrique Pascual, hijo de dicha ciudad, hacendado rico de la Habana, sabiendo que era la causante de que se predicara la misión en ella por el P. Conde, principiaron, así que se acercaba el tiempo de darla, á escribir despropósitos contra dicho Padre. Ninguna importancia daba á lo que contra él se escribía, estando firme en el testimonio de su conciencia, sintiendo solamente, cómo iban previniendo los ánimos contra la misión y ulcerando el corazón de dicha señora bienhechora generosa de las misiones y de los PP. de la Compañía, que en su quinta de las Torres se hospedaban. Por lo demás no sentía el P. Conde las persecuciones, que le movía

el infierno, aun por medio de personas piadosas, seguro como estaba de que Dios tarde ó temprano vendría en su auxilio, como de cierto vino. Entendía que había algunos, que hablaban mal de su modo de obrar, y no les hacía caso, aguardando, que los Superiores á quienes tenía en lugar de Dios, le avisaran, decidido á sujetarse á su voluntad siempre y cuando les pluguiera. No daba importancia á habladurías, como no llegase á percibir que podían influir en privarle del

ejercicio del santo ministerio.

155. Por esto, sabiendo que en una capital de provincia en donde lo había ejercido mucho y con aplauso, se le motejaba de que oía las confesiones de los hombres en muy poco tiempo, dando á entender que no las oía como prescriben las reglas de la moral enseñadas por los autores clásicos de esta ciencia teológica, no pudo parar hasta escribir á uno de los Sacerdotes más piadosos y de los más entendidos de la población manifestando el sentimiento que le habían causado las críticas y explicándole la doctrina de los doctos teólogos Ballerini, Palmieri, para oír en pocos minutos las confesiones de aquellos caballeros. Después de darle varias razones justificando su modo de proceder, les abordó por abundancia y como para vergüenza de los murmuradores, la inteligencia de la proposición condenada de no dimidiar la confesión por el concurso de los penitentes. No habla, les dice, esa proposición del confesor, sino de los penitentes y la prohibición que contiene, atañe á éstos, no á aquél, sin afirmar que se valía, ó no, oyendo confesiones, de la doctrina, que escribía, aunque pudiera

en circunstancias dadas. El resultado fué, que el sacerdote ejemplar le contestó condoliéndose de lo que habíanle hecho sufrir y testificándole que en aquella población todos eran sus amigos, que deseaban verle siempre en medio de ellos para servirle en todo.

156. De tres cosas movieron queias á los Superiores contra el P. Conde en una ocasión. Y porque había que atender á la persona, que las daba, no pudieron menos de notificárselas. En carta respetuosa desvaneció el P. Conde lo contra él opuesto, llegando la persona en cuestión á escribir en contestación á la del Padre que su intento no era afirmar nada contrario á su ortodoxia sino sobre la oportunidad de hablar del asunto en las circunstancias que él lo hizo. No fué poco afirmar. Contento pudo quedar el P. Conde. Y si fuera lícito usar, como decía el otro, de grandes ejemplos en cosas pequeñas así pasó en el concilio vaticano. Al conocer los falibilistas dónde iban las corrientes del concilio, cesaron de atacar la verdad y principiaron á objetar la inoportunidad de una difinición conciliar sobre la infalibilidad pontificia. El P. Conde había explicado v afirmado la verdadera doctrina v no había dicho cosa que no enseñaran Santos y evangélicos varones como S. Bernardo, S. Leonardo de Portu Mauricio, Lanspergio y otros célebres autores de la cristiandad, hablando de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y añadiendo á los Evangelios cosas probables ó reveladas á personas piadosas ó explicando la constitución de la Iglesia docente ó afirmando que su cabeza puede ser condenada eternamente. Y en realidad de verdad esta última afirmación no era de su propia cosecha, juzgábala imposible; pero la pronunció por haberla leído en un sermón de un Santo canonizado.

CAPÍTULO XXXIV

Por qué herian sus dichos

157. Es un hecho notorio, que no faltan, á Dios gracias, predicadores, que dicen las mismas cosas, que el P. Conde decía, y no hieren á nadie y si hieren, no levantan roncha, como la levantaba el P. Conde. En gué consistiría? Hablando de lo que acontecía á los buenos, puede explicarse sin temor de errar que no solo les movían las buenas ideas, que predicaba, sino también el modo con que se expresaba, dando vida al asunto por abstracto, que fuera. Reparaban que el hombre, que les hablaba poseído de la verdad, empleaba todo su ser para obligarla á que entrara en las almas sin perdonar trabajo ni ahorrar fatiga al intento. Miraban los esfuerzos, que hacía en predicar como señales de lo mucho que les quería, y así sus palabras entraban en los corazones quemando, y los oyentes inflamados del amor divino pensaban como el misionero y amaban como el misionero. Veían al hombre de Dios, que en predicar su gloria y traer al recto camino las almas, posponía

todas sus comodidades sin perdonar la más pequeña, convenciéndose de que Dios hablaba por su boca, juzgando que á no ser así, era imposible tal lenguaje v modo de expresarse. Por lo cual más de una vez al salir del sermón se desahogaban las muieres, diciendo: "bendito sea Dios que tal hombre crió; no puede vivir mucho... Y no habían sus palabras de herir? Salían de sus sermones los oventes cabizbajos, como sucedió entre otras ocasiones, en los ejercicios, que dió á caballeros en Salamanca, en donde la ciencia, industria, comercio y banca, después de haberle oído, llegaban hasta la plaza mayor sin mover conversación, según notaron algunas personas. Llenos iban de la elocuencia del P. Conde. pensaban en lo oído v visto sin acordarse que estaban va fuera de la iglesia de la clerecía, que hasta más no poder, contemplaron cual nunca, repleta de hombres.

158. Los malos, enemigos de Dios y de la Santa Iglesia, eran también heridos por las palabras del P. Conde, sin que piense vo afirmar que siempre se movían todos á penitencia. Lejos de mí tal proposición. Dios guarda el secreto del momento de la conversión. Lo que deseo explicar es por qué les hacía tanta mella la predicación del P. Conde. En tendían, sin duda alguna, que no era como otras, frías, desalentadas y capaces de ser interpretadas en sentidos para su iniquidad favorables, sino ardiente, viva, exacta sin dar lugar á tergiversación, opuesta en todo á sus modos erróneos de pensar y obrar, sin dejarles puerta ni resquicio para acallar sus conciencias. Y por otra parte conocían, viéndole predicar, que arrebataba á las mu-

chedumbres, que le seguían y se disponían á todo lo bueno, lo cual sentían en gran manera por no poder lograr de ellas lo que intentan. De donde procedía que cerrados los caminos á la seducción, rabiaban como perros á quienes la presa se escapa. Y subía de punto su encono, considerando que no había ni medio ni modo de domar á un hombre tan poseído de Dios, como el P. Conde, cuyo carácter enérgico y firme no sufría imposición, no sólo en lo tocante á ofensa de Dios, sino también en lo perteneciente á la vida perfecta. Y como semejantes caracteres no cejan en promover, en cuanto está de su parte, lo que juzgan conveniente y apropósito á sus intentos; en el P. Conde contemplaban un enemigo, trastornador de todo ardid y astucia y trama, contra Dios y contra el prójimo, dispuesto al sacrificio en toda hora v un valiente defensor de la gloria divina, á quien hacen la guerra. Cómo, pues, no habían de levantar roncha sus palabras y predicaciones en los enemigos de Dios? De aquí procedieron las calumnias de que fué víctima, algunas contadas arriba y otras, que omitimos.

CAPÍTULO XXXV

Por qué fué à Villarino

159. A responder á ciertas personas, que pudieran poner algún paro de amor demasiado á la tierra en el P. Conde, se endereza cuanto en este capítulo vamos á decir. Llegado había á Villarino, villa natal del P. Conde, la fama, que gozaba de predicador. Su hermano losé, de quien hemos hablado en la primera parte de esta historia, le escribió varias veces á Valladolid, en donde á la sazón residía el P. Conde, invitándole y convidándole para que fuera á predicar un triduo al Sagrado Corazón de Jesús. Se excusó varias veces á pesar de haber obtenido la licencia del Reverendo P. Provincial. Juzgaba que un viaje á su pueblo para predicar un triduo, era poca cosa, que no cohonestaba volver al país sin desmerecer del concepto, que goza un religioso desprendido de su terruño. En este castillo atrincherado no hubo medio de vencerlo y obligarle á salir de él, hasta que, volviendo á insistir su hermano, se resolvió á escribirle que iría á dar misiones por el país, si algunas se proporcionaban. Así que éste recibió semejante contestación, escribió á su paisano el señor D. Domingo Casanueva, Párroco de Vitigudino, sobre el asunto, quien, deseando lo mismo que el hermano del P. Conde, al punto escribió y quiso que principiara en la provincia de Salamanca aquel año el ministerio de las misiones por su pueblo, que es capital de partido, prometiendo que se darían otras muchas, como en efecto se dieron á mayor gloria de

Dios y provecho de las almas.

160. Después que se cumplió la condición. que puso para ir á Villarino, se alegraba en el Señor por los bienes, que presentía se habían de hacer en sus paisanos. Porque conociendo el temple de aquella gente, en quien la fe vive con hondas raíces; y recordando sus buenas y malas cualidades; sabiendo, por cartas que le dirigían, el ansia, que tenían de verle y el entusiasmo con que le recibirían. pues hasta arcos de triunfo le pensaban levantar, como los levantaron, juzgó desde luego que pronto se apoderaría de sus corazones para entregárselos enteros al divinísimo de Tesús. En efecto así pasó. Nadie puso obstáculo á lo que pensó, dijo y quiso el P. Conde en su pueblo natal. Bastaba que se insinuara de cualquier modo para que desde luego se pusiera en ejecución. Había allí un forastero amancebado y hubo de decir el P. Conde una mañana, predicando en la misa, que en el pueblo no se debía consentir que viviera uno en semejante escándalo; que á los mozos encargaba que echaran del pueblo al escandaloso y á las mozas á la escandalosa. No caveron en olvido las palabras, que dijo; porque aquel mismo día á eso de las nueve de la mañana oimos ruido, que parecía un tumulto producido por los mozos, que traían al amancebado á la presencia del Padre. Pedía el infeliz, que lo dejaran confesar. Pero el Padre Conde, que sabía quién era el pájaro, no quiso oirlo y lo remitió al señor Alcalde, quien le envió de cárcel en cárcel al Gobernador de la provincia por indocumentado. Se supo que estaba casado en la provincia de Orense No pesó al P. Conde haber ido á su pueblo por el provecho, que en él y en los de la redonda hizo, de que se alegraba mucho en el Señor. Así cumplía la ley de la caridad, que ordena quiénes deban ser preferidos en su ejercicio, dando antelación á los paisanos respecto de los extraños.

CAPITULO XXXVI

Casos raros

161. Residiendo el P. Conde en Valladolid predicó con mucha loa en varios pueblos del arzobispado llenando de contento al Prelado, que de algunos no estaba satisfecho. Sobresalía entre éstos Tudela de Duero, pueblo en que unos cuantos de los ricos, entregados á la lectura de malos periódicos, entre otros El Motin y Las Dominicales del librepensamiento, habían perdido la fe, y de las costumbres no hay que hablar. Visto el fruto que el

P. Conde había hecho en la Nava del Rey, en Alaejos y otros pueblos, juzgó el señor Arzobispo que debía ir á Tudela de Duero, que era pesadilla fuerte del Prelado. Gustoso partió con el P. José Vinuesa y mientras preparaban al pueblo con la predicación de la santa palabra para recibir á su Pastor, sucedió el

caso siguiente.

162. Salió el P. Conde una mañana después de concluir las confesiones á dar un paseo por la orilla del río Duero, que riega su término, parándose á conversar con unos y otros, como solía. Pasaba de largo junto á dos hombres, que estaban hablando, cuando uno de ellos, el de más edad, le llamó diciendo que si no quería hablar v pararse un poco con ellos. El Padre, á pesar de que por la cara conocía ser uno de los librepensadores, no rechazó la ocasión, que se le presentaba, de infiltrar en aquella alma la salud. Así que estuvo cerca, principió el desgraciado á decir lo que suelen contra la Iglesia, que ordinariamente confunden con los malos sacerdotes. Ovóle el Padre Conde en silencio, y antes que tomara la palabra díjole el desgraciado: Si todos los sacerdotes fueran como V. otra cosa sería, y se le acerca más, continuando: no crea V. que no me gustan los sacerdotes. Toma el P. Conde la palabra para decir: "pues entonces ; por qué está V.con esa gente?, y al concluir de pronunciar la pregunta, se le cae aquel hombre sobre los brazos, quedando muerto de repente. Le echa la absolución por si acaso vivía aún; el otro principia á llorar, y después de acallarlo, le manda que avise á unas lavanderas, que estaban muy cerca, para que fueran testigos. Al punto envía un recado al señor Cura para que

se presentara con la Santa Unción y mientras tanto el P. Conde reza junto al cadáver. Así que en Tudela se supo el suceso, corre mucha gente al lugar en que acaeció y entre otros un hombre de los tenidos por librepensadores, quien acercándose al muerto dijo: "no está mal muerto de repente; á éste bien se sabe quien le mató., A pesar de que el P. Conde rezaba, ovó las expresiones, pidió á las personas, que allí estaban el nombre del que las profirió y todos se callaron, hasta que, insistiendo, un muchacho habló: ese es el tío fulano, diciendo su nombre. Ruega el Padre á los circunstantes que sean testigos de lo dicho y no faltaron á dar testimonio. La calumnia era horrenda, el acto de interrumpir al Padre, estando ejerciendo uno del culto católico sobre el cadáver de un cristiano, es punible por el código penal, y pensando los Padres que si dejaban sin correctivo una v otra cosa escribirían al Motin v á Las Dominicales calumnias y desfigurarían los hechos, se propusieron taparles la boca. Y para ello demandan al tribunal municipal al susodicho calumniador, y al verse enredado v que se desataría con mucha dificultad, buscan todas las influencias que estaban á su alcance, hasta la del señor Arzobispo, que allí se hallaba, manifestándose firmes los Padres para conseguir lo que descaban. Por fin transigieron con la condición de que había de pedir perdón en la iglesia, condición que le pareció muy gravosa por hacer mucho tiempo que no ponía en ella los pies, y de que ningún periódico había de hablar del caso, pues en el día, que escribieran algo quedaban los Padres libres para proseguir su derecho. Mucho valió para obtener lo deseado por los Padres,

saber los librepensadores que el P. Vinuesa era abogado y que acababa de ser nombrado académico correspondiente de la de Jurisprudencia. ¡Pobre muerto! pocos y tenues son los argumentos, que dan esperanza de su salvación, como decía el P. Conde: llamarle para conversar con él y decir que le gustaban curas como el Padre. Dios lo tenga en gloria.

163. Otro caso, que muestra bien la providencia de Dios con algunas personas, le pasó en la Vega de Pas, obispado de Santander. Daba solo en este pueblo misión el P. Conde, valiéndose del señor maestro para que leyera la doctrina por un autor, que el Padre le proporcionaba. Después del ejercicio de la mañana en los días, que no había que confesar, salía á pasear levendo y orando según su costumbre; en el camino se encuentra con una mujer, que le pregunta, si es el Padre misionero, y contestándole afirmativamente. jay señor, dice la mujer, allí, en aquella braña, que ella señaló, hay un viejo, que está muy malito v se confesaría con V. de buena gana. Toma el camino de la montaña el Padre sin pensar más, sube hasta la cabaña en donde yacía sobre pajas un anciano de más de noventa años. Así que le anunciaron que estaba allí un Padre misionero, se alegró el bueno del viejo, viendo el cielo abierto por confesarse con un misionero. En efecto se confesó con harto consuelo de su alma y á poco de haber recibido la absolución, espiró. Parece que estaba esperando que le absolviesen de sus pecados para dejar este mundo é irse á la gloria. Contaba este caso el P. Conde, como uno de los favores más grandes que había recibido de Dios para con algunos hombres.

CAPÍTULO XXXVII

Modo de viajar

164. En las misiones hay que andar á caballo muchas veces. Verdad es que las distancias no han solido ser largas; pero para el que no sabe montar, como le pasaba al Padre Conde, se les hace el camino muy incómodo, incomodidad, que se agrava por los malos arreos, que suelen poner á las cabalgaduras. Falta á veces el freno para sujetar y guiar bien la caballería, otras los estribos para afirmarse el que monta, y otras la silla. Se expuso el P. Conde á que le tirasen las bestias en dos trances; uno poco antes de entrar en Villarino y otro á la salida de Masueco y en ambos contuvo los animales, que se espantaban, un primo suvo llamado Jerónimo, hombre de fuerzas atléticas y muy amante del P. Conde. Su modo de ir en los viajes á caballo después que se despedía de los que nos acompañaban, era agitando el pañuelo hasta perderlos de vista v bendiciéndoles con el crucifijo de la misión y enseguida guardaba silencio quedando solo, en cuanto podía, para orar. Fuera de que su espíritu le llevase al recogimiento, solía decir que después de una misión no había

deseo, ni de hablar, ni de ver hombres, porque el recuerdo de los grandes concursos, que durante ella se veían, causaba hastío grande, así que se concluía. E iba tan embebido por el camino, que no se acordaba de arrear la caballería, dejándola ir al paso, que quería y por el sendero, que se le antojaba. Y cuando se le acercaba uno para que anduviera más listo por temor de no llegar á tiempo á la parroquia en que la misión debía abrirse, no se apuraba mucho, arreaba un poco la bestia, que presto volvía á su acostumbrado modo de andar. Si cruzaba una que otra palabra con alguno, se callaba pronto y se recogía.

165. En los coches y ferrocarriles, ocupaba, si podía, un rincón, v allí, como si estuviera anonadado, unas veces rezaba el rosario y las horas canónicas y la mayor parte del tiempo iba en oración mental sin hablar palabra con nadie. Rara vez se asomaba á las ventanillas y eso por muy poco tiempo, á no ser que estuviéramos solos en algún coche del ferrocarril, que entonces miraba al cruzar por algún hermoso paisaje para irlo contemplando y alabando á Dios, que tal belleza crió. Era muy grave en los viajes y respondía, si alguno le preguntaba, con pocas palabras, como quien no quiere entrar en conversación. Con las mujeres, que entraban ó salían, guardaba la consideración debida, pero mientras iban en el coche ó ferrocarril no les movía. conversación. Y mucho menos hablaba con los viajantes de comercio, que por lo común suelen ser personas de poca religión y muy sensuales. En las estaciones en que subía al tren, solía, mientras llegaba la hora, pasear, rezando en el sitio de menos bullicio. No entraba en las fondas de las estaciones, llevando para evitarlo, relieves, que solía pedir en las casas en donde se hospedaba. Porque era de parecer, que no estaba bien en viajes cortos á un religioso sentarse en las mesas de las fondas sin precisa y perentoria necesidad. Quería mejor pasar alguna mortificación del apetito, que comer en semejantes lugares.

CAPITULO XXXVIII

Juicio que del P. Conde formaron algunos Prelados

dar autoridad á lo que hemos escrito de la vida del P. Conde, poner en este capítulo lo que algunos Prelados, en cuyas diócesis trabajó, juzgaron de su vida y virtudes. De los muertos sólo mentaremos al señor Sanz y Forés, que siendo Arzobispo de Valladolid, confiaba tanto en el P. Conde, que le dió amplias facultades para hacer y deshacer en su archidiócesis. Viene en segundo lugar el excelentísimo señor Arzobispo de Burgos, Administrador apostólico delobispado de Calahorra y antes Obispo de Lugo Fray Gregorio María Aguirre, quien en carta fechada á 2 de enero de 1901 dice al P. Santos: "Si á V. le parece

bien, ahorrándole el trabajo de compendiar lo mucho, que pudiera decirle en honor del finado. puede consignar lo siguiente. El P. Juan Conde, á quien durante largo tiempo traté con intimidad, era un religioso ejemplar, un sacerdote edificante, un misionero incansable; le consumía el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas: el Señor le había concedido la gracia de predicar: no azotaba el aire con palabras floridas, no era aficionado á alusiones personales, que pudieran enajenarle el afecto de los que deseaba ganar para el cielo: ni se entretenía en las cosas, que Dios entregó á las disputas de los hombres: la Biblia. los Santos Padres, los romanos Pontífices. eran el arsenal de donde sacaba sus muy bien templadas armas, anunciaba los vicios y virtudes, pena y gloria con brevedad de sermón v éste era el secreto del extraordinario fruto. que alcanzaba con su predicación., Hasta aquí el señor Arzobispo de Burgos.

167. El señor Obispo de Córdoba, antes de Segovia, nos escribe por su secretario á causa de hallarse casi ciego, lo siguiente: "Que recuerda en efecto al notabilísimo P. Conde (q. e. p. d.) por haber estado misionando en Segovia en los principios del pontificado suvo de aquella diócesis. Hará ya de esto más de nueve años y así es que no puede dar á usted detalles concretos, ni particularidades, pero sí recuerda en general que se distinguió muchísimo el P. Conde con su predicación, enérgica é ilustradísima sobre todo en las conferencias especiales, que en la iglesia del seminario daba á los hombres y caballeros más ilustrados de la ciudad, que le oían con grande gusto y admiraban llenos de entusiasmo religioso. Fué

muy copioso el fruto, que se obtuvo en la misión, manifestándose éste en los muchos libros prohibidos, que se recogieron y que él mandó depositar en la capilla de San Antón de la catedral; en las numerosas comuniones, que se hicieron en aquellos días y en una devotísima procesión, que se hizo al santuario de la Virgen de la Fuencisla, Patrona de Segovia, á la que concurrieron, puede decirse, todos los habitantes de la ciudad: mi señor Obispo quedó satisfechísimo de los trabajos

del P. Conde en aquella misión.,

168. Toca copiar aquí el juicio que nos ha remitido el señor Obispo de Málaga, antes de Avila, Exemo. Sr. Dr. D. Juan Muñoz Herrera: "Su carta fecha 10 del actual me ha proporcionado una gran satisfacción, porque es para mi especialisima la de poder hablar del inolvidable P. Conde, si bien no todo lo que pudiera, pues había que escribir mucho. Dos veces le tuve en Avila, la una en septiembre de 1892 dirigiendo ejercicios espirituales al clero de la diócesis y la otra en noviembre del mismo año predicando unas santas misiones en la capital y créame V., tal era el encanto y atractivo, que producían en mí su ciencia y virtud nada comunes, que apenas acertaba á estar un momento separado de varón tan esclarecido. De lo mucho que yo pudiera decir á V. en orden al juicio, que durante ese tiempo pudo merecerme, me limitaré á copiar alguno de los párrafos de la crónica de los ejercicios y de las misiones de referencia publicada en los Boletines Eclesiásticos de aquel obispado correspondientes á los números 18 y 23 del expresado año 1892. En el P. Conde hay que admirar el conocimiento profundo de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres: aquella erudición asombrosa, facilidad de expresión, galanura de estilo, viveza en las imágenes, que han hecho tener pendiente de sus labios y han conmovido más de una vez á los sacerdotes ejercitantes... Y más abajo: "A las cuatro de la tarde el P. Conde ha dado conferencias científico-religiosas exclusivamente para hombres en la iglesia de Santo Tomé, en las cuales ha combatido con gran copia de razones expuestas con admirable claridad v profunda precisión científica el racionalismo y materialismo de las modernas escuelas filosóficas, que ya que no logren corromper en absoluto las inteligencias y matar la fe de los hombres pensadores, crean al menos una atmósfera tal en el mundo científico, que enfría y amortigua esa misma fe v hace mirar con indiferencia las cosas, que atañen al alma. A estas conferencias han asistido además de S. E. I. v del clero, la casi totalidad de las personas de ilustración y ciencia de la capital... Oue han sido de gran fruto estas conferencias, decíanlo las señales de convicción y asentimiento, que se notaban en todos al ver expuesta y probada con acierto por el sabio jesuita una verdad de nuestra religión ó refutada victoriosamente la doctrina de los adversarios. Vo recuerdo mucho al P. Conde aun después de muerto: fuera de las dos ocasiones referidas, no tuve el gusto de tratarlo; pero ellas fueron bastante para hacerme sentir por él viva simpatía durante su vida y recuerdo cariñoso después de su muerte.

169. El señor Obispo de Mondoñedo, doctor D. Manuel Fernández Castro, escribe en

carta dirigida al P. Santos: "A su muerte (del P. Conde) no pudimos menos de exclamar, como exclamamos hoy, después de haber acompañado su alma al cielo con nuestras oraciones: en el R. P. Conde ha perdido la Iglesia un grande apóstol, la Compañía uno de sus más valientes soldados, nuestra diócesis el más celoso de los misioneros y el P. Ignacio Santos al inseparable é infatigable compañero. alma v vida de sus trabajos apostólicos. Era uno de esos hombres extraordinarios, que no buscando en todas sus tareas más que la gloria de Dios, sabía remontarse á la esfera donde no alcanzan las miserias humanas; no pensaba, ni quería más que lo que Dios manda y quiere, ni buscaba otros triunfos, que los de Cristo sobre los hombres, hablando á todos el lenguaje de la verdad sin otro fin, que conseguir vista para los ciegos, oído para los sordos v aliento para esta sociedad, que desfallece en el camino de perdición por donde la arrastran los errores modernos. Hombre de profundos conocimientos en varios ramos del saber humano, aventajadísimo en ciencias sagradas y muy especialmente versado en las Escrituras santas, cuya lectura no dejaba un solo día en medio de sus múltiples y variadas ocupaciones, pudiendo brillar quizás por sus talentos en los grandes centros del saber, pasó lo mejor de su vida en las aldeas y en los pueblos, repartiendo á las gentes rudas y sencillas el pan de la divina palabra y llevando por todas partes con su incesante y fervorosa predicación la luz á las inteligencias y el consuelo y la gracia á los corazones, sin dejar nunca de ofrecer su vida al cielo en medio de las incesantes privaciones y fatigas apostólicas, á trueque de

ganar almas para Dios. Aplicaba su ciencia á la predicación con un discernimiento admirable, sencillo con los sencillos, grande y profundo con los sabios, no se sabe, si su sabiduría era más sorprendente, cuando explicaba las verdades eternas, en el apartado rincón de la última aldea, ó cuando daba conferencias en las villas y ciudades en presencia de numeroso v escogido auditorio. Una cosa resulta cierta. y es que en unas y otras recogía siempre copiosísimos frutos de su predicación y que necesario era que los pueblos por donde andubo durmieran insensibles el sueño de la muerte. para que la palabra de este fervoroso misionero no causase revolución saludable en las conciencias. Relevantes dotes de carácter adornaron á este varón apostólico. Cariñoso y humilde en su trato particular, si alguno no le ha reconocido así, es que no ha conocido al P. Conde familiarmente tratado, ó no ha sabido discernir la austeridad, que se opone á las formas vanas y superficiales de que tanto se precia el mundo, de la rudeza, que por lo común éste achaca al que no condesciende con las costumbres, que no se compadecen con la moral santa del Evangelio. Su actividad como misionero era prodigiosa; nunca se dejó vencer por el cansancio y la fatiga y en el confesonario y en el púlpito y en el altar y en todas partes su celo no le dejaba un momento de tregua, haciéndole aparecer á todas horas con el carácter de un valeroso soldado de Cristo, ni se acobarda, ni sabe descansar un instante teniendo enemigos á la vista. Y en verdad que el P. Conde tenía mucho de soldado, como verdadero discípulo de aquel otro soldado de Loyola, del que parecía haber

recibido su espíritu. ¿Ouienquiera que le haya escuchado, no le recuerda en la cátedra de la verdad con sus ojos centelleantes de energía y su corazón lleno de bondad, defendiendo con valor la verdad, manejando con incomparable destreza, á manera de poderosas armas, los misterios secretos del humano corazón? Enérgico y dulce á un mismo tiempo, la voz del misionero vibraba como un clarín bélico bajo las influencias de aquellos sublimes entusiasmos de que es solamente capaz el que habla á la luz de la fe profundamente convencido de su verdad v encendido su corazón en el amor de Dios. Mucho debe Galicia al P. Conde. mucho le debe en especial esta nuestra querida diócesis, en la que tantos recuerdos quedan de sus apostólicos trabajos. Confiadamente esperamos que estará en el cielo, donde Jesucristo le ceñiría la corona de los justos y entregaría la palma de los mártires; porque mártir murió el P. Conde, sacrificando su vida por la causa de las almas, que es la causa de Dios; y por eso nos cabe el consuelo de decir que no le hemos perdido, sino que será nuestro constante intercesor cerca del trono del Altísimo para nuestro bien, de los pueblos, que evangelizó v de nuestra querida diócesis, que tanto le recuerda y venera., Hasta aquí el Reverendo Obispo de Mondoñedo (1).

170. Cerraremos este capítulo con el afectuoso juicio, que del P. Conde se ha dignado remitirnos el Excmo. Sr. Obispo de Lugo, Dr. D. Benito López Múrua, quien por el amor, que le profesaba y servicio de Dios se ha tomado la molestia de escribir lo que á

⁽¹⁾ Por medio del Sr. Penitenciario, Rector del Seminario, con aprobación del R, Preiado.

continuación copio: "El Boletín oficial de este obispado con fecha 10 de junio de 1899 daba noticia de una irreparable pérdida para los diocesanos de Lugo con estas palabras: "El P. Juan Conde, S. J.-Dios nuestro Señor ha llevado para sí al fervoroso é infatigable misionero, que tanta gloria le había dado predicando la palabra de salvación, atravendo á las almas al camino de la gracia y sembrando la semilla de la virtud en los pueblos. Las alabanzas de innumerables sacerdotes y de más de cien pueblos gallegos y sobre todo las lágrimas, que han caído sobre el sepulcro del insigne misionero y las plegarias, que han subido al cielo en sufragio de su alma, son la corona de bendición del varón apostólico. Enfermo ya, en grave peligro de muerte, emprendió el camino de Quindimil para dar una misión. Ni una sola vez pudo hablar al pueblo; pero aun celebró una misa y aun dirigió fervorosa exhortación á las personas que la oían. Descanse en paz el ilustre hijo de la Compañía de Jesús, muerto en los trabajos del apostolado. Sus restos vacen en el corazón de Galicia: no le olvidemos en nuestras oraciones., Brevísima oración fúnebre, continúa el Prelado, pero que suscitaba con cada una de sus palabras mil recuerdos y ejemplos de celo y santidad en todos los fieles de esta vasta diócesis y aun de los hijos de Galicia entera, testigos siempre ávidos é incansables de aquella palabra encendida en deseos de la salvación de las almas. Ya había enmudecido ahogada por la muerte, pero sus ecos resonaban todavía en los montes y en los valles por donde había pasado, haciendo bien, sanaba las enfermedades del alma, resucitando á los

muertos por el pecado y siempre evangelizando á los pobres. Esta última ocupación fué la mas amada de su alma, á ella consagró todas las energías físicas de su no muy robusta naturaleza; todos los extraordinarios dones de su esclarecido talento, hasta caer rendido; pero gozoso en medio de las turbas, que como á Cristo le seguían, le estrechaban hasta lograr que éstas recogiesen entre suspiros el último acento de su apóstol y cubriesen de lágrimas la losa, que encierra su cuerpo en el sepulcro. Yo no le olvidaré jamás porque juntamente con su venerable compañero de misión ha regado con el sudor de su rostro esta viña, que Dios encomendó á mis débiles fuerzas y porque al visitarla encuentro doquiera lozanas las flores y abundantes los frutos, cuvas semillas sembró con tantos afanes. Por eso seguía con interés todos los pasos del misionero, siempre hermosos como los del que evangeliza la paz; y al considerar el conjunto de virtudes, que de él hicieron un varón perfecto, hállome perplejo en señalar aquella, que sobresalía entre todas las que llegó á atesorar su alma pura, é invitado hoy á determinar una, que caracterizase sus aspiraciones, misión y hasta su persona, solamente me ocurre una comparación. Es la de Cristo predicando en la llanura de Judea aquella sentencia: "Aprended de mí que yo soy manso y humilde de corazón. Este ejemplar divino se propuso imitar aquella alma privilegiada, que firmemente sostenida en la piedra de una humildad profunda, se consagró á evangelizar á los pobres. ¡Cuánto los amaba! Cuánta era su complacencia en rodearse de ellos en el púlpito, en la conversación y en el confesona-

rio! Cómo el amor le identificaba con el pueblo en la sencillez, en los pensamientos y hasta en la palabra, olvidándose siempre y no dando lugar á la más ligera sospecha de que era una inteligencia privilegiada, una imaginación fecunda, un teólogo consumado y un hablista de pura cepa castellana. No sé, si su instituto. que tan bien sabe apreciar los talentos de sus individuos, llegaría á sondear el fondo de sabiduría, que poseía el P. Conde. Si no lo llegó á comprender, grande fué la humildad con que supo encubrir sus talentos el insigne hijo de San Ignacio, v si le eran conocidos v condescendió con su vocación, ésto sólo constituye la apología de una institución, que no hace violencia de carácter é inclinación de sus miembros, ni dedica al ministerio de evangelizar á los pobres á los dotados de limitados talentos. Para apreciar las variadas aptitudes del misionero de Galicia y sorprender los brillantes rasgos de su genio, era necesario tratarle durante mucho tiempo y ponerle, por decirlo así, en aprieto y compromiso. Aparte de las conversaciones de que herido de repente con la objeción, ó bien dándole un tema seductor para su peregrino ingenio, de continuo brotaban de sus labios frases de concepción profunda y raudales de pasmosa erudición. Aquí pudo conocerse lo que valía, entre otras muchas ocasiones, en las siguientes que menciono, por haber sido testigo presencial, v de las que no es posible olvidarse: en unas conferencias para hombres, que se le obligó á improvisar, durante los rudos trabajos de una misión; en una oración fúnebre por los soldados fallecidos en Cuba, en la que no tuvo más tiempo de preparación, que el preciso para

trasladarse del confesonario al púlpito, y finalmente, en unos ejercicios espirituales al clero, á los que asistía una parte escogida del cabildo catedral juntamente con su indigno Prelado. En las conferencias supo de tal modo mezclar lo brillante con lo instructivo, que caso raro! llevó contritos al tribunal de la penitencia á todos los que había encantado con su elocuente palabra; la oración fúnebre fué una obra maestra en su género v en la que por las circunstancias no era posible tener preparado el molde, y después de los ejercicios of pronunciar estas frases á un capitular, que brilló justamente por su saber y arrebatadora elocuencia en el púlpito: "Yo no he oído nunca cosa igual, ni unos ejercicios espirituales como éstos. El P. Conde es una maravilla dirigiéndolos., Todavía recordamos todos aquellos novísimos en cuya confirmación y descripciones empleaba, no para admirar, sino para impresionar hondamente á los que estaban va familiarizados con todas las demostraciones y pinturas terribles, que de ellos se han escrito y predicado, imágenes valientos. comparaciones exactísimas, aplicaciones ingeniosas y hasta le salían al paso las teorías más profundas de teología escolástica, como pruebas victoriosas para corroborar sus asertos. Hasta los testimonios de la Sagrada Escritura más conocidos y usuales adquirían en sus labios una novedad y fuerza nunca sospechadas, y para que no nos pareciera violenta su interpretación, no dejaba de citar al último algún padre, doctor ó místico, que viniera á dar autoridad al orador con la más exacta v categórica connivencia. Meditar las verdades de la fe, marchando él de guía, era penetrar

en los misterios de la eternidad dichosa ó desgraciada, asistir al veredicto terrible del Juez Supremo y pronunciados los considerandos de éste, hacer exclamar á la conciencia al sentimiento, á la razón v á la fe de cada uno de los ejercitantes: Justus es. Domine, et rectum judicium tuum. El pecado y la rebelión contra Dios aparecía no solo ingratitud monstruosa y osadía sacrílega, sino ridículo atentado, repugnante indecencia y hasta acto de lastimosa y aun risible locura. El pecador debía salir de allí, no sólo aterrado y convencido, sino acorralado y avergonzado de sí mismo. De esta suerte los ejercicios espirituales dirigidos por el P. Conde eran una gracia singularísima del cielo por la que damos y darán siempre gracias á Dios todos los que han tenido la dicha de asistir á ellos. De su elocuencia popular hable toda Galicia, profundo conocedor de las virtudes y defectos de los pobres hijos de esta región desgraciada v haciéndose ignorante con ellos, como ellos hablaba, como ellos discurría y del buen sentido y de la fe, que encontraba en sus almas, se valía admirablemente para atraerlos, encantarlos y convertirlos. Las frases gráficas medio castellanas, medio galaicas adquirían en sus labios carta de naturaleza y quedaban para siempre estereotipadas en la memoria de sus oventes, como estigma de algún vicio. anatema de un escándalo, ó como eficaz conjuro para preservarse de la seducción. Las penalidades y humillaciones, que sufren estas miserables aldeas, encontraban eco compasivo en tan sensible alma y acaso pensando en aquellas palabras de Jesucristo: "Me compadezco de estas turbas, que con tanta avidez

oven mi palabra v no tienen que comer.; salieron alguna vez frases de maldición de sus labios, indignados contra organismos, instituciones y sistemas económicos, que empobrecían á los pueblos, les arrebataban el pedazo de pan de la boca y los lanzaban de la patria. En su humildad radiaba su amor á los pobres y en este amor sus complacencias para evangelizarlos, no cambiando su modesta tribuna. colocada baio un árbol en medio del bosque por el mismo púlpito de Nuestra Señora de París. Y á la verdad el evangelizar á los pobres fué el signo, que á la par de los más estupendos milagros presentó Cristo Nuestro Señor en confirmación de su misión divina, y el que se había consagrado á la empresa de trabajar por la mayor gloria de Dios, no habría de dirigirse con preferencia á predicar en populosas ciudades, ni á los afortunados del siglo. Persuadido estaba de que en el apostolado de las almas le había tocado la mejor parte v el ministerio más eficaz para regenerar al mundo; porque según las leves de la gracia, lo mismo que de la naturaleza, el calor se comunica con más facilidad de abajo arriba, de las capas inferiores á las superiores; engáñanse torpemente los que prefieren ejercitar su celo con los poderosos del mundo, imaginando que éstos arrastrarán al pueblo con su ejemplo y así más fácilmente se cristianizará la sociedad. Cristo no lo hizo así, ni subió á predicar el Evangelio á los palacios de los grandes, ni quiso imprimir á su misión un carácter aristociático, que despertase los recelos de los pobres, los cuales componen el mayor número y son los más amados del Divino Corazón. Déjese en su ilusión á

los que esperan que el renacimiento social y religioso ha de venir de arriba y que el pueblo entrará en tropel en los desiertos templos de las ciudades, cuando vea que los frecuentan los ricos y poderosos. Cristo, los Apóstoles, los misioneros y el muerto demostraron con obras y palabras la eficacia de un proceso enteramente contrario: Pauperes evangelizantur. Por eso le encantaba el ejercicio de su ministerio en los pueblos de Galicia, pobre entre las más pobres v en donde no embarazaban la libertad de la divina palabra levitas, escribas ni fariseos; por eso recorrió las llanuras de Castilla v las montañas de Santander y las cuatro provincias de Galicia, y por eso, finalmente, por su amor á los pobres, cuando tenía que pasar por las ciudades, se le encontraba en los asilos de los ancianos desamparados, complaciéndose en consolarlos y santificarlos y de los cuales solía decir con gracejo que eran dignos de envidia. porque ya estaban "facturados para el cielo... Por lo dicho se habrá podido adivinar que su secreto y la característica de su oratoria era la verdad expuesta con ruda franqueza muchas veces y despojada de vanos oropeles siempre. No ignoraba que se pueden cazar muchas moscas con miel; pero también sabía que con ella no se cautiva á las fieras y que cuando los gustos están estragados por el abuso del dulce, deben ser amargos los reconstituyentes, que se prescriban para un gastado organismo. Contra la diabetes de espíritu, tan frecuente en nuestros días y en la que toda la sustancia se convierte en azúcar. procede de toda necesidad el uso de las aguas de sabor ingrato. De esta misma manera,

como remedio á la predicación almibarada de un oportunismo enervante, no hav más camino de salvación, que ser inoportuno como manda el Apóstol á su discípulo Timoteo. Y á la verdad, hoy que vivimos en una época, que pudiera llamarse de transición, en que las corrientes de actualidad, empujando las piedras pequeñas, les hacen perder las esquinas v ruedan unas sobre otras sin embarazarse, constituyendo un suelo, que como en geología puede clasificarse, de acarreo; hoy que los hombres, las ideas, las instituciones y las costumbres no tienen formas regulares y rectas, sino que como cantos rodados se mueven unos entre otros sin dificultarse los movientos sobre una pendiente de convencionalismo y tolerancia tan absurda como perjudicial, son necesarios los caracteres francos, las afirmaciones categóricas, las santas intransigencias de la verdad, á fin de que se pueda edificar algo sólido sobre las ruinas de esta construcción babélica. Hay que comenzar por llamar las cosas por su nombre para que podamos entendernos los obreros de la fe, porque no es posible construir presas ni diques con ripio, ni edificar los muros de Jerusalén más que con piedras cuadradas. De estos laboriosos operarios era el P. Conde y de fina cantera sacaba los materiales de sus discursos en que las ideas se nivelaban exactamente unas sobre otras, aunque las palabras habían de adolecer algunas veces de la dureza natural en un carácter recto, varonil, espontáneo. Elevamos estatuas v monumentos á los hombres insignes, que rayaron en ciencias, artes, literatura y hasta política: hoy no se regenerará, ni se salvará la sociedad con poemas,

cánticos, ni triunfos electorales, sino renovando en los corazones las eternas normas de la justicia, porque sólo la justicia es la que eleva las naciones, haciéndolas miserables el pecado. Hoy que lanzan gritos de ostracismo los que no pueden comprar las conciencias. ni hacer enmudecer á tantos incorruptibles Catones, cuantos son los individuos de las órdenes religiosas, cuya apología acaba de condensar el sapientísimo León XIII en su admirable carta al Arzobispo de París, es preciso hacer saber á sus enemigos lo que acaso ignoran. El día, que en los pueblos y aldeas de Galicia, lo mismo acaso en otras regiones, no resuenen voces como la del Padre Conde, predicando la religión de la obediencia, la resignación y el trabajo y secundando por modo extraordinario la acción incesante y moralizadora del clero, puede suceder y sucederá que los que agonizan en la miseria prefieran morir en la lucha por la vida y entonces sobre cien mil soldados, que son necesarios para contener el socialismo de las grandes ciudades, no bastará aumentar otros tantos para impedir el triunfo de la anarquía enfurecida y pujante, como la de los campesinos, que se apoderaron un día de Londres, como la de los paisanos, que devastaron las ciudades de Alemania, y como la de los albigenses contra la que fueron impotentes las armas confederadas de dos naciones. Por cada convento que se derribe en ese día será necesario levantar un cuartel, por cada misionero que se expulse, nombrar un general, y en cada provincia donde en vez de la fe triunfen las teorías de Hegel y Carlos Marx, mantener un poderoso ejército de ocupación. Los misio-

neros apostólicos fueron los que introdujeron con su fe la civilización en las naciones y ellos son los principales instrumentos de Dios para conservarlas; porque los efectos se mantienen mediante las mismas causas, que los producen. Mas dejemos este tema fecundísimo, que interrumpe el breve juicio, que acerca del carácter del esclarecido hijo de Lovola nos hemos propuesto consignar. Lo que resaltaba, hemos dicho, en su ministerio, era el celo ardiente, franco, impetuoso y hasta severo, si se quiere, en la manifestación de la verdad, sin que por eso traspasase nunca los límites de una santa y caritativa prudencia. Excusado es decir que el rigor no lo guardaba solamente para los demás, ni consistía en meras palabras, sino que lo aplicaba con severidad inexorable para consigo mismo y en todas y cada una de sus obras. Predicando el bautismo de penitencia á los pobres, su argumento más incontestable era el ejemplo, que él mismo daba de penitencia y pobreza. Lejos, pues, de economizar las fuerzas físicas, que necesitaba para sostener el ministerio de la predicación continua y dirigida á concursos, que se componían de catorce mil y hasta veinte mil almas, castigaba su cuerpo con mortificaciones increíbles. Como el santo predicador de la penitencia en las orillas del Jordán, ni comía, ni bebía, ni dormía apenas, y su lecho era el duro pavimento, según general opinión, y su desayuno ordinario unas hierbas crudas y amargas, que fortuitamente recogía al salir del templo y pasear por los campos. El descanso y compensación, que al dar fin á una misión se tomaba de tantas fatigas, consistía frecuentemente en caminar descalzo hasta la cima de una alta montaña, cargado con una pesada cruz, en trasladarse á otra misión en la última clase del ferrocarril, inmóvil sobre su asiento. los ojos bajos, sin contemplar una sola vez el paisaje v en el deseo sinceramente expresado de que al llegar al nuevo hospedaje ó casa de la Compañía, se le dispusiera en el zaguán ó en la cuadra un cajón con un puñado de heno para dormir en él como un perro. Son sus mismas palabras... Empleó con gran alegría... las fiambres del camino entre los pobres de la estación de Ouereño, conocidos de todos los viajeros de la línea del Noroeste por la horrible miseria á que los tiene reducidos un suelo estéril v peñascoso. Para neutralizar el efecto de los aplausos, que le tributaron, al finalizar una misión, viósele tomar sobre sus hombros la carga de leña, que llevaba una pobre anciana v conducirla largo trecho hasta su choza. De este género serían muchos los rasgos, que podrían registrarse en su vida v muchos más los que supo ocultar su humildad profunda. Por último, las penalidades de su apostolado unidas á las privaciones y penitencias continuas á que sujetaba su muy no robusta constitución, hubieron de agotar sus fuerzas; v habiéndose empeñado en asistir á una misión, no bien curado de la enfermedad. que le había acometido en otra, plácidamente entregó su alma á Dios en un pueblo de esta diócesis, situado en el corazón de Galicia, á la que tanto había amado y por la que ofreció á Dios en holocausto su vida. La tez de su rostro, hasta entonces curtido en las misiones por el sol y las inclemencias del tiempo, apareció diáfana y hermosa: su cadáver fué conducido á la última morada acompañado de una muchedumbre conmovida y presa del mayor dolor, y su sepulcro regado con raudales de llanto, que salían del fondo de los corazones. Y si los grandes del mundo son llevados al cementerio en medio de una pompa teatral y seguidos de un bullicioso y distraído cortejo, que ni recita una oración por el finado, ni vierte una sola lágrima de los ojos, al presenciar cómo miles de almas cristianas y sencillas se dan cita todos los años en unión de sus párrocos para visitar la humilde fosa, que á la puerta del templo encierra los restos mortales de su amado P. Conde y recibir la Hostia Santa, más que en sufragio, pudiéramos decir en memoria al fervoroso misionero, al presenciar, repito, este contraste, se vienen á los labios las palabras del Salmista: "Es preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus santos., Hasta aquí el señor Obispo de Lugo. Al juicio de los Reverendísimos Prelados sólo añadiremos el agradecimiento sincero, continuo é inolvidable de tan crecida bondad, como nos han dispensado, tomándose la molestia de formularlos. Esto muestra claramente el amor, que profesaban al P. Conde.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

Conoció que pronto había de morir

1. Dos hechos hay que demuestran que el P. Conde tuvo algún conocimiento de su próxima muerte. Uno pasó en la misión de Almendra, del obispado de Salamanca en mil ochocientos noventa y ocho por el mes de febrero. Tenía en este pueblo el P. Conde un amigo suvo v de su familia, llamado Francisco, hombre grave, serio, que era aquel año juez municipal. Este afirmó que, durante la misión en su parroquia de Almendra, le dijo el P. Conde "que pronto moría, y respondiéndole que no sería como decía, le replicó "pronto muero., Me contó esto el hermano del P. Conde l'amado José, en Valderrodrigo, en la visita, que me hizo, cuando misionaba vo con el P. Seisdedos en esta población.

2. El otro pasó en la capilla del Colegio nuestro de La Guardia, en el año de mil ochocientos noventa y nueve en el mes de abril, poco antes de su muerte. De Sobradillo pasa-

mos á dar un triduo á la Fregeneda, á donde quería ir el P. Conde, para satisfacer aquella gente, que está necesitada de pasto espiritual y á quien deseaba complacer por lo acaecido en la misión dada por nosotros en esta villa, antes señora de horca y cuchillo y hoy nivelada como una cualquiera. Tomamos el tren en Barca de Alba, de Portugal, y pasamos el Miño, cuando el reloj de Caminha daba las once de la noche de la vispera del Patrocinio de San José bendito. En la mañana de la fiesta celebró en la dicha capilla y explicó el Santo Evangelio, como acostumbraba, Durante la explicación, dijo á los que asistían: "miradme, porque esta es la última vez que me veréis... Y siguiendo en la explicación, volvió á llamar la atención al auditorio para que le oyeran bien, porque no le oirían más predicar. No contento con decirle esto, añadió: "voy á morir pronto." Como era domingo la capilla estaba llena y no repararon muchos en lo que el P. Conde dijo, ni en el modo con que lo dijo, que fué muy expresivo, como de hombre convencido de lo que afirmaba. Cuando antes de un mes overon que había fallecido, todos pararon mientes, recordando lo que dijo en la explicación del Evangelio el día de la fiesta del Patrocinio de San José, en la última misa, que allí celebró. Creen las gentes, que le overon que tuvo revelación de su muerte. El P. Tomás Argüelles, profesor de Retórica varios años en aquel Colegio de La Guardia y confesor en la dicha capilla, me ha referido lo dicho, como oído á varias personas. El Evangelio del día da pie para hablar así.

CAPITULO II

Enfermedad y muerte del P. Conde

3. El mismo día del Patrocinio de San José salimos en la tarde para Pontevedra, en donde pernoctamos, y al día siguiente veinticuatro de Abril, principió la misión en San Adrián de Vilariño, parroquia del ayuntamiento de Cambados, en la provincia de Pontevedra, en el año de mil ochocientos noventa y nueve. El país estaba infestado del trancazo, según decía un sacerdote, y llevaba al sepulcro algunas víctimas. No había alarma de ninguna clase por la enfermedad, que reinaba en aquella tierra. Pues ni las autoridades ni los particulares hacían caso de la epidemia.

4. Una tarde en los últimos días de la misión hubo un alboroto grande en el auditorio sin causa conocida. El P. Conde gritó bastante para contener la gente, que corría alborotada, sin saber por qué, de una parte á otra, para tranquilizarla. Suele haber en algunas partes semejantes tristes sucesos. No se resintió aquel día nada, á pesar de tanto esfuerzo como hizo, y no tocándole predicar al siguiente, descansó un poco. El último día de la misión predicó con mucho fervor

por la muchedumbre de que se componía el auditorio y por asistir las personas distinguidas de la comarca, esmerándose mucho en que todo saliera con lucimiento. Acabado el sermón, como de costumbre con copioso sudor y cubierto con el manteo asistió á la procesión, que en el mismo campo de la misión se ordenó hasta el crucero de la parroquia de S. Adrián. Aparecían en ella doce imágenes bien ataviadas con lujosos mantos, sobresaliendo la de Cambados, varios pendones y mayor número de cruces parroquiales, algunas de mérito y todas de plata. Los cantos de la misión y la música de Cambados alternaban en el

travecto.

5. Los que cargaban con las imágenes andaban con tal lentitud, que apenas se meneaban. Para ir con ellos se necesitaba mucha calma v paciencia á toda prueba. Se asoció á la procesión el P. Conde, á pesar del genial vivo, que Dios le dió, y aguantó el tardo paso por tres cuartos de hora, que empleó en recorrer menos de un kilómetro de distancia, que media entre el campo de la misión y el crucero de la parroquia de Vilariño. Dichas en voz alta aquí las aclamaciones de costumbre y tomando la propia dirección las distintas parroquias, siguió el P. Conde con la procesión de Cambados por la carretera para acompañarla un poco más, contemplando la buena disposición y hermosura con que procedía. Sin duda alguna en aquel terreno bajo se enfrió y andando un medio kilómetro, se sintió indispuesto, se retiró de la procesión, encaminándose á la casa rectoral, que distaba más de uno de aquel sitio, á donde llegó muy rendido y con mucha fatiga. Al instante se

acostó y cuando, después de una hora, entré en casa por haberme detenido en el confesonario, advertí, tomándole el pulso, que tenía calentura. Creí que era uno de esos ataques, que suelen dar á consecuencia de un trabajo fuerte, que pasan durmiendo. Me engañé, por desgracia. Pasó la noche sin molestia notable. Por lo cual, preguntándole por la mañana temprano cómo se hallaba, me contestó que bien, y sin cuidado me fuí á cumplir con mi obligación al campo de la misión, en donde no faltaba á quien confesar y para

dar vida á lo que en ese día se hace.

6. Al concluir vo la misa, no poco me contristó oirle rezar las oraciones de rúbrica para revestirse los ornamentos sacerdotales por advertir que respiraba con dificultad y alentaba con cansancio. Llegando á la mesa para quitarme los ornamentos, le pregunté, antes de nada, ¿cómo se halla V. R.? y me contestó "algo molesto, y toma la casulla, que yo había colocado sobre la mesa, se la pone, celebra sin notársele otra cosa extraordinaria más que lo enunciado. Así que concluyó de celebrar la santa misa se volvió á la casa rectoral, se le dieron unas friegas con aguardiente y se llamó al médico, quien pronto se presentó. La calentura era alta y el pulmón derecho estaba congestionado. Sucedió esto en lunes. Siguió la calentura hasta el jueves en la tarde en que el médico, después de haberle auscultado, dijo que en el pulmón no había ya congestión. Por lo cual el viernes se levantó tarde, celebró y se dispuso para marchar á Santiago.

7. Fuimos desde Cambados en coche cerrado hasta la estación de Carril, en donde se paseó unos minutos, esperando la salida del

tren. Subió á hora conveniente á un coche de primera y llegamos á Santiago sin novedad alguna. Desde la estación hasta la residencia fuimos también en un coche cerrado, que el R. P. Bonifacio Doncel, Superior de ella. avisado con anterioridad, había alquilado, No se quejó nada por el camino ni el semblante manifestaba trazas de enfermedad. Conservó siempre el color natural. A poco de estar en la residencia llegó el señor médico. quien acompañado del P. Superior visitó al P. Conde, quedando al despedirse en volver al día siguiente, como volvió. Después de haber visitado al enfermo en la mañana, le planteé la cuestión siguiente en estos precisos términos: "¿Puede ó no puede el enfermo marchar?, á que respondió: "absolutamente hablando, puede; mejor sería que se quedara... El médico no lo registró, pero sí dijo que padecía de infección gripal. Siempre me he figurado después de lo acontecido que el Padre Conde con su locución resuelta y carácter decidido se impuso al médico y le movió á emitir el juicio, que hemos oído. Celebró el sábado á eso de las nueve en la capilla doméstica con mucha dificultad, sirviéndole vo de ministro. Conociendo su estado, cinco minutos antes de salir para Quindimil subí á su habitación y le dije: "Sería mejor que V. R. se quedara aquí: va el P. Diez conmigo y no hay cuidado alguno., Su respuesta fué seca: "no me quedo., No me habló así nunca. No le repliqué por saber que le repugnaba en gran manera vivir en la atmósfera de Santiago. Juzgué que permanecer allí, le sería gravoso y que se entristecería y disgustaría harto.

8. Montamos en el coche, que nos llevó á Arzúa, en donde se paseó el P. Conde un poco de tiempo, hasta que entramos en el de Mellid, que nos esperaba para conducirnos hasta la posada de Félix, en donde nos bajamos. Durante el camino, había estado como solía en silencio y sin mostrar incomodidad. A eso de las cinco de la tarde tomamos un refrigerio, que buena falta hacía, de que el P. Conde participó con una raja de buen embutido, que nos habían regalado en la provincia de Salamanca. Preguntó el P. Conde por el donante y al saberlo dijo: "esto me parece que me hace revivir,"; á que se le contestó: "como cosa de la tierra..."

9. La tarde estaba muy fría; reinaba un viento, que penetraba. Abríguese, le dije, y suba V. R. al caballo y vaya directamente á la casa rectoral con un mozo, que le acompañe, que nosotros vamos á la iglesia á la apertura de la misión. Conocí que no se daba prisa para montar á caballo, pero urgiendo el tiempo por echarse la noche encima, nos separamos, quedándose con el mozo, que había de acompañarle. Supe después de pasar unos días que no subió en la caballería, sino que desde la venta en que nos apeamos hasta la casa del señor cura en Villarramil (1) había andado á pie.

10. Así que llegamos á la casa rectoral, inaugurada la misión, le encontramos sobre la cama y nos dijo cómo estaba enterado de que el señor cura, viendo la poca capacidad de su casa, había suplicado á doña Filomena Insua, viuda de Vázquez, que diera hospedaje

⁽¹⁾ Así se llama el lugar de la casa en que vive el señor cura

á dos misioneros para que durmieran en su casa, á lo que gustosamente había accedido. Desde luego pareció necesario admitirlo, tocando al P. Díez acompañar á dicha casa al P. Conde. Fué sin duda alguna acuerdo del cielo, porque tuvo en su enfermedad el Padre Conde conveniente habitación y asistencia. Pasó va mal la primera noche, según dijo el P. Díez, que dormía tabique en medio. Los dos siguientes días se levantó y celebró en casa y el segundo predicó á los que asistían. según él, tres ó cuatro minutos v según los que le overon, veinte. Estos días, que fueron domingo y lunes, los pasó acostándose y levantándose en momentos dados. En la casa de doña Filomena moraba un hijo de esta señora, médico del partido, joven aún, llamado D. Enrique, quien desde luego calificó de grave la enfermedad del P. Conde, y quiso que le acompañara casi siempre D. Segundo Santos, médico, que vivía en la parroquia casi sin ejercer la facultad. Al punto concibieron ambos que la situación del enfermo era peligrosa y que era necesario, que viniera á visitarle un profesor de Medicina de la Universidad de Santiago, á quien sin demora se fué á buscar. Porque un sacerdote, que ovó á los médicos (1) para que el profesor llegara un día más pronto, salió al punto con lluvias torrenciales á buscarle y al día siguiente, que era miércoles, por la intervención del P. Superior de la residencia, llegó con el doctor Andrade, catedrático de la Universidad.

11. Desde el miércoles hasta el sábado de la misma semana, estuvo con el enfermo, asis-

tido de los otros dos doctores. No hay cómo encarecer los cuidados, el esmero, la solicitud de estos señores para con el doliente. Muchos ratos pasó el doctor Andrade á la cabecera del P. Conde, á quien daba él mismo las medicinas v ponía fomentos al vientre, le metía en el baño, avudado de los otros compañeros. Tomó en la enfermedad muy pocas medicinas v alimentos el P. Conde, raros caldos, café v leche en cortas cantidades. Apenas escupió sangre en pocos esputos. Los médicos conferenciaron mucho v siempre resolvieron que el caso era de imposible curación, todo en él raro. El sábado, después que se marchó el doctor Andrade, al entrarle el recargo se empeoró mucho. En la tarde del sábado mientras el P. Santos predicaba cuidó al enfermo el P. Díez, con dos jóvenes, que por el amor, que tenían al P. Conde, solicitaron acompañarle desde la noche del martes anterior. Después de haber predicado cavendo buenos chubascos y ansiando que se repitieran con frecuencia para acabar pronto, se sentó el P. Santos á confesar debajo de un árbol para preservarse un poco de la lluvia y animar á los sacerdotes á que hicieran lo mismo. A pocos minutos observó que en el campo sólo él confesaba. Los sacerdotes habían ido á cobijarse á la iglesia ó marchádose para sus casas.

12. Manifestó el enfermo su energía en la mañana del domingo en que murió, al advertir que no estaba junto á su cama el P. Santos. Pregunta por él y diciéndole los que le asistían que había ido á casa, quiso levantarse de la cama é hizo ademán para irle á buscar. Poco tardó en volver á su lado, ni un cuarto de

⁽¹⁾ Su nombre es D. Campio y reside en Palas de Rey. Siempre viviré agradecido à tanto favor como me hizo.

hora. Los médicos no explicaban cómo el enfermo conservaba las fuerzas á pesar de tener calentura tan alta. Pensábamos que el domingo por la mañana moriría á eso de las once, por ser la hora en que le solía entrar el recargo. Y así determinamos que el P. Díez volviera á dicha hora del campo de la misión para estar presente, por si el enfermo espiraba, y sino para que pudiera el P. Santos celebrar la santa misa. Quería éste esperar á decirla lo más que pudiera, juzgando que el doliente moriría antes de las tres, habiendo va pasado la hora del recargo con vida. Pero asegurando el P. Díez que viviría el P. Conde más tiempo, bajó el P. Santos al campo de la misión á celebrar

13. Vió á la muchedumbre allí reunida en profunda tristeza. Revestido va con el alba por faltarle la estola predicó, mientras fueron ála iglesia á buscarla. Al final dijo: voy á celebrar la misa de la agonía, porque el enfermo está espirando. Un grito unánime de dolor salió de aquellos corazones, y lágrimas corrieron por sus entristecidos semblantes. Dió después de la misa gracias á Dios v volvió al instante á la cabecera del enfermo de la que no se apartó hasta que le amortajó Le halló al llegar á casa muy postrado, con respiración muy dificultosa y sin poder tomar nada, ni sólido ni líquido. Para aliviarle algo, se le daba de cuando en cuando una cucharada de agua, que apenas podía tragar, ó se le pasaba por los labios algodón en rama en ella empapado. En toda la enfermedad estuvo acostado de espaldas. fuera de alguna que otra vez, que le incorporábamos sosteniéndole dos personas con las almohadas. Perdió cinco minutos antes de

espirar los sentidos y la inteligencia. A las siete y treinta y nueve minutos de la tarde del domingo catorce de mayo de mil ochocientos noventa y nueve respirando dos ó tres veces más lenta y fuertemente que antes, sin hacer muecas y abriendo un poco más la boca de lo que solía, cesó la vida de aquel predicador apostólico, que tan incesantemente había trabajado para promover con palabra y obra la mayor gloria divina. Quedó su semblante muy apacible, infundía devoción y sin perder aquel aire marcial tan propio suyo.

CAPÍTULO III

Viático.—Extremaunción.—Muestras de piedad durante la enfermedad

14. Continuando en aumento la enfermedad del P. Conde, pareció que era del caso administrarle el santo Viático el miércoles por la mañana. Traer la Divina Majestad de la parroquia de Quindimil, que dista buen trecho de la casa en que habitaba el enfermo, por aquellas callejas llenas de lodo y con cierto peligro para la muchedumbre, que asistiría de seguro, no se juzgó prudente. Porque además de las razones dichas se paralizaban los trabajos de la misión. Por lo cual al visitarle, así que me levanté, le dije, después de preguntarle cómo había pasado la noche, que los médicos pensaban que sería bueno recibir el santo Viático; que recibiéndole podía comulgar sin estar en ayunas los días siguientes. Sí, sí, me contesta. Le añadí: "¿Quiere V. R. algo?, "No,, añade. El P. Díez, que vivía en la misma casa, y que según nuestro privilegio podía celebrar en ella y no yo por vivir en otra, dijo misa y le dió el santo Viático. Antes de celebrarla quiso el Padre Conde reconciliarse con él de las culpas de su vida, como lo hizo.

15. Mostró mucha devoción y piedad al recibir el santo Viático. Antes de recibirle pidió perdón á la Compañía de Jesús de las faltas que había cometido; lo pidió también á toda la gente ante Jesús sacramentado, expuesto á la adoración en manos del sacerdote. Comulgó el jueves y viernes siguientes en la misa, que celebraba en su cuarto el P. Díez.

16. El sábado por la noche, estando confesando después del sermón el P. Santos, se acercó un muchacho y le dice: "el enfermo se muere., Abandona al punto el asiento, monta en una caballería y corriendo á más no poder llega á la casa rectoral traspasado de dolor, toma los Santos Oleos y á toda prisa entra en casa del enfermo, en donde oye que la señora le dice, viendo su apresuramiento y fatiga: "Padre, aún hay tiempo para todo., Procura el P. Santos serenarse y acercándose al Padre Conde le dice: "los médicos juzgan que V. R. está grave y que se le puede administrar la Extremaunción., "Bien,, contestó el paciente, que estaba muy aletargado. Se le administra, creyendo que no era oído por el P. Conde.

A poco le recomendó el alma llorando v suspirando. El corazón no se domina siempre en semejantes trances. No me moví aquella noche de junto al enfermo, cuidándolo y tapándolo, cuando por la fuerza de la calentura se destapaba. Pasó toda ella con mucha fatiga aunque no se quejaba; hablaba algo, muy poco; ó más bien respondía á lo que se le preguntaba. Después que le dí la Extremaunción, le absolvía con frecuencia, preguntándole antes que si quería la absolución y si se acusaba de sus pecados. Siempre me respondía afirmativamente ó con la palabra, ó con el gesto, ó con la tos, moviendo un poco la cabeza. Sucedía entonces que no solía contestar va á lo que se le preguntaba, pero así que me acercaba al oído suvo, diciéndole que si quería la absolución, luego afirmaba como si saliera del letargo. Alguna vez al absolverlo formaba el enfermo la señal de la cruz de manera muy devota, como solía hacerlo al dar la absolución. Ouizá se le figuraba que estaba ovendo confesiones y absolviendo. Le ví varias veces levantando los ojos al cielo en ademán devoto, como pidiendo el auxilio divino. A su instancia se colocó frente á la cabecera de su cama el santo crucifijo que en las misiones colgaba del cuello, porque deseaba mirarlo de continuo. Al recitar el credo ayudándole á bien morir parecía regocijarse y alguna vez percibí lo que arriba he apuntado de que era hijo de la Iglesia católica y también las palabras de San Agustín: "aquí quema, aquí corta, aquí no perdones para que eternamente perdones, no permitas, Señor, que vaya al infierno. Enla noche anterioraldía, quesele viaticó conservaba aún cierta gracia en sus dichos.

Basta para muestra lo que habló antes de sangrarlo. Como después que se le anunció la sangría tardasen los médicos en dársela, dijo: "están aguzando la lanceta, que tanto tardan?" El día siguiente al del Viático pasaba para ir á la misión el P. Díez por la habitación del enfermo y ovó que le preguntaba él "¿de qué va V. R. á predicar?, y como respondiera que del juicio final, añade el doliente: "póngase V.R. serio para predicar del juicio... Preguntósele varias veces que si quería algo. que si estaba tranquilo y siempre respondió que nada quería y que estaba tranquilo. Dichosos cuantos con verdad en las últimas horas de su vida puedan responder como el P. Conde respondió.

CAPÍTULO IV

Entierro. Funerales en Quindimil

17. Así que murió el P. Conde y acabando de cerrarle los ojos, llamaron al P. Santos los médicos, á quienes preguntó cómo se denominaba la enfermedad de que adoleció el difunto, á que contestaron: pulmonía gripal. Díjoles el P. Santos cómo el P. Conde había, siendo joven, padecido de escrófulas y pesadillas, á que uno repone: "ahora se explica que el corazón estuviera de la manera que le hemos

sentido, como una carraca, según expresión del otro médico. La afección cardiaca, más que la congestión del pulmón derecho y la llaga del izquierdo, le llevó al sepulcro.

18. Me propusieron los médicos, si quería enterrarle al día siguiente ó exponer el cadáver por dos días á la veneración de los fieles. como es allí costumbre, á que respondí que no, que deseaba enterrarlo lo más pronto posible, sin darles razón alguna, y lo deseaba, porque estaba en casa ajena y no quería dar más incomodidades, que las dadas. Parecióles bien y convinieron en no aplicarle invección alguna para conservarlo. Además no quería exponer el cadáver al público por temor al ruido, que los fieles harían al entrar y salir de la habitación, y también porque no podía por la mañana estar junto al féretro á causa de haber de predicar dos veces antes del medio día. Los médicos me dijeron: aquí se hace todo lo que V. quiera. Me ha parecido que la frase significaba más de lo que al principio juzgué v no caí en ello hasta que me abrió otro los ojos. En mi concepto quisieron decirme: si V. quiere se enterrará en la iglesia. Cuando me apercibí, no era ya tiempo. La señora de la casa, quizá condescendiendo con la costumbre del país ó por otras consideraciones, quiso que se expusiera el cuerpo de suerte que le pudieran ver los fieles, á lo que condescendí. Principió la gente á entrar en la habitación, deteniéndose algunos momentos á orar ante el cadáver, agolpóse mucha en el patio y escalera de la entrada y desde luego se conoció que aquello podía parar en tumulto, si no se acortaba el término fijadopara el entierro.

19. Amortaiado el cadáver como la rúbrica ordena para el de los sacerdotes con casulla morada, cuatro sacerdotes suplicaron que se les otorgara la gracia de llevarlo en hombros, á que se accedió. Media hora antes de la prefijada, por lo dicho arriba, principiamos el entierro asistiendo catorce sacerdotes. El P. Santos ofició. Al ver salir de casa el cadáver el llanto subió de punto y continuó toda la tarde. Muchas lágrimas se vertieron por el sentimiento de la muerte del P. Conde. Las callejas por donde habíamos de pasar son estrechas y estaban intransitables, Îlenas de barro á causa de la lluvia y de las muchas personas, que por ellas andaban. Por lo cual v por ir más cerca del féretro saltaban algunos á las fincas lindantes é iban como en tropel. La guardia civil vino al entierro desde Palas de Rey y bien necesaria fué, para impedir que nadie se acercara al cadáver, que de seguro le despojarían de las vestiduras para poseer reliquias del P. Conde. Llegando al prado contiguo á la iglesia para que los fieles satisfacieran el deseo, que tenían de verle mejor, pues el féretro no llevaba la tapa puesta, paseamos el cadáver dando una vuelta por la pradera, contigua á la iglesia en donde le podían contemplar, cantando algunos responsos. Se aumentaron los llantos al no poder el oficiante continuar la oración. que cantaba. El concurso era numeroso y sería más, muchísimo más, si hubieran los pueblos sabido el día y la hora del entierro, pues no pensaban que se enterraría hasta pasados dos días de la muerte.

20. Al bajar la escalera de la casa mortuoria, se me acerca un hombre preguntán-

dome "si cogíamos responsos,, le contesté que no. Volvió á insistir en sus deseos de darlos y un sacerdote, que le ovó, le dijo que sí, para el señor Cura párroco. Concluído el oficio de sepultura, es costumbre en el país cantar los responsos ofrecidos por los fieles en el camino al cementerio. Ofrecieron cuatro duros para ello v se cantaron á razón de veinte céntimos el Ne recorderis, que es el estipendio tasado en el obispado de Lugo. A poco de principiar á responsear junto á la sepultura, llueve y metimos el cadáver en el templo, continuando los sufragios hasta concluir con el estipendio recibido. Estaba el P. Santos va cansado de repetir el Pater noster v demás preces. ¡Tantos responsos eran! Se le dió sepultura, junto á la pared de la puerta principal de la iglesia de Quindimil á la mano izquierda según se entra. Los pies están pegando al dintel de la puerta. Al día siguiente oraba va la gente en el sepulcro.

21. El dieciséis de mayo, segundo después de la muerte, se le hicieron las honras con la mayor esplendidez, que se puede en aquella tierra. Asistieron diecisiete sacerdotes, sin que nadie los invitara, y no asistieron más porque ignoraban el día en que tendrían lugar. Doce hachas grandes de cera propias de la cofradía se colocaron en hacheros altos formando un cuadrado y los sacerdotes en bancos á la parte de abajo y á los lados. La cofradía no quiso nada por el gasto de la cera y se mostró gustosa en que ardiera en las honras del P. Conde. Se cantó el invitatorio y primer nocturno del oficio de difuntos con mucha solemnidad, la mayor allí posible, y se repitió el nocturno por la costumbre

establecida en aquellas parroquias. Presidió y celebró la misa el P. Santos, como también cantó los responsos, que á la misa siguieron. que no fueron pocos, aunque no tantos como los de la tarde anterior. Del pueblo asistió buen concurso y el señor alcalde de Palas de Rey, á que pertenece Quindimil. Es más de estimar la concurrencia por el mayor sacrificio, que hacía, vendo á Ouindimil, que está en un desierto. Quise ponerle una lápida de piedra berroqueña labrada, como se usa en el país para los señores sacerdotes y por parecerme y parecer á los señores sacerdotes. que overon pedir al cantero una exhorbitancia, desistí de mi propósito. Llegando á Lugo. el Reverendo Prelado me habló de costear una lápida de mármol (Dios se lo pague) en que se grabase con letras de relieve la inscripción siguiente:

AQUÍ YACE
EL P. JUAN CONDE, PROFESO
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
MISIONERO INSIGNE
DE
GALICIA Y CASTILLA.
MURIÓ EL 14 DE MAYO DE 1899
EN SANTA MISIÓN
R. I. P.

CAPÍTULO V

Funerales en otras partes

22. La noticia de la muerte del P. Conde circuló como suelen hoy otras de algún interés con rapidez, llenando de dolor á muchos corazones de las regiones en que había misionado. La prensa católica llenó sus columnas con apuntes de su vida y hechos gloriosos, que en varias partes había ejecutado. Así es que pensaron las muchísimas personas, que le eran aficionadas, en darle desde luego testimonio público del acendrado amor, que le profesaban, costeando sufragios, celebrando misas, ofreciendo comuniones y penitencias por el alma del P. Conde.

23. Merece el primer lugar el oficio solemne, que á instancias del Excmo. Prelado de Lugo, celebró el Excmo. Cabildo de la santa Basílica Catedral, en dieciocho de mayo, á que asistió dicho Prelado, todo el clero de la ciudad, ciento cincuenta sacerdotes, el seminario y muchas personas de todas clases y condiciones, que oían los acentos del canto eclesiástico con los ojos humedecidos. Presenciamos ambos misioneros PP. Santos y Díez, el oficio, estando de duelo sentados entre los

ilustres capitulares, señor Magistral don Manuel Prieto y don Emilio de los Corrales, en un banco colocado en la valla al lado del evangelio. El Reverendo Prelado dió la absolución al túmulo, concluída la misa celebrada por el ilustre señor Maestrescuela de la Catedral don Juan Carlón. Dios pague á to-

dos tanta caridad.

24. Ocupa, sin duda alguna, el segundo lugar, la ciudad de Salamanca, en donde poco antes habíamos dado ejercicios espirituales á los caballeros y á las señoras con fruto no común. Promovieron los sufragios los socios del Apostolado de la Oración, las Hijas de María y congregantes de San Luis Gonzaga. Oigamos al R. P. Rector del Seminario pontificio Juan José Urráburu, lo que en carta del veintidos de mayo de mil ochocientos noventa y nueve escribe al P. Santos: "Ya habrá recibido V. R. la esquela mortuoria v el número del Lábaro en que se daba cuenta de los funerales celebrados en la clerecía. (1) Fueron una entusiasta manifestación de duelo y de afecto: la iglesia se llenó completamente. De los pueblos de esta provincia y de personas particulares he recibido muchas cartas, y visitas de pésame. Entre los pueblos se han distinguido, que yo sepa, Lumbrales, Vitigudino, Vecinos y otros donde han hecho funerales, comuniones, etc., etc.,

25. En Villarino, pueblo natal del P. Conde, se le hicieron funerales muy solemnes con asistencia de todo el vecindario. Aquel día parecía de luto general y se vertieron muchas lágrimas. Contar uno por uno los funerales,

que en Castilla y Galicia se han hecho por el P. Conde, sería llenar de nombres estas páginas. No ha quedado pueblo en donde misionó v muchos de los comarcanos en que no se hava celebrado ú oficio v misa de difuntos, ó misa y comuniones por el descanso del alma del P. Conde. Sobresalió mucho Vigo en los costeados en la iglesia de la Enseñanza por doña Clara del Río de Pascual, á que concurrió todo el clero de la ciudad y numeroso pueblo. Podemos concluir que en España pocas ó ninguna muerte ha sido tan llorada y que los sufragios ofrecidos por el P. Conde han superado en 'mucho á los que se suelen hacer por otros Padres de la Compañía. Gloria á Dios que así honra á los suyos. Y á todos cuantos por el alma del P. Conde han rogado, premie Dios en el cielo y en la tierra, como ardientemente se lo pedimos.

CAPÍTULO VI

Dichos de las gentes.—Contento por poseer su cadáver

26. Por la región en que murió el P. Conde y por toda Galicia y Castilla, en donde le conocían, era dicho común: "ya murió el santo: quién estuviera donde él está: si él no se salvó,

⁽¹⁾ Es la iglesia de la Compañía.

qué será de nosotros!, Principiaban y continuaban elogiándole, quien por lo hecho en una parte, quien por lo en otra. Unos alababan su celo y modo ardiente de predicar y otros su continuo trabajo en el confesonario, sus cuidados por visitar los enfermos, aunque hubiera que trepar por riscos escabrosos hasta llegar á su morada. Causaba gozo oir hablar del P. Conde á los que le conocieron, por la acendrada afirmación con que expresaban sus sentimientos y por el dolor de su temprana muerte. "Había, decían algunos, de suceder lo que hemos visto: trabajaba mucho y con mucho fervor: Dios lo ha llevado, sea bendito: tenemos un abogado más en el

cielo... Así lo esperamos.

27. Sentían los del Avuntamiento de Palas de Rev en que vacen los morcales restos del P. Conde, su muerte v lo mostraron durante su enfermedad y en el entierro. Mas se advertía, sin embargo, en medio de su dolor, que su corazón disfrutaba de cierto contento. Oimos decir el mismo día de los funerales en Palas de Rey, y lo mismo sentían las parroquias de todo el distrito municipal, que estaban gozosos por poseer su cadáver; que si se había de morir en otra parte, mejor fué que se muriera allí. Ocurriendo á uno que se le trasladaría de aquel desierto ó para Lugo ó para etra ciudad, alegando por razón, que cómo había de estar en un despoblado, conociendo á la gente de aquel país, desde luego se convencia cualquiera, que dado al amor, que le profesaban, y la veneración que le tenían, se levantaría en armas la tierra y sólo á fuerza mayor dejaría que trasladasen á otra parte tan venerables restos. Quindimil en donde está enterrado, estudiando el mapa, se conoce situado en el corazón de Galicia y quizás Dios quiso que se muriese y se enterrase aquí, para que aun de muerto e mostrase su amor á todo el reino gallego, en donde tanto había sudado, predicando la palabra divina, administrando los Santos Sacramentos y llamando á todos sus habitantes al camino de la salvación. Amaba á Galicia y el Señor ordenó que descansara en su centro, el que podemos llamar siervo de Dios con toda propiedad. Los fieles hablaban de él como de quien muere en olor de santidad.

CAPITULO VII

Otras demostraciones de amor que después de muerto le han dado los fieles

28. El periódico de Tuy titulado La Integridad escribía á raíz de la muerte del P. Conde lo que sigue: "Todos los periódicos de Galicia llegados á nuestra redacción y que tuvieron conocimiento de la tristísima noticia de la muerte del P. Conde, dedican sentidas frases á la memoria del ejemplar y virtuosísimo misionero,. Son muchas las personas, no solo de las regiones en qué misionó el P. Con-

de, sino de otras y particularmente de Madrid á donde nunca quiso, á pesar de repetidas instancias, ir á dar ejercicios, que escribieron para conocer ó enterarse al pormenor de las cosas edificantes, que ocurrieron en su muerte. Significaban al vivo en sus cartas el concepto que de la santidad del P. Conde se habían formado. Eran cartas de personas amantes del P. Conde, á quien consideraban como alma muy entrada en los caminos del cielo y de quien esperaban aprender el modo de morir santamente.

29. Otra demostración de amor quiso darse al P. Conde, organizando una peregrinación al concluir el año de su muerte á su sepulcro en Ouindimil. No dudo que se hubiera llevado á cabo v hubiera sido numerosa, si á los iniciadores del pensamiento se hubiera animado. Hablaron al P. Santos en Lugo más de una vez en el año de mil novecientos v siempre se mostró frío para aprobar la idea. Parecíale que debía esperarse á que Dios manifestara sus bondades por algún suceso esplendente, extraordinario obtenido por la mediación de su siervo el P. Conde, para de esta manera ir con mucha confianza á orar á su sepulcro. Dios quiera que no se hava engañado.

30. Peregrinación no hubo; pero no ha quitado que las personas de dos leguas á la redonda y las de más cerca se postren ante el sepulcro del P. Conde, casi todos los días, como lo atestigua el señor Cura Párroco de Quindimil, quien en carta dirigida al P. Santos, dice que en noviembre del año de la defunción, se celebró un acto fúnebre por el P. Conde en dicha iglesia á que concurrió

buen número de sacerdotes y crecido concurso de fieles, de los que comulgaron unos doscientos. En otra carta atestigua, cómo no cesan de visitar el sepulcro del Padre y que algunos cuentan favores recibidos por su intercesión.

31. Mentar en Galicia el nombre del Padre Conde en público v oir una exclamación de dolor de los concurrentes, es uno. En la misión de Carballino lo mentó un misionero de la Compañía, que nunca anduvo con el P. Conde, v el concurso, que era numeroso, se echó á llorar v eso que en Carballino no dió misión. Verdad es, que la dimos en Maside, Brués y Santa María del Campo, parroquias próximas á Carballino, á las que asistieron muchas personas y en particular á la de Maside, no faltó nadie del pueblo y del señorío de dicha villa. Lo mismo sucedió en la misión de San Saturnino de Froyán y de Canedo, que al ver al P. Santos sin su compañero, que habían conocido en algunas misiones, que dimos en el país, lloraban las mujeres diciendo, en su dialecto: morreu aquel santiño murió aquel santito y si alguna vez se aludía al P. Conde en la explicación de la doctrina ó en el sermón, el llanto cundía en el auditorio. En verdad que las gentes, que le vieron y oyeron predicar, le amaban de veras. Escribe en la carta tantas veces citada en la primera parte José el hermano del P. Conde, lo que sigue: Es llorado en todo el pueblo; si alguna vez lo nombra el sacerdote para encomendarle á Dios, ó para referir alguno de sus ejemplos, todo el auditorio se echa á llorar. Lo mismo ocurre en otras partes.

CAPITULO VIII

Aprecio de sus reliquias

32. Así escribe el mencionado arriba reverendo P. Rector de Salamanca al P. Santos: "al menos, haga lo posible, por mandar algo á doña Casilda, porque esta buena gente recibiría como reliquia cualquiera cosa del P. Conde... Y más abajo en la carta de que hablamos dice: Tanto aprecia esta gente algo del difunto, que hasta las papeletas de defunción han querido guardar por reliquia y los que no las recibieron, las han reclamado y así hubo que hacer una segunda impresión... El antedicho hermano del P. Conde, escribió que los vecinos de Villarino estaban ansiosos de reliquias del P. Conde, que va habían repartido la beca v el bonete, que usó en el seminario de Salamanca, únicas piezas que conservaban de su hermano Juan y que deseaba que se le enviara algo de lo que usaba. En efecto se le envió el manteo y otras prendas de su uso.

33. De varias partes me escribieron pidiendo alguna cosa que al P. Conde perteneciera. Brillan en primera línea las religiosas de la Enseñanza de Valladolid, Vigo, Logroño, las Franciscas de Villafranca del Bierzo,

las Carmelitas descalzas de Grajal de Campos. las Salesas de Vitoria... A todos esos conventos remití algo que había usado el P. Conde v todos quedaron muy agradecidos teniéndolo como reliquias preciosas. Las de Valladolid con mucho afán v solicitud procuraron, que de un grupo de fotografía en que se hallaba el P. Conde con los Padres, que se ordenaron de sacerdotes cuando él, se agrandara su retrato y se tiraran unos cuantos ejemplares como se tiraron en Salamanca: unos representan al P. Conde con sotana, como se ve en el fotograbado, que va al principio de cada ejemplar de esta obra y el facsimile de su firma v otros de roquete predicando en un púlpito. Dios pague su devoción al P. Conde.

34. Algunas personas, que sólo de oídas conocían al P. Conde, pidieron reliquias y á todas se satisfizo. Recuerdo que una decía en la carta, que escribió pidiéndolas, aunque no sea más que un pedacito de papel, que usara. De los primeros, que las pidieron fué el amigo del P. Conde, que le donó la casulla, con que está enterrado, quien mucho se contentó con poseer el lápiz de que se valía el Padre para escribir los avisos, que daba en las misjones. La disciplina y el cilicio fué recibido con mucho contento y agradecimiento, estimándolos como gracia muy especial las personas á quienes se les regaló. La mayor parte de las reliquias, que se han dado á varias señoras de Pontevedra, Lugo, Madrid y otras partes, han sido de un pañuelo blanco del uso del Padre. Las Hermanitas de los pobres desamparados de Lugo, á quienes se dió el balandrán bien gastado, que usaba

el P. Conde, le guardan en mucha estima v desde que entró en su casa, se vieron obligadas para satisfacer la devoción de las señoras á cortar de él varios pedazos, que como reliquias de gran valor, recibían, Oujero consignar que siempre he dado cosas del uso del P. Conde á petición de las personas, que las deseaban, á excepción de las remitidas á doña Isabel Orge, persona muy devota del Padre, natural de Forzanes, quien como su cuñada no las pedirían por más deseo, que de ellas tuvieran, por su conocida humildad. Esta señora había ofrecido al P. Conde cuanto quisiera para limosnas y otras obras de gloria divina. Desde la misión de Forzanes. que costeó, le quedó muy devota.

CAPITULO IX

Tuvo algo parecido á don de profecía?

35. De un periódico de Salamanca, según me parece, El Lábaro, tomamos lo siguiente escrito en mayo de mil ochocientos noventa y nueve en Villarino: "El P. Conde se atrevió á ofrecer al pueblo (Briones) á más de las gracias espirituales, temporales también, anunciando para un plazo muy breve aguas vivificadoras de que tanto necesitaba aquel

país, que casi desesperaba de ver nacer sus sembrados por las malas condiciones en que la sementera se había hecho, y el aspecto, que presentaba la atmósfera de continuar la sequía. Vióse á las tres horas con sorpresa general, caer un gran golpe de agua y quedar el cielo en disposición de mandarles más...

36. En carta de veintitrés de marzo de mil ochocientos noventa y nueve, escribía el mismo P. Conde á la Madre Priora de la Enseñanza de Vigo lo que sigue: "Enterado de los asuntos v alabando mucho el denuedo de V. R. en defensa de la causa de Dios, les repito que no cejen en orar y trabajar, pues Dios lo va ordenando todo al triunfo de la verdad y castigo justo de las rebeldes, habiendo de redundar todo en gran gozo y ganancia de esa santa comunidad... Pasó lo que escribió. Porque las dos rebeldes salieron del claustro apoyadas por el juez de instrucción de Vigo, rompiendo la clausura, quedando incursas y viviendo varios meses en la excomunión consiguiente con escándalo de todos los buenos católicos de la ciudad y de otras partes á donde llegó la triste noticia del suceso. Ejemplo raro en la historia eclesiástica, que dos monjas fundadoras de un convento y una. Superiora por muchos años, hayan abandonado la orden en que profesaron por no sujetarse á la obediencia de la Priora, que le sucedió v con escándalo del pueblo fiel hayan vivido á su arbitrio fuera del convento, que construveron v sido después de absueltas de la censura en que incurrieron, exclaustradas para siempre jamás. Dios quiera que no lo sean del cielo.

CAPÍTULO X

Hizo en vida alguna cosa portentosa?

37. Dijimos arriba que en la misión de Becerreá, obispado de Lugo, estaba una mujer de una de aquellas parroquias hacia el Cerezal, sin poder dar á luz, unos tres días. Yendo por allí de paso el P. Conde, fué llamado para que la visitara y entrando en la habitación de la enferma, bendijo el agua de San Ignacio para que la bebiera y tocándole el Padre con

la mano, al punto salió la criatura.

38. En Salamanca el año de mil ochocientos noventa y nueve en el tiempo, que daba el P. Conde ejercicios espirituales, consiguió de él Joaquina Hernández, que fuera al convento llamado de la Madre de Dios, en que tiene una hija religiosa, que padece harto de la cabeza hasta no poder con la observancia de la regla. El P. Conde le puso la reliquia, que llevaba siempre consigo, de que hemos hablado, y al instante se sintió aliviada y sigue ya á la comunidad. Aña de Joaquina que si alguna vez su hija monja siente dolor de cabeza, toma en sus manos una fotografía del P. Conde, que han regalado al convento y besándola, siente alivio. Las monjas sabedoras de lo que

pasa con dicha fotografía á la doliente, permiten que la guarde en su celda á pesar de que la regalaron al convento. Joaquina Hernández es buena cristiana, parece veraz en sus afirmaciones y se ha movido á contar lo narrado al P. Santos por devoción al Padre Conde.

CAPÍTULO XI

Ha dispensado gracias después de muerto?

39. En siete de junio de mil novecientos me escribe doña Carmen Malvar, profesora de instrucción primaria de la ciudad de Pontevedra lo siguiente: Yo había encomendádome á su eficaz protección (la del P. Conde) y siempre con buen resultado; pero como lo hacía á la vez á otros Santos de mi devoción. no podía afirmar de un modo definitivo de cuál de ellos se sirvía el Señor para concedérmelas. Sin embargo, una amiga mía me encargó hiciese una novena (como yo acostumbro) á él especialmente y agradecidísima me dijo no había podido tener resultado más satisfactorio. Otra señora, que le interesó para poder establecer aquí la congregación del Niño Jesús de Braga, venciendo muchos obstáculos, ha venido ya la imagen y muy en breve se inau-

gurará. Pero á gloria á Dios! de los más patentes han sido dos milagros, que voy á referirle v es el primero de una discípula mía, que ha estado gravísima, desahuciada de una fiebre y quizá efecto de ella tenía según el facultativo inflamadas las ramificaciones del pulmón y algo complicada la enfermedad. Movida vo por superior impulso y con gran fe v confianza de obtener su salud, después de haberme encomendado mucho á Dios nuestro Señor v al santo P. Conde, le apliqué la reliquia del pañuelo, que como recuerdo suvo ha tenido la bondad de dedicarme V. R. v jeosa admirable! desde aquel momento la niña no ha tenido ningún retroceso; su mejoría ha sido rapidísima v anteaver ha estado á verme con toda su familia, que reconocidísima, después de haber dado gracias al Señor, vino á dármelas á mí. El sea loado por su infinita bondad. Otra señora muy piadosa y amiga mía tenía una sobrinita muy enferma, afirmando todos eran escrófulas lo que padecía: la recomiendo encarezca su remedio al santo P. C. v á pocos días me aseguró, se resolvió tan favorablemente que está va bien. Otras muchas cosas podría indicarle; pero creo bastante va para manifestar la poderosa influencia y gran protección, que desde el cielo nos dispensa aquel gran siervo de Dios. Muchas son las personas que me ruegan solicite de él gracias; pero les aconsejo se encomienden ellas mismas, ya porque soy muy indigna de ser oída v va para que vean más patentes sus efectos. V. R. le dará la autoridad, que crea conveniente, yo no hago más que referirle con toda sinceridad lo que ha ocurrido...

40. La arriba mencionada Joaquina Her-

nández, de Salamanca contó al P. Santos en once de marzo de mil novecientos, que su madre Micaela Sánchez de setenta v siete años de edad, cavó enferma de tifus en diciembre de mil ochocientos noventa v nueve v que se le puso la lengua tan gruesa y negra. que no podía hablar para confesarse. Estando en semejante apuro, llamó al señor coadjutor de su parroquia de San Martín, que es hermano del Párroco, quien desde luego conoció v dijo que era imposible confesarla. El médico atestiguó que no tenía remedio la enferma. Viéndose Toaquina en tal angustia, recurrió al patrocinio del P. Conde y aplicó á la enferma una cuerda del escapulario del uso de dicho Padre. Tuvo lugar la aplicación de la reliquia, como ella le llama, el día nueve de enero de mil novecientos en la noche, y por la mañana se halló la enferma con la lengua capaz de hablar v se confesó. El médico, que la visitó este día, afirmó que era mucha la mejoría. Después que se confesó, vivió dos días v murió confortada con los Santos Sacramentos

CAPÍTULO XII

La Santisima Virgen visitó al P. Conde?

41. El viernes doce de mavo de mil ochocientos noventa y nueve, dos días antes de la muerte del P. Conde, aún hablaba bien, al visitarle el P. Santos por la mañana antes de ir al campo de la misión, dijo el P. Conde: "La Virgen María ha hecho una buena conmigo esta noche,. No añadió el P. Santos cosa alguna, quizá por creer que la Santísima Señora se le había aparecido y le había dicho que moriría. Al volver aquel mismo día á su lado, habiendo pensado que hizo mal en no preguntarle qué había pasado con la Madre de Dios, le interrogó sobre el asunto, á que contestó, estando va bastante amodorrado: "no sé si eran restos de una procesión gentílica... Quizá se expresó de esta manera por humildad para encubrir la visita del cielo. Hallábase entonces el enfermo con mucha fatiga y postración y no quiso insistir el compañero. Sin embargo parécele que el modo de hablar usado aquel día por el P. Conde indicaba haber sido visitado por la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra.

CAPTULO XIII

Novena del P. Conde

Una señora nos remite desde Pontevedra la siguiente oración á que llama novena en honra del P. Conde. Afirma que rezándola, ha obtenido favores. Así principia:

Señor mío Tesucristo...

Amantísimo Tesús de mi alma! dulce amor mío! concédeme por intercesión de tu gran siervo el P. Conde la gracia de alcanzar el remedio de esta necesidad, que te presento y que al contacto de su santa reliquia encuentren alivio, salud y consuelo los que con tanta confianza y fe imploramos su valiosa protección. Aceptad, Jesús mío, esta súplica, que humildemente os expongo, si conviene, á vuestra mayor gloria v honra de vuestro siervo v que él haga violencia á vuestro adorable Corazón, á cuvo fin os ofrezco tres Padre nuestros en honor de las tres insignias de este mismo deífico Corazón, si es agradable á vuestra divina voluntad, pues no quiere otra la que recurre á vuestra infinita misericordia; y sino dadnos santa resignación y conformidad con vuestro divino beneplácito para que no os ofendamos nunca y podamos algún día gozar con Vos en la gloria. Amén.

A. M. D. G.

INDICE

rólogo	*************	I
Capitulos	PRIMERA PARTE	Páginas
	Origen, —Naturaleza, —Padres, —Deseos de la familia. —Crianza. —Educación y entretenimien-	13
III.—	tos hasta entrar en el seminario de SalamancaEntrada en el Seminario.—Estudios y	16
	tenor de vida	22
IV.	-De cómo pasaba las vacaciones	27
V VI	-Vocación al estado religioso -Noviciado en Poyanne.—Principio de	30
	sus estudios en la Compañía Estudios de filosofía y teología.—Orde-	34
-8.444	nación y tercera probación	40
VIII	-Magisterio antes del sacerdocio	49
1X	 Preparación en Oña para predicar Magisterio después del sacerdocio. 	5.2
	Ministerios.—Profesión	55
	SEGUNDA PARTE	
-	-Concedió Dios al P. Conde gracias pro-	
1.	pias de misionero	
П.—	-Como apreciaba el cargo de misionero.	77
III	-Modo de predicar las misiones -Se responde á los críticos del modo de	84
IV.	predicar usado por el P. Conde	90
V	-Prosigue la materia del anterior	95
VI	-Prosigue la materia del anterior -Su predicación cuaresmal en Tudela	
1711	de Navarra	104
VII	 Modo de predicar las conferencias Sentimiento por no ver fervor en el 	
IV	auditorio: que hacía para conseguirlo.	
1.	 Cómo disponia al auditorio para que oyera con facilidad y se aprovechara 	110
Y _	Su porte con el clero	126
XI.	-Mozos	134
XII.—	-Virtudes teologales	
	§1 Fe	
	§ II Esperanza	
and the same	§ III Caridad	147
	-Celo de la salvación de las almas	152
XIV.	-Amor al prójimo	155

Capítulos	ALGUNAS VIRTUDES MORALES	Páginas
XV	-Pobreza	161
XVI	-Castidad	164
XVII	-Obediencia	168
	-OraciónSoledad	172
XIX -	-Devoción á N. S. Jesucristo: á la Euca-	1
	ristia: al Sagrado Corazón de Jesús	176
XX-	-Devoción á la Santísima Virgen	184
XXI	-Devoción á San Ignacio y San Francisco	104
111111	Javier	188
VXII -	-Devoción á la Santa Iglesia	195
VVIII.	-Devoción á la Compañía	200
YYIV -	-Observancia regular	203
VVV	Amor al trahain	206
VVVI	-Amor al trabajo	213
VVIII	-Humildad	223
YVVIII	-Penitencia	228
AAVIII	-Mortificación	231
VVV	Foetslage	235
AAA	-FortalezaLo que pasó en Aranda	207.70
AAAI	-Lo que paso en Aranda	241
AAAII	-Lo que paso en Torquemada	244
XXXIII	Lo que pasó en Torquemada Persecuciones Por qué herían sus dichos	247
XXXIV	-Por que nerian sus dichos	250
XXXV,-	Por qué fué à Villarino	253 255
XXX VI	-Casos raros	
XXXVII	-Modo de viajar	259
XXXVIII	-Juicio que del P. Conde formaron varios	261
	Prelados	201
	TERCERA PARTE	
I	-Conoció que pronto había de morir -Enfermedad y muerte del P. Conde	283
II	–Enfermedad y muerte del P. Conde	285
III	 Viático y Extremaunción.—Muestras 	
	de piedad durante la enfermedad	293
IV	-EntierroFunerales en Quindimil	296
V	-Funerales en otras partes	301
VI	Dichos de las gentesContento por	
	poseer su cadaver	303
VII	-Otras demostraciones de amor que-	
	pués de muerto le han dado los fieles	305
VIII	-Aprecio de sus reliquias	308
IX	-Tuvo algo parecido á don de profecia?.	310
Y -	Hizo en vida alguna cosa portentosa?	312
XI	 Ha dispensado gracias después de su 	
	muerte?	313
XII	muerte?	316
XIII	-Novena del P. Conde	317
THE RESERVE		100

ERRATAS PRINCIPALES

P.a	Linea	Dice'	Debe decir
19 56 146 200	30 31 20	era varios señores Masurco, Cipeses quedrá	hera varias señoras Masueco, Ciperez quedará
